

IMPRIMIR

**PSICOANALISIS DEL
HUMOR JUDIO**

THEODOR REIK

Título del original inglés:
JEWISH WIT

**Espacio
Disponibile**

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyright **www.elaleph.com**
Todos los Derechos Reservados

PRESENTACION

El primer libro de Freud que leyó Reik fue "La interpretación de los sueños". Lo marcó y ya desde muy joven, a los 22 años, se relacionó con Freud. Este lo orientó hacia Abraham, psicoanalista de Berlín, y con él se trató para luego ejercer como psicoanalista, primero en Berlín, luego en La Haya y finalmente en New York a partir de 1938.

La figura de Reik nos es doblemente significativa, por su pensamiento profundo al ser uno de los primeros psicoanalistas que incorporó el concepto de contratransferencia y por haber sido el psicoanalista de Angel Garma, nuestro pionero recientemente fallecido.

Reik, en su análisis magistral del *Humorismo judío*, se inspira en el descubrimiento de Freud, quien logra demostrar la virtualidad de la existencia del inconsciente a través de los actos fallidos, lapsus, olvidos, sueños y chistes. Freud lo fundamenta en sus libros *La interpretación de los sueños*, *Psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste y su relación con el inconsciente*.

Las observaciones de Freud sobre el humor tienen como una de sus fuentes la frecuencia de los chistes en los sueños. Al mismo tiempo, la colección de chistes de los cuales se nutre Freud se refiere en su mayoría a chistes judíos.

Ya en 1905, en *El chiste y su relación con el inconsciente*, Freud demuestra cómo el chiste desacraliza de una manera tolerable ciertos valores aceptados socialmente. Es como una anticipación a muchos desarrollos posteriores del psicoanálisis sobre la expresión desconocida del inconsciente a través de producciones mediatizadas.

Hoy día sabemos que el hombre, el sujeto, no es el centro sino que, al revés, el sujeto es excéntrico, o sea es un sujeto que está "sujeto a".

Ya el advenimiento del inconsciente, la revelación del hombre dividido en un yo consciente y un yo incontrolable, desacraliza al Hombre con mayúscula, al "gran hombre". Esta labor desacralizante se reforzó con la lectura sistemática de *El chiste y su relación con el inconsciente* y los aportes esclarecedores de Jacques Lacan a posteriori.

Volviendo al libro de Reik, resulta realmente interesante comprobar cómo los padecimientos de los que eran objeto los judíos quedan desacralizados a través de la visión del humor, donde el chiste permite visualizar y tolerar el dolor. Curiosamente lo podemos relacionar con uno de los elementos esenciales para ser un buen psicoanalista: tener sentido del humor.

Lo que no se puede decir directamente se comunica a través de una mediación, como el humor, que permite evidenciar el contenido latente -según la terminología psicoanalítica- de una verdad indecible.

Es probable que todo el trabajo desarrollado por Reik en el *Humorismo judío* vierte a través de un abanico de chistes mucho de la personalidad del judío errante o de la diáspora, del judío melancólico, del judío filosófico. Uno de los intereses fundamentales de Reik era la historia judía. En efecto, provenía de una familia judía con un abuelo sumamente religioso, aunque su padre era ateo. Reik mantuvo permanentemente esta dualidad: su interés por interrogar a ese pueblo y al mismo tiempo una actitud de cierta despreocupación por el rito religioso.

El padre marcó mucho la vida de Reik, pero su encuentro con Freud, a los 22 años, lo marcó doblemente, precisamente porque Freud era de procedencia judía pero francamente ateo. Esta postura de Freud que mantuvo también Reik a lo largo de toda su vida, se fundamentaba en la afirmación de Freud: que se sentía muy judío pero que le resultaba difícil precisar y explicar la condición judía, justamente porque era algo que estaba más allá o más acá del sentimiento religioso.

Junto con Reik, podemos pensar que la verdad, frecuentemente, o tal vez casi siempre, aparece a través del chiste (witz).

GILDA SABSAY FOKS

CAPITULO I

EL INTERES PSICOLOGICO DEL TEMA

INTRODUCCIÓN

Unas pocas frases que Freud escribió en dos oportunidades distintas volvieron a mi mente con frecuencia, y deben haber actuado como catalizadores. Unas estaban en el prefacio de la traducción al hebreo de "Tótem y Tabú", y fueron escritas originariamente en diciembre de 1920¹. Me afectaron en forma especial porque mis sentimientos respecto al judaísmo coincidían con los suyos. Freud afirmaba que no entendía el hebreo, que estaba completamente apartado de la religión de sus antepasados -y de toda otra religión- y que era incapaz de compartir la fe de los ideales nacionales. Sin embargo, nunca había negado ser judío ni quiso diferenciarse de éstos. Entonces -argüía- qué respuesta daría si alguien le preguntase qué era lo que seguía siendo en él judío después de abandonar los rasgos comunes a su pueblo. Pues, sólo esto: -Mucho, todavía. Quizá lo más importante de mi personalidad.- Admitía que era imposible expresar en palabras esta cualidad esencial, y agregaba -No hay duda de que algún día esto resultará accesible al análisis científico.

Esta última frase fue la que más me interesó. La sentí como un llamado personal y me recordó algunas conversaciones sobre la cuestión judía que había mantenido con Freud.

Otra impresión, acaso más intensa aún, me la produjo el discurso que Freud escribió en 1926, con ocasión de cumplir setenta años, para la Logia B'nei Brith.² Sólo tres de los psicoanalistas vieneses éramos miembros de la B'nei Brith: Freud, el doctor Eduard Hitschmann y yo. En ese discurso, afirmó Freud que ni la fe religiosa ni el orgullo nacio-

¹ *Gesammelte Schriften*, Vol. XII, pág. 385.

² Aparecido en *Commentary*, marzo de 1946, pág. 23.

nal lo ligaban al judaísmo. Siempre había sido ateo y, si alguna vez experimentó cierta inclinación hacia los sentimientos de superioridad nacional, los reprimió "por desastrosos e injustificados", alertado por el ejemplo de aquellos entre quienes vivían los judíos. Sin embargo - continuó-, subsistían en proporción suficiente otros factores que "hacían irresistible la atracción del judaísmo y de los judíos; muchas oscuras fuerzas emocionales tanto más poderosas cuanto menos se las podía traducir en palabras; y también la nítida percepción de una identidad íntima, el secreto de la misma estructuración interior".

Lo que me conmovió en mayor grado fueron las palabras "la nítida percepción de una identidad íntima, el secreto de la misma estructuración interior", y la reiterada confesión de que esas oscuras fuerzas emocionales escapaban a la definición y descripción verbal.

En mi juventud había publicado el libro "Das Ritual"³, cuya parte principal se refiere a los problemas de la primitiva religión hebrea y de la organización social. Luego se produjo una pausa de casi cuarenta años, durante la cual me dediqué a otros problemas de psicología psicoanalítica y a escribir libros sobre los mismos. Freud, que había prologado mi obra y me había concedido por uno de esos primeros ensayos el premio a la mejor tesis sobre psicoanálisis aplicado, me animaba con frecuencia para que continuase mis investigaciones sobre los orígenes hebreos.

Sólo después de haber llegado a los setenta años de edad, volví a los temas de los que me había ocupado cuando era un joven psicoanalista. Encaré los problemas de la prehistoria hebrea desde un punto de vista estrictamente científico, comparable al del arqueólogo que trata de reconstruir el pasado desconocido de un pueblo a partir de los restos que han sobrevivido a cambios radicales. Remontándome a la forma y significado originarios de los mitos hebreos más importantes, traté de reconstruir la prehistoria de esas tribus semitas durante un período muy anterior a su transformación en un pueblo. El resultado de este intento

de reconstrucción fue presentado en una tetralogía bíblica cuyas partes se titulan *Myth and Guilt* (Mito y culpa), *The Creation of Woman* (La creación de la mujer), *Mystery on the Mountain* (Misterio en la Montaña) y *The Temptation* (La tentación)

Fue más tarde cuando comprendí que esta tetralogía constituía un intento por descubrir el origen de esa estructuración interior secreta que había mencionado Freud, buscándola en la historia, mejor dicho, en la prehistoria de los judíos, en el período de sus años de formación, siguiendo un método semejante al que se emplea cuando se indaga en la temprana infancia de un individuo. ¿Pero a dónde iré, a partir de aquí?

ESTE LIBRO

Los psicólogos y los sociólogos discuten con mucho empeño en la actualidad los problemas de la creatividad, y estudian la cualidad inasible de la "persona creadora", los rasgos característicos del "proceso creador" y de la "situación creadora". Incurriría en presuntuosidad si denominase "situación creadora" a las circunstancias en que fue concebido este libro.

Hace poco tiempo, un grupo del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Michigan, formuló una hipótesis sobre las condiciones que parecen conducir a la actividad científica creadora. Sólo una de dichas condiciones estuvo presente en la situación en que nació la idea de este libro. La cito textualmente: "En términos generales los hombres de ciencia son más creativos cuando están un poco incómodos. Necesitan ser forzados a una reacción desusada (o creadora) por una condición de «incertidumbre» o «agitación» intelectual"⁴.

Yo estaba verdaderamente incómodo (no sólo un poco) y en una condición de incertidumbre intelectual, pero por lo que sé no se daba ninguna otra de las cualidades de una "situación creadora". Estaba sentado frente a mi mesa de trabajo, distraído e inquieto. Nada más lejos de mis pensamientos que la psicología del humorismo judío, ni nada más

³ Vienna Psychoanalytic Press, 1919.

⁴ Carnegie Corporation of New York Quarterly, julio de 1961, pág. 7.

lejos de mi espíritu que las bromas y las burlas. Me sentía algo malhumorado, pero no triste.

Mis pensamientos daban vueltas alrededor del paciente que me había dejado media hora antes, y las primeras palabras que había pronunciado el mismo en su sesión de psicoanálisis repercutían todavía en mí de un modo extraño. Este hombre, de elevada inteligencia, había permanecido unos minutos en silencio para luego manifestar: -Hacemos una pausa para identificar la estación.- La frase, que es habitual en las transmisiones radiales, tenía sentido en el caso porque él experimentaba con frecuencia una sensación de enajenación, de búsqueda de la identidad.

Sus palabras volvieron reiteradamente a mi memoria, y descubrí a poco que tenían relación con mis repetidos y frustrados esfuerzos por indagar el secreto de la análoga estructuración interior de los judíos que había mencionado Freud. En consecuencia, ese "Hacemos una pausa para identificar la estación" era importante para mi labor de investigación. La pausa había durado mucho tiempo, demasiado tiempo.

Las paredes de mi despacho están cubiertas con retratos de Freud. Creo que hay aproximadamente cincuenta fotos, grabados y dibujos, imágenes de su infancia, de su juventud y vejez. La última foto lo muestra en Londres, un año antes de su muerte. Desde mi asiento, detrás del escritorio, miraba los retratos que me rodeaban, como buscando ayuda. Pero no me "hablaban". Era en vano. Entonces se me ocurrió una idea extraña: todas las fotos y dibujos muestran a Freud con expresión seria, a veces incluso amarga. No hay una sola foto en la que aparezca sonriendo.

En seguida recordé algunas oportunidades en las que lo vi sonreír. Recordé incluso casos en los que se rio. Yo mismo lo hice sonreír unas pocas veces con una observación graciosa. Y sabía festejar con ganas los chistes judíos contados por alguien de nuestro círculo.

Era una lástima que ninguno de nosotros, los psicoanalistas, hubiese ahondado en las magníficas observaciones sobre el humor judío contenidas en el libro de Freud *El Chiste y Su Relación con lo Inconsciente*.

En esta obra analiza Freud el humorismo en general, y sus comentarios sobre los chistes judíos sólo eran una parte del tema más amplio. Pero habría que separar los cuentos judíos de los otros y estudiarlos desde ángulos psicológicos; es decir, que se debería enfocarlos desde el ángulo de lo que revelan sobre la psicología del pueblo judío. Esta tarea significaría una contribución a la psicología comparada de los grupos humanos.

A mí mismo se me habían ocurrido algunas ideas sobre este tema y había tomado varios apuntes al respecto. Debían estar en una carpeta, dentro de uno de los cajones que se hallaban al alcance de mi mano. ¿Pero esta investigación no significaría perder el rumbo, apartarme del camino que siempre había seguido? Dedicar varios meses a semejante estudio, equivaldría quizás a una desviación similar a la que en términos deportivos recibe el nombre de "tiempo descontado"... Y se dice que el tiempo descontado es tiempo perdido. ¿Pero qué importancia tiene esto cuando uno ronda los setenta años y vive de todos modos tiempo prestado? Sigo pensando que la oportunidad en que surgió la idea de este libro no merece el calificativo de "situación creadora". A veces incluso me parecía un hecho gracioso; sin embargo, tal como lo demuestra esta obra, encaré la tarea *au grand sérieux*.

RECOPIACION Y SELECCION

El escritor que tiene ciertas ideas acerca de un tema, o nociones que se pueden verificar, debe encarar dos trabajos antes de poner a prueba su teoría en ciernes: ante todo tiene que reunir la mayor cantidad de hechos entre el material que está a su disposición y luego, seleccionar cierta cantidad de esos hechos para realizar dicha verificación.

Leí muchas colecciones de chistes judíos en alemán, *ídish*, francés, holandés e inglés; les pedí a mis amigos y relaciones que me contasen anécdotas judías y anoté todos los cuentos de ese tipo que conservaba en la memoria.

En el curso de mi tarea tuve algunas experiencias sorprendentes. Si hay un caso en el que no se puede aplicar la frase "cuantos más mejor", es el de tales chistes. Todos conocemos al hombre o a la mujer dis-

puestos, a la menor indicación, a disparar un arsenal completo de chistes judíos, algunos de ellos los conoce ya uno desde antes que el narrador hubiese nacido. En tales circunstancias uno se siente como si hubiese "vuelto a Matusalén", amén de que el locuaz cuentista le resulta inmensamente aburrido. En este caso se podría afirmar que "los menos valdrían más".

No hay reglas que orienten el trabajo preparatorio de la recopilación. Sin embargo, hay ciertos factores conscientes e inconscientes que determinan cuáles son los casos que se deben seleccionar para una interpretación psicológica. Por ejemplo, uno de estos factores determinantes es de carácter estético, es decir, que la decisión depende del valor del chiste: se escogen los "buenos" y se omiten los de calidad inferior. Al fin y al cabo esos chistes pertenecen al campo de la literatura. El hecho de que no sean impresos o editados con frecuencia no cambia la situación. Muchas bellas canciones populares y significativos cuentos de hadas no fueron publicados nunca. Nadie negará, sin embargo, que pertenecen a la literatura de una nación.

Otra objeción posible -la de que muchos chistes judíos son inventados sobre la marcha y son también rápidamente olvidados- no disminuye su valor. Tampoco las mariposas suelen permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, y siempre se alejan volando rápidamente, pero si se las destruyese echaríamos de menos su belleza.

Existe un riesgo adicional: concretamente, que omitimos ciertos chistes, porque ofenderían nuestras ideas convencionales o porque podrían parecer objetables al lector debido a prejuicios sexuales u otros similares. Tenemos, por ejemplo, los cuentos que se mofan de la falta de higiene y aseo físico, los que zahieren la deshonestidad del *ghetto*, los que satirizan ciertas formas de conducta de los judíos orientales.

¿Habríamos de excluir estas historias porque pudieran resultar ofensivas? La mente afirma que la limpieza está próxima a la divinidad, pero son precisamente estos cuentos judíos los que demuestran que muchas veces existe entre una y otra una distancia mayor que la imaginada, en tanto que, frecuentemente, el hecho de estar sucio acerca más a la santi-

dad. No, semejante omisión sería inadmisible. El área de exploración psicológica en la que nos sentimos como en nuestra casa no reconoce limitaciones de este tipo. Esa área es un territorio libre.

¿Cuáles son, entonces, los principios que determinan la selección? ¿Debemos preferir, por ejemplo, los nuevos cuentos judíos, desechando los viejos y conocidos por todos? Claro que no, porque así eliminaríamos mucho material importante. Sin embargo, los cuentos nuevos también deben ser tomados en consideración. La selección, tal como la concebimos, debe orientarse con un espíritu parecido al que se emplea para confeccionar un vestido de bodas: "Algo antiguo, algo nuevo, algo azul, algo prestado".

Otra limitación es la exigida por el espacio disponible: en este libro traté de abreviar los cuentos judíos largos.

Utilizaré un símil para ilustrar mejor los pasos de la recopilación y selección que preceden a la investigación psicológica. Cuando llegaba al fin de mi adolescencia, las mujeres usaban todavía abanicos para protegerse contra el sol y los insectos. Los conservaban en sus manos mientras estaban en los salones de baile y a veces los agitaban, levantando una pequeña corriente de aire antes o después de la cena.

Supongamos ahora que un investigador realiza un estudio acerca del empleo de estos abanicos. Como es lógico, indagará la historia de los hoy anticuados abanicos⁵ y descubrirá a sus predecesores de hojas de palma o de plumas de pavo real en Egipto y Asiria; se encontrará también con los abanicos romanos, etc., hasta llegar a la forma moderna del abanico plegable. Descubrirá que también las damas francesas se refrescaban con abanicos, y estudiará sus decoraciones e ilustraciones, pintadas a veces por artistas famosos como Ingres y Corot. En 1891 se enviaban todavía más de siete millones de abanicos del Japón a los Es-

⁵ Para una historia de los abanicos, ver S. Blondel, *L'histoire des Eventails*, 1875; C. W. Rhead, *History of the Fan*, 1910; y M. E. Percival, *The Fan Book*, 1920.

tados Unidos; pero ahora han sido superados por otros métodos de ventilación.

EL HUMORISMO JUDIO

Por fin después de haber llegado a la forma "moderna" del abanico plegable, el investigador reunirá la mayor cantidad posible de los mismos y examinará los dibujos e inscripciones de sus pliegues. Además de los poemas tradicionales que reiteran que las rosas son rojas, las violetas son azules, etc., hallará muchas inscripciones románticas originales, y a veces disfrutará de las agudas e ingeniosas reflexiones trazadas en sus pliegues por algún admirador. Sobre el abanico de mi hermana menor hallé las estrofas alemanas que siguen, pergeñadas por mí cuando niño:

*Zur Feder greifen und Verse schreiben
Was sind das für närrische G'schichten!
Tänzern soll man was pfeifen,
Aber nicht was dichten.*

¿Tomar la pluma y escribir poemas?
¡Qué tonterías!
A los bailarines hay que brindarles música,
Y no componer versos.

A través del estudio de estos dibujos e inscripciones, así como de la lectura de novelas y tratados de ese período dedicados a las modas, el investigador descubrirá que el abanico servía para muchos fines insospechados, y no sólo para brindar alivio contra el calor del verano o la atmósfera agobiante del salón de baile. Los relatos oídos y leídos, los grabados de la época antigua y el estudio de las mencionadas inscripciones, le harán comprender que los abanicos fueron utilizados por las damas tanto para atraer a los hombres como para alejarlos; tanto para demostrar ciertas emociones como para ocultarlas.

La comparación del humor judío con estos abanicos se debe quizá también a que ambos producen solamente un alivio momentáneo. Además, el cambio producido por el abanico en la presión del aire es pequeño. Y los chistes judíos ejercen ciertas funciones sociales que al principio no habríamos imaginado.

EL INTERES PSICOLÓGICO

Desde el lugar donde estaba sentado, o sea, frente a los retratos de Freud, la idea de un libro sobre el humorismo judío fue concebida en un primer momento como una contribución a la literatura de un pueblo.

En mi mente no había dudas de que el conjunto de los chistes y anécdotas judíos pertenece al área de la literatura, con el mismo derecho que las canciones populares y los cuentos de hadas que nunca se publicaron. Hace poco tiempo, un escritor norteamericano definió a la literatura, como "la forma en que una sociedad se habla a sí misma sobre sí misma"⁶. Si esta definición (o caracterización) es correcta, ¿quien negará que en los chistes judíos "una sociedad se habla a sí misma sobre sí misma"? ¡Y cómo habla! No sólo con centenares de distintas inflexiones de la voz, sino también con ademanes elocuentes y cambiantes expresiones del rostro.

Sí, incluso se podría afirmar que estos chistes son la continuación de la sabia literatura antigua del judaísmo. Y esto se debe no sólo a que las expresiones *wit* (humorismo) y *wisdom* (sabiduría) derivan de la misma raíz, sino también a que con frecuencia se dicen en broma las cosas más ciertas y sensatas.

Tanto por el tema como por la forma, los chistes están emparentados con los proverbios hebreos que originariamente eran transmitidos por vía oral y que no fueron aceptados sino gradualmente como una variante literaria.

Es cierto que son pocas las oportunidades en que los chistes son analizados en libros o artículos sobre literatura judía; pero esto no debe

⁶ En una crítica aparecida en *The New York Times*, 4 de setiembre, 1961.

impedir que los aceptemos como parte integrante de las bellas letras que en buena medida sigue sin ser trasladada al papel.

En algunos aspectos los chistes judíos ocupan una posición similar a la del *esprit* francés. Además de los éxitos literarios, artísticos y científicos de Francia, *l'esprit* es, según la frase de Sacha Guitry, "un testimonio precioso y permanente de su presencia en el mundo"⁷.

En el mejor de los casos, los estudiosos mostraron condescendencia, ocupándose de los chistes y anécdotas, por tratarse de expresiones humorísticas. Sin embargo, es indudable que merecen mayor aprecio. Hace poco afirmó Mark Van Doren que en el hombre no hay nada más serio que su sentido del humor⁸. Este es "el signo de que aspira a la verdad total y de que ve en ésta más facetas que las que se puede enumerar seria y sistemáticamente". Los chistes judíos revelan a menudo estos aspectos ocultos de la verdad.

Después de abandonar mi escritorio y pasearme por el cuarto, comprendí que mi interés por los chistes judíos no era de tipo literario, sino en primer término psicológico. Sólo entonces capté en toda su magnitud la relación con la búsqueda de la identidad y con el significado que inconscientemente había tomado para mí la frase de mi paciente: "Hacemos una pausa para identificar la estación". El propósito de este libro se aclaraba, pues. Sería un enfoque novedoso del estudio psicológico, mejor dicho, psicoanalítico, del pueblo judío.

Al llegar a este punto se me plantearon nuevos problemas; por ejemplo, el tan discutido en Israel: "¿Que es un judío? ¿Somos una comunidad nacional, religiosa o cultural?" Pero esto es algo que podemos dejar a un lado. Coincido con Irving Feldman⁹, quien escribió recientemente que vive en una "comunidad que se extiende en el espacio y el

⁷ *l'Esprit*, París. 1958, pág. 11.

⁸ *Faces of the Truth*, Nueva York, 1961.

⁹ *Commentary*, abril de 1961

tiempo mucho más allá de mis propias circunstancias biográficas." A esto lo llama una "sociedad de imaginación".

También se plantea otro interrogante: ¿estos chistes son verdaderamente un material adecuado para la investigación psicológica? La respuesta es que no lo sabemos. Hay tratados sobre la filosofía, la sociología y la historia del humor judío. Pero, que yo sepa, no hay hasta ahora libro alguno sobre su psicología. Un estudio piloto como el que me gustaría presentar equivaldría a la exploración de un medio desconocido.

Un último problema: ¿Es posible que el conjunto de los chistes judíos constituya una fuente suficientemente rica como para promover nuevos descubrimientos psicológicos? Estas humoradas son un producto natural de la imaginación y la actividad intelectual del pueblo, respetan sus alegrías y amarguras, revelan lo que aprecia y lo que repudia. Resulta lógico suponer que la investigación de estos chistes sacará a luz significativas vivencias psicológicas. Los estudiosos que sólo prestan atención a la faz consciente de los fenómenos se ocuparon de la psicología del humor judío, pero únicamente en forma superficial, de modo que esto no debe desanimar a los psicoanalistas.

Nosotros trabajamos en otra región, la de los recovecos del mundo interior. No nos preocupa que los chistes y anécdotas no formen el núcleo de la actividad intelectual judía y que estén relegados a lo marginal. ¿Freud no dedicó acaso su atención a subproductos de la conducta humana, como lo son los sueños y los deslices de la palabra y de la pluma? Como dijimos en cierta oportunidad, el psicoanálisis está "acostumbrado a desglosar circunstancias secretas y ocultas de los detalles que no se toman en cuenta y se pasan por alto, de lo que podríamos llamar la pila de desperdicios de nuestra observación"¹⁰. Los chistes judíos pertenecen también al área de la "pila de desperdicios" en la que con frecuencia se encuentran cosas extrañas. Los franceses lo dicen en un proverbio: *"Le Bon Dieu est dans les details"*.

Sea que triunfe o fracase en mi investigación, estoy convencido de que un estudio del carácter del humorismo judío agregará una nueva dimensión a la comprensión psicológica del pueblo que lo engendró. Al igual que los abanicos, estos chistes, además de brindar un fugaz consuelo a sus redactores y escuchas, tratan de revelar ciertos pensamientos y emociones y de disimular otros; también ellos aspiran a atraer y a mantener alejada a la gente. Quizá ocultan ciertos detalles a los mismos judíos.

Los chistes que citaremos se parecen a las inscripciones y dibujos hallados en los pliegues de los abanicos. Fueron seleccionados con el único propósito de estudiar la psicología del humorismo judío. Lo que sigue es, en consecuencia, un examen de los diversos grupos de chistes judíos, similar al examen de las inscripciones que aparecen en los pliegues de los abanicos.

¹⁰ *Collected Papers*, Vol. IV, pág. 271.

CAPITULO II

EL ALCANCE

OBSERVACIONES PRELIMINARES

Los párrafos siguientes están agrupados según los tópicos a que se refieren. Presentan un relevamiento de los temas centrales de los chistes judíos; algunos de ellos son encarados en forma de ensayos, en tanto que otros son comentados superficialmente en unas pocas líneas, que en ciertos casos escasamente superan la magnitud de una mera nota. Esta desigualdad en la consideración responde a varios motivos: Algunos grupos de chistes -las anécdotas de *Schadjén* y *Schnorrer*, por ejemplo- han sido tratados con tanta frecuencia que no es necesario analizarlos en detalle. Otros tipos de chistes no han sido estudiados desde el punto de vista psicológico en la medida en que lo merecen. En este trabajo me ocuparé de las facetas más descuidadas de los chistes judíos.

Otro factor que me impulsó a hacer hincapié en ciertas humoradas y a relegar otras a un lugar secundario, fue la cuestión de su sentido psicológico. Algunos chistes constituyen una fuente abundante de revelaciones sobre la vida emocional y mental del pueblo que los crea, en tanto que otros brindan resultados menos fructíferos. Tampoco se podría negar que hubo motivos personales que influyeron en la selección. Yo tenía más que decir sobre unos chistes que sobre otros, y también tenía que decir más de lo dicho anteriormente.

Este estudio de los chistes judíos por grupos, se diferenciará también en otros aspectos de muchos compendios de este tipo. No será una antología de cuentos, sino un análisis de los mismos. Lo que significa que la presentación de los diversos grupos de cuentos será seguida por comentarios y conclusiones psicológicas. Al analizar estos problemas, es a veces inevitable reiterar ejemplos ya mencionados. Su reaparición en un contexto distinto podrá en ocasiones dar la impresión de repetición; pero habrá de justificarla el hecho de que agrega aclaraciones retrospectivas.

En esta búsqueda de las propiedades psicológicas del humorismo judío, y en este análisis de las mismas, no me preocupan las diferencias de tiempo y lugar; estoy decidido a ir de un extremo de la tierra al otro, y desde el despertar del mundo hasta el presente. Los cuentos del *ghetto* ruso o polaco son tratados aquí en la misma forma que los chistes de Viena, París y Nueva York, y las anécdotas anónimas reciben el mismo trato que las ingeniosas ocurrencias de escritores modernos de fama. Mi tarea principal consistió en valorar la continuidad, o por lo menos la similitud, de las características psicológicas de los chistes judíos.

Si hubiese conocido un chiste sobre Adán y Eva hecho aproximadamente en el año 850 a. C. por uno de los relatores de la leyenda, no habría titubeado en asentarlos junto a la humorada que George Jessel lanzó el otro día en el banquete de los Bonos Israelíes en Londres. Jessel, que en esta oportunidad era el invitado de honor, escuchó atentamente al presidente de la institución, quien describía y elogiaba con entusiasmo los éxitos de Israel en el cultivo de las zonas áridas. Por primera vez desde el día de la creación -afirmó el presidente- crecen manzanas en algunas regiones del país. Al hablar a continuación, el incorregible George Jessel preguntó, disconforme: "¿Quién dice que nunca tuvieron manzanas? ¿Qué fue lo que mordió Adán... un «pickle»?".

EL ALCANCE

Al preparar este libro tuve que realizar desde luego algunos trabajos de investigación, parte de los cuales consistieron en revisar unas cuantas colecciones de chistes judíos. Al leer los cuentos típicos ("Dos judíos se encontraron en la calle y...") experimenté súbitamente la impresión de que eran monótonos y cansadores. (Un cuento refiere que Caín mató a Abel porque éste le había contado a su hermano un chiste que él conocía desde su infancia). Inmediatamente después recordé una obra que había visto más de cuarenta años en el teatro de Reinhart, en Berlín. También encontré un artículo semiolvidado que había escrito muchos años más tarde sobre esa obra, y al leerlo revivieron en mí las difusas impresiones de la representación.

La obra en tres actos se llamaba "Los judíos" y había sido escrita por un autor ruso que yo no conocía: Eugen Tschirikow. Describía la vida en una colonia judía de Rusia septentrional a comienzos de este siglo. Sólo recuerdo vagamente el argumento y los personajes, que tenían muy pocas cualidades propias. Transcurría en la vivienda y el taller del relojero Leiser Frankel. Muy pronto se quedaría solo el anciano. Su hijo había ingresado al partido socialista e iba a partir, en tanto que su hija se había convertido en la amante de un estudiante cristiano. La lucha entre las generaciones era tanto más amarga cuanto que los sentimientos familiares son en el *ghetto* más profundos y tenaces y el vínculo entre los miembros de la familia es muy íntimo.

Mi memoria, que siempre fue más auditiva que visual, sólo puede revivir una única imagen nítida: la del momento en que llega la noticia de que ha estallado un *pogrom* en las aldeas vecinas. Conservo la violenta impresión de las escenas finales: los gritos de la turba fanática, el murmullo creciente que se convierte en el rugido de las fieras, el miedo cada vez mayor de los judíos que están en el taller del viejo relojero. La multitud entra como torrente que destruye y mata. La joven hija es violada y muere, y los hombres son asesinados. Por fin, cuando todo está completamente destruido, llegan los cosacos y dispersan a la turba criminal.

Sólo la impresión de las últimas escenas de la obra sobrevivió durante más tiempo. Sus protagonistas casi no son seres humanos vivientes. Ahora aparecen más bien como tipificaciones, como personajes teatrales estereotipados. Hay una joven dulce pero de recia voluntad. Ama a su padre, pero debe causarle pena y dolor. Está el hijo, que se dedicó a la causa revolucionaria y fue expulsado de la universidad. Hay un médico liberal que siguió siendo religioso; hay un maestro de escuela, cansado y enfermo, que se aferra al sionismo y lo defiende con la misma pasión con que el hijo y sus amigos defienden el programa socialista. En mi memoria no subsiste ninguno de los fogosos argumentos ni de las discusiones a que se entregaron todas estas personas. Si los discursos de estas figuras judías encerraban algún mensaje, a mi se me

escapó como si fuese irreal y estuviese fuera de lugar. En una visión retrospectiva las polémicas de los tres actos me parecen tan oscuras como los personajes de la obra. No habría sucedido lo mismo si ésta hubiese sido algo más que una eficaz pieza teatral toscamente armada. Era la obra de segunda categoría de un autor que sabía crear algunos fuertes efectos dramáticos.

¿Qué sobrevive en mi memoria, además de los lineamientos del argumento? ¿Qué surge de la oscuridad, qué palabras siguen resonando cuando recuerdo la representación? Sólo unas pocas frases y los silencios posteriores; nada más. Pero en contraste con toda la cháchara de la obra, estas frases no han sido escritas por un autor del montón: se basan en la experiencia, fueron percibidas no sólo por el oído, sino también por el corazón.

Hay una escena en la cual el hermano del relojero, Aaron Frankel, que ha venido de visita desde una aldea vecina, está conversando con la muchacha. Esta le cuenta a su tío que ella y su hermano han sido expulsados de la universidad porque participaron en tumultos socialistas. "¡Ay, ay, ay" -exclama Aaron-, siempre fuiste una chiquilla tan tranquila!" La bonita sobrina le asegura que sigue siendo una muchacha tranquila, pero el tío responde:

-Será mejor que te cases. Entonces tendrás hijos y a tus propios rebeldes entre manos.

En la misma escena le cuenta el tío lo que sucede en su pueblo. Cada ciudad y cada aldea tiene su *ghetto*. Los judíos sólo pueden vivir dentro de sus límites. Vegetan en este estrecho distrito. Es cierto que los judíos están sumidos en la pobreza, "pero, gracias a Dios, tienen muchos hijos".

La gran cantidad de niños hace que las viviendas resulten insuficientes. El cementerio judío se extiende hasta la ciudad. Los habitantes concibieron la esperanza de poder comprar tierras para establecer un nuevo cementerio fuera de ella. Pero las autoridades no lo permiten porque esta nueva propiedad ampliaría la superficie del *ghetto* estipulada para los judíos. Los funcionarios deciden que el judío muerto

también debe ser considerado parte de la población. Los judíos realizan esfuerzos desesperados hasta que finalmente el ministro cede y permite la compra de tierras para sepultar a los muertos. Entonces surge un nuevo obstáculo. El cementerio debe tener un cuidador. Pero como es lógico, éste debe ser judío. Ningún judío puede vivir fuera del *ghetto*. Alguien que escucha el informe de Aarón exclama:

-Queda una sola solución: designen cuidador a un judío muerto.

La situación provoca, sin embargo, otras dificultades. Las autoridades no permiten la permanencia de un cuidador judío en los terrenos del nuevo cementerio. Ni permiten tampoco que los judíos entierren a sus muertos en el cementerio viejo. Fundan la prohibición en motivos sanitarios. La frase que Aarón Frankel pronuncia a continuación y su acento judío resuenan aún en mis oídos: "Pero los judíos no pudieron seguir esperando y uno de ellos se tomó la libertad de morir".

Sólo recuerdo otra escena hacia el final del primer acto, y luego, nada más que la caída del telón. La escena se desarrolla en el taller del relojero, un sótano con techo bajo. Cubren las paredes relojes de todas clases, grandes y pequeños, viejos y nuevos. A todo lo largo de la escena se escucha el incesante tic-tac del péndulo, cada vez que hay un momento de silencio. En el cuarto tiene lugar una discusión. El hijo de Leiser Frankel y su amigo gentil argumentan apasionadamente que sólo las enseñanzas de Carlos Marx pueden brindar una solución al problema judío. Por su parte, el maestrillo neurótico insiste en que el sionismo representa el único camino que les queda a los judíos. En la polémica, que se convierte en una acalorada disputa entre esas personas exaltadas e irritables, se esgrimen argumentos inteligentes y tontos. De las alusiones indirectas se deriva a los ataques fogosos, de las ironías sutiles a los insultos iracundos y groseros. El maestro fanático pasa de la risa a los sollozos histéricos. De pronto, todos los relojes del taller, uno después de otro, empiezan a dar las doce. El silencio que sigue a continuación es interrumpido por la voz serena del anciano relojero, Reb Leiser. Este se yergue en el centro del cuarto, y con su larga barba blanca y las cejas alborotadas parece un patriarca bíblico.

-Desde hace diez años -comenta-, deseo que todos mis relojes den la hora simultáneamente, en el mismo momento. Pero esto no sería posible nunca. Se parecen a los seres humanos... no pueden entenderse.

El hecho de que ésta fuese una obra mediocre, una especie de éxito circunstancial sin grandes valores humanos o artísticos, explica que no haya sobrevivido y esté casi olvidada. Se explica, por otra parte, que la pieza perdiese su impacto en una época que presencié las torturas y el asesinato de seis millones de judíos. ¿Por qué no me causó una impresión más profunda esta obra sobre la destrucción de los judíos, ligados a mí por la sangre y la fe? ¿Por qué el efecto inmediato de la representación se disipó con tanta rapidez? ¿Dónde está la reacción retardada que sobrevive a la emoción de las escasas horas pasadas en el teatro?

Creo que está allí, conservada en el recuerdo de esos pocos comentarios ingeniosos. Las emociones provocadas por la obra ya no quedaron ligadas a su argumento, sino que fueron inconscientemente transferidas a estas frases que mi memoria retuvo como si contuviesen lo más valioso de aquello que el autor tenía que decir. La atracción personal, el *tua res agitur* se desconectaron de los acontecimientos trágicos presentados en el escenario y se desplazaron hacia los detalles humorísticos de la experiencia. Todas las profundas emociones despertadas en nosotros se concentraron en algunas frases pasajeras de los diálogos de aquel primer acto. No puede ser casual que la carga emotiva se traslade de lo trágico a lo cómico. Esto significa que el centro de las emociones ha cambiado, pero no revela una disminución de su intensidad.

Los personajes me conmueven más con sus chanzas que con sus acusaciones y lamentos. Mientras los vemos confortarse en determinada forma, nos parecen marionetas, agitadas aquí y allá por la mano omnipotente del destino, que finalmente las deja caer. Pero cuando bromean, los muñecos se convierten en seres humanos. Jehová le ha prohibido al judío de nuestros tiempos expresar sus experiencias trágicas en una forma que conmueva a un mundo hostil o, en el mejor de los casos, indiferente. Pero al conferirle al judío el don del humorismo, su Dios le otorgó el poder de hablar acerca de lo que sufre.

Me parece que la transferencia emocional no está restringida a este caso particular, sino que tiene un significado general y se le puede seguir la pista hasta encontrar una pauta conocida. Esta transferencia efectiva moldea el humorismo judío y le concede una cualidad (que pasó casi completamente inadvertida y es por ello tanto más notable). Con frecuencia la vida es trágica, pero su angustia se refleja muy claramente en las bromas. No, no es casual que hayan cruzado por mi cerebro unas pocas frases humorísticas en lugar de las terribles escenas del *pogrom* descrito en la obra, porque son estas frases las que contienen la quintaesencia del drama.

Estas pocas frases, que surgen de las profundidades de un destino único entre los pueblos, nos ofrecen ciertas claves para lograr una penetración psicológica en la naturaleza del chiste judío. En los mejores ejemplos de este tipo de humor, detrás de la fachada cómica aparece no sólo algo serio, que también está presente en el humor de otros pueblos, sino el horror desnudo. La transferencia emocional inconsciente que creó el humor judío y se prolongó como una de sus características definidas y distintivas, se repite en el escucha y determina su profundo efecto emotivo.

Los ejemplos tomados de la obra de Tschirikow no han sido elegidos por su significado típico ni por su valor estético. Sin embargo, pueden representar vastas categorías del chiste judío, y definen quizá su alcance. El consejo que el tío le da a la muchacha para que se case en lugar de intervenir en los tumultos socialistas es, por su significativa alusión ("Tendrás hijos y a tus propios rebeldes entre manos"), un delicioso ejemplo de humorismo familiar de los judíos. Antes de la Segunda Guerra Mundial, éstos constituían en Europa Oriental un grupo cultural y social unificado, con una firme y perdurable solidaridad familiar. Los chistes y comentarios ingeniosos del tipo de los que hacía Aarón Frankel brotaban en la vida cotidiana y se desvanecían junto con el día.

Las observaciones cordiales y burlonas de este tipo encontraban su terreno más fértil en la atmósfera hogareña, y se extendían con fre-

cuencia mas allá de los límites de la vida familiar, porque los judíos de todos los países formaban una única y gran familia. Las alusiones indirectas, los chistes y los comentarios ingeniosos se fusionan fácilmente los unos con los otros y frecuentemente es imposible distinguirlos entre sí. La familiaridad demostrada en estas bromas es un reflejo de la confianza mutua y de la buena voluntad entre las personas. Este tipo de chiste judío es de espíritu mundano e ilustra las modalidades de la naturaleza humana. En este caso la familiaridad no engendra desprecio sino simpatía y generosidad. Mucho después de habernos sonreído por uno de estos chistes, percibimos su profundidad. Tampoco es casual que las humoradas de este tipo se refieran a la vida en el ámbito familiar.

Tomemos la historia de Aarón Frankel sobre el incidente del cementerio en el *ghetto* de su aldea. Nos enteramos de la decisión superior de no enterrar a los muertos fuera del *ghetto* ni dentro de su viejo cementerio. Viene luego el amargo comentario de que un pobre judío imposibilitado de esperar el desenlace del pleito tuvo la osadía de morir. Veamos un ejemplo de otro tipo: el del sentido sarcástico del humor judío. El *pathos*, en su sentido griego original de sufrimiento, se invierte aquí y encuentra su expresión en una mueca de burla y rebeldía. Aquí habla Ahasvero, el eterno judío errante, y luego se calla. Sabe que para él no hay paz sobre la tierra ni -en este caso- debajo de ella. No hay descanso para él, ni siquiera en eso que la tradición judía designa eufemísticamente como "el buen lugar". Aarón Frankel murmura al pasar un comentario irónico y se encoge de hombros. No grita a voces su indignación ni embiste furioso y desesperado. Sin embargo, su humor sarcástico hiere con la precisión de una espada y esgrimido con la poderosa mano del odio. Es la misma ironía que castiga en las palabras de los profetas bíblicos y que se percibe en la prosa y la poesía de Heinrich Heine y en los libros de los escritores judíos hasta nuestros días.

Tomemos esa escena del primer acto de la obra: un instante de silencio, después de los argumentos vibrantes, apasionados, de los fanáticos, y luego de la estridencia de los exaltados. Los relojes empiezan a dar las campanadas y el viejo Reb Leiser se pone de pie, y señalándolos,

enuncia con voz serena sus memorables palabras. Ya no habla la fuerza del odio, sino el poder del amor. Cuando se rompe el silencio el anciano relojero explica que durante años ha tratado de armonizar todos los relojes, pero en vano, porque al igual que los hombres que no pueden entenderse, no es él el único en hablar. En este hombre tocado con una túnica parecen revivir sacerdotes y profetas, sabios que a lo largo de muchos siglos indagaron las leyes del destino humano. Sus tres frases sencillas, su símil aparentemente chistoso, cubren el abismo de dos mil años que nos separa del proverbio de los Padres y de las palabras de Isaías. No habíamos dejado de sonreír cuando empezamos a sentir una turbación creciente. A partir de una broma de la vida diaria nos sentimos transportados al reino de lo inmortal. Un trivial fragmento de melodía resuena hasta convertirse en una música eterna. En unas palabras pronunciadas con espíritu superficial e intrascendente, palabras que suenan como una chanza y fueron concebidas posiblemente como tal, están enunciados el ansia y el dolor esenciales del hombre. En este tipo de humorismo judío hay algo que nos impulsa a la reverencia.

Es el humorismo en la sabiduría y la sabiduría en el humorismo, lo que los judíos han rescatado, generación tras generación, de la experiencia de sus propias vidas y de las ajenas. Hallamos aquí la voz que resonó en muchos pasajes del Talmud y de los comentaristas rabínicos, en los símiles, leyendas y parábolas de la *Halajá* y en los relatos de los *jasidim*. No hay una diferencia esencial entre las ingeniosas comparaciones del tipo de las que hace Leiser Frankel y los hondos pensamientos de los sabios judíos, provenientes del rico acervo de la antigua experiencia. Un niño le preguntó a Rabí Mendel Kotzker: -¿Dónde habita Dios?- Y el rabino le respondió: -Dondequiera El sea admitido.- En los epigramas de este género está presente el mismo espíritu que emana de los comentarios del anciano relojero Reb Leiser.

Si se echa una mirada retrospectiva a estos ejemplos de la amable broma hogareña y a los ejemplos de las categorías de humor judío amargamente sarcástico, profundo y mundano, se obtiene un claro panorama del alcance de este tipo de humor. Y se torna comprensible al

mismo tiempo la dinámica emocional de la transferencia inconsciente. ¿Qué expresan sutilmente estos chistes, sino precisamente las mismas cosas que trataba de presentar en vano la obra llevada a escena, con sus efectismos brutales? Naturalmente, nos sentimos conmovidos cuando, al terminar la pieza, una tempestad de pillaje, asesinato y destrucción barre con todo lo que esos pobres judíos tenían por suyo. Pero la tragedia es más patética en sus matices de humorismo. La noticia de que tantas o cuantas personas fueron asesinadas durante un *pogrom* nos llena de cólera, repugnancia y desesperación. Lo que se dice en estos chistes nos sacude hasta las raíces y no puede olvidarse.

Aarón Leiser cuenta la historia del cementerio, la odisea tragicómica de una minoría pobre y perseguida, acorralada en un minúsculo rincón de la vida despojada hasta de un puñado de tierra al morir. La tragedia se nos presenta con mayor precisión en este incidente que en la cruenta y tronante escena del *pogrom* final. Un relato como el del cementerio repercute durante más tiempo y con mayor nitidez que el tumultuoso rugido de la turba salvaje que penetra en las casas del *ghetto*.

El tío experimentado le aconseja a la joven que engendre hijos y que olvide así, con los rebeldes en su propia casa, la necesidad de sublevarse contra el Estado. Sus comentarios, tan humanos y tan humorísticos, expresan el carácter efímero de los movimientos más claramente que los debates fogosos que se desarrollan en las escenas siguientes de la obra. Sus advertencias sugieren una noción de los valores auténticos de nuestra vida personal y del significado de las fuerzas que rigen el destino de todas las generaciones. ¿Es tan importante rebelarse contra el orden y la forma de gobierno, contra la insolencia de los funcionarios? ¿Es tan importante derrocar el régimen, reemplazarlo por otro, si después que todo haya sido dicho habrán de seguir nuestras vidas describiendo el mismo pequeño círculo de alegrías y penas?

Es indudable que la comparación establecida por Reb Leiser entre los relojes y las personas no tenía ningún propósito altisonante, pero se eleva y alcanza un ritmo solemne. Encierra una referencia tácita a la fugacidad de nuestra permanencia sobre la tierra, y nos revela lo absur-

das que son nuestras pequeñas disputas por cuestiones que en nuestra imaginación aparecen como irreconciliables. Cada uno de los relojes que el anciano ha tratado en vano de armonizar con los restantes está convencido acaso de la infalibilidad de su hora y menosprecia orgullosamente a los otros. Sin embargo, no pasará mucho tiempo sin que los mecanismos de todos ellos se detengan. Para los relojes, igual que para los hombres, al final llega el silencio.

En estos ejemplos de humorismo judío una espesa sombra cae sobre el brillo de las palabras. La burla usurpa el reino de la tragedia. Los dominios de lo cómico son tan vastos como los de lo trágico, y en el humorismo judío son aún más vastos porque abarcan lo desesperado, lo catastrófico. Donde alguna vez hubo lamentos, ahora hay risas.

MULTIPLICIDAD DE IDIOMAS

Hasta hace pocos años el ingenio judío no tenía cabida en los grandes medios de difusión. Estaba restringido al judío y podía considerárselo poco menos que una especie de comunicación tribal. Los chistes eran contados por un judío a otro judío, sin tomar en cuenta el auditorio gentil. Amén de ciertos motivos psicológicos que vedaban el referir tales historias a los gentiles -motivos a los que no haremos referencia aquí-, se presentaba el obstáculo casi insuperable de la barrera idiomática. La generalidad de los chistes judíos son narrados en *ídish*, que la mayoría de los gentiles no hablan ni entienden. (Desde luego, hay excepciones. Un periodista vienés gentil hablaba un *ídish* tan perfecto que lo tomaban frecuentemente por judío. Cuando otro de sus colegas se burló de él en cierta oportunidad por su aptitud para el *ídish*, le contestó: -Yo puedo, usted debe).

Pero como ahora se oyen tantos chistes judíos en la radio, la televisión y el teatro, el público aumentó rápidamente, sobre todo en Norteamérica, en tanto que ciertas locuciones dialectales han sido absorbidas por el lenguaje diario y familiar norteamericano. En la actualidad los gentiles utilizan liberalmente términos como *meshugue*, *shmuck*, etc.

Más aun, tales palabras se han abierto paso en el vocabulario de revistas y diarios e incluso en obras literarias. Cuando llegué a los Estados

Unidos en 1938, leí la crítica de una opereta en la que se comentaba que las melodías tenían *schmalz*. Pues bien, la palabra alemana *schmalz* significa "grasa". No es el término que se emplea para caracterizar una melodía emocionante, lánguida o dulce. Es como si uno hablase de una melodía "chorreante". En alemán se emplea el adjetivo *schmelzend* ("que se derrite") para describir la naturaleza de esta melodía. La palabra *schmalz*, utilizada en este sentido, ha sido tomada sin duda alguna de la jerga del *ídish* norteamericano, y no del alemán.

La distorsión del idioma alemán fue a veces tema de mofa para los escritores judío-alemanes. Por ejemplo, el satírico vienés Karl Kraus se burló en cierta oportunidad de una de las primeras convenciones sionistas, reunida en Bad Ischl, cerca de Salzburgo. Refiriéndose a los judíos que participaban en tal convención y conversaban a orillas del Ischl, transformó el comienzo de una canción de Schubert: "*Ich hort ein Bächlein rauschen*" ("Oí murmurar a un arroyo"), en "*Ich hort ein Bächlein mauschen*", para indicar que las conversaciones tenían lugar en *ídish*¹¹.

Como es lógico, las frases en *ídish* predominan en los relatos humorísticos y cómicos judíos, pero a veces se infiltran en ciertas conversaciones y cartas de los grandes escritores judeo-alemanes. Aquí mencionaré sólo dos ejemplos representativos: Heinrich Heine y Sigmund Freud. Nadie cuya lengua natal sea el alemán y que haya realizado un estudio literario de las obras de estos dos hombres, podrá negar que eran magníficos estilistas.

En el caso de Heine, los críticos literarios han señalado que aun ciertos pasajes de su prosa tienen una entonación *ídish* característica. Incluso en sus primeros escritos se pueden descubrir rastros de antiguas formas lingüísticas, y una confusión de casos gramaticales y una falsa sintaxis que son propias del *ídish*. Especialmente cuando el escritor habla *en pantoufles*, aparece, como lo observó hace poco tiempo un historiador literario, una "intensa coloración" de su lenguaje familiar

con palabras hebreas y judeo-alemanas¹². "Heine empleó con fruición estas palabras hasta el final, en sus cartas a la madre, a su hermano, a su hermana y a ciertos amigos judíos". Estas circunstancias deben ser diferenciadas de otras, en las cuales el poeta emplea la fraseología hebrea o judía para lograr efectos humorísticos.

Citaré un solo ejemplo, particularmente significativo, de las cartas de Sigmund Freud. Y he aquí una historia que es necesario comprender, para poder valorar esta carta que me escribió Freud. El pastor doctor Oskar Pfister, que era uno de los más fervientes adictos a Freud en Suiza, había publicado un artículo sobre psicoanálisis en la *Theologische Literaturzeitung*, en 1914. Yo escribí una crítica a esta nota para el *Zentralblatt für Psychoanalyse*. En mi artículo hice algunos comentarios sarcásticos respecto a Pfister, quien se dedicaba a explicar a sus lectores que el psicoanálisis no se ocupa sólo de los impulsos agresivos y sexuales, sino también de las tendencias morales inconscientes. Sandor Ferenczi, editor del *Zentralblatt*, le mostró el manuscrito de mi nota a Freud, quien lo leyó. Las observaciones críticas que Freud hace en la carta que me envió, se refieren a una frase familiar francesa que yo había utilizado en mi artículo. Este es el texto de la carta de Freud, fechada en Karlsbad el 24 de julio de 1914¹³.

"Estimado Señor doctor:

Su necesidad de crítica despiadada quedó satisfecha en mi conversación con Ferenczi, durante la cual acusé a Ud. de cometer varios deslices en su artículo. El "*à qui dites-vous ça*" es una broma judía demasiado buena para esos Goim, y causa mala impresión. Naturalmente, estoy de acuerdo con el contenido de su crítica.

Le pregunté a Pfister por su artículo en la *Theologische Literaturzeitung*; entonces recibí la nota, y la carta adjunta. Por favor,

¹¹ En el folleto *Eine Krone für Zion*.

¹² Hugo Bieber. *Heinrich Heine*, Filadelfia, 1956, pág. 49.

¹³ Citado con autorización del editor, Farrar, Straus and Cudahy, de mi libro *The Search Within*, Nueva York, 1956, pág. 637.

devuélvame la. Quizás ella lo decidirá a ser más comprensivo en su crítica al alma del pobre pastor que vacila entre el cielo y el infierno.

Saludos afectuosos, Freud".

En la carta de Freud hay dos detalles que nos interesan para el tema en discusión. El primero es la expresión *Goim*, que significa, como es natural, no-judíos. Estas expresiones en hebreo e *ídish* aparecen en las cartas de Freud muy espaciadamente, tan sólo en su correspondencia con parientes y amigos. El otro detalle es la presentación de la frase francesa "*a qui dites-vous ça*" como un chiste judío. ¿Lo es en realidad? Ya volveremos sobre este punto. Por ahora seguiremos abordando otros problemas interesantes que se plantean aquí.

Hablando con propiedad, los chistes judíos impresos están incompletos. En realidad hay que oírlos y verlos. Su transmisión no es sólo verbal. Los gestos y la expresión del rostro, así como la modulación de la voz del relator, son partes esenciales de la narración. Estas anécdotas no son sólo contadas, sino también representadas, y cuando se habla de su lenguaje, hay que pensar también en esos factores externos. El poeta Nono, que vivió en la época de Teodosio, comparaba los gestos con el lenguaje y decía de las manos que son bocas y de los dedos que son voces.

El factor lenguaje aparece en un enfoque distinto cuando pensamos en un ejemplo representativo como el siguiente: Un médico que había sido requerido para asistir a la baronesa Feilchenteld en el parto inminente, anuncia que aún no ha llegado el momento crítico. Le sugiere al barón que jueguen un partido de cartas en la habitación vecina, mientras esperan. Después de un rato llega hasta los hombres el grito dolorido de la baronesa: "*¡Ah, mon dieu, comme je souffre!*" El esposo se incorpora de un salto, pero el obstetra lo tranquiliza: -No es nada; sigamos jugando. Un poco más tarde vuelve a oírse a la parturienta: -¡Dios mío, qué dolores! El esposo quiere correr junto a ella. El médico insiste: -No, aún no ha llegado el momento. Por fin, llega desde el cuarto contiguo el

grito: -¡Ay-ay-vei-iz mir!". El médico abandona apresuradamente las cartas y exclama: -Ha llegado el momento.

Freud, que analizó esta anécdota en su libro sobre el humorismo, señala que el dolor del parto hace que la naturaleza original de la mujer se abra paso a través de las capas de su educación. Los cambios sucesivos de su grito ofrecen la clave de este proceso. La transición del francés al *ídish* en los gritos nos interesa aquí porque el retorno a la lengua materna o al dialecto primitivamente hablado, restaura la atmósfera emocional de la infancia y barre con toda superestructura.

El humorismo judío utiliza la mezcla y confusión de idiomas para lograr su efecto también en otra dirección. Cuando el descendiente del último Kaiser Karl de Austria vivía en Nueva York, esperaba que volvieran a convocarlo como emperador de Austria o Hungría. Un humorista judío de Nueva York bautizó al pretendiente como el "Quizásburgo"*. Recordando la Austria de preguerra, vuelve a la memoria un juego de palabras en el cual el nombre alemán es transformado por una expresión judía. En la época en que Viena era todavía un centro cultural y la sede de una *élite* intelectual y artística, la duquesa Paulina Metternich desempeñaba un importante papel en la sociedad. Aristócratas y artistas se reunían en su salón y formaban un círculo encantador que refulgía espectacularmente. Una dama que estaba mucho menos dotada para esa emocionante actuación social, pero que trataba de competir con la duquesa, fue apodada "Metternebbich" por los judíos vieneses (*nebbich*: digno de compasión).

En algunas anécdotas judías los personajes confunden el significado de palabras alemanas o francesas con expresiones en *ídish*. Como consecuencia, estos errores sirven para demostrar con intención satírica la falta de educación o conocimientos de las personas que son blanco de la broma. Estos errores o equivocaciones involuntarios difieren considerablemente de aquellas bromas en las cuales los nombres o las palabras son transformados y distorsionados para exponer a ciertas personas a la

* En inglés "Perhapsburg", en lugar de "Hapsburg". (N. del T.).

burla. Un ejemplo de esto: el protagonista de la obra *Der Spiegel-mensch*, de Franz Werfel, representada en el Burgtheater de Viena, tenía el nombre tracio de Thamal. Karl Kraus, al comentar el drama, escribió que no le gustaba ese *Unthamal*. (*Tam* es una palabra hebrea: "sabor". Por lo tanto *Unthamal* significaría hombre insípido).

III

No hace mucho tiempo, leí el interesante libro *The Wandering Jew*, de Moncure Daniel Conway, que sigue hasta sus fuentes la leyenda del Judío Eterno¹⁴. En él, se informa que en 1547 el obispo Paulus von Eizen vio la misteriosa figura de Ahasvero en Hamburgo. "Cualquiera fuese el país en que entraba, conocía el idioma de inmediato. En esa época hablaba la lengua sajona como si hubiese nacido allí. Unos funcionarios alemanes también encontraron al zapatero judío que había estado presente durante la crucifixión de Cristo y que vagaba incansablemente por muchos países. Les asombró oírle hablar en perfecto castellano, así como en alemán. Un turco le comunica a un amigo que se ha encontrado con Ahasvero en 1644: -Un día tuve la curiosidad de discutir con él en varios idiomas y descubrí que dominaba todos los que yo conocía.

Mis pensamientos me conducen por un extraño desvío a una sesión de psicoanálisis que había tenido lugar el día anterior. El paciente, un judío holandés de edad intermedia, muy inteligente, me dijo: -¡Qué agradable es saltar de un idioma a otro y ser entendido! El psicoanálisis se efectuaba en inglés, pero a veces el paciente citaba frases que había leído en francés o la letra de canciones vienesas. También insertaba con frecuencia palabras hebreas o utilizaba expresiones en *ídish*. En esta sesión en particular recordó algunas escenas de su infancia en Amsterdam y repitió un diálogo que había oído antes en su idioma materno. (El sabía que yo había pasado varios años en Holanda. En aquella época hablaba holandés mejor de lo que ahora hablo inglés, y si bien hacía mucho que no practicaba, entendí perfectamente lo que dijo).

Siguiendo el hilo de mis pensamientos, medité acerca de que casi todos los judíos son por lo menos bilingües, y hablan *ídish* o una jerga castellana además del idioma del país en que viven. El mismo *ídish* es esencialmente el idioma alemán medieval, con intercalación de palabras y frases eslavas, hebreas y arameas. El *ídish* es el idioma ideal para el humorismo judío y llama la atención que estos chistes sean narrados en una antigua lengua que en un tiempo fue alemana, y que los judíos mantuvieran una extraña lealtad al idioma del país que en una época consideraron su patria, a pesar de que los alemanes los sometieron a un terrible martirio tanto en la Edad Media como en los tiempos modernos.

Echando una mirada retrospectiva a la historia de los israelitas, uno se pregunta por qué adoptaban con tanta frecuencia una lengua extraña. Incluso después de la invasión de Palestina preferían el cananeo a su hebreo originario. El arameo, emparentado con el hebreo, idioma en el que fue escrita buena parte de la literatura posbíblica, era la lengua que hablaba Jesús. Se convirtió en el idioma vernáculo de su pueblo desde su exilio en Babilonia. A partir de entonces, los judíos adoptaron en sus migraciones de un país a otro la lengua del pueblo en cuyo seno vivían.

El hecho cierto es que en pocas oportunidades los judíos pasaban toda su vida en un país, y en cambio se convertían en refugiados una vez tras otra. Basta pensar en los genios judíos de nuestra época: Heinrich Heine, Karl Marx, Ludwig Borne, Sigmund Freud y Albert Einstein, fueron todos refugiados de Alemania. A raíz de sus migraciones, los judíos se hicieron muy versados en varios idiomas. Con frecuencia el ingenio judío aprovecha esta aptitud políglota para lograr un efecto humorístico especial. Al igual que el paciente cuyas palabras acabo de citar, el ingenio judío parece complacerse con estas transiciones casuales de una zona lingüística a otra.

A continuación presentamos un ejemplo de esta transición y de su intenso poder cómico. Los primeros versos de un poema de Heinrich Heine, que es quizá el mejor representante del ingenio judío, dicen:

¹⁴ Londres, 1881.

"Sterbend sprach zu Salomo
Konig David: *à propos...*"

"Ya moribundo le habló a Salomón
el rey David: *à propos...*"

El poeta logra el efecto humorístico al poner en boca del rey bíblico una frase francesa moderna.

SHLEMIHL CON UNA DIFERENCIA

I

Entre las palabras hebreas y judías utilizadas por los gentiles norteamericanos y alemanes, no hay que olvidar la expresión "Shlemihl". Hace más de un siglo, un poeta alemán introdujo esta palabra incluso en la literatura. Adalbert von Chamisso escribió la historia fantástica de Peter Schlemihl. El protagonista de esta novela es un hombre que perdió su sombra. ¿Cuál es el significado originario de la palabra hebrea *Shlemihl*? Según la definición de un experto¹⁵, se trata de una persona que "encara una situación de la peor forma posible o que es perseguida por una mala suerte derivada en mayor o menor grado de su propia ineptitud". En consecuencia, un *Shlemihl* es la víctima de su propia estupidez o simpleza.

Los eruditos remontan el origen de la palabra al nombre de un personaje que aparece en un relato bíblico (*Números*, 25). En él se cuenta que en Shittim, el pueblo de Israel empezó a fornicar con las hijas de Moab. Cuando el sacerdote Fineas vio esto, "levantóse en medio de la congregación y tomó una lanza en su mano. Y vino tras el varón de Israel a la tienda, y lanceólos a ambos, al varón de Israel y a la mujer, por su vientre... Y el nombre del varón muerto que fue muerto con la Medianita era Zimvi, hijo de Salu..."

Según otras fuentes, el nombre deriva del de un hombre que fue el infortunado protagonista de una historia medieval. Este hombre, She-

¹⁵ Herschel Revel en *Universal Jewish Encyclopedia*, Vol. IX, pág. 511

muliel, regresó a su hogar después de un año de ausencia, descubriendo que su esposa había dado a luz a un niño. El rabino decidió que el hijo era legítimo, en tanto que los vecinos tenían muchas dudas acerca de la paternidad. El hombre tuvo que aceptar la decisión rabínica, y se convirtió en el prototipo del *Shlemihl* que se enreda en situaciones complicadas de las que no puede zafarse.

El gran poeta hebreo-español Ibn Ezra (1092-1167) se vio expuesto a las vicisitudes de un destino tan desgraciado como el de cualquier *Shlemihl*. Llevado de un lugar a otro por la pobreza y el espíritu vagabundo, escribió este poema autobiográfico: "Si me dedicase a vender velas, el sol jamás se pondría; si vendiese mortajas, nadie se moriría...". Hay una línea directa que une estos versos de un poeta del siglo XII con las patéticas figuras creadas por Charles Chaplin y cuya morada está en el East End judío de Londres.

Al referirse a Ibn Ezra y otros poetas judeo-españoles, Heinrich Heine pensó en el *Shmelihl*, y compuso una ingeniosa variación del relato bíblico. En las *Melodías Hebreas*, el poeta explica que Israel fornicaba con frecuencia con las hijas de Canaán y que el sacerdote Fineas estaba enardecido por la caída del Señor. Pero según una tradición oral que circulaba entre el pueblo,

En realidad no fue a Zimri
A quien alcanzó la lanza de Fineas,
Sino que la mala suerte quiso que éste,
Ciego de cólera
Matase por azar
En lugar del pecador
A un inocente,
Llamado Schlemihl ben Zuria Schaday.
El, pues, este Schlemihl, el Primero,
Fue el antecesor de toda
La raza Schlemihliana. Somos descendientes
De Schlemihl ben Zuri Schaday.

Así remontó Heine el origen de la palabra a este Shlemihl, el Primero, cuyos descendientes fueron Ibn Ezra y otros poetas contemporáneos judeo-españoles, y, en último término, el mismo Heine.

II

Tevie el Lechero, uno de los personajes mejor logrados de Scholem Aléijem, dice en alguna parte: "Con la ayuda de Dios me morí de hambre". La mala suerte es atribuida aquí a la malquerencia divina, pero el *Shlemihl* sabe íntimamente que él mismo está colocado entre bambalinas para orquestar su propio destino. Sabe, con Heráclito, que el carácter de un hombre determina su destino. Muchos proverbios judíos hacen hincapié en la reiteración de la mala suerte, como si reconociesen que el *Shlemihl* tiene propensión a las desgracias. He aquí algunos ejemplos: "Cuando un *Shlemihl* mata un pollo, éste camina; cuando le da cuerda a un reloj, se para". O: "Se cae de espaldas y se rompe la nariz".

El psicoanálisis caracterizaría al *Shlemihl* como un personaje masoquista impulsado por un fuerte deseo inconsciente de fracasar y echar a perder sus posibilidades. En consecuencia, el *Shlemihl* es un tipo determinado, fácil de definir o caracterizar psicológicamente, y que se encuentra no sólo entre los judíos sino también entre los gentiles. Sin embargo, el hecho de que exista esta precisa denominación hebrea para este tipo parece apuntar en otra dirección. El significado del término *Shlemihl* no es idéntico al del "tipo de mala suerte" (*unlucky fellow*) inglés o al de "*Pechvogel*" alemán, porque la palabra hebrea incluye una calificación de ineptitud o candidez. EL proverbio antedicho parece implicar que el *Shlemihl* tiene un propósito inconsciente al organizar su mala suerte. Un proverbio alemán afirma: "*Jeder ist seines Gluckes Schmied*" ("Cada hombre es el forjador de su propia fortuna"). El *Schlemihl* es el arquetipo oculto de su desgracia. La frase irónica "Suerte judía" apunta a una generalización que escapa a los estrechos límites de un tipo de judío torpe.

III

No hemos olvidado que el objeto de esta recopilación y comentario de chistes judíos consiste en acumular material para la exploración psicoanalítica del grupo judío. ¿Los judíos son los *Shlemihls* entre las naciones? ¿Son, por así decirlo, la imagen colectiva de los *Shlemihls*? Cuando uno sigue su historia a lo largo de 4.000 años, siente la tentación de aceptar esta idea. ¿No parecería notarse acaso en su destino una secreta compulsión a repetirse? Se desplazan de un lugar a otro, de una nación a otra, y sus vicisitudes parecen seguir en todas partes el mismo curso. Son aceptados, trabajan para abrirse camino y muchos de ellos llegan a posiciones sociales elevadas, y hacen contribuciones notables y a veces extraordinarias a la civilización de las naciones que los han recibido y de todo el mundo. Entonces los alcanzan inevitablemente la expulsión, los *pogroms* y la aniquilación. Es como si estuviesen buscando los problemas y las tribulaciones, y los encontraran. Y esto no sólo vale para la historia sino también, para emplear una frase de Somerset Maugham, para el "eterno presente" de los judíos.

Si los judíos parecen ser por todo ello los *Shlemihl* entre las naciones, lo son con una notable diferencia. ¿No constituyen acaso la única nación que sobrevivió desde la remota antigüedad, no sólo con su nombre sino también con su sustancia? Es como si la férrea voluntad de vivir y mantener su existencia los impulsara a levantarse una y otra vez, igual que el perpetuo muñeco de una caja de sorpresas. Su número decrece, se los puede contar, pero no es posible suprimirlos.

El antiguo enfoque teológico mencionaba su "misión" en el mundo. Nosotros preferimos decir que tuvieron y tienen una función definida como catalizadores dentro del proceso civilizador. Considerábamos que el *Shlemihl* era un personaje masoquista, y efectivamente tiene todos los rasgos propios de este tipo caracterológico, incluyendo esa tendencia que en cierta oportunidad resumimos en la fórmula "Victoria por medio de la derrota"¹⁶: la irresistible voluntad de controlar un destino

¹⁶ En mi libro *Masochism in Modern Man*, Nueva York, 1941, pág. 427.

rebelde. A veces son arruinados quizá por el éxito, pero entonces los rescata el fracaso. Esta es la otra cara de la valiosa moneda.

Los judíos son los *Shlemihls* de la historia, pero con una diferencia: se aferran a la indestructible esperanza de que no siempre serán las víctimas humilladas de un destino cruel, y de que finalmente se transformarán en vencedores vengados.

EGOCENTRISMO

Un cuento judío refiere que un médico entra al cuarto de su paciente y le pregunta al enfermero cómo pasó aquél la noche. El enfermero responde: -El paciente estuvo intranquilo, tuvo 40 grados de temperatura y no pudo conciliar el sueño. Le puse una compresa. Al día siguiente el médico le repite la misma pregunta a otro enfermero, que esta vez es judío: -¡Oh, que mala noche pasé! es la respuesta.

El cuento no se limita a hacer contrastar el informe objetivo con el extremadamente subjetivo, sino que refleja el hilarante egocentrismo del enfermero judío. El hecho de que se refiera en primer término a su propio estado no excluye el que haya brindado la mejor atención al paciente. Lo único que demuestra es con cuánta ingenuidad expone sus quejas.

Este mismo egocentrismo sale a relucir en mucho mayor proporción en otros chistes judíos que se refieren, no al verdadero antisemitismo, sino al que se supone o se imagina que existe en el mundo circundante. Estas humoradas parecen satirizar la costumbre que tienen muchos judíos de olfatear el antisemitismo por todas partes, aun cuando no exista el menor motivo par experimentar tal desconfianza. Tales chistes implican una caricatura de la actitud de algunos judíos, pero tienen su razón de ser. Hay un amargo pasado contra el cual resaltan estos chistes. Los judíos son frecuentemente acusados y atacados en las circunstancias más absurdas, y no es extraño que ocasionalmente se sientan víctimas de la agresión en situaciones en las que no existen intenciones hostiles.

He aquí una historia demostrativa de este tipo. Un judío se encuentra con su amigo Itzik en el preciso instante en que éste sale de una estación de radio, y le pregunta:

-¿Qué estabas haciendo ahí adentro?

-A-a-ac-abo de s-soli-licitar u-un emp-emp-empleo, u-un nom-nom-nombram-m-m-miento -contesta Itzik.

-¿Solicitaste un empleo?

-S-s-sí -responde Itzik-, u-u-un emp-emp-empleo de l-lo-locutor.

-¿Y lo conseguiste?

Indignado, exclama Itzik: -N-n-no. e-e-es-esos ti-ti-tipos s-s-s-son to-to-todos a-a-a-antisemitas.

Esta actitud de desconfianza respecto del medio ambiente se manifiesta en forma exagerada o patológica en los tipos paranoides que creen ver en todas partes una actitud hostil o agresiva de los demás respecto de ellos. Los pacientes desarrollan ciertas nociones que la psiquiatría llama "ideas de referencia". Se imaginan que todos -a veces incluso los objetos inanimados- centran constantemente sus actos y palabras en la intención de lastimarlos, de degradarlos y de humillarlos.

Especialmente entre la vieja generación se manifiesta cierta actitud que se aproxima a una especie de idea de referencia colectiva. He aquí un ejemplo de la vida norteamericana, nuevamente tomado en broma. Al llegar a su casa, un niño le anuncia muy excitado a su padre: -Esta tarde los Yankees fueron derrotados por los Dodgers"* . Y el padre le pregunta: -¿Esto es bueno o malo para los judíos?

LOS CHISTES JUDÍOS Y LOS GENTILES

Ya dijimos que los chistes judíos eran esencialmente una especie de comunicación de grupo que en Norteamérica se transformó durante las últimas décadas en parte de la comunicación de masas, debido a que tantos cómicos judíos repetían sus chistes en la radio la televisión y el teatro. Este cambio es en sí mismo algo digno de ser destacado porque indica una nueva actitud hacia los judíos y su mentalidad.

En *El chiste y su relación con lo inconsciente*, publicado en 1905, señaló Freud que hay una diferencia entre los chistes de los gentiles y

* Los Yankees y los Dodgers son los dos equipos más famosos de béisbol profesional en los EE.UU. (N. del T.).

los que cuentan los judíos. Freud explica que los chistes que ridiculizan a los judíos son "casi todos brutales bufonadas en las cuales el humor es desvirtuado por el hecho de que el judío aparece como una figura cómica ante un extraño". Los chistes judíos también hacen mofa de las debilidades de su pueblo, "pero reconocen los méritos además de los defectos".

Sólo conozco algunas que otras opiniones o impresiones emitidas por observadores gentiles respecto al humor judío. Sin embargo, sería muy interesante averiguar cómo reaccionan los gentiles ante los chistes judíos y cuál es la actitud emocional que adoptan al escuchar las chanzas de este tipo. La conferencia de Robert Graves sobre *La sensación de ser un Goy* pronunciada en Tel Aviv y publicada en la revista *Commentary*¹⁷, es de carácter general y no se refiere a la reacción de los gentiles ante los chistes judíos. Y como limitamos nuestra discusión a este tema en particular, tenemos que eliminar del debate este interesante artículo del poeta inglés.

Otro estudio realizado recientemente por un psicoanalista gentil encara de modo específico este problema y contiene muchas observaciones psicológicas del tipo que nos interesa. Me refiero a la conferencia aún inédita de Martin Grotjahn¹⁸. Su título es: *El Psicoanálisis y el Chiste Judío: Una Contribución a la Comprensión del Masoquismo*. En otro lugar de este libro tendremos oportunidad de discutir sus enfoques científicos sobre la naturaleza de los chistes judíos. La actitud personal del autor se expresa claramente en los comentarios que hace en la introducción. El doctor Grotjahn opina que en la actualidad la población judía es tan sensible y está tan sensibilizada respecto al antisemitismo, que el no-judío que habla sobre los chistes judíos le resulta inmediatamente sospechoso. El personalmente no necesita defenderse contra

¹⁷ Mayo de 1959.

¹⁸ Pronunciada en el *National Council of Jewish Women*, en San Gabriel Valley, California, en febrero de 1960. La conferencia es una ampliación de un capítulo del libro de Grotjahn, *Beyond Laughter*. Nueva York, 1957.

el reproche de ser antijudío. Ya en Alemania se había identificado con sus amigos judíos y luego emigró a América. Al prologar de este modo su tesis psicoanalítica, desarrolla una teoría acerca del carácter psicológico del humor judío. Su enfoque es objetivo y científico, pero sus sentimientos básicos de simpatía hacia los judíos resultan evidentes. Ya volveremos al tema de su conferencia psicoanalítica.

Ahora preferiría referirme a dos tipos de reacciones frente al humorismo judío, expresadas ambas por gentiles. Una corresponde a un famoso escritor británico, la otra a un renombrado profesor alemán de sociología. Su yuxtaposición y contraposición presentan un cuadro interesante: Las impresiones transmitidas por los dos autores llegan en forma tan vívida y clara que, después de expuestas, no es necesario explicarlas. También reflejan un cambio en el concepto de los chistes judíos, determinado no sólo por la personalidad individual del observador, sino también por el hecho de que pertenecen a generaciones distintas.

En uno de sus cuentos, *El Maíz Ajeno*¹⁹, Somerset Maugham describe a un intelectual judío, Fred Robenstein, quien tiene una colección inagotable de chistes judíos, y por ser un buen mímico imita a la perfección el acento *ídish* y los gestos judíos. El autor inglés añade que el espectáculo era tan bueno como el de una representación teatral, porque el mismo Robenstein era judío e insistía en que el auditorio riese sin reservas, pero que por su parte él, el invitado gentil, no podía reírse sin una íntima sensación de incomodidad. "No me sentía muy seguro de un sentido del humor que se burlaba tan cruelmente de su propia raza".

Permitan que compare este comentario con la reacción de otro gentil frente al humor judío. En su prólogo a una reciente colección de chistes judíos²⁰, el profesor Carlo Schmid nos cuenta que conoció el humor judío después de la Primera Guerra Mundial. Tuvo la impresión de que los chistes sobre los judíos habían sido inventados por gentiles, porque no era posible que emanasen de judíos que conservasen aún su

¹⁹ En *Six Stories Written in the First Person Singular*, Nueva York, 1923.

amor propio. Los chistes de este tipo lo afectaron más tarde de manera distinta, porque percibió su sabiduría y melancolía. Entonces empezó a pensar que había que tomar estos chistes muy en serio. Algunos de ellos se inspiran sin duda en situaciones cómicas o satirizan la estupidez humana, pero en otros hay algo especial y específico. Estos son los que conducen a un terreno antes de llegar al cual se detienen los chistes de otros pueblos. Schmid apunta al contraste de la ley y la vida con sus creencias y necesidades, a la comprensión de que la vida tiene sus propias probabilidades que no coinciden necesariamente con sus realidades ni con las reglas que nosotros establecemos. Estos chistes reconocen y al mismo tiempo ridiculizan la creencia en el poder del pensamiento y afirman que una situación puede ser ocasionalmente transformada en su contraria. En algunos de ellos, el amor a la humanidad o la caridad triunfan sobre la rigidez de la ley. El ingenio judío demuestra una y otra vez que en un mundo al que se lo puede comprender mejor con las herramientas de la lógica, no siempre se pueden resolver las ecuaciones sin dejar residuos.

Cualquiera que sea la opinión sobre las formulaciones del profesor Schmid, es necesario admitir que significan un esfuerzo por obtener un conocimiento real y favorable del carácter del humorismo judío. Este esfuerzo por comprender las distingue de otros intentos de caracterización y va más allá de esa "íntima sensación de incomodidad" experimentada por Somerset Maugham.

El príncipe de Gales, que más tarde fuera el rey Eduardo VII, disfrutaba con los chistes judíos y se reía a carcajadas al oírlos. Compartía esta pasión con su amigo Lord Nathaniel Rothschild. Un biógrafo nos cuenta que en esa época la casa de los Rothschild era no sólo un gran centro financiero internacional, sino también un cofre repleto de chistes judíos²¹. Un noble prusiano, el barón von Eckhardstein, tenía orden permanente de recoger y asentar todos los buenos chistes, y de comunicarlos a los Rothschild, en New Court, "desde donde no tardarían en

²⁰ S. Landman, *Der Jüdische Witz*, Breisgau, 1960, pág. 9.

seguir su camino hasta Marlborough House", donde residía el Príncipe de Gales.

Si se desea medir el proceso psicológico seguido por los gentiles en la comprensión del humorismo judío, habría que recordar que no hace mucho tiempo dos eminentísimos hombres de ciencia negaron que los judíos tuvieran sentido alguno del humor. Ernest Renan²² afirmó que los pueblos semitas carecen de la facultad de reír, y Carlyle²³ manifestó que los judíos no dieron la más mínima muestra de humor en período alguno de su historia. Estos hombres, como tantos otros de su generación, no vieron que al igual que la abundancia y la felicidad, la miseria también tiene su alegría. Un proverbio judío asevera que *Leid macht auch Lachen* (El dolor también hace reír). Incluso un "scherzo". puede conmover en tono menor.

EL JUDIO ERRANTE

La historia judía es una crónica de migraciones interrumpida por afincamientos breves o prolongados. Desde los tiempos primitivos los hebreos constituyeron tribus nómades. Este tipo de existencia de grupo se remonta a su período prehistórico, cuando se vieron obligados a abandonar su morada en Africa del Norte porque la sequía y la aridez los forzaron a desplazarse.

Esta fue, a mi juicio, la experiencia traumática de su primera época, comparable a los hechos traumáticos de la etapa infantil de un individuo, como, por ejemplo, la separación forzada del niño respecto de su madre. Esta similitud se da tanto por la naturaleza del hecho como por sus consecuencias. A partir de entonces, el pueblo judío estuvo sometido a esa compulsión inconsciente de la repetición, a la ineludible tendencia a repetir la prueba de la migración. En su mayoría, estos peregrinajes son impuestos a los hijos de Israel por la persecución, y con fre-

²¹ Frederic Morton, "The House of Rothschild", Holiday, diciembre de 1961.

²² Citado por Herman Adler en la revista *The Nineteenth Century*, marzo de 1953.

²³ M. Froude, *A History of Thomas Carlyle*, Vol. II, Nueva York, 1884.

cuencia se traducen en la expulsión del país que consideraban su patria. En todas partes están amenazados por el destierro. Son extranjeros en todos los lugares y deben resignarse a su suerte, y aceptarla como su destino particular. No hay duda alguna de que al principio fueron los factores externos de segregación y persecución los que provocaron los peregrinajes forzados. La dispersión por todo el mundo, la diáspora, es el resultado de estas migraciones obligadas.

La oscura compulsión de la repetición llegó a tener un poder tan irresistible que ahora las migraciones son voluntarias. En cierta oportunidad un conocidísimo dirigente sionista declaró que es más fácil liberar a los judíos del exilio que al exilio de los judíos.

Una de las consecuencias de estas migraciones forzadas consiste en que los inmigrantes conservan durante mucho tiempo un lazo emocional con el país que han abandonado. Cuando los vieneses llegamos a los Estados Unidos como refugiados, traíamos con nosotros vívidos recuerdos de la ciudad que ya no era nuestro terruño, sino apenas, según los pasaportes, nuestra ciudad natal. Habíamos sufrido demasiado para hablar como lo hacían los refugiados alemanes, que en Francia eran conocidos como *les chez nous*, porque se referían con mucha frecuencia a Alemania como *bei uns*; pero nuestro afecto volvía una y otra vez a la Viena de nuestra infancia y de nuestros años maduros. Algunos de los refugiados en Estados Unidos decíamos: -Nos duele tener que estar aquí, pero nos sentimos felices de que nos admitan. -Desde entonces entonamos con los norteamericanos su himno nacional, y sabemos que hemos encontrado una nueva patria y que aquí está "la tierra de nuestros hijos".

Desde la época de Hitler, la migración de los judíos, especialmente la de los que son obligados a desplazarse por la persecución, se ha convertido en tema de muchos chistes. He aquí un ejemplo que data de los días en que Hitler entró en Austria. Un judío pidió en la agencia de viajes que lo asesorasen acerca del lugar adonde podía emigrar. Entre él y el empleado estudiaron las posibilidades que ofrecían varios países y descubrieron que el ingreso en cada uno de ellos estaba erizado de difi-

cultades. En un país había que contar con cierta suma de dinero para poder entrar, en otro exigían un permiso de trabajo o un certificado de empleo. En otro país el pasaporte carecía de validez, o no querían inmigrantes, y siempre la misma historia. Mientras los hombres estudiaban los diversos países, hacían girar el globo terráqueo que estaba junto al escritorio. Por fin, el desesperado judío preguntó: -¿No tiene otro globo?

CASTIGO PARA HITLER

¿Cómo reaccionó el chiste judío ante Hitler y los nazis? Este es un interesante problema psicológico. Las observaciones siguientes se limitan a un tema particular: el castigo de ese monstruo humano, el superasesino Adolf Hitler. Es indudable que muchos judíos imaginaron toda clase de torturas que debían ser infligidas a esa fiera, tormentos que iban desde la agonía permanente hasta abandonarlo en una isla desierta. Otros pensaban en un confinamiento solitario perpetuo o en trabajos forzados. Pero todo esto era tema de discusiones serias y no cuestión de chistes.

Lo que nos interesa aquí es la forma en que el posible castigo de Hitler se refleja en el humor judío. He aquí dos ejemplos de chistes judíos de la época de la Gran Guerra. El primero circulaba por Viena, mucho antes de que Hitler ocupara Austria. Para apreciar *la vis cómica* del cuento, uno debe recordar que en esa época los clientes de las cafeterías vienesas se llevaban varios diarios a sus mesas y los leían uno después del otro. A veces sucedía que un parroquiano tenía que esperar largo rato el diario que deseaba hasta que otro cliente hubiese terminado de leerlo. Un judío imagina que Hitler está sentado en una cafetería de Viena mientras él lee todos los diarios y los va dejando a un lado después de haber terminado la lectura. En la imaginación del judío, Hitler se acerca entonces a su mesa y le pregunta amablemente: -Por favor, ¿está libre el *Wiener Journal*? A lo que el judío contestaría: -¡No para usted, Herr Hitler! Lo interesante no es que el castigo para el criminal sea tan inofensivo, sino que el judío no podía imaginar una tortura

más cruel y refinada que la de retener el diario deseado y la de imponer un suspenso agonizante al aborrecido enemigo.

El otro ejemplo es acaso menos inofensivo, aunque sigue sin ser brutal en el sentido de lo que debe ser un castigo adecuado. Durante la guerra, una revista para soldados organizó un concurso referido a una pregunta acerca de cuál debía ser la pena apropiada para Hitler después de su captura. El premio lo ganó un soldado judío del ejército norteamericano estacionado en Italia. Su respuesta fue:

-Debería vivir con mi familia política en el Bronx. Diríase que los tormentos del Infierno de Dante no eran para este joven casado más que un juego de niños si se los comparaba con una existencia tan diabólicamente cruel. En estos chistes hay dos elementos que parecen dignos de atención: la benignidad de la pena impuesta al odiado asesino de seis millones de judíos, y el color local (Viena y Nueva York) que tenía la idea del castigo imaginado para ese archiasesino.

EL ETERNO FUGITIVO

La historia del Judío Errante deriva de pasajes de los evangelios que han sido ampliados, dramatizados y con frecuencia melodramatizados. Las migraciones de los judíos fueron concebidas como consecuencias de la misteriosa maldición que Jesús lanzó contra el zapatero (que no permitió que el Mesías descansase mientras llevaba Su cruz hacia el Calvario). Byron cantó en sus *Melodías Hebreas*:

*Si mi corazón fuese tan falso como
Tú lo imaginas
Sólo abjurando de mi fe podría borrar
La maldición que ante tus ojos es el crimen de mi raza.*

Pero lo trágico no es la peregrinación del judío, sino su desarraigo, o mejor dicho el hecho paradójico de que lo consideren un extraño en todas partes. Sería más apropiado hablar del eterno fugitivo y no del eterno errante. En el cuento del refugiado que le preguntó al empleado de la agencia de viajes: "¿No tiene otro globo?", la nota tragicómica no es, como parece superficialmente, la existencia de las dificultades de

inmigración y los permisos de trabajo, sino la conciencia de que uno no tiene patria.

¿Hasta qué punto de la historia judía se puede seguir la pista de este particular destino? La respuesta es: resulta imposible seguirla todo lo necesario, porque existía ya aún antes de que la historia escrita hubiese comenzado. Un documento tan antiguo como el Pentateuco ya recomienda bondad con "el forastero que cruce tus puertas" y les recuerda a los hijos de Israel que ellos fueron extranjeros en Egipto. ¿Y antes de los años pasados en las tierras del Faraón? No estuvieron en su patria en Babilonia, ni tampoco en Canaán.

Esta conciencia de que fueron y son extranjeros en todas partes es la que trasmite a tantos chistes judíos un tenue ribete de amargura. ("Puedo sorber la melancolía de una canción como la comadreja sorbe los huevos", dijo Shakespeare)²⁴. A esta altura, podría citar muchas frases de las obras de autores modernos, desde Heinrich Heine hasta Arthur Schnitzler, frases que demuestran que ellos tenían conciencia de esta sensación de desarraigo, y podría cotejarlas con algunas humoradas judías.

En lugar de emplear estas citas, recurriré a algunas frases que corresponden a tres judíos prominentes, quienes expresaron esta experiencia emotiva en palabras que a veces parecen humorísticas si bien son inconsolablemente amargas. Cito a judíos contemporáneos, de genio creador, cuya magnitud no puede ser discutida. En los tres casos, la faceta tragicómica de este "desarraigo" consiste en que estos hombres nacieron y se criaron en países que debieron abandonar, en que compartieron la civilización de esos países y pasaron en ellos la mayor parte de sus años adultos, y en que sin lugar a dudas se sintieron allí como "en su terruño" durante muchos años. Permítaseme agregar que ninguno de los tres encontró una valoración y reconocimiento total en su respectivo país natal durante los mejores años de su vida.

²⁴ "Como gustéis", II-5.

En cierta oportunidad Gustav Mahler comentó: "Soy un hombre tres veces apátrida: soy bohemio entre los austriacos, austriaco entre los alemanes, y judío entre los pueblos de todo el mundo"²⁵. Sigmund Freud, que pasó la mayor parte de su vida en Viena, desde la primera infancia hasta que los nazis lo expulsaron a los ochenta años de edad, señaló en una conversación con un colega suyo que él no era ni austriaco ni alemán, sino judío. En una oportunidad, cuando la oficina de impuestos le envió una nota sugiriéndole que quizá no había declarado bastantes ingresos, y agregando que su fama llegaba mucho más allá de las fronteras de Austria, Freud respondió: "Precisamente es en éstas donde empieza"²⁶.

Albert Einstein decía: "Si mi teoría resultara correcta, Alemania me reclamará como alemán y Francia afirmará que soy un ciudadano del mundo. Si mi teoría resultara equivocada, Francia dirá que soy alemán y Alemania que soy judío".

¿Dónde se siente en su patria este pueblo misterioso? ¿A qué nación pertenece? Ese chiste amargo: "¿No tiene otro globo?" nos brinda la respuesta. En ninguna parte se siente en su patria y no pertenece a ninguna nación. Pero en otro sentido es heraldo de una época futura en que las distancias entre los países y los continentes se habrán reducido aun más que ahora, y en que las diferencias de nacionalidades se habrán atenuado hasta hacerse insignificantes.

NOTA SOBRE EL ORIGEN DEL HUMORISMO JUDÍO

En un reciente libro, la doctora Salcia Landmann²⁷ afirma que el origen del humorismo judío está íntimamente ligado con ciertas situa-

²⁵ Alma Mahler, Gustav Mahler, Amsterdam, 1940, Vol. I.* Referencia a la poesía *The Ancien Mariner*, de Samuel Taylor Coleridge.

²⁶ Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, Nueva York, 1957, pág. 184.

²⁷ S. Landman, *op. cit.*, pág. 34.

ciones históricas y sociales de los tiempos modernos; nace con ellas y se desvanece con ellas. Expresa que ciertas circunstancias propias de la diáspora del judaísmo en Europa son las promotoras de los chistes judíos y que no parece haber relación entre este fenómeno y la Biblia y el Talmud. El típico chiste judío sólo podría haber surgido entre los israelitas de la Europa Oriental y de la Europa Central después del comienzo de la emancipación, con el iluminismo, y habría muerto con la aniquilación de los judíos en estos lugares.

No estoy de acuerdo con la autora respecto de las circunstancias geográficas e históricas en las que ubica el nacimiento del humorismo judío. Más aun, afirmo que hay lazos fácilmente identificables con los chistes bíblicos y talmúdicos y creo que, parodiando a Mark Twain, la noticia de la muerte del humorismo judío constituye una grosera exageración. Este no es el lugar adecuado para discutir el problema, pero me parece oportuno agregar a las observaciones precedentes sobre las características especiales de los chistes judíos, una nota relativa a otra cuestión.

Se ha comentado con frecuencia que muchos de los cuentos y anécdotas presentados como típicos chistes judíos aparecen también en fuentes alemanas y eslavas, o sea, en otras palabras, que fueron tomados de estos pueblos y, por así decir, traducidos al *ídish* o a la jerga judeo-alemana. No hay duda de que si bien no siempre es así, lo es en muchos casos que se repiten a menudo, en los que existe una evidente similitud.

Otro hecho que, por lo que sé, no ha sido observado ni evaluado debidamente nunca, pero que debe ser tomado en consideración al analizar este problema, es la asimilación a las formas culturales de los gentiles entre los que los judíos vivieron durante muchos siglos. ¿Es posible imaginar acaso que los judíos se asimilen a los hábitos y costumbres de la vida diaria de estos pueblos, y se sustraigan a su literatura, su música y sus chistes? Los judíos asimilados compartían la atmósfera intelectual y emotiva de París, Viena y Berlín, y la influencia del humorismo contemporáneo sobre la creación de los chistes judíos no puede ser subes-

timada, aunque según mis investigaciones casi nunca fue expresamente reconocida y tratada.

¿Es casual que Heinrich Heine, el judío de Düsseldorf, haya escrito la balada "Lorelei", tan típicamente alemana que los nazis negaron que Heine hubiese sido su autor y la declararon canto nacional? ¿Es casual que después de haber sido trasplantado a París, desde Colonia a orillas del Rin, el judío Jacques Offenbach, compusiese música francesa típica y crease el *genre canaille*? Algunas de las melodías de Gustav Mahler - por ejemplo los aires de danza de su Cuarta Sinfonía- son característicamente vieneses. Los vales de los judíos Leo Fall, Oscar Straus, Edmund Eysler, Emmerich Kálman, etc., son genuinamente vieneses, y un judío compuso una de las más populares canciones vienesas, el *Fia-ker-lied*.

Lo que me gustaría demostrar y hacer entender es lo siguiente: muchos de los chistes judíos asumen el color y el sabor locales de sus países de origen, a tal punto que a menudo se los clasifica como típicos de Berlín, Viena, París o Nueva York, y no pierden sin embargo por eso en forma total su carácter judío. El resultado de semejante proceso de asimilación y absorción es consiguientemente un compuesto germano-judío o franco-judío en el que intervienen dos o más ingredientes.

A mi entender, hay una sola excepción significativa a la tendencia general a poner en tela de juicio que el humorismo de los judíos es frecuentemente una mezcla de muchos ingredientes, y es el notable estudio sobre el humorismo de Heine que Erich Eckertz²⁸ publicó hace más de cincuenta años. El autor, que estaba especialmente interesado en la historia de la literatura, investigó los distintos componentes que participaban en la integración del humorismo de Heine. Eckertz captó los elementos propios de la tensión semita, que está emparentada con la vivacidad temperamental francesa a la que se acerca por su tipo de razonamiento antitético y por la gracia de la forma. También aparece el elemento renano-alemán, aportado por el poeta desde su hogar de Düssel-

dorf, y el elemento parisiense que siempre atrajo a Heine y que éste asimiló fácilmente desde la época en que llegó a París como refugiado y a lo largo de los muchos años que vivió en la amada ciudad.

Eckertz, que era un historiador de la literatura, no sólo definió estos tres elementos decisivos, sino que también dio ejemplos representativos de cada uno de ellos, citando pasajes de la poesía y la prosa de Heine. Afirmó que esta heterogeneidad racial es la condición más importante del humorismo de Heine, o por lo menos la más característica: "El mismo desarraigo que subyace en el efecto común de las tres razas, impide la formación de una grande y unificada obra de arte, y facilita el humorismo pequeño, concentrado, polifacético; pero los elementos individuales en sí mismos, el judío, el renano y el francés, son los más ventajosos que se pueda imaginar para el humor".

Me resulta imposible transcribir el análisis de estos elementos y tengo que remitir al lector al interesante estudio de Eckertz, donde hallará abundantes ejemplos sobre estos componentes de las humoradas de Heine. Prefiero ofrecer muestras contemporáneas del humorismo judío con distinto color local, y por razones prácticas me limito a ejemplos tomados de Berlín y Viena. He aquí algunos de la ciudad situada a orillas del Spree, pertenecientes a una época previa a la aniquilación de sus habitantes judíos por los nazis. El famoso pintor Max Liebermann, de setenta y cinco años, que en una época fuera presidente de la Academia Prusiana de Arte, conduce a una mujer joven y bonita por su estudio y le muestra sus cuadros. Después de una interesante conversación la muchacha afirma: -Maestro, ésta fue la hora más feliz de mi vida. El anciano le responde sonriendo: -Sería mejor desear que no fuera así.- Es indudable que este intencionado comentario tiene algo del auténtico sabor berlinés, y no es accidental que haya sido hecho en dialecto berlinés ("*Dat woll'n wer doch nich hoffen*"). No menos típica de Berlín es una anécdota que aparece en la novela *Die Nacht des Dr. Herzfeld*, del escritor judío Georg Herman, otrora muy conocido. Varios solterones de edad madura se reúnen regularmente a cierta hora en una cafetería

²⁸ Heine und Sein Witz, Berlín, 1908.

de Berlín. Un oficial de sexo femenino del Ejército de Salvación se aproxima a su mesa y tendiéndoles la alcancía les dice: -¡Por favor, para las mujeres caídas! -Uno de los solterones responde: -Yo lo entrego personalmente. La ocurrencia tiene un inconfundible carácter berlinés, sin negar por ello que quien hablaba era judío.

Permítaseme contrastar estos ejemplos con otros tomados de Viena, aproximadamente en esa misma época, ejemplos que corresponden a chistes judíos de típico cuño vienés. He aquí pasajes de la obra *El País Lejano*, de Arthur Schnitzler. El protagonista, Friedrich Hofreiter, tuvo una aventura con Adela Natter, la esposa de su banquero. La aventura - que no fue ni la primera ni la última de la dama- había terminado no mucho tiempo atrás. Adele le dice que está enterada de que últimamente él ha estado flirteando en forma descarada con otra joven, pero Friedrich niega tener alguna intención sexual respecto a la muchacha, a la que conoce desde hace muchos años, y considera que las sospechas de Adele son ridículas: -¡Con una chica a la que mecí sobre mi rodilla! Pero Adele responde: -Es muy probable que haya chicas de distintas generaciones que pasaron por esa situación contigo. En el diálogo que sigue, Adele le pide a Hofreiter que no la tutee: -Lo que ha terminado ha terminado. Soy partidaria de tener relaciones claras -agrega. A lo que su antiguo amante contesta: -Lo que no sabía era que también tenían que ser claras.

Adele le ha lanzado una cruel indirecta a Hofreiter con su comentario mordaz pero él se vengó: ella es irónica, pero él es sarcástico. La atmósfera de la obra es inconfundiblemente vienesa, lo mismo que el diálogo entre los personajes. Sin embargo, hay un sabor claramente perceptible de fraseología judía.

Podría agregar aquí que en Viena, Berlín, Nueva York, París y Roma hay muchos modismos y frases hechas que llevan en su totalidad el sello del auténtico idioma local y son, sin embargo, de indudable origen judío. Creo que los ejemplos citados en este libro son suficientes, si no para probar, al menos para apoyar mi tesis de que gran cantidad de chistes judíos demuestran que los israelitas también se asimilaron en

este género de literatura transitoria al país y a la estructura cultural dentro de los cuales vivían. El color local no deja dudas de que esta asimilación, o incautación incluso, de ciertos rasgos de la mentalidad gentil, ha tenido mucho éxito. Se dice con frecuencia que ciertas tonadas populares y vales de compositores judíos son quizá más vieneses que los de los gentiles, nacidos y educados en Viena. A pesar de los excelentes resultados de la asimilación intelectual y emocional, persistió una parte esencial cuyo carácter sigue siendo judío. Heinrich Heine es un gran poeta alemán y Jacques Offenbach es un destacado representante de la ópera cómica francesa. No obstante, tal como lo demostró la investigación científica, su obra sigue marcada por el sello indeleble de su pasado judío. Cualesquiera que sean los ingredientes que se agreguen a un plato, uno podrá seguir descubriendo por el sabor si tiene o no tiene sal.

LOS ISRAELITAS Y OTROS ANTISEMITAS

El título de este capítulo ha sido tomado de un librito de poemas satíricos escrito por el vienés Fritz Loehner, y publicado hace más de cuarenta años con el seudónimo de Beda. Los poemas se refieren en su mayoría a problemas judíos contemporáneos y particularmente a aquellos judíos que desmentían u ocultaban su origen y ascendencia y se comportaban y hablaban frecuentemente como si fueran auténticos alemanes, o más aún, teutones. Los estudiantes de la Universidad de Viena citábamos a menudo algunos de los versos que desnudaban con despiadada ironía a ese sector considerable de la judeidad austriaca. Nos reíamos junto con el autor de esa farsa nacionalista y cristiana y del simulador desenmascarado, ingeniosamente retratado en versos que hacían recordar a veces los poemas de Heine.

Uno de los poemas de Beda (el libro, desgraciadamente, ya no está a nuestro alcance) invocaba precisamente el espectro de Heine. En esa época surgió la iniciativa de erigir un monumento a Heine en Hamburgo. El senado de Hamburgo rechazó por unanimidad la propuesta de

levantar ese monumento al gran escritor que se había burlado con tanta frecuencia del partido nacionalista alemán, predecesor de los nazis. En el poema de Beda, el difunto Heine recibe la noticia del grosero rechazo, y decide volverse en su tumba para presentar la espalda al magistrado. Dice que ahora podrá "*sich ausstrecken*" (estirarse, desperezarse) y termina con estas líneas:

*Jetzt kann mich der ganze Hamburger Senat...
Nie mehr aus dem Schlafe erwecken.*

Los versos en alemán, que ya no recuerdo literalmente, explican que ahora el senado de Hamburgo ya no podrá volver a despertar al poeta de su sueño en su tumba de París. Sin embargo, el texto alemán alude a otra alternativa que queda abierta para el senado. Oculta detrás de los versos está la frase conocida por todo alemán: *Kann mich im Arsch lecken* ("puede besarme el trasero").

Otros versos de Beda ponen en ridículo la conducta de dos judíos que se encuentran en los Alpes. Ambos visten auténticas indumentarias tirolesas ("*breeches*" hasta la rodilla, mochila, etc.) y se comportan como escaladores de montañas nativos. Durante su conversación descubren que provienen de la misma ciudad de Moravia, y cuando se acuerdan el uno al otro sus relaciones comunes (*Kennen Sie die Familie Cohn*), ya no queda duda de que son judíos; entonces expresa uno de ellos en jerga judía su sorpresa por la forma en que tropezaron el uno con el otro: *Wie man sich trifft im Ampezzota!* ("¡Qué curioso como se encuentra la gente en el valle de Ampezzo!").

Pero aquí no discutiremos los encuentros cómicos y las distintas formas de desenlace ideadas para estos casos, sino un problema, emparentado con éste, referido a una forma especial de contacto social en ciertas capas de la sociedad judía.

II

Como ya hemos hablado de Viena, permítaseme que preceda los comentarios siguientes con una anécdota que se contaba acerca de esta capital; que ahora parece una ciudad fantasma embrujada por los es-

pectros de los parientes asesinados por los nazis. Dos judíos se sentaban todos los días en un café, para jugar a las cartas. Cierta día riñen y Moritz le grita con furia a su amigo: -¡Qué clase de tipo debes de ser para sentarte todas las noches a jugar a las cartas con un tipo que se sienta a jugar a las cartas con un tipo como tú! Al volver la agresión contra el interlocutor queda en pie el autoenvilecimiento de la persona que habla. Más aun, el autodesprecio se convierte en un arma con la que se puede insultar y degradar a la otra persona, puesto que esta se halla relacionada con un sujeto tan desdenable y vil. (En sus *Cartas de Berlín*, Heine cuenta una historia en la que el efecto cómico se logra por medio de la misma dinámica psíquica. El autor presenta la crónica de un baile de gala en el Teatro de la Opera de Berlín. Una dama de antifaz que asiste a la fiesta le dice a un joven: -¡Te conozco, bello enmascarado! Y el joven le responde, con muy poca galantería: -Si me conoces, hermosa, no debes valer mucho).

Permanecemos en Viena, aunque en una Viena de otro ambiente social, cuando nos referimos a un fragmento de la conversación mantenida por el escritor judío Heinrich Berman con su aristocrático amigo George von Werckenthin, en la novela de Schnitzler *Der Weg ins Freie*. Heinrich dice que ya no soporta a cierto tipo de judío, y le cuenta a su amigo la historia de un judío polaco que está sentado en un compartimiento del tren en compañía de un caballero desconocido, y se comporta en forma tímida y convencional hasta que a través de un comentario descubre que su compañero de viaje también es judío. Apoya entonces inmediatamente sus piernas sobre el asiento de enfrente mientras suspira con alivio: -Azoi ("Así").

George opina que la anécdota es "excelente" pero Heinrich afirma que es algo más que eso, que es muy profunda, como tantos otros relatos judíos: "Expresa la eterna verdad de que ningún judío siente jamás auténtico respeto por su semejante judío, así como los prisioneros en un país hostil no sienten mucho respeto el uno por el otro, particularmente cuando han perdido las esperanzas. Envidia, odio, así; muchas veces admiración, e incluso amor. Todo esto puede existir entre ellos, pero

nunca respeto, porque el juego de toda su vida emocional se desarrolla en una atmósfera de familiaridad, por así decir, en la que no se puede evitar que el respeto sea sofocado".

Freud, que cita el mismo fragmento, sostiene que este refleja la orientación democrática de la mentalidad judía, que no reconoce diferencia alguna entre amo y sirviente y que lamentablemente perturba la disciplina. Ve en esta anécdota la base de la actitud democrática judía junto con sus aspectos sombríos. Berman subraya que lo esencial de la historia está en la "verdad eterna" (¿una *contradictio in adjecto*) de que un judío no puede experimentar auténtico respeto hacia otro judío y remonta esta característica de la relación entre los judíos hasta su común situación social.

Esta anécdota, que es una joya, tiene otra faceta. Pero antes de volver nuestra atención hacia ella, nos gustaría recordarle al lector que la actitud descrita aquí tiene raíces más profundas que las originadas por la situación social contemporánea. Me agradaría recurrir aquí a una reminiscencia literaria. Mucho antes de la época de Freud y Schnitzler, el famoso dramaturgo vienés Johann Nepomuk Nestroy (1801-1862) escribió una parodia de la tragedia de Hebbel "Judith y Holofernes". En una de las escenas de esta comedia burlesca, los soldados judíos están haciendo maniobras entre los muros de la antigua Betulia, cercada por el ejército asirio. El sargento ordena: -¡Atención! Entonces uno de los reclutas pregunta: -¿Qué significa eso de "Atención"? ¿Acaso él es más que nosotros? ¿Acaso un judío no es igual a otro?

Indudablemente, el gentil Nestroy, que era un buen observador y conocía a muchos judíos vieneses de su época, no tenía noción de que este breve diálogo chistoso se ajusta a un antiguo enroque bíblico.

DESTRUCCION DEL IDEAL DEL HEROE

Nos parece importante demostrar que el humorismo judío obedece a determinadas tendencias para escoger sus blancos, y responde también a ellas en la forma burlona de atacar ese blanco. Me parece significativo que los chistes judíos tengan cierta continuidad y constancia, que conserven esencialmente el mismo carácter a través de los siglos y que no

estén limitados por diferencias de clases sociales o niveles culturales. En otras palabras, estas tendencias han atravesado distintas épocas y distintos lugares. Han penetrado la superficie en todas partes e impregnan los distintos estratos de las sociedades judías. El mismo espíritu con que los profetas del Antiguo testamento atacaban a los dioses paganos sigue haciendo mofa de la trinidad cristiana en los chistes del *ghetto* y en las palabras del rabino que protagoniza el poema de Heine *La Disputa*.

Tomemos uno de los blancos favoritos de los chistes judíos: el militarismo. He aquí un ejemplo representativo. El oficial le pregunta al recluta Isaac Katzenstein:

-¿Por que debe el soldado sacrificar su vida por la Patria?

-¡Tiene mucha razón, teniente! ¿Por que debería hacerlo? La respuesta del soldado judío es una pregunta retórica. La plantea como si el oficial hubiese expresado la misma duda que tiene el recluta. La patria o el país natal es para éste una abstracción mítica y casi una noción absurda. Hay una relación directa entre este chiste y el poema de Heine que contiene el verso: "*Lebenblei wie das Sterben für das Vaterland ist süß*" ("Sobrevivir es tan dulce como morir por la patria"). En los chistes de este tipo se pone al descubierto no sólo lo que hay de ridículo en la idea de patriotismo, sino también en la de morir por ese fantasma o ilusión. El amor a la muerte, que Clemenceau atribuyó en una oportunidad a la milicia alemana, contrasta aquí con la veneración a la vida que es para el judío el bien mayor.

Además y por encima de la discutible noción de patriotismo, la disciplina militar y los deberes del soldado son también ajenos a la mentalidad judía. El espíritu marcial se le aparece como una especie de locura y cualquiera que ansíe ser soldado le resulta un excéntrico. Karl Kraus señaló en cierta ocasión que es significativo que los niños jueguen a los soldados, ¿pero por qué los soldados se comportan como niños? No sólo la profesión militar es ajena a los judíos, sino que los propios ideales a los que se aferra el soldado le parecen ridículos y quiméricos.

Hace más de un siglo, Friedrich Hebbel hizo decir a Kandaules, rey de Lidia, en "*Gyges und sein Ring*":

*Ich weiss gewiss, die Zeit wird einmal kommen,
Wo alles denkt wie ich; was steckt denn auch
In Schleiern, Kronen, oder rost'gen Schwertern,
Das ewig wäre?*

Sé con certeza que llegará el día
En que todos pensarán como yo:
¿Qué hay en los velos, las coronas o las espadas herrumbradas,
Que pueda considerarse eterno?

Los chistes judíos pertenecen a esa vanguardia del pensamiento que profesa la misma profunda convicción.

Los judíos demuestran por lo general poca estima por el entrenamiento militar y los hechos heroicos del campo de batalla. Esto no significa que este pueblo sea cobarde. En cada oportunidad y en cada lugar en que una idea le parece digna de ello, sacrifica su vida. Los judíos lucharon a muerte no sólo en los tiempos antiguos, cuando se atrevieron a enfrentar a las grandes potencias del Medio Oriente, sino también en nuestros días, cuando se batieron contra los nazis en el *ghetto* de Varsovia y contra el ejército egipcio en Suez. Pero sus ideas o ideales eran distintos de los que sustentan los estados modernos. El judío, ese eterno disconforme, es incapaz de compartir los ideales bélicos de los gentiles. Utilizando las palabras de la *Cuadrilla de las Langostas*, de Lewis Carrol, "no podría, no querría, no podría, no querría sumarse a la danza".

Los chistes judíos no aprecian los honores concedidos a la profesión militar, ni a la alta estima en que se tienen los hechos del campo de batalla. Cuando murió el emperador alemán Guillermo I, uno de sus generales, el mariscal W., de ochenta años, llevaba el sable del Kaiser sobre un almohadón mientras marchaba detrás del ataúd en la procesión fúnebre, a lo largo de un trayecto de varias millas. Los judíos de Berlín calificaban la satisfacción que experimentaba el oficial ante esos honores,

como *Goim Najes*, lo que significa "placer de gentiles". (La frase francesa correspondiente es: *Le goy s'amuse*).

Todos los chistes judíos de esa época afirmaban que los judíos alemanes eran iguales a los gentiles ante la ley, "excepto, gracias a Dios, que no se les permite ser oficiales". Algunas décadas antes del periodo en que florecieron las humoradas judías de este tipo, Heinrich Heine escribía: "Así como en Madagascar sólo los nobles tenían el privilegio de llegar a carniceros, la aristocracia de Hannover tenía aún antes un privilegio análogo, puesto que sólo los nobles podían ocupar los cargos de oficiales".

Para demostrar la extensión del desagrado por las ideas y el espíritu militares de ese período, bastará con que me refiera a un hombre que al igual que Heine era judío-alemán, y que como el poeta, vivió y trabajó en París: Jacques Offenbach. Permítaseme recordar al lector esa preciosa parodia del espíritu militar incluida en *La Duquesa de Gerolstein*. Todavía recuerdo la tonada de ese "*couplet du sabre*" y veo al ampu-
loso general Boum, que personificaba la estupidez y el valor:

*Voici le sabre de mon père,
Tu vas le mettre a ton côté
Ton bras est fort, ton âme est fière,
Ce glaive sera bien porté...*

He aquí el sable de mi padre,
Lo pondrás a tu lado,
Tu brazo es fuerte, tu alma arrogante,
Esta espada será bien llevada.

Finaliza diciendo:

Que pronto te lleve a la victoria
Y pronto, pronto, vuelva orgullosa contigo.

En sus *Retratos de Viaje* ("La Ciudad de Lucca"), Heinrich Heine se refiere al contraste entre su enfoque y el de Cervantes, y afirma que la "locura y las ideas fijas" que él, Heine, creó en sus libros, son de signo

opuesto a la locura y a las ideas fijas del ingenioso hidalgo de la Mancha: "Él deseaba volver a imponer la caballería en decadencia; yo, por el contrario, deseo fervientemente aniquilar lo que de ella ha sobrevivido hasta mis días, y esto por motivos totalmente distintos. Mi colega confundió los molinos de viento con gigantes. Yo, por el contrario, sólo veo molinos de viento vociferantes en nuestros colosos modernos. El confundió un odre de vino con un mago astuto; yo sólo veo odres de vino en nuestros magos modernos. El confundía cada posada para mendigos con un castillo, cada montador de burro con un caballero, cada moza de establo con una dama de la corte. Yo, por el contrario veo nuestros castillos como posadas disfrazadas, veo a nuestros caballeros como montadores de burros y a nuestras damas de la corte como mozas de establo. Así como él confundió una farsa de títeres con un asunto de estado, yo también tomo nuestros asuntos de estado por una deplorable farsa de títeres".

El judío se enfrenta solo contra un mundo de feudalismo, de sistemas militares, y contra una nobleza derivada de tales sistemas. El humorismo judío se burla de estos valores que parecen pertenecer a otra era. He aquí la anécdota de Rothschild, en cuya oficina de Francfort entra el duque de Gramont.

-Tome asiento, barón -dice Rothschild, que está muy atareado.

-Soy el duque de Gramont -hace notar el indignado visitante.

-Tome otro asiento -responde el banquero.

En un pasaje de su *Mar del Norte*, Heine expresa que el amor por la caza está en la sangre. "Cuando los antepasados de tiempos inmemoriales cazaban venados, el descendiente sigue encontrando placer en esta legítima ocupación. Pero mis antepasados no pertenecían tanto a la legión de los cazadores como a la de los cazados, y la idea de atacar a los descendientes de aquellos que fueron nuestros compañeros de desgracia repugna a nuestro carácter". Esta es una referencia a los oscuros recuerdos raciales como fuente de inclinaciones y antagonismos.

Los chistes judíos violan a veces los estrechos límites de la crítica social, dirigida contra una arrogante sociedad feudal, y apuntan más

alto, a la *Weltanschauung* situada detrás de ese sistema. Tenemos, por ejemplo, la historia del judío que asiste a la representación de Parsifal en Bayreuth y se vuelve desesperado hacia su vecino para decirle: -¡No puedo reír. Esto parecería un disparate; a nadie se le ocurriría aguardar que un espectador de esta solemne ópera se ría mientras contempla los trágicos acontecimientos que se desarrollan en el escenario. Quien quiera disfrutar de esta humorada deberá compartir inconscientemente la forma de pensar del espectador judío, debería imaginar también que las significativas escenas de la tragedia son cómicas y tomar en broma a los héroes de la obra como si fuesen caballeros de la triste figura.

Es indudable que esta chanza encontrará eco no sólo entre los judíos. Nietzsche se habría reído a carcajadas al oírla, y quizá también Zola, a pesar de todos los *Recuerdos de Bayreuth*. Los judíos no son los únicos que hallarán divertido el misterio de Parsifal²⁹. (En una oportunidad, mientras conversábamos, Freud calificó las ideas del maestro sajón, Wagner, como expresiones de un típico idealismo de libertad. Las únicas obras de Wagner que tocaban la sensibilidad de Freud eran *Los Maestros Cantores* y *El Idilio de Sigfrido*),

El humorismo judío considera que el ideal del heroísmo es hilarante y absurdo, y no aprecia la fama de los caballeros. Sin embargo, la historia judía tiene su propio tipo de gloria.

EL AQUÍ Y EL MAS ALLA

En cierta ocasión, hace muchas décadas, mientras pasaba mis vacaciones de verano en Edlach, Austria, cerca del Semmering, trabé relación con un médico que se había desempeñado allí y había atendido a Theodor Herzl durante su última enfermedad. El médico, cuyo nombre ya no recuerdo, era un excelente profesional que tenía además muchas inquietudes ajenas a su especialidad. En esa época se dedicaba a escribir una serie de artículos en los que trataba de probar, recurriendo al análi-

sis de fragmentos de obras de Shakespeare, que éste debía haber sufrido de insomnio. Todavía recuerdo algunas caminatas que hicimos juntos mientras él elaboraba su tesis. En una de estas conversaciones llegó, por medio de un rodeo, a deducir del monólogo de Hamlet una comparación entre el sueño y la muerte.

El médico afirmaba que la idea de un más allá era ajena a los judíos. Lo contradije y señalé que en el judaísmo se pueden hallar todavía muchos significativos vestigios de la antigua creencia en una vida después de la muerte. Estos vestigios son, por ejemplo, la plegaria del *Kadish*, la observancia del *lortzait*, la reverenciación de los muertos, la solemnidad de los descubrimientos de lápidas mortuorias, etc. El origen de algunos de ellos puede remontarse hasta la época en que las tribus hebreas vivían en el antiguo Egipto; en otros hay huellas de un primitivo culto semita de los antepasados. Durante nuestra conversación señalé la posibilidad de que la nueva religión del Jehovismo hubiera eliminado despiadadamente las viejas supersticiones que eran comunes a los egipcios y a las tribus hebreas que vivieron durante algunos siglos en la región del Nilo³⁰.

El médico y yo coincidimos en que los judíos tenían opiniones divididas sobre la existencia de una vida más allá de la muerte, y en que la antigua creencia supersticiosa en el más allá estaba en conflicto con el concepto más moderno: el de que allende la tumba no hay prolongación de la vida individual. En el momento oportuno recordó el médico un cuento judío que confirmaba esta ambigüedad. Antes de morir, el viejo Schloime les habla a sus hijos que lo rodean: -Durante toda mi vida me empecé en vivir de acuerdo con la ley, me privé de la mayoría de los placeres y mi existencia fue pobre y miserable. Siempre albergué la esperanza de que sería recompensado en el más allá. Sería de reír si después de todo, no hubiese ningún más allá. -El episodio es característi-

²⁹ "¿Y qué pensaban hacer con el Graal cuando lo encontrasen, señor Rosetti?" (Jowett a Rosetti, citado de *Disraeli*, de André Maurois, Nueva York, 1928, pág. 166).

camente judío por su composición, capaz de conmover las fibras más íntimas de la sensibilidad y llenar de melancolía a cualquiera. Como muchos cuentos judíos, no es cómico sino tragicómico en su protesta contra el gran Desconocido que siempre exige sacrificios personales y renunciamentos y sólo ofrece promesas cuyo cumplimiento es muy dudoso. Es una versión sonriente de lo que cierto cuadro de Goya refleja con amarga seriedad. Representa un esqueleto que se levanta de la tumba, ostentando una única inscripción: *Niente*.

El chiste judío toma partido por el racionalismo y el iluminismo; se resiste a creer en el más allá. No quiere escuchar el viejo sonsonete del renunciamento, la "canción de cuna" con que se adormece a los desheredados cuando sufren sobre este diminuto planeta. El humorismo judío no admite que exista una vida posterior a la muy terrenal, admite tan sólo una breve permanencia aquí abajo. Heine expresa a menudo la idea de que nuestro reino está restringido a esta tierra y prevé un futuro sin consolación alguna en el más allá:

Sí, guisantes en abundancia para cada hombre
Tan pronto como su cosecha esté en sazón,
Los cielos los dejaremos con gusto
A los ángeles y los gorriones.

Sin embargo, a pesar de enfrentar la vida aquí abajo con la vida por venir, el poeta confiesa tristemente que le gustaría ser recordado después de la muerte. ("*Keine Messe wird man singen, keinen Kaddisch wird man sagen...*") Al mismo tiempo que desecha la creencia en la vida en el más allá, rechaza como supersticiosa la idea de la resurrección:

*Doch mir ist bang, ja mir ist bang,
Das Auferstehen wird nicht so rasch von staten gehen.*

No obstante, me da miedo sí, me da miedo,
Que la Resurrección

³⁰ Desarrollé esta hipótesis cincuenta años más tarde en *Mystery on the Mountain*, Nueva York, 1958.

No esté próxima.

(Los escépticos franceses tienen un proverbio: *Si on est mort, c'est pour longtemps*).

Muchas décadas después de la muerte de Heine, le preguntaron a un escritor francés, Tristán Bernard, judío al igual que Heine, qué opinaba acerca de la vida en el más allá. Respondió: "En materia de clima, elegiría el cielo, pero si se trata de la compañía, preferiría el infierno".

No obstante, el compositor judío Gustav Mahler creó en el último movimiento de la Segunda Sinfonía una maravillosa visión del mas allá y de la resurrección de los muertos.

EL DINERO

Hay muchos chistes judíos sobre el dinero que se refieren a la irremediable y extremada pobreza de las masas en la Europa Oriental. La preocupación por el dinero se refleja en la abundancia de cuentos de *Schnorrers*, y en las humoradas acerca de cómo los judíos indigentes imaginan la vida de sus pocos correligionarios ricos y acerca de las maniobras y triquiñuelas que ponían en práctica para evitar el pago de sus deudas, o de las pequeñas defraudaciones que cometían, o de los engaños, desfalcos y trapisondas mutuas... Una lista despiadada de procedimientos deshonestos y embustes condicionados por su miseria material.

Permítaseme citar dos ejemplos relativamente benévolo. Lilienblatt espera su tren. Allí ve a Wendriner, que desde hace mucho tiempo le debe doscientos marcos. No quiere presionar al moroso para que se lo pague, pero desea recordarle la deuda con la mayor delicadeza posible. Se acerca a él, le da una palmadita en el hombro, y le dice amablemente: -Me alegro de verlo, Wendriner. ¿Como se encuentra su esposa... qué novedades tiene de sus chicos? Y Wendriner le responde: -usted habla de esas cosas, señor Lilienblatt... ¿Pero es que acaso alguien me paga lo que me debe?

Uno de los judíos más ricos le muestra a su amigo su nueva casita y la huerta, y le explica: -He asegurado todo contra incendio, robo y granizo. Su amigo le pregunta, sorprendido: -Lo del incendio y el robo lo

entiendo... ¿pero cómo haces para hacer caer granizo? El humorismo judío no perdona a aquellos que lograron ponerse a salvo de las tribulaciones económicas y se aseguraron una vida cómoda e incluso rumbosa por medio de una asimilación demasiado fácil o a través de dudosos métodos financieros. Oí que un hombre decía respecto a estos arribistas judíos, con un tono entre admirado y burlón: -¡Del club de Polonia al club de Polo en una sola generación! Los chistes judíos denuncian y revelan ingenuamente todas las variedades de engaños y malicias, supercherías y triquiñuelas, que los judíos idearon y pusieron en práctica ya sea para ganar dinero o para evitar pagarlo.

Con semejante concentración sobre el tema del prestamista y el deudor, del pago y la morosidad, y con tantas variaciones sobre el mismo, sorprenderá observar que hay cierto tema que parece ser evitado; concretamente, el chiste sobre el cruel y duro usurero o prestamista judío en su relación con los gentiles, con el mundo de Occidente.

Si hay chistes judíos de este tipo, son escasos y están muy espaciados. Este vacío resulta tanto más notable cuanto que, como hemos explicado ya, la mayoría de los chistes judíos sobre cuestiones de dinero desnudan implacablemente la inescrupulosidad y la falta de honestidad de los judíos en sus transacciones monetarias con los gentiles y con su propia comunidad. El motivo de esta ausencia no puede provenir de una forma particularmente cautelosa de encarar el tema del prestatario gentil y el prestamista judío.

Hay varias otras razones de peso para que nos interese por la falta de chistes judíos de este tipo. La primera es la abundancia de cuentos y chistes cómicos judíos sobre choques entre gentiles y judíos, algunos de los cuales se refieren a distintas clases de relaciones comerciales. La segunda es que no hay duda alguna de que durante la Edad Media los judíos se dedicaban con frecuencia -tal como lo señala la historia- a realizar préstamos y conversiones de dinero, con su secuela de créditos, pagarés, acciones entabladas para el cobro de deudas, etc. Los banqueros y financistas no son más que los modernos herederos de esa actividad de tipo inferior a la que muchos judíos se dedicaban en la épo-

ca medieval. Indudablemente debía haber entre ellos algunos que cobraban el dinero despiadadamente y que imponían rígidamente los pagos, ya fuera con procedimientos legales o por medios ilícitos.

Más aun, entre ellos también debe de haber habido usureros, conocidos como tales en el *ghetto* y en su propia comunidad. ¿Por qué entonces no hay, o casi no hay, chistes judíos acerca de estos prestamistas en su relación con los gentiles, a pesar de que existen tantas historias sobre la inconducta económica entre ellos mismos?

Al escribir que los usureros debían ser conocidos en el *ghetto*, estuve a punto de cometer un desliz porque quería escribir "en el Rialto". Esto está ligado, como es lógico, a *El mercader de Venecia*, de Shakespeare. Y aquí llego al último hecho que nos intriga, aunque no es por cierto el de menor importancia. En la literatura -y no sólo en la inglesa- la figura del usurero judío despiadado e insensible, que no demuestra ninguna consideración humana hacia el deudor gentil, es muy conocida y es también, por así decir, un prototipo judío. Su extremada dureza y repulsiva crueldad no está expuesta solamente en el judío que Shakespeare describió, sino en muchos otros personajes. ¿Por qué estos tipos, o sus continuadores en los tiempos modernos, no aparecen en las manifestaciones de humorismo judío, a pesar de que éste es tan inexorable y riguroso en su crítica de los defectos y fallas de los judíos?

Ni siguiera me arriesgaría a conjeturar sobre los motivos de la llamativa ausencia de este tema en el humor judío si yo mismo, y por cierto que otros psicoanalistas antes que yo, no hubiésemos arribado a cierta presunción basada en observaciones psicoanalíticas acumuladas durante nuestra práctica clínica³¹. En la imaginación inconsciente de los gentiles, el judío representa el papel del castrador, puesto que circuncida a sus hijos. La circuncisión es conocida inconscientemente como una forma más leve de castración. Superficialmente parece haber una gran distancia entre la figura del judío castrador y la del usurero cruel e im-

³¹ Ver mis observaciones sobre "El Mercader de Venecia", de Shakespeare en *The Secret Self*, Nueva York, 1952.

placable que impone despiadadamente el pago de su deuda, pero esto no viene al caso en los procesos inconscientes. La exigencia de Shylock, que pretende cortar una libra de carne del cuerpo de Antonio, es una imagen inconscientemente desplazada de la amenaza de castración que se cierne sobre los gentiles y que convierte al judío en una figura terrible y espantosa.

Indudablemente hay otros motivos psicológicos que explican la ausencia de chistes judíos sobre el tipo descrito, pero me atrevo a afirmar que el motivo principal es el que se encuentra en este terreno. Para el judío, la noción de sí mismo como castrador, idea que desempeña un papel tan importante en la imaginación inconsciente de los gentiles, carece de validez y no lo afecta. Para él, el dinero puede tener algún otro significado inconsciente, pero éste no se relaciona con nociones como la de la castración.

"¿Qué otro significado?", se preguntará el lector. La discusión de estos temas nos llevaría demasiado lejos; pero doy al menos una pista en un pasaje que citaré en los párrafos siguientes.

En este punto me apartaré audazmente del marco de mi tema -el humorismo judío- y saltaré a otro terreno, aparentemente antagónico: el de la tragedia.

II

El Conde de Charolais es una tragedia de Richard Beer-Hofmann, publicada en 1905 y representada con frecuencia en Austria y Alemania, pero casi desconocida en Norteamérica y no traducida aún al inglés.

La trama se desarrolla en la capital de Borgoña, hace varios siglos. El primer acto transcurre en una posada. Con anterioridad a la escena de la que extraeré mi cita, el anciano general Charolais ha sido muerto el mismo día en que se firmó la paz con el enemigo, pero no habrá solemnes funerales en la catedral para este gran hombre, porque había inmensas deudas para poder alimentar, vestir y pagar a sus soldados. El consejo se niega a saldar estas deudas de honor, y de acuerdo con una antigua ley de la época los acreedores se apoderan del cadáver del ge-

neral y lo encierran en la cárcel para deudores a la espera de que sea rescatado con un pago efectivo.

El joven conde de Charolais, que amaba entrañablemente a su padre y está desolado, trata de hacer todo lo posible para que se tributen los últimos honores a su difunto padre. Pero no tiene un centavo y nadie lo ayuda. Los tres acreedores, un molinero, un decorador y un judío, están decididos a conservar el cadáver hasta que la deuda sea saldada, y designan al Rojo Itzik para que los represente en las negociaciones con el joven conde. El judío sabe que los otros dos acreedores quieren que él hable en su nombre para que ellos puedan seguir siendo considerados caballeros, en tanto que él habrá de aparecer como el duro y malvado usurero. A pesar de esto, acepta la designación.

Las frases siguientes corresponden al diálogo entre el joven Charolais y el Rojo Itzik³². El conde le dice con tono suave al judío:

CHAROLAIS

Los otros han acordado seguirte.
Por eso, todo depende de ti, y aunque eres
judío, eres tan hombre como nosotros, Itzik.

ITZIK

¿Hombre? ¿Como vosotros? ¡Jamás había oído algo igual!
En ningún instante de mi vida me permitieron sentir
Que soy humano. ¿Acaso debo serlo hoy
Porque ello se acomoda a vuestra necesidad?
Por los cinco minutos de vuestra conveniencia?
Hoy, me niego.
¡Soy judío! ¿Qué deseáis de un judío?
¡Porque algo pretendéis con vuestra amabilidad!

CHAROLAIS:

³² Citado de una traducción al inglés aún inédita por el difunto Ludwig Lewi-
sohn.

¡Entrégame el cuerpo de mi padre, entrégamelo!
¡Mi vida depende de ello! ¡Te lo imploro! ¡Oh cree
Que implorar no me resulta fácil,
Itzik!

ITZIK

El ordenar es privilegio de condes; el implorar... es mi deber.
Bien, mi señor, dadme mi dinero... ¡Dádmelo!
Mi vida depende de ello. Oh, no digo "Mi vida"
Como lo decís vos, para significar que os duele el alma.
Si yo no tengo un centavo, ¿quién me defenderá
Contra los amos, los tribunales y los condes? Me harían inmo-

lar

Con la conciencia tranquila. Como veis, en mi caso es cierto
Que mi vida depende de ello... sí, mi vida.

He aquí una explicación histórica y sociológica de por qué el judío de los siglos pasados se aferraba al dinero con una tenacidad tan obstinada y desesperada. No era por amor al lujo o a la holgazanería: era un medio para salvar la vida.

La impresión de este diálogo fragmentario se intensificará a medida que sigamos la conversación entre el noble Charolais y el prestamista judío, porque el pasaje citado no es más que una pequeña parte del cuadro que empieza a desplegarse. El joven conde le pide al Rojo Itzik que recuerde que él debe soportar el espectáculo que ofrece el cadáver de su padre al pudrirse en la prisión, el cadáver de un hombre que contrajo esas deudas con tanta generosidad para su país. Le pide al judío que piense en esto.

No pienses en nosotros. O piensa mejor que eres tú
Quien ruega... y que el cadáver es el de tu padre.

Itzik responde que esto es lo que él ha estado pensando durante todo ese tiempo. Su padre:

no se pudo en la prisión, eso es cierto.

¡La ciudad donde había nacido le brindó
El más costoso de los funerales!
Aun antes de que amaneciese se pusieron en marcha
Soldados, sociedades, fraternidades, en gran muchedumbre,
Y todo el clero. Era un inmenso honor
Para un simple judío. Su Majestad el Rey
En persona, estaba presente, en esa plaza barrida por el viento,
Con toda su corte... ¡y todo esto por un judío!
Y todas las campanas de todas las iglesias repicaban
A medida que las procesiones desfilaban con sus banderas
Frente a mi padre y hubo solemnes discursos
En latín y en castellano, y durante todo el día
Aguantaron el calor de julio en esa plaza
Sólo en mérito a mi padre. Cuando cayeron las sombras
Y la noche,

(con fingido orgullo)

El rey con su propia mano encendió
Por fin los haces de leña que rodeaban la estaca
A cuyo pie se hallaba mi padre. ¡Y como ni siquiera esto
Fuera homenaje suficiente para él,
Rogaron que se entonaran sus cantos, y también,
Como era judío, y debía ser homenajeado,
Le cantaron *nuestros* eternos salmos,
Y en su honor alabaron al Señor, *nuestro* Dios!

(con una sonrisa crispada)

No sé qué vio él de todo esto,
Porque para ese entonces había empezado a arder,
Primero por abajo, y había empezado a gritar,
Y seguía gritando con fuerza, con fuerza terrible,
Mi padre -oh, con tanta fuerza- y mis oídos lo escuchaban:
¡Shemá Israel!

(se seca el sudor de la frente)

¿Todavía deseáis, mi señor,
Que piense en mi padre, para así
apiadarme de vos, porque el cuerpo del vuestro
Se pudre en una mazmorra?

El joven conde responde que el judío nunca podrá entender lo que su padre significaba para él. Pero Itzik, que está cerca de Charolais, le dice con tono muy dulce y confidencial:

¿No podré? No es tan difícil...
¿Y si lo fuera? ¿Creéis que soy tonto?
¡os probaré que lo entiendo!
Queréis significar que no teníais a nadie en el mundo.
Ningún hermano. Nadie. Y no parecéis
Hombre dado a los festines con vino y muchachas,
Y como sois pobre de solemnidad y por ello tenéis poco
Para deleitaros, y también sois bastante adulto
Para comprender...
¿Eh? Dos días atrás
Había en este mundo un ser humano
Para el que no había más esperanza o preocupación
Que la que vos le dabais.
Vos podríais haber hecho con él lo que quisierais,
Sin que esto disminuyera su amor.
habría implorado, y con gusto, por vos.
Tenía una ilusión, una ilusión muy modesta,
Y era que vos viviríais para cerrar sus ojos el día fatal
Y que no tuviera que ser él quien cerrara los vuestros.
Cada noche elevaba una plegaria...
Para que Dios lo dejase morir diez mil muertes
Antes que mal alguno hiriese a su hijo.
Y aunque peregrinéis alrededor de todo el mundo
Y aunque viviereis hasta los cien años...

¡Jamás encontrareis un amor semejante!

Desaparecido para siempre... ¡Ojalá no! ¿Un amigo? Los conocemos. Y una mujer...

No es más que una mujer. Los hijos...

(ríe amargamente)

Así son nuestros padres, así sienten nuestras madres...

Indudablemente no es distinto entre nuestra gente.

Bien, ¿os he entendido, conde, mi señor?

CHAROLAIS:

Si puedes sentir como dices, ¿dónde está tu sentimiento

Por mi profunda pena?

ITZIK:

¿Mi sentimiento? ¿Y por vos?

¿Para que el sentimiento de mi corazón corra la misma suerte

Que le estuvo reservada a mi dinero? ¿Pretendéis que os dé

Mi sentimiento -en su peso justo, bello, límpido y transparente-

Tal como os di mi dinero? Lo tomaréis,

Tal como hicisteis con mi oro. Y cuando venga

Para pedirlos que me lo devolváis,

Diréis, tal como dijisteis

Sobre mi dinero: "Judío, le escupo encima".

Ahora el conde está alarmado porque el judío lo mira con expresión malévola.

-Vete -le grita-, ¡eres un hombre perverso, perverso!

ITZIK:

"¡Un hombre perverso!" ¿Y por qué

Habría de ser bondadoso con vos? Dadme un motivo...

¡Uno solo! ¿O acaso pensáis que debería

Ser bondadoso porque todos los seres humanos deben
Amarse los unos a los otros? Antes, mi señor,
Arrancad este corazón crispado y convulsionado
Por haber padecido mil agravios;
Quitadme estos ojos y dadme otros
Que no estén lacerados de tanto llorar.
Alzad mi espalda que está encorvada
Por las reverencias de humildad forzada;
Y dadme otros pies que no se sientan agotados
Por el eterno errar del exilio;
Taladrad mi cráneo, arrancad el cerebro que se oculta en él
Para que así pueda olvidar, y por fin
Cortadme estas venas y dejad que mi sangre fluya
Hasta que no quede una gota de la que perteneció a mi padre
O al padre de mi padre o al de éste o a su...
Ni una gota de toda esa sangre, de toda esa pena...
Y cuando hayáis hecho todo esto, conde, mi señor,
Y yo esté todavía entre los vivos... entonces
Dialogaré con vos humanamente... ¡O sea
Como un buen hombre debería dialogar con su hermano!
...Hasta entonces dejad que sea lo que para vos soy
Y debería ser aunque fuese yo no sé qué:
Un judío. Un judío, un judío común y vulgar.

Todavía veo la magra figura de Itzik, con su pelo y su barba rojos, envuelto en el caftán, y todavía oigo su voz ronca que se eleva, se apaga y deja lugar al silencio.

Los judíos, ese pueblo de mártires, han articulado muy pocas lamentaciones y protestas. Es como si sus labios, en otros casos tan ligeros, quedasen sellados cuando deben expresar las penas y sufrimientos con los que fueron agobiados durante dos mil años.

Sólo en alguna oportunidad dentro de un largo período, su tristeza y su amargura rompen los diques y estallan en palabras quemantes, como sucede en el pleonástico episodio de "El Conde de Charolais". Son muy

pocos los casos en que las emociones contenidas se abren paso a través de una misteriosa barrera. El resto es silencio.

EL SAGRADO DEBER DE LA CARIDAD

Para la mentalidad judía oriental, la caridad constituye indudablemente la mayor de las tres virtudes teologales. El hecho de contribuir a las campañas de filantropía general, así como el de prestar ayuda individual a los pobres se reconocen como un deber religioso. Sólo en muy pocos casos podría relacionarse esta actitud con lo que se entiende por "tierno"; es algo que corresponde a los deberes públicos inexcusables de los ricos y privilegiados.

Se ha repetido con frecuencia que el donante judío no otorga ventajas al pobre cuando le da dinero y que sus actos no merecen la calificación de benevolencia o generosidad. Al proceder así se limita el judío a cumplir con su deber religioso, y el beneficiario no tiene por qué estarle agradecido, en el sentido literal de la palabra. Por el contrario, el donante le debe cierta gratitud a aquél a quien ayuda, porque éste le brinda una oportunidad para alcanzar un elevado mérito religioso. Esta es la significación de las incontables anécdotas acerca de los *Schnorrer*, de su avidez e insolencia y de las exigencias que plantean a quien les da limosna. Los *Schnorrer* tratan a veces a sus benefactores como si los papeles estuvieran invertidos, como si les estuviesen haciendo un favor al aceptar su dinero. Se conoce la antigua anécdota del mendigo al que le aconsejan cierto día que no visite al rico porque está de mal humor. El mendigo, desbordante de indignación, exclama: -¿Qué me quiere decir con eso, acaso yo debería regalarle ese dinero? ¿El me da algo acaso? Hay otro cuento de un *schnorrer* que se entera de que su benefactor se ha ido de viaje a un lugar de descanso y comenta amargamente: -¿De modo que con mi dinero se va a las termas?

El hecho de ser rico no se considera entre los judíos pobres un privilegio sino casi una carga, porque los reclamos y exigencias de estos se hacen tan persistentes y rigurosos, y suelen plantearse en tono tan imperativo y arrogante, que el benefactor se siente agobiado. Incluso es posible que su turbada compasión se transforme a veces, bruscamente, en

una cruel negativa. En una de estas historias, el *schnorrer* refiere al millonario en forma muy realista la absoluta indigencia en que se halla y la miseria que padece su familia. El poderoso se siente profundamente conmovido. Toca la campanilla para que venga su mayordomo y le dice: -¡Jean, echa a éste de aquí! ¡Me está destrozando el corazón!

En estos chistes judíos, la actitud cínica no corresponde siempre al mendigo. A veces aparece sorpresivamente en la persona que el *Schnorrer* importuna de modo irritante. Un *Schnorrer* se queja ante el rico de que hace tres días que no come. El millonario le contesta: -A veces uno debe hacer un sacrificio.

LOS POSEEDORES Y LOS DESPOSEIDOS

El examen de los chistes judíos sobre los *schnorrers* no sería completo si uno los encarase exclusivamente como manifestaciones de estricta caridad, en el sentido de la Torá, la ley religiosa. No hay duda de que el dar limosnas al pobre constituye un deber sagrado de los ricos que cumplen lo dispuesto por la religión judía, y que la insolencia del *schnorrer* lo distorsiona en forma tal que casi aparece como un favor hecho por el mendigo al benefactor, como una exigencia obvia y justificada. Sin embargo, se pueden analizar los chistes de *Schnorrers* desde otros puntos de vista: proclaman que la justicia social debe ser llevada a la práctica y que su aplicación significa que hay que atenuar la división entre los poseedores y los desposeídos... y que en última instancia se debe abolirla por su carácter injusto e injustificable.

El humorismo judío se vuelve por un lado contra los reclamos exagerados o ridículos impuestos a quienes son más ricos que el mendigo, y por otro, apoya dichos reclamos y los declara válidos en nombre de una mejor distribución de todo lo bueno que hay en la vida. En estos chistes de los *Schnorrers* se percibe un eco de los antiguos ideales e ideas de los profetas. De lo ridículo a lo sublime no hay más que un paso.

El contraste entre los judíos ricos y los pobres está tan agudizado y acentuado en algunos de estos chistes que otras tendencias ocultas brotan a la superficie. El próspero banquero Veilchenblum les muestra a

sus amigos las habitaciones de su nueva mansión. Abre la puerta de un enorme comedor y comenta: -En este salón, Dios no lo permita, pueden cenar ochenta personas. A primera vista, el chiste constituye una burla del personaje tacaño, pero si profundizamos el examen, veremos un reflejo de la continua inseguridad financiera que también experimentaban los judíos ricos. Sospecho que el rico tiene un sentimiento supersticioso o inconsciente. Acaso se ve reducido junto con su familia a la condición de mendigo, intuye vagamente quizá lo frágil que es la barrera que lo separa del *schnorrer* y piensa: -Allí estaría yo, si no fuese por la gracia de Dios.

La contraparte de esta historia es el chiste del *schnorrer* que está frente al magnífico monumento funerario de Rothschild y exclama: - ¡Esta gente sí que sabe vivir! Cuando uno escarba detrás de la fachada cómica, se reconoce la melancólica moraleja del cuento. ¿Para qué sirve la riqueza? Al final todos volvemos al polvo de donde surgimos! La contemplación del impresionante monumento funerario de Rothschild no evoca sólo la idea de la maravillosa vida de los ricos -ello no es más que el barniz humorístico de la historia- sino también la idea de que el fin de todos los seres mortales es inevitable.

La voz interior que ordena compartir las riquezas con los menos privilegiados encuentra su expresión en una carta que el joven Heine le envió a su rico tío Salomón, de Hamburgo. Este banquero había realizado una afortunada operación financiera y tuvo la generosidad de compartir en cierta medida sus ganancias con el sobrino. Al agradecer y elogiar la actitud de su tío, Heine le recordó el proverbio: "No se debe permitir que un niño judío se conforme con mirar cómo otro come una golosina", lo que significa, naturalmente, que hay que darle una parte a la criatura.

El poeta remontaba también a veces el origen de la conducta no siempre muy generosa de su tío Salomón aun más allá de la infancia. Incluso atribuyó en cierta oportunidad la elección de su carrera a influencias prenatales. Estableciendo un contraste entre su propia madre y la de Salomón, Heine expresa: "Mi madre se sentía complacida cada vez

que leía poemas. Su hijo fue poeta. A la madre de él le gustaba leer historias de salteadores; consecuentemente, su hijo fue banquero".

Un proverbio judío, que solía oír cuando aún era un niño, tenía el carácter de un anatema o imprecación. Decía: "Serás el más rico de tu familia". Los niños no entendíamos al principio que esta frase pudiera emplearse como maldición. ¿Acaso no valía la pena desear con entusiasmo que uno fuera el más rico de la familia? ¿Acaso no brindaba esto la oportunidad de ayudar a los miembros pobres de la misma? Nosotros, que éramos a nuestra vez los hijos de una familia pobre, no entendíamos que ser el más rico en una familia judía implica estar siempre preocupado acerca de si los medios que uno tiene a su alcance bastarán para ayudar a todos los parientes pobres, y que uno no podrá gozar de su riqueza porque recordará constantemente que hay en su familia indigentes que deben ser socorridos. Pero esta solidaridad y este recuerdo no abarca solamente a la propia familia ni a los judíos: no les están permitidas las discriminaciones de nacionalidad o religión. En última instancia abarcan a toda la familia humana.

UN VISTAZO RAPIDO

En la vieja Viena se contaban muchas anécdotas hilarantes acerca de la señora Pollack; había salido del *ghetto* y su marido se hizo rico durante la Primera Guerra Mundial. La señora Pollack pertenecía al grupo de las *nouvelles riches* que estaban ansiosas de ser vistas en el teatro y en la sala de conciertos, pero que no podían ocultar su falta de educación. Durante el intervalo le preguntaron si le había gustado la tragedia a cuyo estreno asistía en el Burgtheater de Viena. Su respuesta fue: -La obra es hermosa, pero no es adecuada para un estreno. Una de sus amigas se quejó de que al día siguiente tendría que asistir a *Las Bodas de Fígaro*. -¿No puedes enviar un telegrama? -le preguntó la señora Pollack.

El espacio del que disponemos nos permite apenas echar un vistazo rápido sobre personajes como la señora Pollack y su generación, que se caracteriza por la asimilación demasiado rápida a la civilización occidental. Los chistes judíos zahieren también a estos nuevos ricos por su

exhibicionismo ridículo y por su presuntuosidad fundada en la opulencia. Uno de los últimos cuentos de Nueva York refiere que una mujer le preguntó a una amiga dónde había de limpiar sus diamantes cuando se le ensuciaban. -En Tiffany's- fue la respuesta. -Yo los llevo a Cartier's - manifestó la primera interlocutora; entonces se volvió hacia una tercera amiga para inquirir: -¿Y tú, a dónde llevas tus diamantes para que los limpien, Belle? -¿Quién habla de limpiar diamantes? -contestó Belle, - Yo tiro los míos cuando se ensucian.

Otro grupo de chistes judíos se basa en los errores de interpretación, intencionales o involuntarios. He aquí un ejemplo: Un hombre detiene a un anciano judío en Broadway y le pregunta: -¿Cómo se hace para llegar al Carnegie Hall? La lenta respuesta que le da el judío es ésta: - Deberá practicar sin pausa, jovencito. Otro chiste del mismo tipo. Un hombre se encuentra con un amigo en la calle y le pregunta: -¿Cómo estás, Joe? ¿Cómo sigue tu dolor de cabeza? Su interlocutor contesta: - Está jugando al bridge con sus amigos. El chiste nace a veces de un *lapsus linguae*. Veamos un ejemplo: La señora Goldstein está en el vestíbulo del Hotel y le pregunta al conserje: -¿Donde se ha metido ahora el *goy* del ascensor?*

EL RABINO COMO FIGURA PATÉTICA Y Cómica

En otra época, ya fuera en los buenos tiempos o en los malos tiempos pasados, el rabino era no sólo el sacerdote y dirigente espiritual de la congregación, sino también la autoridad que arbitraba en todos los asuntos civiles y en las crisis familiares de importancia. Esto ha cambiado: su posición y sus funciones se han visto reducidas. Hay numerosos ejemplos de este descenso social, entre ellos esta queja del rabino de una congregación muy pequeña -Primero fui rabino en Mannheim... allí había judíos, pero no dinero. Después fui rabino en Londres... allí había dinero, pero no judíos. Ahora, en esta congregación, no hay ni dinero ni

* Juego de palabras: *boy* (muchachito) y *goy* (gentil). (N. del T.).

judíos. He aquí otro chiste, que también se refiere al problema financiero: -¿Qué honorarios percibe? -le pregunta un amigo al rabino de una pequeña congregación. -Tres florines por semana- responde el rabino, quien se apresura a especificar con mayor precisión -Lo que significa, tres florines la semana en que recibo algo. El rabino se convirtió en una figura patética y graciosa incluso cuando de vez en cuando se burlaba de sí mismo. Durante su sermón, un rabino cuenta una anécdota jocosa. Todos los presentes se ríen. Sólo un judío permanece imperturbablemente serio. -¿Qué le sucede? -le pregunta el judío que ocupa el asiento vecino en la sinagoga. -¿Se siente enfermo? A lo que el otro hombre contesta: -No, Dios no lo permita. Pero no pertenezco a esta congregación.

TIPOS DE DEFECTOS

El humorismo judío toma a broma una variedad de "debilidades" y defectos de su pueblo, pero la mayoría de los chistes de esta categoría se refiere al mal comportamiento de los judíos en los lugares públicos, a su falta de aseo, a la presunta tendencia a eludir la higiene y los baños. El tema de la falta de limpieza personal, y aun de la indiferencia ante las sabandijas, chinches y piojos, se agrega a los blancos favoritos del humorismo judío en su sentido más restringido.

Cuando se examina esta categoría de chistes judíos se siente uno seriamente tentado a pensar que la falta de asco linda con la santidad, porque las personas zaheridas en ellos preferentemente son los judíos más devotos y ortodoxos. Pero no es éste el caso. Estos chistes se refieren en especial a los judíos que vivían en los *ghettos* de la Europa Oriental, en la más absoluta indigencia y hacinados como sardinas en lata. No se los describe en su propio ambiente, sino en contraste con la civilización occidental y con sus exigencias de aseo corporal. En esta confrontación que toma a veces la forma de un conflicto, el judío aparece como un ser atrasado, sucio -"judío sucio" era casi una expresión familiar- y despreciable. Con frecuencia se describe a esta pobre gente como tan inculta y poco educada que a veces no entiende siquiera lo que quieren decir los demás cuando hablan de bañarse. He aquí dos

ejemplos de estos chistes: Teitelbaum pide una habitación en un hotel. El conserje le pregunta: -¿Con baño? Y Teitelbaum le responde indignado: -¿Qué quiere significar con eso? ¿acaso soy una trucha? En un centro turístico, un caballero le pregunta a su vecino de mesa: -¿Usted tomó un baño esta mañana?- Cohn inquiriere boquiabierto: -¿Por qué? ¿Falta uno?

En su obra antedicha, la doctora Landman se inclina a suponer que los chistes sobre el baño no son de origen judío, sino que fueron ideados por los antisemitas. Entonces los tomaron los escarnecidos judíos y los modificaron como elementos de autoironía. (¿Pero por qué habrían de hacer eso? Este es el obstáculo, o mejor dicho el abismo, con que se tropieza. Aquí el problema psicológico aflora como el aspecto más importante. La mayoría de los autores evitan responder a esta pregunta, muchos ni siquiera la plantean, en tanto que algunos la reclaman).

La doctora Landman señala que los principios religiosos, que prescriben el frecuente lavado de las manos y los baños en determinadas ocasiones, impedían ya un descuido total del cuerpo humano. La indiferencia por el aseo de la persona fue introducida por la primitiva cristiandad junto con el rechazo de lo corporal y mundano. La inquisición española veía en el hecho de que los judíos o musulmanes recién bautizados tuviesen una bañera, una prueba de reincidencia y herejía, que debía ser castigada con la muerte en la hoguera.

Simpatizamos con estas argumentaciones, pero seguimos considerando que los chistes sobre el baño son auténticamente judíos. Podríamos responder que la purificación ritual, tal como la prescribe el judaísmo, así como el Islam y el hinduismo, no excluye la posibilidad de que los fieles permanezcan sucios. El argumento histórico, especialmente la referencia a la antigua cristiandad, no es exacto. La burla se originó en una época en que la atmósfera del *ghetto* contrastaba con la civilización occidental que invadía el mundo del judío ortodoxo.

El significado de todos estos chistes consiste sencillamente en que el desaseo y la suciedad de los judíos del *ghetto* entran en contraposición con las costumbres del mundo exterior, e incluso con la nueva conducta

de la judeidad emancipada. Creo que el efecto cómico de esas humoradas deriva simplemente de ese contraste y de ese conflicto, intensificado por la actitud conservadora y reaccionaria de los judíos del *ghetto*.

Es más acertado comparar la repugnancia y el rechazo ante las exigencias del aseo, orden y medidas higiénicas, con la actitud de los niños que las rehuyen y deben ser educados para que sean limpios y prolijos.

Me contaron no hace mucho que mientras observaba a la abuela que quitaba el polvo de los cuadros colgados en la pared, un niño le preguntó: ¿Por qué no me haces lo mismo por la mañana? ¿Qué necesidad tengo de lavarme? Este mismo espíritu es el que late en los chistes judíos, y se pierde la esencia de los mismos si se pasa por alto el hecho de que la decidida resistencia contra las exigencias del aseo impuestas por la civilización occidental, es similar a la enunciada por las criaturas que no quieren ser lavadas por la madre. Los judíos del *ghetto*, que vivían en los confines de la civilización occidental, se rebelaron contra esas reglas de higiene como si ellas amenazasen la continuidad del viejo orden y la supervivencia misma del judaísmo.

Los defectos que el humorismo judío atribuye a su pueblo son de distintos tipos. Tenemos, por ejemplo, la informalidad, la desaprensión y la torpeza en las reuniones sociales. Un caso de esta deplorable falla en el comportamiento son los malos modales en la mesa. El humorismo judío establece, por ejemplo, un contraste revelador en la diferencia entre un restaurante judío y otro no judío. En el restaurante no judío se ve comer a la gente y se la oye hablar; en el restorán judío se ve hablar a la gente y se la oye comer.

Entre paréntesis, hay muchos chistes que ponen de relieve la insolencia de los mozos de los restaurantes judíos. He aquí un ejemplo. Un comensal llama al mozo, después de haber sido servido, y le dice -Oiga, ¿qué le pasa al pollo que me trajo? Tiene una pata mucho más corta que la otra. Y el mozo le contesta: -¿Usted pidió el pollo para comerlo o para bailar con él?

Varios factores sociológicos y psicológicos aparecen como causas determinantes del origen y subsistencia de estos tipos de defectos sati-

rizados por los chistes judíos. Además de los que pueden ser comprendidos con facilidad, hay otros que son inconscientes y pasan poco menos que inadvertidos. No dudo de que en muchos ejemplos de esta categoría se manifiesta una especie de bravata o desafío rebelde. Naturalmente, esta obstinación desesperada y esta continua oposición están dirigidas contra el mundo hostil que rodea al *ghetto*, en el mismo sentido que Shakespeare da a la frase: "Sea Kent grosero, cuando Lear está loco".

LAS MADRES JUDÍAS

Los hombres de todas las naciones glorifican a las madres en la canción y la poesía. Los judíos también lo hacen, pero lo que los distingue de otros pueblos es que sus madres son blanco de chistes y burlas humorísticas extrañamente combinadas con afecto.

Ya había observado esta característica de mi pueblo aun antes de escuchar el relato que me hizo un paciente de edad madura. El hombre describía con frecuencia la forma en que se comportaba la madre cuando él la visitaba y cenaba con ella los viernes por la noche, cómo lo obligaba a comer más y cómo le demostraba en diversas formas su espíritu dominador. Le hablaba invariablemente de los múltiples males que la aquejaban. -Cada enfermedad que no padece es *revajn* (ganancia)-comentaba su hijo. A éste le resultaba evidente que las dolencias eran descritas por la madre sólo para suscitar su compasión y atarlo más a ella. La noche anterior la había visitado preguntándole cómo se sentía. Con gran sorpresa de su parte, ella le respondió "compungida": -Muy bien.

Cuando en alguna oportunidad el hijo se sentía mal, disponía ella, al igual que tantas madres judías, de un cúralotodo: la sopa de gallina; éste era para ella el remedio para todos los males y enfermedades, desde el resfrío hasta el cáncer, y desde la bronquitis hasta una pierna fracturada.

Hay otros rasgos característicos. Los chistes judíos atribuyen a las madres cierta tendencia a hartar de alimentos a sus hijos, y a preocuparse si no comen lo suficiente y lo más adecuado. Es como si las madres tratasen de realizar la simbiosis nutricia de la infancia y de lograr a tra-

vés de ésta la permanente dependencia de sus hijos respecto de ellas. De ahí que su principal preocupación se oriente hacia la comida. Una historia que recientemente circuló por Nueva York demuestra las formas grotescas en que puede llegar a expresarse dicha preocupación. Un "gangster" judío cayó en una emboscada y recibió varias heridas de bala graves. Empleando sus últimas energías, subió por la escalera hasta el departamento de la madre y tocó el timbre. -¡Mamá! -gritó, cuando ella abrió la puerta. Pero la madre, ajena al estado de su hijo, exclamó: - Primero come, y después hablarás.

Me gustaría incluir aquí algunos versos de un *Cuento de invierno*, de Heinrich Heine, escrito en 1844. En ellos se refleja esta tendencia de las madres judías, dándole carácter universal. El poeta viajó a Hamburgo para visitar a la madre, después de una ausencia de muchos años:

Y cuando encontré a mi madre en el hogar,
Podía derribársela con una pluma.
¡Hijo mío, hijo mío! -exclamó, palmoteando con sus viejas manos.

-¡Hijo mío! ¡Han pasado trece años!
Déjame ver, ¿estás más robusto o más delgado?
Trece años: No hay duda de que debes tener apetito,
¿Y bien, qué quieres que prepare para cenar?

A pesar de la actitud autoritaria que muchas madres judías adoptan respecto a sus hijos, siempre reconocen el privilegio de ser hombre y aceptan su superioridad intelectual. Su respeto por la educación y el estudio, así como su orgullo por los progresos logrados por sus hijos, se expresan en forma muy ingenua. Tenemos el cuento archiconocido de la madre desesperada que corre frenéticamente por la playa, con los brazos tendidos hacia el mar, mientras grita: -¡Socorro! ¡Socorro! ¡Mi hijo, el doctor, se está ahogando! Las palabras "Mi hijo, el doctor" brotan casi automáticamente. Es así como la anciana judía habla siempre de su hijo. La absoluta confianza que las madres depositan en sus hijos queda magníficamente ilustrada en una anécdota de Rothschild. Una vecina del *ghetto* fue a visitar en cierta oportunidad a la matriarcal

Gutele Rothschild. Corrían rumores de que había amenazas de guerra y la mujer, cuyo hijo acababa de cumplir la edad del servicio militar, estaba preocupada. Ansiosamente, le preguntó a la señora Rothschild si ella tenía alguna noticia de que estallaría la guerra.

-¿La guerra? ¡Pamplinas! -respondió Gutele. -Mis muchachos no lo permitirán.

Grotjahn recalca que la madre judía es distinta de la madre espartana, la cual espera que su hijo se convierta en un héroe, vivo o muerto. La madre judía desea la victoria, pero se conforma con la derrota; su principal preocupación consiste en que su hijo se salve.

El ejemplo siguiente pone en descubierto otro rasgo propio de las madres a través del humorismo judío. Una madre le regala dos corbatas a su hijo. Queriendo demostrar su satisfacción, se pone éste una de las corbatas en la primera ocasión en que va a visitarla. Al verlo, la madre le pregunta: -¿Qué sucede? ¿No te gustó la otra?

Las madres judías sienten por sus hijos el mismo amor incondicional que las madres de otros pueblos, pero al margen de ello tienen ciertos rasgos particulares de que los chistes hacen mofa; por ejemplo, su naturaleza primitiva, que deriva en su mayor parte de la falta de educación. El contraste entre este atraso y el progreso de los hijos proporciona material para muchos chistes. En una de las deliciosas conversaciones telefónicas entre madre e hijo reproducidas por George Jessel³³, el hijo explica que está junto a Wendell Wilkie* ("No, mamá, Menden no... Wendell"), quien le ha hablado de las cuatro libertades. Mamá desea saber qué dijo de los vecinos del piso de arriba, los Friedmans^{**}. El hijo le comunica que esa noche irá a dar una vuelta por la galería de arte, y debe asegurarle que éste es un lugar honorable. Promete que traerá a casa a *La Madre*, de Whistler, para la sala, pero su madre le contesta que allí no hay lugar y que la madre de Whistler tendrá que

³³ Jessel *Anyone?* Englewood, Nueva Jersey, 1960, pág. 56.

* Político norteamericano, candidato a la presidencia por el Partido Republicano. (N. del T.)

dormir con la hermana de George. El hijo le explica que se trata de un cuadro. Cuando él agrega que ha elegido un Rubens, su madre piensa que se refiere a Rubin, el confitero. Entonces le explica que Rubens es un pintor, y la madre le pregunta cuánto le cobrará por pintarle la cocina.

En cuanto a los hijos, el hecho de que a veces se burlen de las debilidades y peculiaridades de las madres, no significa que éstas no les inspiren profundo cariño. Claro que se lo inspiran. En esta agresividad juguetona hay una inmensa ternura. Los chistes no son ofensivos jamás, sino apenas pícaros y desbordantes de compasión afectuosa y protectora. Se ha dicho que el verdadero amor sigue amando al objeto de sus sentimientos en sus limitaciones y debilidades.

Cada lector habrá evocado la memoria de su propia madre. También la he evocado yo, y una de sus frases vuelve a mi mente: "Cualquier vaca puede *convertirse* en madre, pero no toda mujer puede *ser* madre".

En los días en que yo era un joven psicoanalista, Freud me contó que uno de sus primeros pacientes fue un judío de mediana edad, del bajo East Side de Nueva York. Cuando Freud le explicó por primera vez que la mayoría de sus conflictos neuróticos tenían sus raíces en las relaciones con la familia, el paciente no se mostró tan sorprendido como podría uno suponer. -Pero si eso lo supe siempre -respondió. -Todos nosotros sufrimos de *mischpojitis*. Al emplear la palabra *ídish mischpoje* (familia), este hombre acuñó una nueva expresión, comparable a bronquitis y a otros nombres de enfermedades, definiendo de este modo el origen y el carácter de su trastorno emocional.

Cuando se observan los íntimos e indisolubles lazos familiares de los judíos, no puede uno dejar de extrañarse de que sólo sean blanco muy ocasional del humorismo judío. Constituyen acaso la única excepción las relaciones entre madres e hijos, que a veces son enfocadas con espíritu de picardía más que de burla. Permítaseme insertar una historia suplementaria, que oí recientemente. Una joven visitadora social discute

** Juego de palabras entre "freedoms" (libertades) y Friedmans. (N. del T.)

con una amiga y colega sobre algunos de sus clientes neuróticos. La anciana madre, que oyó la conversación, le dice a la hija después que la otra muchacha se hubo retirado: -Yo sé lo que es un mantel para mesa. ¿Pero qué es un caso mantel? Es evidente que esta historia se mofa de la falta de educación evidenciada en la confusión entre los términos "mantel" y "mental".

Sí, existe incluso un contraste profundamente sentido entre las relaciones con los ajenos y las relaciones con los miembros de la propia familia, tal como lo ilustran los proverbios judíos. Tomemos aquel dicho: "*Got zol mij benchn; ij zol nisht broijn menchn*" ("Ojalá Dios me bendiga, y no necesite de la gente"). Comparemos este dicho con otro: "Atenme de pies y manos, pero déjenme entre los míos". Esto significa, como es obvio, que sea cual fuere su impotencia, no le faltarán cuidados a uno si está entre los miembros de su familia.

La relación entre padres e hijos no se convierte casi nunca en tema del humorismo judío. Parecería que dicha relación se elude cuando de chistes se trata y que esta renuencia a mencionarla deriva del mandamiento: "Honrarás a tu padre y a tu madre..." Sin embargo, se encuentran ciertos chispazos de comprensión intuitiva del carácter de esa relación; lo prueba ese proverbio que al principio desconcierta y suena como una paradoja, pero que refleja una gran penetración psicológica: "Cuando el padre da al hijo, ambos ríen; cuando el hijo da al padre, ambos lloran". Pero observaciones como ésta, que sorprenden por lo profundas, son muy escasas en los chistes sobre la propia familia.

Si se aspira a descubrir el carácter auténtico de un fenómeno como el del humorismo judío, resulta legítimo explorar no sólo sus rasgos peculiares, sino también compararlo con fenómenos similares y señalar qué es lo que falta en uno o en otro. El investigador perspicaz observará, por ejemplo, que la burla a la invalidez, a los defectos físicos y a la fealdad, así como a la edad avanzada con sus múltiples problemas, son temas insólitos en el humor judío. Nos encontramos aquí con una barrera psicológica para los chistes, una especie de bloqueo en el camino del humor. Me parece que un escrúpulo de tipo similar impide que los ju-

díos ridiculicen a los miembros de su familia, y especialmente a los padres. El humor judío, que por lo demás no respeta nada, se detiene aquí. Esta restricción tiene un significado extraordinario. El honrar a los padres no es sólo un mandamiento religioso, sino también una de las premisas esenciales de la supervivencia judía,

En cierta oportunidad, cuando les preguntaron a los pioneros judíos que trabajaban intensamente en regiones desoladas: -¿Vale la pena someterse a todos estos sacrificios?, su respuesta fue: -Quizá no vivamos para ver el fruto de nuestros esfuerzos, pero nuestros hijos sí vivirán para verlos. Y qué bello es el reverso de esta respuesta, tal como lo expresaron los muchachos y muchachas que fueron recientemente a defender la Tierra Santa contra el enemigo: -Bien, quizá no veamos el fruto de nuestros esfuerzos, pero nuestros padres lo verán. Todas las otras relaciones humanas son transitorias y perecederas. Los padres sobreviven.

CORRIENTES DEL JUDAISMO

Con los cambios introducidos por la irrupción de la civilización occidental en el *ghetto*, la actitud de sus habitantes hacia la religión experimentó también una transformación radical, llegando hasta el extremo de abandonar la fe de los padres. El camino los condujo a menudo desde el agnosticismo al ateísmo, con muchas estaciones intermedias entre el punto de partida y el de llegada. Aquí tenemos dos ejemplos representativos de chistes que reflejan esta transformación en materia religiosa. Un judío recurre a un rabino ortodoxo y le pide que pronuncie su *berajá* (bendición) sobre el coche "Jaguar" que acaba de comprar. El rabino ortodoxo se niega a impartir la bendición a una fiera salvaje. El rabino conservador al que acude entonces el judío en busca de la bendición, se niega porque no quiere dar la *berajá* a un automóvil. El rabino de la congregación reformista, a quien recurre en último término, responde: -Sé lo que es un "Jaguar", ¿pero qué es una *berajá*? De los chistes de este tipo fluye la moraleja de que cuando se aflojan los lazos

que atan a la rigidez de la ley, la consecuencia inevitable es la renuncia a la fe en sí misma.

Hay un segundo cuento que apunta al mismo blanco, y demuestra que el proceso se excede a veces del objetivo fijado. Varios judíos discuten cuál de sus respectivas sinagogas es la más progresista. Uno de ellos dice que en su templo hay un cenicero junto a la Torá para que quienes rezan puedan seguir fumando. El segundo explica: -Nosotros somos mucho más progresistas. Para Iom Kipur servimos "sandwiches"... "sandwiches" de jamón, entiéndase bien. El tercer judío argumenta: -Nosotros somos tan progresistas que cerramos en los Días Santos. Tal como lo señala Martin Grotjahn, de quien tomo este ejemplo, el último y categórico comentario "liquida limpiamente el judaísmo". De acuerdo con lo que ya dijimos, hay toda clase de transiciones entre uno y otro extremo.

Muchos chistes judíos se dirigen contra el judaísmo reformista. Uno de los más antiguos refiere que un judío de una comunidad remota acudió al rabino reformista Aarón Chorin, en Arad, Hungría, y le informó que quería entablar demanda contra Dios, porque le parecía que éste había sido injusto con él. -¿Acaso no tienes rabino en tu congregación, para que debas recurrir a mí? -le preguntó Aarón Chorin. -Claro que tenemos un rabino -fue la respuesta-, pero es un hombre muy piadoso y temeroso de Dios y no se atrevería a iniciar un juicio contra El. Pero usted no le teme a Dios, y por eso vine a buscarlo.- La historia es indudablemente ingeniosa, aunque no podamos saborearla acaso tanto como la generación judía que nos precedió. Como es natural, el humorismo está dirigido en este caso contra el movimiento reformador en la etapa de transición.

La alusión al temor a Dios es el alma de esta historia que ataca a los judíos reformistas, insinuando su inadvertencia de que el Dios al que todavía rezan, se ha perdido. Se los contrapone a los judíos ortodoxos, que observan fielmente las antiguas leyes religiosas y temen a Dios. Le temen incluso cuando a veces se sienten inclinados a protestar contra El, como lo hiciera Job. Permanecen fieles a El aun cuando se sientan

abandonados por El, e imploran Su ayuda, incluso cuando afirman que no es generoso con ellos. De allí el suspiro del judío: -¡Ayúdame, Dios mío! Te apiadas de los completamente ajenos. ¿Por qué no te compadece de mí?- Sólo los firmes lazos familiares por los que el judío se siente unido a Dios diferencian esta piadosa exclamación del reproche que dirigía Santa Teresa de Avila al Todopoderoso: "Tienes tan pocos amigos por lo mal que los tratas".

La distancia que separa al joven Heinrich Heine del judaísmo reformista, del que se burló tantas veces porque lo entristecía, está representada apenas por una breve etapa cultural. Durante los últimos años de su vida, su actitud estuvo aun más próxima a la de los judíos leales que a la de los agnósticos. Entonces el pobre mártir de la Rue d'Amsterdam expresó su deseo de presentar demanda contra Dios, tal como el judío del cuento. El poeta paralítico, torturado por dolores incesantes, declaró que quería acusar a Dios de ser cruel con los animales. Cuando antes de su muerte el sacerdote le exhortó a arrepentirse, pues entonces Dios lo perdonaría, Heine protestó con estas palabras: "*Certainement il me pardonnera; c'est son metier*".

Al llegar a este punto, me rendiré a la tentación de repetir un chiste que hice recientemente. Para hablar con propiedad, yo no inventé el chiste: éste me tomó por sorpresa. Generalmente no soy bromista, pero la ocasión incitaba a arriesgar un comentario jocoso. En el pasado setiembre un psiquiatra me invitó a cenar. Exceptuándome a mí, sólo asistía a esa comida informal otro invitado, una dama ya entrada en años que era visitante asidua de la familia. Después de la cena empezamos a conversar sobre generalidades. Sólo recuerdo que llegamos al tema del Año Nuevo judío (Rosh Hashaná), que había sido celebrado pocas semanas antes. La dama, que era de ascendencia católica irlandesa, nos contó una divertida anécdota sobre un judío de su relación a quien había conocido hacía muchos años. El caballero le enviaba una tarjeta de felicitación todos los años, para Rosh Hashaná, y ella siempre se la agradecía cortésmente. Y sucedió que ese año la encontró el caba-

llero en el momento en que ella salía de la iglesia donde había asistido a misa, pocos días después del año nuevo judío.

Según parece, el caballero ignoraba por completo que ella era gentil, y quedó visiblemente turbado por el encuentro. Ella hizo todo lo posible por tranquilizarlo. -Al fin y al cabo -le explicó la dama-, todos creemos en un solo Dios. Al llegar a este punto, me sorprendí al oírme decir: -A lo sumo... La dama exclamó: -¡Ateo horrible!-, y me palmeó cordialmente el brazo.

Al echar un vistazo retrospectivo, me parece que con esta humorada continué la tradición del judío infiel, al suponer que el Dios único es lo que está más próximo a la ausencia de toda deidad.

DIFICULTAD PARA BAUTIZARSE

Uno de los temas favoritos del humorismo judío es la conversión al cristianismo y su rito simbólico, el bautismo. A los judíos les parece completamente increíble que este sacramento pueda realizar el milagro de un cambio radical. Pero cuando apunta a esta transformación, el humorismo judío tiene más de una flecha en su arco. En primer lugar, niega la posibilidad de una modificación de este tipo y afirma: "quien fue judío una vez, lo será siempre". En Nueva York se cuenta la historia del banquero Otto Kahn y del humorista Marshall P. Wilder, que era giboso. Mientras se paseaban por la Quinta Avenida, Kahn señaló una iglesia y dijo: -Esa es la iglesia a la que pertenezco, Marshall. ¿Usted sabe que en una época fui judío? -Sí Otto, y en una época yo fui jorobado- respondió Wilder. La convicción de que el ser judío constituye un hecho inalterable está mejor expresada en esta seca frase que en muchos tratados. Parece que al judío le resulta tan difícil desprenderse de su judaísmo como al viejo marinero desprenderse de su albatros*.

Pasó la época en que el bautismo era, según las palabras de Heine, "la tarjeta de entrada a la civilización europea". Los que se cristianaban admitían ya entonces que su conversión al catolicismo estaba inspirada

* Referencia a la poesía *The Ancient Mariner*, de Samuel Taylor Coleridge. (N. del T.).

por el propósito de asegurarse ciertas ventajas. Comentando que "*Paris vaut bien une messe*", el mismo Heine expresó: "Las pocas gotas del agua bautismal se secan rápidamente". Nunca se cansaba de burlarse de su propia conversión y de la de otras personas. En una carta que escribió el 26 de setiembre de 1829, dijo respecto a Moritz Oppenheimer, el mayor de los yernos de Salomón Heine: "No lo quiero, a pesar de que como cristiano debería amar a mis enemigos; pero soy un novicio demasiado reciente en el amor cristiano. En cambio Moritz Oppenheimer es un cristiano más antiguo y debería quererme a mí..."

Muy pocos judíos afirmaron que su conversión al cristianismo fue por convicción y son aún menos los judíos que les creerían (una frase familiar dice: ¡Cuéntale eso a un Goy!"). Dichos comentarios de Heine tienen el mismo sentido que las palabras que un cliente muy pobre le dijo a su abogado recién convertido: -No sé si todavía debo apelar a su tierno corazón judío o si ya debo recurrir a su amor cristiano por el prójimo. Y recordemos el cuento de la señora Spiro, quien al descubrir que el pretendiente católico de su hija era un hijo del señor Cohn, comentó: -Me siento muy feliz. Siempre quise tener un yerno que fuese un simpático joven cristiano de una buena familia judía. En el ambiente difuso de la judeidad asimilada las fronteras parecen borrarse. La pequeña Ilse Kohn le pregunta a su madre: -¿Mamita, los gentiles también tienen árboles de Navidad?

El judío ansioso por recibir el sacramento del bautismo sufre de vez en cuando hiriente rechazo, como le ocurrió al doctor Eisenstein, quien le consultó a un colega cristiano: -Dígame, por favor, ¿qué se pone uno cuando lo bautizan? El interrogado se rascó la cabeza y respondió: -Bien, el problema es complicado. Nosotros usábamos pañales.

Por otra parte, muchas personas que trataron de convertir a los judíos al cristianismo vieron rebatidos sus argumentos. Hace más de dos siglos, un sacerdote llamado Teller hizo todo lo posible por convertir al cristianismo al famoso filósofo Moisés Mendelssohn. Con alusión humorística a las prácticas comerciales de la época, conforme a las cuales se otorgaba crédito al hijo mientras su padre estaba con vida aún, con la

esperanza de que el hijo pagase al heredar, Teller le escribió a Mendelssohn estos versos:

*An Gott der Vater glaubt Ihr schon
So glaubt doch auch an Seinen Sohn,
Ihr pflegt doch sonst bei Vater's Leben
Dem Sohne gern Kredit zu geben.*

Lo que podría traducirse acaso como sigue:

En Dios el Padre ya creéis,
Creed también entonces en el Hijo,
En otros casos solíais ya en vida del padre
Dar crédito al hijo.

La respuesta de Mendelssohn es indudablemente ingeniosa:

*Wie koennten wir Kredit ihm geben?
Der Vater wird ja ewig leben.*

¿Cómo podríamos otorgar crédito al hijo
Si el padre ha de vivir eternamente?

Moritz Saphir, el periodista vienés, nació judío en 1795; después se convirtió al catolicismo y finalmente al protestantismo. Cuando le preguntaron los motivos de cambios tan sorprendentes en su fe, dio la siguiente explicación: "Cuando era judío, Dios podía verme, pero yo no lo podía ver a él (aludiendo al carácter incorpóreo de Jehová); entonces me hice católico y pude verlo a él, pero él no podía verme a mí (refiriéndose a las figuras e imágenes de Cristo). Ahora soy protestante y ni yo lo veo a él ni él me ve a mí". En esta forma se liberó por completo de toda noción de Dios.

EL MESIAS

El judaísmo no reconoce salvación individual alguna, sino sólo la salvación de todo el pueblo, la era mesiánica. La idea de la redención no fue ajena al judaísmo, pero sólo concernía al futuro, cuando el lobo y el cordero serán apacentados juntos. La realidad del mundo persistía y no

debía ser despreciada. El misticismo de la escatología judía también tenía una respuesta al por qué todos debían volver a sufrir, y los judíos más que los otros. La inminente llegada del Mesías se anuncia por un aumento de la miseria y la oscuridad. La venida del Mesías es precedida por mayores injurias y depravaciones sangrientas, por los "dolores del parto del Mesías" (en hebreo. *Jevlé Meshíaj*). Esta idea corresponde íntegramente al factor de suspenso en el masoquismo social o psíquico del individuo, tal como lo presenté en *Masoquismo en el Hombre Moderno*.

¿Cómo se puede explicar que la venida del Mesías, la mayor idea escatológica del judaísmo, se haya convertido en un motivo de dubitación y aun de humorismo? Es muy fácil responder que el sentido de la realidad, así como el escepticismo permanente, contradecían esa concepción tan misteriosa. Sin embargo, esta respuesta no llega al fondo del problema.

El sionismo también era un tema favorito del humorismo judío; no obstante, se convirtió a lo menos en un hecho real y efectivo. El argumento de que la idea mesiánica es una utopía quimérica y de color de rosa no tiene fuerza suficiente para explicar por qué, incluso dentro del *ghetto* judío, esta idea era tratada jocosamente. En su esencia había algo que los judíos rechazaban.

He aquí algunos chistes que ejemplifican ese rechazo. -Date cuenta, Jaim, pronto vendrá el Mesías- dice el rabino. Y Jaim le contesta: - ¡Dios no lo permita! ¡Entonces resucitarían todos mis parientes y querrían vivir conmigo! Veamos otro diálogo:

-La gente dice que el Mesías no tardará en llegar. ¿Sabes una cosa? Esta idea no me seduce mucho. En ese caso deberíamos dejar todo y volver a Israel. Precisamente ahora cuando por fin tenemos una casita tan linda.

-No te preocupes, Moishe. Dios nos salvó del Faraón, nos protegió de Hamán... también nos defenderá del Mesías.

Incluso la era tenebrosa y atroz que precedería a la llegada del Mesías tenía un aspecto humorístico. Un judío comentaba: -Ya tenemos

aquí todas las señales de la época mesiánica: el régimen de insolencia y brutalidad.... Sólo falta el asno sobre el cual llegará montado el Mesías, porque mientras tanto todos los asnos se han convertido en dirigentes políticos judíos.

¡Basta de ejemplos! La idea del Mesías no podrá triunfar jamás dentro del judaísmo en tanto éste mantenga su integridad, porque esta concepción contradice el espíritu de la fe mosaica. La figura del Mesías es esencialmente una forma especial de hijo divino de la deidad, de una figura similar a la de Jesús de Nazareth. En una época, antes de las radicales reformas sociales y religiosas de Moisés, en la etapa prehistórica previa al Jehovismo, las tribus hebreas reverenciaban un dios hijo de este tipo, idéntico a Attis, Adonis y Osiris de los pueblos vecinos. Moisés, y con él, aunque de mala gana, las tribus judías, rechazaron la figura-hijo divino y la proscribieron a un submundo inconsciente hasta que resurgió de allí en la forma del Salvador. El judaísmo se convirtió en una religión-padre neta y se conservó así hasta ahora. La noción posterior del Mesías que vendrá como redentor, no sólo de Israel, implicó una superación de la forma reprimida, de la figura-hijo divino. Como tal estaba destinada a morir o, lo que equivale a lo mismo, a ser pospuesta hasta el infinito. La idea tuvo una vida fugaz dentro del judaísmo y fue destruida en el brote.

Quizá sea adecuado un jocoso punto final a estos comentarios, citando un chiste reciente: un israelí que realizaba una campaña contra el primer ministro Ben Gurión antes de las elecciones, decía: "La diferencia entre el Mesías y Ben Gurión consiste en que el Mesías se niega a venir y Ben Gurión se niega a irse".

EL SIONISMO

En un paisaje de la novela de Schnitzler *Der Weg in Freie*, citada ya, varios personajes se enzarzan en una animada discusión sobre el Sionismo. El escritor, Heinrich Berman, polemiza con su amigo más joven, Leo Ehrenberg, que es un apasionado partidario de Theodor Herzl. A Heinrich, el sionismo se le presenta como "la peor calamidad que haya caído sobre los judíos". Los sentimientos nacionales y la reli-

gión fueron siempre palabras que lo irritaban por su ambigüedad maligna. La noción de una patria es una ficción, una idea política cambiante, intangible, que flota en el aire. El hogar, y no la patria, es lo único que tiene un significado auténtico. Heinrich aparece diciendo que en lo que respecta a la religión, le agradaban tanto la cristiana y la judía como la griega y la hindú, pero que apenas trataban de imponerle sus dogmas las hallaba igualmente intolerables y repulsivas.

La conciencia de una persecución que afectaba a todos los judíos, y de un odio cuyo peso caía sobre todos ellos, no lo ligaba a hombres de los que se sentía muy distante. No tenía inconveniente en aceptar el sionismo como un principio moral y un movimiento social, pero la idea de la fundación de un Estado Judío sobre una base religiosa y nacional le parecía un desafío absurdo a "todo el espíritu de la evolución histórica". Enfrentando a Leo, su amigo sionista, le pregunta: -¿Qué es tu patria, Palestina? Una idea geográfica. ¿Qué significa para ti la fe de tus padres? Un conjunto de costumbres que has abandonado y algunas de las cuales te resultan tan ridículas y de tan mal gusto como me resultan a mí.

Uno podría pensar que ésta es también, por lo menos en parte, la opinión de Schnitzler. Se cuenta que en cierta oportunidad Theodor Herzl le pidió a Schnitzler que fuese a Palestina. Ahí, el escritor echaría raíces. Schnitzler le respondió: -¿Para qué necesito raíces? Yo tengo alas.

¿Cómo trata el humor judío al sionismo? La contestación es, naturalmente, que lo trata en diversas formas. En los viejos tiempos se definía al sionismo como la oportunidad de que un judío designe a otro para que le pida dinero a un tercero a fin de enviar a un cuarto judío a Palestina.

También es conocida la sarcástica observación de un judío berlinés, quien afirmaba que le gustaría ser embajador del nuevo Estado Judío en Berlín.

En una obra reciente, Salcia Landman, que por lo demás es una observadora perspicaz, afirma que él israelí mismo no ha producido casi

ningún humorismo nuevo y original³⁴. Explica que el israelí no tiene humor porque éste no le sirve para nada. Traduzco un párrafo de su libro: "Cuando uno ataca a los judíos en Israel, ellos pueden defenderse nuevamente con las armas, tal como lo hicieron sus antepasados en los tiempos bíblicos; de manera que reemplazan al humorismo. En consecuencia, el nuevo Israel está tan desprovisto de humorismo como la Biblia".

¿Pero es esto cierto acaso? En la Biblia puede uno encontrar chistes, e indudablemente hay humorismo en el nuevo Israel. Los chistes judíos se perpetuarán mientras Israel exista como un grupo nacional o religioso con características propias. Son entes frágiles y efímeros como las luciérnagas y ciertas flores, pero son vivaces y animados y nos complacen su inquietud y bullicio aunque sólo duren un momento. El humorismo judío es un enfoque original y sorprendente de la vida, principalmente de la vida judía, aunque con frecuencia abre horizontes más amplios.

Nunca se debe contradecir a una dama, pero yo disiento radicalmente de la señora Landman, quien habla de la "muerte" del humorismo judío y no cree que haya una producción creadora de chistes en el nuevo Estado de Israel. El cambio de las circunstancias sociales y nacionales provocará una transformación de los chistes, pero las chispas siguen resplandeciendo y creciendo. He aquí un ejemplo del humorismo judío en Palestina tomado de la época en que una vasta corriente inmigratoria afluyó de Europa³⁵. Un ómnibus que marcha a gran velocidad serpentea entre las colinas en el trayecto de Jerusalem a Tel Aviv. Uno de los pasajeros siente náuseas cada vez más intensas. Un compañero de viaje le pregunta: -¿Puedo ayudarlo en algo? Soy médico. El conductor detiene el vehículo y ofrece ayuda a su vez. El también es médico. El pasajero descompuesto gruñe y dice: -¡Déjenme tranquilo! También yo

³⁴ S. Landman, *op. cit.*, pág. 111.

³⁵ Tomado de Robert Gessner, *Some of My Best Friends Are Jews*, Nueva York, 1936, pág. 280.

soy médico. La anécdota ilustra con espíritu humorístico la situación que imperaba hacia 1930 en Palestina, donde vivían más de un millar de médicos que no practicaban la profesión.

He aquí un cuento de la época en que la importación de todos los artículos de uso doméstico de los inmigrantes que entraban al nuevo Estado de Israel estaba todavía exenta de impuestos. Entonces era difícil aún conseguir heladeras en Israel y por lo tanto se podía venderlas a un precio muy elevado. Un inmigrante llega con su esposa, los niños y siete heladeras. El vista de aduana sólo deja pasar una de ellas libre de impuestos, y explica:

-Usted no necesita más que una.

-No, -protesta el inmigrante-, necesito una para los jarros de leche, otra para la carne y otra para lo que no es ni leche ni carne.

-Muy bien, suman tres; ¿pero qué me dice de las otras? inquires el desconfiado funcionario.

-¿Y no ha pensado en Pésaj?- pregunta con tono de indignación el inmigrante. ¿Acaso no debo guardar aparte todas las fuentes y platos?

-Muy bien- admite el vista de aduana. Ha justificado seis heladeras. ¿Para que quiere la última?

-¿Que para qué la quiero?- exclama el inmigrante, sorprendido. ¿Para qué, dice usted? ¿No está permitido acaso comer un poco de jamón de vez en cuando?

He aquí un chiste judío más reciente. José Stalin, Harry Truman y Chaim Weizmann discutían la complejidad de sus respectivos cargos. Stalin explicó que el Partido Comunista tenía dos millones de afiliados, lo que hacía que su tarea fuera muy difícil. Truman dijo: "En los Estados Unidos hay 150 millones de personas y soy responsable ante cada una de ellas". Weizmann comentó sonriendo: "las tareas de ustedes son sencillas si se las compara con la mía". ¿Se imaginan ustedes lo que significa ser presidente de un millón de presidentes?"

En una reciente anécdota del Israel contemporáneo, surge el interrogante de por qué Ben Gurión no quiso que lo proclamaran rey de su país. La respuesta es que no le atraía la idea de que lo llamasen Su Ma-

jestad David II. El humorismo judío no murió con la aniquilación del *ghetto* ruso y polaco. Sigue viviendo en Europa, América e Israel³⁶.

EL AMOR

Es dudoso que el amor tenga ascendencia gitana, como se afirma en *Carmen* de Bizet, pero es casi seguro que no nació en los barrios judíos. (A pesar de que el tema del amor romántico debe haber resonado de vez en cuando en el *ghetto* ¿Dónde escuché esta canción de muchachitas?:

Correré por todas las calles
Y gritaré: "¡Se lavan sábanas y ropa blanca!"
Con tal de estar a tu lado,
Con tal de estar a tu lado.

No, el amor y el romance eran ajenos a la *Judengasse*. Las presentaciones y la formación de las parejas corrían por cuenta del *Shadjen* (intermediario, casamentero). En su libro sobre el humor, Freud ha analizado muchos cuentos sobre este tema y nos ha demostrado que el blanco de estos chistes no son ni las mentiras, ni la insolencia, ni las fantásticas exageraciones de aquellos pobres diablos que se dedican a un oficio que cosecha tan poco agradecimiento. El verdadero sentido de los chistes de *Shadjen* es moral. El profundo significado de estos relatos jocosos, todos los cuales tienen una estructura similar, resulta claro cuando, al final, el *Shadjen* confiesa la verdad, o mejor dicho cuando lo sorprenden revelando la verdad que ha deformado u ocultado tan cuidadosamente. La verdad sale a luz. El hombre no está hecho para guardar secretos; lo oculto rezuma por todos los poros.

Sin embargo, el significado más profundo de los chistes de *Shadjen* reside en la observación de que en realidad no es importante para la vida matrimonial que el compañero que el *Shadjen* propone elogiosamente tenga "debilidades" y defectos. Sólo una canción sentimental

³⁶ Otros ejemplos en *Israel Laughs*, de Paul Steiner, Nueva York, 1960.

puede afirmar "me casé con un ángel". Esto no le ocurre a nadie. Usted y yo nos hemos casado con una mujer, lo que significa un ser humano con fallas y flaquezas, con imperfecciones y "debilidades". Finalmente el *Shadjen* revela la verdad, destapa la olla. Pero éste no es más que el lado cómico de la historia. El otro lado es la seria reflexión de que el amor y la belleza no son lo principal en el matrimonio. Un matrimonio puede ser muy feliz -si es que un matrimonio puede ser feliz- aun cuando el marido y la mujer no estén enamorados. En consecuencia, el enfoque del *Shadjen* es realista. Sabe que el amor es pasajero y que la belleza se evapora. Sabe que: El amor hace pasar el tiempo, el tiempo hace pasar el amor.

Los mejores chistes de *Shadjen* no provienen quizá de la época del antiguo *ghetto*, sino del período de transición que presentó el cambio inevitable bajo la influencia de la emancipación incipiente. La vida en el viejo *ghetto* era controlada por el espíritu de la estricta religión tradicional, con el que se compenetraban no sólo el culto y los servicios religiosos, sino también todas las actividades seculares. El Talmud y el *Shulján Aruj* regulaban las actividades de la vida familiar e incluso las relaciones sexuales. Cuando el espíritu moderno del iluminismo empezó a invadir los estrechos callejones del *ghetto*, afectó también la institución del *Shadjen*, y muchos de los chistes que se refieren a los casamenteros judíos critican maliciosamente no sólo sus modales, sino el propio oficio del *Shadjen*.

Los casamientos y la procreación a edad temprana constituían una exigencia moral y religiosa para los hombres y mujeres del *ghetto*, derivada del mandato patriarcal de que los judíos se multiplicasen. Dentro de esta estructura, la elección de un compañero individual o de un objeto sexual individual tenía sólo una importancia secundaria, si es que la tenía en algún grado. En la etapa de transición, la nueva libertad debilita no sólo las normas tradicionales sino que produjo también una relajación general de la moral sexual. La fidelidad marital, especialmente de las mujeres, había sido hasta entonces un principio indiscutible. En los tiempos del antiguo *ghetto* habría sido inconcebible un chiste como és-

te: la esposa del rabino se asoma por la ventana, y uno de los discípulos de su esposo (un *bujer* en *ídish*) aprovecha la oportunidad para palpearle el trasero a modo de grosera incitación sexual. La mujer se vuelve y lo insulta violentamente. -¿No quieres?- le pregunta el *bujer*. - ¿Quién habla de no querer? Se trata sólo de la *jutzpe* (insolencia).

Antes de ese período habría sido igualmente imposible encontrar una variación de los chistes de *Shadjen* como la que aparece en este cuento: un joven al que el *Shadien* le organizó el casamiento insiste en que tiene que ver a la muchacha desnuda antes de adoptar la decisión final. Por fin logran vencer la resistencia de la chica y ésta aparece completamente desnuda delante del muchacho, el cual comenta: -No me gusta su nariz.

En ese período de transición, la misma monogamia se convierte en blanco de ataques ingeniosos y empieza a manifestarse la tendencia de los hombres a la variación y la promiscuidad en las relaciones sexuales. -¿Cómo se encuentra tu esposa?- le preguntaron a un hombre. *Mir gezogt* -responde. ("*Mir gezogt*" es una fórmula mágica judía, que se podría traducir quizá como "ojalá se pudiera decir otro tanto de mí"). - ¿Por qué dices eso? -pregunta el amigo, y aquél le explica: -Sabes, cada semana toma una nueva doncella. (Esta misma fórmula ha sufrido casualmente una ingeniosa variante. En una escena escrita por el satírico vienés Karl Kraus, dos hombres se encuentran con una muchacha muy bonita. -*Unter mir gesagt* -murmura uno de ellos, o sea: -Ojalá se pudiera decir que está debajo de mí. Aquí el efecto humorístico se intensifica por el significado alterado de la frase judía).

En los poemas de Heinrich Heine, cuyos antepasados vivieron en el *ghetto*, la promiscuidad del hombre ya se hace evidente. Actualmente no hay más rastros de transición: el círculo ha dado la vuelta completa. Los escritores judíos modernos hacen contrastar una y otra vez la vida matrimonial con las libres relaciones sexuales. En cierta oportunidad, el escritor vienés Alfred Polgat describió en un ingenioso epigrama la aritmética paradójica que determina las relaciones del hombre con la mujer: "Muchas son demasiado poco, y una es un exceso". Otro autor

vienés, al enfocar este problema desde el punto de vista sexual, llegó a esta audaz comparación: "Una esposa es como un paraguas; finalmente, uno toma un ómnibus". (Omnibus en latín significa "para todos". En este contexto, naturalmente, una mujer para todos es una prostituta). Karl Kraus describió la sucesión de pensamientos de una mujer vienesa en estos términos: "Dormir con él, sí... pero nada de intimidad".

Pero volvamos al amor, que no era considerado una condición necesaria para el matrimonio dentro del *ghetto* y que pasó a ser tan apreciado durante el período de la emancipación. Incluso durante esta etapa de transición la vieja generación tenía el concepto de que el amor sólo se encuentra en las novelas y las obras de teatro. Cuando yo era niño, en Viena, se contaba la siguiente historia: un hijo le comunicó a su padre que quería casarse con la señorita Sarah Federleicht, de la que se había enamorado. El padre se mostró muy poco comprensivo y le preguntó: - ¿Qué significa eso de que te has enamorado de ella? ¿Acaso eres Sonnenthal? (Adolf von Sonnenthal, 1834-1909, era un famoso actor que representaba los principales papeles de enamorado en el Burgtheater de Viena).

Sólo a comienzos de este siglo se desarrolló un nuevo tema en las novelas y obras de teatro de autores judíos: la íntima relación entre el amor y la muerte. Se comprobará que esta idea influye sobre las primeras obras de Hofmansthal y Beer-Hofmann, pero se convirtió en el motivo dominante de las novelas y dramas de Arthur Schnitzler³⁷.

Después de mucho tiempo volví a leer *Der Weg ins Freie* de Schnitzler. En esta novela hay muchas partes que nos producen la impresión de ser piezas de época, pero otras tienen tanta actualidad como si hubieran sido escritas en nuestros días. Hay cierto pasaje de la novela en el que se infiltran los recuerdos, y a mí me pareció estar escuchando la misma voz del autor. Por una fracción de segundo creí que estaba mirando una vez más sus severos ojos azul-acero y que oía la voz cuyo

³⁷ Uno de mis primeros libros sobre psicoanálisis fue *Arthur Schnitzler als Psychologe*, Minden, 1913.

timbre tanto me gustaba. Recuerdo la primera vez que lo visité en su hermosa casa de la Sternwartestrasse, y las muchas conversaciones que mantuvimos más tarde. Volvimos a encontrarnos en el Semmering, el centro de turismo próximo a Viena, pocas semanas antes de su muerte. Nuestra conversación se había desviado hacia algunos temas psicológicos y llegó al tema de la muerte, igual que en muchas oportunidades anteriores. -No -manifestó él, permaneciendo inmóvil-, usted se equivoca. A pesar de todo, nuestra muerte es imaginable. Sin embargo, cuando tratamos de vernos muertos, no nos vemos a nosotros mismos, sino a una marioneta caída.

De pronto salta a la memoria el espectáculo de marionetas *Zumz Grossen Wurstl*, (los holandeses lo llaman eufónicamente "poppenkast") de Schnitzler, en el cual la Muerte aparece como el último de los muñecos, y se burla de sí misma. Caen las últimas caretas, el final es un gran desenmascaramiento. Lo que aparecía como una figura trágica y siniestra asume un aspecto cómico en la obra de Schnitzler. La sombra de la muerte proyectada sobre las obras de este poeta, podía saltar a veces en piruetas grotescas.

Es innegable que el amor y la muerte se le presentan a Schnitzler como un problema único, y que la muerte se inclina sobre cada pareja en éxtasis sexual. Aun en las escenas humorísticas aparece la muerte como una casamentera en la puerta de una alcoba. En *Reigen*, hay una fugaz escena erótica entre una mujer casada y un joven, en un departamento de soltero de la Schwindgasse de Viena. Cuando la mujer trata de mantener alejadas las manos del hombre, que amenazan con aventurarse demasiado, se escucha el siguiente fragmento de diálogo:

El muchacho: -La vida es tan breve.

La joven: -Pero eso no es motivo...

El muchacho: -Sí, lo es...

Incluso para la frívola insulsez de este muchacho de la *jeunesse dorée* vienesa, el poder elemental de la sexualidad saca provecho de la proximidad de la muerte. Eros y Thanatos forma un gran arco aún sobre esta cómica danza macabra. Los dos temas del amor y la muerte

se repiten en renovadas variaciones y en significativas elaboraciones, y son enfrentados y entrelazados. *Der Weg ins Freie* se refiere en buena parte al problema judío, y la mayoría de los protagonistas de la novela son escritores, médicos y políticos judíos. Un escritor maduro, que en otra época tuvo mucho éxito y que ahora, hastiado y decepcionado, se ha retirado a su refugio, es rodeado en una de las escenas por autores jóvenes y ambiciosos. Uno de ellos le pregunta: -Entre paréntesis, Nuemberger, ¿Usted cree todavía en la muerte? En cuanto al amor ni siquiera le preguntaré ya.

Arthur Schnitzler, que podía bromear así sobre los problemas más trascendentales, sabía como pocos otros autores de nuestra época que todos nuestros pensamientos y actos están determinados por dos impulsos opuestos: el deseo de ser amados y el temor a morir.

ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE EL SARCASMO

Un erudito observó³⁸ que la risa de la Biblia "es casi siempre una expresión de escarnio y no de alegría". Una investigadora moderna, la doctora S. Landmann, afirma que el documento judío mas antiguo -la Biblia- contiene algunos relatos divertidos, pero casi ningún humorismo. Señala que los profetas rechazan y condenan al hombre mordaz. Esto no les impidió, sin embargo, referirse en los términos más punzantes a los dioses de sus vecinos, ni zaherirlos en la forma más sarcástica. Recordemos el consejo de Elías a los paganos; recordemos asimismo a Amós (III, 7), a Oseas y a Isaías. No hay ironías más mordientes en la literatura del mundo antiguo. Las palabras que dedica Job a quienes se supone que desean consolarlo están cargadas, a veces, de amarga mordacidad ("Vosotros sois el pueblo y la sabiduría morirá con vosotros").

³⁸ C. Lloyd Morgan en la *Encyclopedia of Religion and Ethics*, Vol. VII, pág. 803.

Este tono sarcástico peculiar caracteriza también un cierto tipo de humorismo judío de los tiempos modernos. Para probar su constancia y continuidad, saltamos sobre un lapso de tres mil años y volvemos a encontrar este espíritu irónico, por ejemplo, en la siguiente escena del juez que le pregunta al testigo: -¿Cómo se llama? La respuesta es: -Menajem Iomtef. Nueva pregunta: -¿De qué trabaja? -Soy ropavejero. -¿Dónde vive? -En Rzczow. -¿Cuál es su religión? -Me llamo Menajem Iomtef, soy ropavejero, vivo en Rzczow... ¿acaso le parece que puedo ser hu-sita?

Pero cambiemos radicalmente de lugar y lenguaje. Trasladémonos a Inglaterra, durante el período que corresponde a hace más de cien años y a la muy respetable atmósfera de la Cámara de los Comunes. El idioma que oiremos aquí está muy lejos del *ídish*, y tiene la dicción culta y cuidadosa propia del debate parlamentario³⁹. La situación con la que nos encontramos aproximadamente en el año 1843 es la siguiente: Sir Robert Peel, que había combatido a su antecesor George Cunnings, dominaba la Cámara de los Comunes después de la muerte de éste. El joven Disraeli, que pertenecía al partido de Peel, se dirigió en cierta oportunidad al ministro y le pidió que no viese en sus palabras una crítica sino cordial franqueza. Sir Robert Peel se volvió desdeñosamente hacia Disraeli y citó unos versos escritos por el Honorable George Cunnings:

Dadme al enemigo jurado, erguido, viril,
Aquél que puedo enfrenar audazmente, aun castigar quizá.
Pero entre todas las plagas, Santo Cielo, que tu ira puede enviar,
¡Líbrame, líbrame, oh líbrame del amigo cándido!

La cita de Peel no fue muy feliz, puesto que precisamente él había representado el papel de amigo traicionero en la vida de Cunnings. Disraeli no respondió, pero pocos días más tarde se incorporó nuevamente

³⁹ Ver André Maurois, *Disraeli*, Nueva York, 1928, pág. 178.

para protestar contra el sistema de Peel. Con voz suave, casi monótona, preparó Disraeli cuidadosamente el ataque: "Si a veces el Honorabilísimo Caballero cree oportuno sermonear a uno de sus partidarios del ala derecha, es probable que sea con razón. Yo por mi parte estoy plenamente dispuesto a inclinarme ante el bastón de mando; pero en realidad, si en lugar de recurrir a circunloquios, el Honorabilísimo Caballero por lo menos se atuviese estrictamente a las citas, podría estar seguro de que éstas serían un arma más segura. Un arma que esgrime siempre con mano maestra, y cuando recurre a una autoridad, en prosa o en verso, está persuadido de que lo hará con éxito, en parte porque nunca cita un pasaje que no haya recibido antes el galardón del Parlamento, y en parte y principalmente porque sus citas son tan felices. El Honorabilísimo Caballero sabe el efecto que produce en un debate la mención de un gran nombre... lo importantes que son sus efectos, que ocasionalmente llegan a ser electrizantes. Nunca menciona a un autor que no sea célebre, y aun a veces amado... Cunnings, por ejemplo. Este es un nombre que, de ello estoy seguro, jamás se podría pronunciar en la Cámara de los Comunes sin despertar emoción. Todos admiramos su genio. Todos, o por lo menos la mayoría de nosotros deploramos su muerte prematura, y todos simpatizamos con él en su lucha feroz contra el prejuicio supremo y la mediocridad sublime, contra los enemigos inveterados y los amigos cándidos. ¡Maravillosos versos, por ejemplo, los que Mr. Cunnings escribiera sobre la amistad y el Honorabilísimo Caballero citara aquí! El tema, el poeta, el recitador... ¡qué combinación feliz! Su efecto, en el debate, debe ser abrumador; y si me fueran dirigidos a mí estoy seguro de que no me quedaría más que felicitar públicamente al Honorabilísimo Caballero no solo por su ágil memoria sino también por su valerosa conciencia".

Es fácil imaginar el tremendo efecto que este discurso produjo en la Cámara. Los dardos emponzoñados fueron disparados con precisión mortal. He aquí una obra maestra de agresión sarcástica, lentamente expuesta en tono suave, desde el comienzo de fingida humildad hasta la culminación en esa frase: "El tema, el poeta, el recitador... ¡qué combi-

nación feliz!" Las palabras son puñales, acompañadas por una reverencia. El efecto sobre Peel fue verdaderamente aplastante.

En su granja de Bradenham, el padre de Disraeli, Isaac Disraeli, anciano y ciego, sentado junto a su esposa Sarah, no cesaba de repetir: "El tema, el poeta, el recitador".

No es casual que estos estallidos de sarcasmo sean reacciones contra afrentas e insultos de la autoridad. Son expresiones de un vehemente espíritu vengativo. Más de dos siglos antes de que Disraeli pronunciara su discurso, Shylock reaccionó con idéntico sarcasmo ante los ultrajes del grosero noble veneciano, cuando le preguntó si un perro podía poseer dinero y si un perro podía prestar tres mil ducados. Cuando le preguntan de qué le serviría una libra de carne humana, el mismo Shylock responde: "Para cebar a los peces. Alimentará mi venganza si no puede servir para nada mejor".

Se puede hablar de "cordial ironía". Pero la expresión "sarcasmo cordial" no resulta posible, porque el sarcasmo es tajante y mordiente y llega al extremo de los impulsos elementales. Su carácter no es menos primitivo cuando aparece en forma verbal. También es mortífero en las palabras. El mismo término sarcasmo deriva de una palabra griega que significa lacerar o mutilar. El ridículo también mata.

EL ESPIRITU ESCEPTICO

Hace poco leí un comentario cínico de Oscar Levant, quien dice respecto a Hollywood: "Desnúdenlo de sus falsos oropeles y encontrarán los verdaderos oropeles que hay debajo". El aspecto psicológicamente interesante de esta frase dicha como al descuido no es su penetrante cinismo sino su introducción, o sea, el escepticismo que se niega a dejarse impresionar por el valor aparente de las cosas y desea espiar detrás de la fachada del fenómeno. Esta actitud prevalece en la mentalidad judía, se trate de ideas básicas o de cuestiones insignificantes.

Este escepticismo penetrante no es producto de los tiempos modernos. Ya se observaba su presencia cuando Isaías describió al carpintero pagano que se había tallado un dios propio en un bloque de madera, cuyas astillas utilizaba para preparar su comida. También esta-

ba presente cuando Oseas se burlaba de los idólatras que sacrificaban a los hombres y besaban a los becerros. Se manifestó en la escena amargamente jocosa del Monte Carmelo, cuando el profeta Isaías desafió a los sacerdotes de Baal: "Y aconteció al mediodía que Isaías se burlaba de ellos, diciendo: Gritad en alta voz, porque es un dios; quizá está hablando o está persiguiendo o está en viaje, o por azar duerme, y debéis despertarlo". (I Reyes, XVIII:27).

Esto ocurría en el siglo IX a. C. y el dios del que se hacía mofa era Baal. Pero este espíritu no se detiene ante Jehová ni ante la religión judía. Es evidente que vivimos el crepúsculo de la fe religiosa, y el destino futuro de esta ilusión, como Freud llamaba a la religión, ya no inspira dudas.

En incontables chistes judíos se toman en broma las enseñanzas del mosaísmo y el monoteísmo. Es digno de hacer resaltar que esta misma incredulidad se asusta de su propia audacia. Tenemos, por ejemplo, la historia de lánkele el remendón, ateo confeso que se reía de todas las prácticas religiosas. El Día del Perdón, lánkele aparece en la sinagoga, reza y se golpea el pecho en señal de arrepentimiento. El sorprendido rabino le dice: -Yo pensaba que no creías en Dios. ¿Por qué rezas? Sin inmutarse lánkele le contesta: -Claro que soy ateo. ¿Pero cómo podría estar seguro de que no me equivoco?

Frecuentemente, estas manifestaciones de escepticismo son el temor a la tentación de trasgredir los severos mandamientos religiosos, a ser castigado por el Dios cuya misma existencia es puesta en duda. Uno de estos relatos cómicos refiere, por ejemplo, que Itzik, que cumple las veinticuatro horas de ayuno en el Día del Perdón, se siente torturado por el hambre, sale de la sinagoga y entra a un restaurante. Allí le pregunta a la camarera: -¿Cuánto cuesta un sandwich de queso? En ese preciso instante estalla una tormenta eléctrica que hace temblar el edificio, y los relámpagos surcan el cielo. Itzik, aterrorizado, exclama: -Nu, nu, ¿Acaso hay algo de malo en preguntar?

El espíritu escéptico, combinado con la avidez por la investigación, convirtió a los judíos en enemigos de todo tipo de superstición. Esto

empezó con un enérgico rechazo de todas las farsas y simulaciones, como medio de defensa contra cualquiera que intentase impresionarlos recurriendo a las ostentosas apariencias de los falsos valores. Un proverbio francés proclama que no se puede engañar a los escépticos.

II

En toda religión totalmente desarrollada aparecen herejías y blasfemias que desafían la tradición oficial y proclaman apasionadamente que poseen una verdad más sublime. En los primeros tiempos de la cristiandad, los cainitas afirmaban que la mortificación de la carne se lograba precipitándose a la orgía sexual. Otra secta cristiana glorificaba a Judas porque merced a su traición se hizo posible la salvación de la humanidad, y sus adictos lo reverenciaban como San Judas. El judaísmo conoce también herejías parecidas. Si hubiéramos de creer a ciertas dogmáticas autoridades cristianas, la misma existencia del judaísmo significa una herejía porque niega la divinidad de Jesucristo.

Algunos chistes judíos demuestran que la línea divisoria entre la fe y la blasfemia no está marcada con mucha precisión. Más aun, prueban que ocasionalmente se santifica la blasfemia o el sacrilegio y se repudia la creencia tradicional. A veces el diablo cita las Escrituras y tienta al devoto para que lo siga. En algunas oportunidades la misma duda es puesta al servicio de la fe religiosa.

La conclusión que quiero inferir a esta altura -conclusión apoyada por muchos chistes judíos- es la siguiente: en ciertas circunstancias el hombre que viola la ley sagrada merece mayor estima que aquellos que la observan fielmente. Tenemos, por ejemplo, la historia del rabino jasídico del que se cree que subió al cielo en día sábado y que es sorprendido mientras corta leña para una viuda pobre durante el día de descanso. Gracias a este acto sacrílego, según se dice, ascendió aún a mayores alturas. La caridad vence aquí a la Sagrada Torá.

Tenemos también la maravillosa anécdota del judío pobre al que le habría gustado asistir al servicio de la sinagoga, pero no podía pagar el

precio de un asiento para las Festividades Santas. Le pide al *shames** que está en la puerta, que lo deje entrar porque tiene que entregarle un importante mensaje comercial al señor Eisenstein, quien se encuentra adentro. Pero el *shames*, que conoce a su gente, le niega terminantemente la entrada con estas palabras: "Sé quién eres, *ganev* (ladrón, pícaro). Sólo quieres entrar a *dávenen* (rezar)". En este caso se emplea un pretexto mundano y materialista como pantalla para que el judío pobre pueda entrar a rezar, lo que es su deber, amén de una necesidad emocional. Esta es, en realidad una mentira piadosa. Solo por medio del engaño podrá satisfacer sus exigencias espirituales.

El proverbio judío sabe que los violentos remordimientos por un pecado son inútiles y a veces incluso perniciosos, porque impulsan a la repetición del acto pecaminoso. El proverbio aconseja: "Cuando comas *jazer* (carne de cerdo) cuida que sea gordo". Esto significa: si pecas, cuando lo hagas, por lo menos disfruta. Un acto prohibido que se realiza con remordimientos, vale por un doble pecado. Nietzsche ya comentó que el remordimiento es estúpido y comparó su inutilidad con la idiotez del perro que muerde una piedra.

Las anécdotas y los chistes judíos no son los únicos que justifican una ocasional infracción a la Torá; la misma tradición glorifica a veces tales violaciones a la Ley. El Talmud cuenta que Resh Lakish bendijo a Moisés por el coraje con que rompió las Tablas de la Ley. El gran conductor que vio cómo los israelitas bailaban alrededor del Becerro de Oro, no quería que las tablas sagradas cayesen en malas manos y previo que los hijos de Israel les darían un uso equivocado. "¡Alabado seas por haberlas roto!". En estas historias y anécdotas se oyen voces de todas clases que expresan duda, escepticismo e incertidumbre: a veces se trata incluso de la Voz de las Voces.

LA VASTA RED DE LA DUDA

* Bedel.

Hay ciertas perturbaciones neuróticas que se caracterizan por una serie de dudas que persisten durante toda la vida mental del sujeto. Estas neurosis obsesivas presentan dudas de toda clase que en su mayoría permanecen ocultas y que salen a luz durante el tratamiento psicoanalítico. Las dudas obsesivas no se refieren frecuentemente a los grandes problemas de la vida, sino a pequeñas cuestiones de la existencia diaria. Los contenidos inconscientes de las dudas obsesivas son múltiples, pero en las exploraciones psicoanalíticas siempre se les puede seguir la pista hasta unas pocas cuestiones de carácter general y reflejan los conflictos interiores decisivos del paciente. Cualesquiera sean los blancos de estas dudas -y son muchos- siempre se concentran en la duda en uno mismo, que resulta de un conflicto entre las exigencias de los impulsos personales y las de la conciencia personal. Su carácter muchas veces trivial se debe a un desplazamiento inconsciente hacia los detalles minúsculos.

Los chistes judíos se refieren con frecuencia a toda clase de dudas, especialmente las de tipo religioso y social. Sin embargo, no son escasos los chistes que manifiestan incertidumbre, desconfianza e incredulidad respecto de las experiencias de la vida diaria. Un ejemplo es este diálogo en el mostrador de informaciones de una estación ferroviaria: -¿Cuándo sale el tren para Pincew?- Todos los días, excepto los domingos, a las 23.30. -¿También los miércoles? Comparen esta duda con la del paciente neurótico que visitó un banco para preguntar cuántos dólares recibiría si cambiaba cierta cantidad de billetes europeos. Después de obtener la información tuvo que repetirle la pregunta a cada uno de los cajeros del mismo banco porque dudaba de que la información fuese correcta.

Otro ejemplo: un judío que viaja en un compartimiento de un tren empieza a lamentarse súbitamente porque ha perdido la cartera. Los otros pasajeros lo ayudan a buscarla, pero no la encuentran. Por fin, un viajero cansado de registrar debajo de los asientos, pregunta: -¿Buscó bien en todos los bolsillos de su abrigo? Y el judío, muy alarmado, exclama: -¿Qué es lo que acaba de decir? Si comprobase que tampoco la tengo en mi abrigo, estaría totalmente arruinado. La norma de compor-

tamiento correspondiente, cuya característica es el rehuir la certidumbre final, aparecerá con frecuencia en la sintomatología de las neurosis obsesivas. Un paciente proyecta durante varios años escribir una novela cuyos lineamientos ha trazado ya. Se queja de que puede escribir algunos cuentos cortos y varios artículos para revistas, pero evita comenzar la novela. Tiene muchos y variados pretextos y "racionalizaciones" para eludir así "lo definitivo", como él lo califica. Finalmente explica que no se atreve a pensar en escribir la novela porque si la comenzase, descubriría quizá que no es un verdadero escritor y se desvanecerían sus últimas esperanzas. De este modo evita la certidumbre final en la misma forma en que el viajero se sostenía para no buscar la cartera en su abrigo. El mismo paciente compara su actitud con la de un hombre que está enamorado de determinada joven y espera que ella comparta sus sentimientos, pero rehuye el trabar relación con ella porque teme no gustarle.

PALABRAS CHOCANTES

Una investigación sobre el humorismo judío no sería completa si no se tomase en cuenta el grupo de chistes que se refieren a los procesos de la evacuación intestinal y del acto sexual. Estos chistes judíos se valen frecuentemente de estas necesidades físicas para contrastarlas con las reglas de la civilización occidental. Ciertos deseos físicos elementales y vitales, que no están restringidos en el *ghetto*, aparecen en conflicto con las delicadezas y convenciones de otro mundo. En los chistes judíos de este tipo no se hallará nada similar a las obscenidades de Shakespeare o a la lascivia de Rabelais. Por otra parte, tampoco tienen los rasgos de sutileza y sofisticación propios del humor francés moderno.

Para que la diferencia resulte inconfundiblemente clara, he aquí un ejemplo. En la novela de Anatole France, *La Rebelión de los Angeles*, Arcade y Gastón visitan a su amigo, el joven aristócrata Maurice, que está enfermo. Los caballeros conversan sobre diversos problemas de religión y filosofía. En el curso de la conversación se intercalan algunos

comentarios obscenos que habrían hecho ruborizar, no sólo a un sargento, "sino también a una mujer parisiense". En beneficio de un experimento intelectual traslademos la situación al ambiente de un *ghetto*. En ese medio resultaría inconcebible hacer una comparación tan ingeniosa como la de Anatole France y decir que los comentarios eran tan escabrosos que habrían hecho ruborizar no sólo a un sargento, sino incluso a una mujer judía de Tarnopol. La modestia y castidad de la mujer del *ghetto* excluye una posibilidad que es muy fácil de imaginar en la atmósfera mundana de la sociedad parisiense.

Los descarnados chistes judíos enfrentan a los hombres del *ghetto* con las convenciones de la civilización occidental, especialmente en aquellas oportunidades en las que se experimenta la necesidad de un desahogo físico en forma de evacuación. Por ejemplo, un judío acude a consultar a un médico y se queja: -Doctor, no puedo orinar. El médico le ofrece una bacinilla y le pide que trate de orinar. El paciente lo hace sin ninguna dificultad y el médico se manifiesta sorprendido de lo que el hombre le había dicho. El judío explica: -Claro que puedo, si me dejan. En los callejones del *ghetto* podía satisfacer esta necesidad sin restricciones, pero ello resulta imposible en las calles de la gran ciudad.

Pertenecen a la misma esfera, o a otra muy próxima a ella, chistes como el siguiente: El médico le pregunta al paciente: -¿Usted sufre de flatos, señor Eisenstein? -¿Sufrir? ¿Por qué tienen que hacerme sufrir, doctor? -pregunta el paciente, que evidentemente siente un gran alivio cuando puede expeler ventosidades.

Estos son chistes que sólo se repiten en presencia de hombres. Me contó uno de ellos el difunto doctor Hans Sachs. "Cuando uno tiene seis años, piensa que el miembro sirve sólo para orinar. Cuando tiene sesenta, está seguro de ello". Este chiste no pertenece, en términos estrictos, al grupo de las humoradas propias de un pueblo, pero no titubeo en insertarlo aquí, porque es de un tipo similar. Una observación que me hizo un hombre de edad avanzada tiene el mismo carácter: "Cuando uno se pone viejo, se olvida de abrocharse la bragueta; cuando se pone aun más viejo, se olvida de abrirla".

Chistes como estos últimos marcan ya la transición de la región urinaria al área sexual. También aquí hay una marcada diferencia entre los chistes judíos cuyo origen está en el mundo del *ghetto* y los originados entre los judíos que viven en las grandes ciudades. Comparemos los ejemplos siguientes con los más modernos. Durante un *pogrom*, la esposa de un rabino es violada por un cosaco delante de los ojos de su marido. Después, implora ella humildemente a su esposo que la perdone, asegurándole que estaba inermes y no podía impedir la violación. El rabino reconoce que el violador era más fuerte que ella, pero pregunta: -Sin embargo, ¿por qué meneabas el trasero?

He aquí una ingeniosa comparación tomada de la comedia *Die glücklichste Zeit*, de Raoul Auernheimer. La obra, que presencié en el Burgtheater de Viena, transcurre a comienzos de este siglo, cuando los automóviles fueron introducidos en la sociedad austriaca. Un hombre le dice a su amigo: -Verás, con las mujeres ocurre lo mismo que con los coches. No tener auto es incómodo, tener auto es costoso y a veces arriesgado. Lo mejor es tener un amigo que tenga auto. Está el cuento del viudo judío que ya ha pasado los setenta, y que decide casarse sin atender las objeciones de sus hijos adultos. Consulta a un médico que le certifica su buen estado de salud. El hijo mayor le pregunta entonces qué ha dicho el médico acerca de las relaciones sexuales y el anciano responde: -El doctor recomienda un contacto semestral-, y agrega ¿Cuántas veces por semana es eso? El diálogo siguiente refleja ya la vida en la América actual: -¿Tú realizas viajes de negocios a París? ¿Cuánto gastas allí por semana? La respuesta es: -Eso depende: Cuando llevo a mi esposa, me cuesta unos cuantos cientos de dólares. Cuando voy solo, unos cuantos miles.

En el *Fausto* de Goethe, Mefistófeles dice: "Junto a los castos oídos uno no se atreve a mencionar aquello sin lo cual los castos corazones no puedan pasarse". El humorismo judío se atreve a decir estas cosas chocantes, a veces en estilo culto y a veces en forma grosera.

LAS CARAS DE LA VERDAD

Es muy significativo que los chistes judíos eludan ciertos temas de mofa. El descubrir la ausencia de estos temas ayudará a veces, más que cualquier otro enfoque, al observador que trata de comparar los rasgos distintivos de los judíos con los de otros grupos. Los chistes judíos casi nunca hacen burla, por ejemplo, de los defectos o fallas físicas, casi nunca se mofan de las deformidades corporales, ni de la fealdad. La belleza está en los ojos de quien contempla, y otro tanto ocurre con la fealdad. Este pueblo no tiene chistes crueles o enfermizos. Permítaseme comparar, por ejemplo, este humor con el de los bonachones vieneses, quienes se ríen a veces de los dolores físicos utilizando frases humorísticas judías. Tomemos la anécdota de los dos mozos de cordel que deben trasportar un piano. En la escalera, el piano resbala y cae sobre el pie de uno de los hombres, que lanza un grito de dolor. El otro le pregunta: -¿Desde cuándo eres tan delicado? (En la jerga vienesa original: *¿Seit wann bist'denn so haklig?*).

Es muy poco probable que uno encuentre chistes parecidos entre los judíos, ni siquiera entre los estibadores judíos del puerto de Salónica.

Pero aun los mismos temas que proveen motivos para los chistes y las burlas universales son tratados en forma distinta por el humor judío. Se ha dicho que nada es tan resistente como un hecho, ni tan tenaz o difícil de rebatir. El humorismo hace lo aparentemente imposible cuando pone en duda la naturaleza de la verdad y demuestra su relatividad.

Sin embargo, aun en esta duda audaz hay sutiles diferencias entre los chistes de los judíos y los de otros grupos. Tomemos la siguiente anécdota francesa: En un salón de París varias damas discuten la edad del autor teatral Alfred Capus. Pocos días después del estreno de una de sus comedias, una dama comenta: -Tiene el aspecto de un hombre de cuarenta años. -No -exclama otra con vivacidad-, ya tiene cuarenta y cinco. Y una tercera dice: -Ustedes están bromeando; apenas tiene treinta y siete. En ese preciso instante entra al salón el autor de *La Veine* y una de las damas decide interrogarlo directamente. Después de haber presentado sus saludos a la anfitriona, el comediógrafo se acerca al grupo y le plantean la pregunta: -Le pareceremos muy indiscretas,

Monsieur, pero acabamos de hacer una apuesta. ¿Que edad tiene usted? Capus las mira y les contesta amablemente: -*Mesdames*, eso depende de vuestras intenciones.

Naturalmente, en un primer momento esta respuesta parece tonta, porque la edad o la cantidad de años constituye un hecho objetivo. La contestación del escritor resulta totalmente inesperada, pero suponemos que lleva implícito que la curiosidad de las mujeres tiene un oculto carácter sexual. La frase tiene las propiedades específicas de los chistes parisienses y está acuñada al estilo francés. Es legítimo dudar seriamente de que los chistes de este tipo pudieran florecer en el ambiente del *ghetto* judío.

Cuando llega el momento de tener que hacer frente a la verdad, ¿es la verdad la que enfrentamos? Este es el problema que surge aquí, y el humorismo judío lo plantea una y otra vez. En cierta oportunidad vi una ilustración en la que un hombre le decía impacientemente a su amante: -¡Deja de mentir! ¡Ya te creo! Sabemos que los mortales no estamos hechos para aceptar la verdad íntegra cuando la reconocemos como tal; sin embargo, ¿podemos aceptar y admitir una mentira, aunque veamos claramente que se trata de una tergiversación? Esto es precisamente lo que hace el hombre cuando le pide a la muchacha que no siga mintiendo porque él ya cree sus embustes. Según esta frase, uno puede aceptar sin discusión una mentira siempre que desee fervientemente creer en ella.

La verdad tiene muchas caras; ocurre otro tanto con la mentira. Ocasionalmente la verdad puede disfrazarse de embuste, como ocurre en la anécdota de los dos judíos que se encuentran en una estación de ferrocarril, en Galitzia. Uno pregunta: -¿A dónde viajas? -A Cracovia - responde el otro. ¡Un momento, grandísimo mentiroso! -exclama el primero con tono indignado. -Cuando dices que viajas a Cracovia, en realidad quieres que yo crea que estás viajando a Lemberg. Bien, pero estoy seguro de que viajas verdaderamente a Cracovia; ¿qué necesidad tienes pues de andar con embustes? Freud, que analizó la técnica de esta "preciosa historia" en su libro sobre el humorismo, señala que el chiste demuestra la inestabilidad de una de nuestras ideas más arraiga-

das. No basta decir la verdad si no se tiene en cuenta la mente del interlocutor. Uno debe preocuparse también por la forma en que el escucha interpretaría las palabras que se le dicen y por la forma en que reaccionará ante ellas. Este grupo de chistes no ataca a una persona o a una institución, sino a la certidumbre de nuestro conocimiento, a la naturaleza de la verdad misma.

Pero si es así, ¿las dudas no se extinguirán nunca? Si todas las afirmaciones de los otros seres humanos se tornan inciertas, el escepticismo extremo no se detendrá ante la palabra de Dios, y la veracidad de Su revelación podrá ser discutida.

REDUCCION A LA LOGICA

Muchos autores que se ocupan de los chistes judíos citan una recopilación que Alexander Moszkowski publicó hace casi cuarenta años, con el título de *Der jüdische Witz und seine Philosophie*. El autor no se limitó a reunir los chistes, sino que también trató de configurar una filosofía del humorismo judío. Afirmó que los judíos constituyen el pueblo ingenioso por excelencia, que son ingeniosos como pueblo, y designó al chiste judío como "el soberano" de todos los chistes. A su juicio, "la noción del humorismo judío desemboca en un pleonismo, en una tautología, porque los elementos básicos de esta noción son inseparables. Lo que determina la naturaleza del humorismo, que es el contraste, constituye también el signo distintivo del judaísmo, en lo bueno y en lo malo, en su significado elegíaco y cómico. El inflamado sistema de pensamiento, que emite chispas de ingenio, se desarrolló en el martirio de este contraste".

El amor es ciego, incluyendo el amor por el propio pueblo. Con la misma justificación con que Moszkowski declaró que el humorismo judío constituye el soberano de todas las variedades de humorismo, los franceses atribuirán este mérito a "l'esprit" y los británicos destacarán las sobresalientes cualidades de sus satíricos, desde Jonathan Swift hasta G. Bernard Shaw. No criticaremos el estilo metafórico de Moszkowski y su artificial emoción ("El inflamado sistema de pensamiento, que emite chispas de ingenio, se desarrolló en el martirio de este con-

traste"), sino que nos limitaremos a manifestar que en tanto que la recopilación de chistes judíos tiene una gran riqueza, su filosofía es decididamente pobre.

Hay oportunidades en las que todas las reglas de la lógica son ridiculizadas. Por ejemplo, cuando el tímido judío dice: -Sí, ya sé que el perro que ladra no muerde, ¿pero acaso también lo saben los perros? Más aún, hay situaciones en las que la realidad excluye la aplicación de la lógica, como ocurre por ejemplo en la historia del soldado judío herido de muerte. Un sacerdote católico se acerca a él y le muestra una cruz con el Cristo. -¿Sabes lo que significa esto? -le pregunta. Pero el soldado responde: -¡Tengo una bala en el estómago y él viene a plantearme una charada! El efecto jocoso está claramente ligado a un ataque al cristianismo.

Pero queríamos discutir el papel que la lógica, como tema, desempeña en los chistes judíos. Tenemos un excelente ejemplo en el cuento del rabino que ha perdido sus anteojos y los encuentra a través de un largo, muy largo rodeo. La concatenación de sus razonamientos (que aquí está abreviada y traducida del *ídish*) es la siguiente: "Puesto que los anteojos no están aquí, tienen que haberse escapado o alguien se los llevó. Es ridículo, ¿cómo podrían haberse escapado? No tienen piernas. Puesto que alguien debe de haberlos robado, tiene que tratarse o de una persona que tiene anteojos o de alguien que no los tiene. Si fuera una persona que ya tiene anteojos, no se habría llevado los míos. Si se los llevó alguien que no tiene anteojos, será que no ve sin ellos. Si no tuviese gafas y viese, ¿para qué necesitaría las mías? Debe de ser alguien que no tiene anteojos y tampoco ve. ¿Pero si no tiene anteojos y no ve, cómo pudo encontrar los míos? Puesto que no se los llevó alguien que tuviese anteojos y viese, ni se los llevó alguien que no tenía anteojos ni veía, y puesto que no se fueron solos porque no tienen piernas, los anteojos deben estar aquí. Pero yo veo que no están aquí. ¿Dije que veo? Entonces tengo anteojos. ¡Puesto que tengo anteojos, deben ser los míos o los de otra persona! ¿Pero cómo es posible que los an-

tejos de otra persona estén sobre mi nariz? Y puesto que no pueden ser anteojos ajenos, tienen que ser los míos. ¡Acá están!".

La cadena de agudas preguntas que el rabino se plantea y contesta con perspicacia aplicando siempre en forma estricta el principio lógico de la tercera posibilidad excluida, lo condujo finalmente a encontrar sobre su nariz los anteojos perdidos.

En este caso y en otros muchos similares, no es el triunfo de la lógica o el éxito de una mente ingeniosa lo que nos hace reír, sino el exagerado esfuerzo intelectual y lo que hay detrás de él.

Esta breve historia nos demuestra pues cómo se realiza un tremendo desgaste mental para arribar a un resultado que podría obtenerse por simple percepción o por una ruta intelectual mucho más breve. Entendemos que el rabino inmensamente sabio aplica en su búsqueda de los anteojos la forma típica de razonamiento deductivo que aprendió en el estudio del Talmud. Detrás de la fachada cómica se oculta la burla al tremendo esfuerzo intelectual dedicado al estudio del Talmud y de otros textos de la ley, y a las discusiones que abundan en sutilezas y sofismas.

La argumentación empleada en la búsqueda de los anteojos no difiere esencialmente de la forma de discusión detallada y exhaustiva en cuanto a si se puede comer un huevo puesto en sábado, o si está permitido levantar una astilla de leña en ese día, y otras cuestiones por el estilo. Este estudio, cuyos métodos lógicos aplica el rabino de nuestro cuento, enfilaba hacia ideas que en una época tuvieron gran importancia para la religión y la ley judías, y que son insignificantes para nosotros y para el mundo donde vivimos. El respeto que nos inspiran otros logros intelectuales judíos de este tipo, ha desaparecido como consecuencia de la pequeñez de las causas por las que se ha efectuado esta labor intelectual.

Sin embargo, aún este relato humorístico encierra una oculta lección para los gentiles que atacan la literatura religiosa y legal de los judíos sin tener la menor noción acerca de la multiplicidad y variedad de temas que entran en su estudio, ni de las muchas huellas indelebles que dejaron en el pensamiento y los sentimientos de este pueblo que, despojado

de tierra y sin suerte alguna, llevaba consigo su país portátil en la forma de un libro. Es como si esta anécdota quisiese decir: "Quizá estén en lo cierto, todo este estudio es ahora superfluo y anticuado. Es inútil y constituye un ridículo desgaste mental, ¿pero comprenden que ésta es también una rígida escuela de pensamiento, de precisión lógica y verbal?". El escaso respeto con que se trata en esta historia la dialéctica talmúdica es compatible con un gran orgullo subyacente por sus excelentes cualidades y por sus ventajas, ocultas a los ajenos.

El duque de Wellington dijo que la victoria de Waterloo se obtuvo en los campos de juego de Eton. Las numerosas victorias intelectuales de los sabios y estudiosos judíos modernos fueron alcanzadas en las escuelas talmúdicas, las *ieschivot* de Europa Oriental donde ellos, o mejor dicho sus antepasados, estudiaron.

La tradición bíblica y talmúdica se prolonga en las metáforas contundentes y las comparaciones festivas de los tiempos modernos. He aquí un ejemplo: "La vida se parece a una camisa de niño: corta y llena de excrementos". Algunas reflexiones sobre el mismo tema parecen querer anticiparse a la filosofía existencial, y caricaturizarla.

Escuchemos esta exclamación: "La vida es terrible. Piensen en cómo uno se acuesta muy sano por la noche y a la mañana siguiente se despierta muerto".

En algunas frases de este amplio género la profundidad hace una piñeta y termina por convertirse en un disparate. Tomemos, por ejemplo, esta meditación: "La vida se parece a un puente colgante". ¿Por qué? -pregunta alguien. -¿Y como quieres que lo sepa? -es la respuesta. Esto constituye desde luego una autocaricatura y toma a burla las pretendidas reflexiones filosóficas. Comparemos el ejemplo anterior con otro de origen francés. El comediógrafo Alfred Capus se encuentra con un hombre que le explica, como si éste fuera el resultado de una larga y profunda meditación: Mi estimado Capus, todo está en todo". Y el escritor le responde: "Y viceversa". El adverbio se transforma aquí en un comentario ingenioso. La diferencia entre este tipo de *esprit* y los casos análogos judíos reside en que el sarcástico rechazo de la falsa profundi-

dad es atribuido en el ejemplo francés a otra persona, en tanto que el judío mismo se mofa de sus oscuras especulaciones filosóficas.

III

-¿Por qué los judíos responden a una pregunta con otra pregunta? -inquire un gentil. -¿Por qué no habríamos de responder con una pregunta? -contesta el judío. Esto parece cómico, pero nadie ha tratado de explicar -que yo sepa- esta peculiaridad judía. Es fácil referirse a la modalidad de los debates talmúdicos, que a veces producen la impresión de un juego de preguntas, respuestas y nuevas preguntas. Pero ésta no es una explicación sino más bien un nuevo motivo para plantearse el interrogante.

Quizá la semántica nos ofrezca una pista significativa. Decimos que disparamos, lanzamos, descargamos preguntas contra alguien; que turbamos, agujoneamos, humillamos a alguien con preguntas, y a veces el término "interrogatorio" es empleado como sinónimo de "tormento". En la época medieval, la tortura era designada como interrogatorio ("*Peinliche Frage*").

Sólo podremos llegar a una explicación satisfactoria de esta peculiaridad a través de la aplicación de métodos psicológicos. Ciertas experiencias realizadas en la práctica psicoanalítica nos enseñaron que un tipo determinado de pregunta repetida por el paciente tiene con frecuencia un carácter inconsciente de agresión disimulada como si el paciente quisiese poner a prueba o turbar al psicoanalista. Estas preguntas se aproximan a veces a una especie de ataque velado.

En estos casos la mejor táctica consiste en devolver la pelota por encima de la red, en contestar, por ejemplo, dentro del estilo de "¿Y qué piensa usted de eso?" Hay, además, casos neuróticos que reaccionan con desconfianza ante cada pregunta. A uno de mis pacientes, un conocido con el que se había encontrado en la calle le inquirió: -¿Qué anda haciendo ahora? Esto le hizo sospechar que la pregunta estaba dirigida a averiguar si todavía se seguía masturbando. Dejando de lado estos casos patológicos, muchas personas consideran que las preguntas, aunque no sean de tipo personal, constituyen una intromisión.

En bastantes mitos, cuentos fantásticos y relatos populares, el tema de la pregunta aparece en forma de la proposición de un enigma. Desde el enigma de la Esfinge hasta Turandot de Schiller se repite el caso de una figura femenina que plantea una adivinanza y mata al hombre que no puede resolverla. No se puede poner en el carácter agresivo de este tema⁴⁰.

Si volvemos ahora al chiste de la contrapregunta del judío. -¿Por qué no habríamos de responder con una pregunta?- ya no resultará difícil explicar esta faceta del comportamiento social. El carácter crítico o agresivo de la pregunta es innegable. El judío responde a su vez con otro interrogante, como si éste fuese no sólo una defensa sino también un contraataque. Para decirlo en términos vulgares, le paga al gentil con su propia moneda.

Ahora, al estudiar nuevamente el problema, vemos que éste revela su carácter. El judío sospecha que cada pregunta encierra un ataque franco o encubierto y toma las medidas adecuadas para la autodefensa o para devolver la agresión. Siente que está sometido a la presión de determinadas normas a las que debe adaptarse. Estos valores le resultan ajenos y se siente escudriñado por el interrogatorio. En estas circunstancias, su cautela se transforma fácilmente en desconfianza. Así, sospecha que la pregunta encierra hostilidad, y con frecuencia está en lo cierto. Esta agresión real o supuesta del gentil sólo se refiere al comportamiento social del judío. Pero a veces hay algo más en juego. Ser o no ser: éste es el dilema para el judío.

LO PARADÓJICO

La discusión del uso y abuso de la lógica constituye quizá el momento oportuno para mencionar la noción de "paradoja", o sea una afirmación que puede ser cierta, pero que parece encerrar dos significados opuestos. En la literatura talmúdica y postalmúdica abundan estas afirmaciones paradójicas, y cualquier colección de chistes judíos

⁴⁰ Me ocupé de este tema en *The Secret Self*, Nueva York, 1952

incluye una variada gama de las mismas. Lo paradójico parece ser a menudo la antítesis de la razón, y, a primera vista, crea a veces la impresión de lo antinatural y disparatado. Sin embargo, se revela con frecuencia como una verdad oculta o que contradice todas las formas convencionales del pensamiento. Me parece que una de las características esenciales de la paradoja es su índole sorpresiva. Puede ser grosera o sutil, divertida o dolorosa, incluso cruel, frívola o seria. Pero tiene que ser sorpresiva o pierde sus cualidades. Este rasgo distintivo es más importante que su atributo lógico o ilógico. Hay emociones y experiencias paradójicas. He aquí un ejemplo de un sentimiento paradójico que parece contradecir todas nuestras ideas sobre la actitud judía típica. El pequeño Moritz ve una película histórica que muestra las persecuciones primitivas a los cristianos. Durante una escena en el circo romano, en la cual muchos cristianos son arrojados a los leones, Moritz estalla en sollozos y le dice a su madre: -¡Mira a ese pobre Ieón que está allí... no tiene ningún *goy* para comer! Bajo la máscara de la piedad que le inspira la fiera abandonada, se manifiesta un viejo odio y una crueldad reprimida contra los gentiles. Aflora aquí, sorpresivamente, y llega a la superficie emotiva.

La escena del circo me recuerda otra historia en la cual sale a luz un sentimiento paradójico o completamente inesperado. Un viejo judío es llevado al circo, donde ve a un acróbata que cuelga con las piernas de un elevado trapecio, cabeza abajo y tocando el violín. En lugar de admirar al acróbata, el espectador comenta: -No es un Mischa Elman. Esta sorpresiva afirmación demuestra que el judío no se siente muy emocionado por el espectáculo, o que por lo menos se niega a manifestar este sentimiento. Quizá sea oportuno añadir aquí que los judíos del *ghetto* se asustan con facilidad, pero que casi nunca se muestran turbados.

Con la libertad propia de las asociaciones de ideas, al hablar de los violinistas recuerdo una frase de un escritor neoyorquino. Este amigo de la buena vida comentó: "La única de las festividades judías que observo son los conciertos de Jascha Heifetz". Esta acotación casi sacrílega coloca a los conciertos del celebrado violinista en el lugar de las fes-

tividades religiosas de los judíos, y expresa que una función ofrecida por este artista es presenciada por sus admiradores judíos con el mismo espíritu reverente con que antes asistieron a las ceremonias de la sinagoga. Por así decir, reúne a los judíos en una nueva colectividad o comunidad.

Acaso se me permita intercalar aquí algunos comentarios que hizo Freud en una conversación conmigo. Discutíamos el caso de un paciente norteamericano que Freud me había pasado. El matrimonio de este hombre parecía un fracaso hasta que su hijo mayor fue atacado por la parálisis infantil y murió. Conmovidos por este trágico suceso, marido y mujer se reconciliaron y volvieron a unirse. Freud, que escuchaba atentamente mi informe, comentó secamente: "Los caminos del Señor son inescrutables, pero pocas veces agradables".

Durante el período de los tumultos políticos, en los últimos años de la república austriaca, Freud nos dijo a sus discípulos vieneses que debíamos proceder con cautela en el tratamiento de los pacientes que fuesen fanáticos de extrema derecha o extrema izquierda. El color simbólico del partido Socialista era el rojo, y el del reaccionario partido Católico era el negro. Freud comentó que no era necesario ser "rojo o negro. El hombre debe tener el color de la carne".

Volviendo al libro de Alexander Moszkowski, mencionado antes, digamos que este autor trata de demostrar que la base de los chistes judíos es la lógica. Moszkowski supone que por medio de sucesivas deducciones de las posibilidades se arriba en forma precisa a una idea central. Esta reducción concéntrica de los círculos lógicos nos obliga a hallar la idea central con precisión matemática.

Pero esta interpretación del chiste judío se limita a describir la cáscara mientras deja intacta la pulpa. El goce esencial del "escucha" no proviene de una inferencia lógica. Este placer existe, pero tiene las características de un preplacer y en cierto modo oculta las fuentes más profundas de la satisfacción. Comparemos, por ejemplo, este tipo de satisfacción con la que deriva de la elegante solución de un problema matemático o con el placer que se obtiene al seguir un sistema de de-

finiciones, axiomas, corolarios, etc., tales como los ofrecidos en el sistema de la "Ética" de Spinoza. La complacencia que se experimenta al examinar procedimientos lógicos o matemáticos se diferencia mucho por su cualidad de la que se obtiene al compartir un chiste. Es obvio que el placer que sentimos está determinado por las premisas emotivas del chiste.

Una interpretación que presta atención sólo a la fachada lógica y no toma en cuenta los procesos emotivos inconscientes no atraviesa la superficie y no reconocerá la esencia de la humorada. Permitan que les recuerde la historia del judío que, cuando le preguntaron si era cierto que lo habían abofeteado en las calles de Krotoschin contestó: "¡Krotoschin... vaya lugar!". Tal como Moszkowski apunta con justicia, hay una transferencia del hecho a la localidad, y como él dice, es cierto que ésta es la única correlación que promete una ventaja a la persona abochornada. ¿Pero se agotan los estratos profundos del chiste cuando se nos dice que las características desagradables del hecho "se desvanecen ante la idea prevaleciente de que no se puede tomar en cuenta ese lugar como ciudad comercial"?

¿El efecto especial del chiste no está condicionado por nuestra identificación inconsciente con la persona castigada y con la venganza que ésta se toma al rebajar la ciudad y a sus habitantes? Entendemos que el significado de esta reacción es típico en cuanto a los judíos, y comprendemos que la única arma de la que disponen contra la brutalidad de un medio ambiente poderoso es un desprecio feroz y amargo por la violencia de la turba.

Es indudablemente cierto que en algunos chistes judíos se puede reconocer con nitidez un gran orgullo por el poder intelectual, y especialmente por el pensamiento lógico. Sin embargo, es igualmente cierto que en muchos de ellos se zahiere y se ridiculiza cierto tipo de lógica talmúdica. Es verídico que el humorismo judío se ocupa a menudo de los usos y abusos de la lógica, pero no se interesa verdaderamente por los problemas puramente intelectuales. Estos forman a veces la fachada de los chistes que van "al fondo del problema".

LA CREENCIA EN LA OMNIPOTENCIA DEL PENSAMIENTO

I

Muchas veces hemos confesado que los poetas previeron una buena parte de los conocimientos que los psicólogos adquirimos posteriormente a través de laboriosas investigaciones empíricas. Pocas veces se ha notado que el humorismo contiene también con frecuencia una percepción psicológica que generalmente es difícil de alcanzar. Este conocimiento anticipado de los procesos emocionales y mentales -conocimiento anticipado que, claro está, es de un tipo especial- va de la esfera de lo inconsciente, que puede llegar a sernos familiar, al área de lo reprimido, que nos resulta extraño y a veces hasta pavoroso.

Para descubrir esa realidad oculta del humorismo -con frecuencia olvidamos que el humorismo y la sabiduría están emparentados- es necesario espiar por cierto detrás de la fachada del chiste y analizar su significado latente. Uno de los fenómenos físicos inconscientes que se convirtió en tema de los chistes judíos es la creencia en la omnipotencia de un pensamiento o deseo. El psicoanálisis sostiene que inconscientemente tenemos una confianza inmensa en el poder de nuestros propios procesos emotivos y que seguimos suponiendo que nuestros deseos gobiernan el curso de los acontecimientos en el mundo exterior. Esta creencia primitiva en el poder de nuestro pensamiento se origina en el mundo del niño, quien al principio está convencido de que todo lo que desee se cumplirá.

El humorismo judío hace mofa a veces de esta superstición, pero en ciertos casos confirma su existencia y su eficacia. Tomemos, por ejemplo, la historia dialectal, también citada por Freud, que se refiere al muy conocido rabino N., quien en una oportunidad estaba sentado en la sinagoga de Cracovia y de pronto lanzó un grito. Cuando sus discípulos, angustiados, le preguntaron por qué aullaba de ese modo, respondió: - ¡En este preciso instante acaba de morir en Lemberg el gran rabino L. La congregación se puso luto por el famoso rabino. Los viajeros de

Lemberg que llegaron a la ciudad al día siguiente, no sabían nada acerca del fallecimiento de su rabino. finalmente se tuvo la certeza de que no había muerto cuando el rabino N. de Cracovia captó telepáticamente su defunción, y de que seguía con vida. Un judío de Lemberg aprovechó lo sucedido para burlarse del rabino de Cracovia ante uno de sus discípulos. -Tu rabino hizo un papel de grandísimo tonto cuando vio morir al rabino L. de Lemberg. Nuestro rabino sigue con vida. -Esto no importa -respondió el discípulo. -¡El *Kuck* (la visión) desde Cracovia hasta Lemberg sigue siendo maravillosa !".

Naturalmente, esto significa que la telepatía, como tal, es admirable, sin que importe que sus resultados correspondan o no a la verdad. Acá tenemos un evidente error sofístico, puesto que el valor de la fantasía y el de la realidad material son puestos en pie de igualdad. Se trata de un chiste cínico o crítico que ataca la creencia en los milagros que floreció en los círculos jasídicos de la Europa Oriental. Todavía nos sirve como prueba de la tenacidad de esta creencia, aun en aquellos casos en que la realidad la contradecía. Los restos de la superstición sobreviven incluso cuando hay que hacer frente a la verdad. Freud destaca este hecho, pero no creo que su comentario llegue a las profundidades de este chiste.

El psicoanalista tiene que tomar en consideración otro aspecto, psicológicamente más importante. Es obvio que la explicación del discípulo que figura en la historia constituye una reacción al intento de su interlocutor de mofarse de la fe supersticiosa en los poderes mágicos de su rabino. Esta respuesta es algo más que una ingenua confesión del deseo de conservar la superstición. El discípulo no aguanta el ataque con las defensas bajas sino que dice: -Sin duda, el rabino de Lemberg está todavía vivo, a pesar de que mi rabino lo ha visto muerto. ¿Pero qué me cuenta del hecho de que haya presenciado su muerte? La admiración por el *Kuck* desde Cracovia hasta Lemberg tiene su significado psicológico, más allá del problema de la fe en los milagros.

En la expresión de los procesos inconscientes esta respuesta significa: ¿qué odio intenso bulle en mi rabino contra su colega de Lemberg, qué terribles tempestades secretas rugen en él, para que pueda

asistir a la muerte del otro hombre desde una distancia tan grande y con nitidez visionaria?

Aquí tenemos entonces la sustancia, psicológicamente interesante de ese chiste judío. La visión del rabino se convierte en una manifestación de un deseo inconsciente de que el rival desaparezca. Lo que se piensa y desea aparece como un hecho terminado, igual que en un sueño.

Los psicoanalistas han descubierto que la intensidad de esta fe en el poder de los propios deseos depende también del arraigo de los impulsos que la despiertan y la mantienen. Aquel discípulo podría haber contestado: -No tiene importancia que el rabino de Lemberg siga con vida. En realidad ya está muerto. El poder del deseo de mi rabino lo ha matado.

El contexto de la respuesta es importante. Es la reacción del discípulo a las burlas de su interlocutor. Cuando uno deja de lado el contenido manifiesto del comentario y la respuesta, y toma en consideración su significado oculto, muchas veces ignorado aun por la persona que habla, se reconocerá el carácter amenazante de la reacción. Desde este punto de vista, la respuesta del discípulo significa: -¡Cuidado conmigo! Yo soy alumno del rabino que es tan poderoso cuando odia! El chiste sacrifica al rabino de Cracovia como telépata, pero prueba la intensidad de sus emociones e impulsos. En la historia, se le admira por su capacidad de odiar.

II

Ahora estamos buscando otro ejemplo de humorismo, un ejemplo que ponga de manifiesto otra emoción intensa en relación con la creencia primitiva en la omnipotencia de la mente. Los judíos polacos se hallan en la cuarta galería de la Opera de Viena y están fascinados por la diva Marie J., famosa por su voz maravillosa y por su seductora belleza. Durante el intervalo dice uno de ellos: -Me gustaría volver a acostarme con J. -¿Cómo? -le pregunta su sorprendido amigo- ¿Ya te acostaste una vez con ella? -No, pero ya deseé hacerlo...

También aquí las ilusiones están encaradas como si fuesen hechos reales, pero en este ejemplo es más comprensible dicha relación que la

presentada en la anécdota del rabino telépata. El deseo que sólo podía ser satisfecho en la fantasía era tan intenso que se lo concebía como idéntico a la realidad, con cierta justificación subjetiva por parte del devoto. Para el hombre locamente enamorado y su ardiente deseo los sueños de contacto sexual tenían características tan reales que casi no podía distinguir la distancia que los separaba de los hechos. El efecto equivalía a haber gozado ya de los favores de la mujer admirada, porque ya había imaginado vívidamente esta circunstancia. Este es un caso de identidad entre la fantasía y los hechos.

Otro ejemplo nos conducirá más allá de la faceta presentada acá y seguirá la pista de la fe en el poder de los propios deseos hasta el área donde toma la forma de la fe en el poder de la palabra. Hay que agregar la magia de las palabras pronunciadas a la magia de la imaginación. Isidor Mayer sufre una apoplejía mientras juega a las cartas en una cafetería, y muere. Se produce una gran confusión entre los presentes y deliberan sobre cuál de ellos deberá comunicarle la terrible noticia a la señora Mayer. Por fin, le confían la misión a uno de los participantes en la partida. Al llegar al departamento, el portador de la triste nueva saluda: -¿Cómo se encuentra, señora Meyer? Sólo quería informarle que hoy su esposo estuvo jugando a los naipes en la cafetería y perdió una suma muy importante. -Ojalá le diera un síncope- grita la señora Meyer, indignada. -Ya le dio- se apresura a decir su visitante.

Aquí se establece el contraste entre los deseos que expresamos diariamente, sin tomarlos en serio, cuando estamos irritados, y el verdadero significado y trascendencia de las palabras que empleamos. ¿No se experimenta la impresión de que las palabras de la mujer, al ser pronunciadas, se hubieran convertido en realidad, como ocurrió con las del Creador en el Libro del Génesis? Su esposo había muerto casualmente un rato antes, pero el chiste encara con espíritu juguetón la posibilidad fantástica y fantasiosa de que hubiese fallecido como consecuencia de los malos deseos de su esposa.

El contraste entre este deseo expresado en forma apresurada y sin titubeos y la macabra realidad no desembocaría en un chiste si no supié-

semos que en la mujer se produce otro conflicto. detrás de la vehemencia de los furiosos impulsos a los que, por así decir, se les atribuye momentáneamente el poder de convertirse en realidad, podemos presuponer la existencia de sentimientos afectuosos de la esposa hacia su marido. El humorismo reside en el afloramiento de impulsos, afloramiento del que se desprende que nuestros anhelos, a menudo contradictorios entre sí, tienen una intensidad y potencia particulares.

En este y otros chistes de tipo parecido, la situación excepcional que constituye la premisa del humor se aproxima a otra forma artística que parece muy remota: concretamente, el cuento de hadas. El deseo se convierte en realidad apenas es expresado, y hasta cuando es apenas elaborado. Acaso recuerdan ustedes el cuento de hadas de los tres deseos: en un momento de turbación, un hombre desea que una salchicha cuelga de la nariz de su esposa, y debe utilizar el único deseo restante para sacarla de allí.

En los chistes del género antedicho observamos con escalofriante claridad, los daños potenciales que causaríamos si nosotros, que somos inconstantes y estamos solicitados por deseos tan violentos, obtuviésemos realmente un poder absoluto sobre los acontecimientos mundiales. Todos somos asesinos, pero no todos cometemos asesinatos... excepto con el pensamiento.

No resulta sorprendente que el chiste judío, que zahiere la fe en la omnipotencia del pensamiento, la admita sin embargo en cierta medida. El mismo humorismo pertenece al gran puente de creaciones materiales que conduce de las neurosis a los sueños y a las diversas formas de arte, de las fantasías del demente a la vida diaria. Al igual que estos productos de la imaginación, reniega -aunque sólo sea por una fracción de segundo- de la desagradable realidad que debemos enfrentar, o trata de mejorarla en el nivel del pensamiento. Además, y finalmente, cuando el humorismo se burla de la fe infantil que personas adultas depositan en la omnipotencia del pensamiento, no puede dejar de reconocer -aunque sólo sea a regañadientes- las emociones que dan origen a esta fe: la fuerza del odio y el poder del amor.

La fe en el poder del pensamiento no se expresa sólo en los chistes. Todavía subsisten entre los judíos orientales manifestaciones más sutiles de estas supersticiones. Se pueden encontrar resonancias de éstas en sus costumbres y en proverbios de la vida diaria. Se cuenta la historia del anciano judío que se presenta como testigo en un tribunal. El juez le pregunta:

-¿Cuántos años tiene, señor Eisenberg?

-Setenta y dos hasta los cien -responde el testigo.

-¿Qué significa eso de hasta los cien? ¿Cuántos años tiene en realidad? -inquire el juez, sorprendido.

El hombre repite la misma información. El juez empieza a impacientarse, pero el abogado de la defensa interviene:

-Señor juez, permita que yo interrogué al testigo. ¿Cuántos años tiene hasta los cien?

El señor Eisenberg responde: -Setenta y dos.

Naturalmente, la frase "hasta los cien" es una fórmula supersticiosa popular y está dirigida contra los malos deseos potenciales del interlocutor. Como medida de defensa similar a las que se aplican contra el mal de ojo, esta fórmula debería impedir que otros deseen que la vida de la persona en cuestión se abrevie. Al pronunciar la fórmula "hasta los cien", el judío se protege contra los malos pensamientos que podrían reducir su período posible de vida, expresando el deseo de vivir hasta los cien años.

El perspicuo abogado no practicó la magia cuando interrogó al judío, agregando esta fórmula "hasta los cien"; sólo se limitó a utilizar la idea supersticiosa para obtener la respuesta correcta.

MALDICIONES CÓMICAS

La historia de la señora Meyer, citada en un párrafo anterior, parece confirmar la confianza inconsciente en el poder mágico de la palabra. Como lo demuestra el Antiguo Testamento, esta convicción era parte integral de la religión hebrea y su manifestación más clara residía en la fe en la inevitable eficacia de las bendiciones y maldiciones. La maldición era una plegaria o invocación para que la mala suerte cayese sobre

determinada persona u objeto, y tenía una segura dinámica emocional. La palabra y el hecho se integraban en ella. En la Biblia se prohíbe expresamente maldecir a Dios, a los padres, a las autoridades y al sordo indefenso. Más tarde se dio por sobrentendido que la maldición inmerecida no surte efecto y que Dios puede trasformarla en una bendición (Prov. XXII: 23; XXVI: 2; Deut. XXIII: 5). Finalmente, la tradición rabínica prohíbe maldecir a cualquier ser humano.

C. Leviacs señala que los orientales tienen tendencia a maldecir ante la menor provocación de la vida diaria⁴¹. Al judío, extraordinariamente temperamental, no le resultó fácil suprimir su propensión a maldecir, y fracasó con frecuencia en este esfuerzo por autocontrolarse.

Las maldiciones no tienen nada de divertido. Sin embargo, algunas de ellas son indiscutiblemente cómicas; por ejemplo: "Ojalá seas como una lámpara: que estés colgado durante el día y ardas por la noche". El carácter hilarante de estos dichos está determinado hasta cierto punto por la vehemente imaginación de quienes crearon estas figuras. Otro factor emotivo que contribuye al efecto cómico o lo intensifica es la divertida exageración encerrada en algunas maldiciones. Una maldición que oí en Holanda expresa: "¡Ojalá gastes un banco de *shivá de hierro!*" (En el original holandés: "*Jij zult een ijzer schivestooltje verslijten!*"). *Shivá* es el período de siete días de duelo por un pariente próximo. Durante esta semana la persona que guarda luto debe ir descalza o en medias y sentarse sobre bancos bajos. El significado de esta maldición es, en consecuencia, que la persona odiada debería sentarse tantas veces al estilo *shivá*, como para gastar un banco de hierro.

El único ejemplo de maldición que recuerdo de mi infancia es el de un anciano judío que visitó a mi abuelo y que imprecó con furia a cierta persona: "Ojalá tengas un síncope en tu mejor *iomtef!*" Yo conocía la expresión *iomtef*; significa feriado o día festivo. Esto significaba consecuentemente: ojalá tengas una apoplejía en tu día más alegre.

⁴¹ En la *Jewish Encyclopedia* (artículo sobre maldiciones).

Este ejemplo dirige nuestra atención hacia un nuevo factor o hacia un nuevo tipo de maldición; aquélla en que la mala suerte que se le desea a una persona aparece contrastada o combinada con una ocasión que en otro caso sería especialmente afortunada. Recordé este tipo de maldición cuando asistí a la representación de la obra *El Décimo Hombre*, de Paddy Chayefsky. Esta obra extraordinariamente original tiene por escenario una sinagoga ortodoxa muy pobre. El primer acto se desarrolla en un día de invierno muy frío, antes de la plegaria matutina. Dos hombres, Schlissel y Zitorsky, ambos de apenas un poco más de setenta años, entran resoplando a la sinagoga. He aquí un fragmento de su diálogo. Zitorsky dice: -¡Ojalá mi nuera haga una gruesa inversión en General Motors y todo se vaya a la quiebra! En una escena posterior, Zitorsky expresa este deseo: -¡Ah, ojalá mi nuera coma bellotas y las ramas le broten por las orejas!

¿No llama la atención que estas maldiciones disparatadamente fantásticas y risueñamente farsescas estén todas dirigidas contra las nueras, que generalmente son apreciadas por los suegros? Uno debería adivinar que las circunstancias obligan a ambos ancianos a vivir con sus nueras, y que ellas los han tratado mal o se han mostrado desconsideradas con ellos. Naturalmente, éstas no son más que conjeturas, pero por lo menos hay algunas pruebas psicológicas ocasionales que corroboran nuestra suposición. En la misma escena, Schlissel lanza otra maldición: "Ojalá mi nuera viva hasta los ciento veinte años y ojalá tenga que pasar toda su vida en la casa de su nuera". Esta maldición furibunda también contrasta y combina los dos elementos antes mencionados: un buen deseo y una maldición ¿Pero acaso no percibimos en estas palabras la amargura de un desengaño? Me parece que incluso hay indicios de lo que los franceses llaman *dépit amoureux*, de la dolorida desilusión y el desesperado desafío de un padre cariñoso.

Al regresar a Brownsville, su ciudad natal, Alfred Kazin recuerda cómo las madres atracaban con abundantes porciones de comida los

gaznates de sus vástagos, mientras éstos pataleaban inútilmente⁴². Todavía le parece oír cómo las madres judías maldecían a las criaturas. "¡Come! ¡Come! ¡Ojalá revientes si no comes! ¿Qué pecado he cometido para que Dios me haya castigado contigo? ¡Come! ¿Qué será de ti si no comes? ¡Demonio de las tinieblas, ojalá te hundas diez brazas en la tierra si no comes! ¡Come!"

SU PROPIO MEDICO

Hay unos cuantos chistes judíos sobre los médicos y las enfermedades. He aquí un ejemplo. "Cuando un *goy* tiene mucha sed, bebe unos cuantos litros de cerveza. Cuando un judío tiene mucha sed, va al médico para que lo examine por si sufre de diabetes". Esta preocupación por la propia salud es contrastada con una especie de indiferencia hacia la enfermedad, que con frecuencia es producto de la ignorancia. Este es el contra-ejemplo. Después de someterlo a un detenido examen, el médico le comunica a su paciente: -Señor Lefkovitz, lamento informarle que tiene cáncer. El viejo Lefkovitz responde: -Cáncer, *shmáncer*... lo importante es estar sano.

He aquí un ejemplo en el que la fe mágica en la oración compite con la fe religiosa. En casos de emergencia, los piadosos judíos orientales rezaban recitando el texto de los Salmos. En los círculos judíos, la lectura o recitado de los Salmos era conocido como "decir *Tehilim*". Una madre judía acude al rabino y se queja de que su hijo sufre de una diarrea imposible de contener. El rabino le aconseja: "Debe decir *Tehilim*". Tres días más tarde la misma mujer vuelve a presentarse ante el rabino, y se queja de que ahora su niño sufre de los síntomas contrarios. El rabino le recomienda: -Vuelva a decir *Tehilim*. -¡Pero rabino! -exclama horrorizada la mujer. -¡Los *Tehilim* producen constipación!

Liberado de estas supersticiones, el judaísmo siguió considerando que la vida era el bien más valioso concedido a los hombres. La falta de una fe en el más allá hacía que la vida y la supervivencia resultasen más

⁴² A Walker in the City, Nueva York, 1951, pág. 32.

deseables. En esa época de transición entre el *ghetto* y los tiempos modernos, nunca disminuyó la tradicional veneración por la vida. La madre del fundador de la banca Rothschild consultó en una oportunidad a un médico, al que le habló de los muchos problemas que tenía. El médico le respondió a la dama, ya muy anciana: -Bien, lamentablemente no puedo rejuvenecerla. -Doctor -manifestó la anciana- yo sólo quiero llegar a ser más vieja.

Esa antigua convicción en el valor de la vida subsiste y conserva su profundidad incluso en las expresiones cínicas de la judeidad emancipada. El famoso pintor impresionista Max Liebermann se encontró con el conocido banquero berlinés Fürstenberg, y le preguntó: -¿Sabe quién murió hoy?- Y Fürstenberg respondió: -Para mí, todos son bienvenidos.

VENERACION POR LA VIDA

Los vieneses tenían un dicho que se repetía en sus canciones: "Sólo se vive una vez". Naturalmente, en esta frase estaba implícita la recomendación: "¡Disfrutad, disfrutad!" El escritor judío vienes Carl Kraus parodió este dicho, comentando: "¡Ni siquiera se vive una vez!" A pesar de estas ocasionales expresiones pesimistas, el adagio judío proclama una y otra vez: "¡Vive y deja vivir!"

El humorismo judío refleja un decidido repudio al ansia de matar que aparece con tanta frecuencia en las palabras y los hechos de los alemanes. La generalizada veneración por la vida que se manifiesta en tantos chistes judíos rara vez falta entre los judíos del mundo. Es como si la hubiesen heredado, aunque se trata sin duda de una actitud derivada de la educación individual a lo largo de muchas generaciones.

Podemos seguir la trayectoria de esta veneración por la vida desde la Biblia hasta los proverbios y chistes del *ghetto*, y desde los ritos y ceremonias hasta la vida diaria de los judíos orientales. La reconocemos como parte inseparable de la *Weltanschauung* de los judíos emancipados de Europa y América.

He aquí dos ejemplos. Un judío de Galitzia le previene a un policía judío que un peligroso asesino ha sido visto en uno de los oscuros ca-

llejones laterales. -Gracias- le responde el policía-, yo sé cómo cuidarme.

Este es otro chiste del *ghetto*. Un policía le ordena a un judío que recoja la basura que ha dejado caer en medio de la calle. El judío sigue caminando como si no lo hubiese oído: ¡Recójala o lo llevaré a la comisaría!- le grita el policía, pero el judío continúa sin prestarle atención. Por fin el policía le ordena con tono áspero: -¡Por la vida de sus hijos, recoja la basura! A lo que el judío responde: -Puesto que recurre a la fuerza... Y se agacha y levanta los papeles que ha dejado caer.

En el primer ejemplo, cuando le hablan al policía del asesino, aquél piensa sólo en su propia vida. Su atención se dirige en primer lugar hacia su autoseguridad, y no hacia la protección de sus semejantes, ni hacia la idea abstracta de la ejecución de la ley. ¡Primero lo más importante!

El segundo chiste hace hincapié en otro aspecto de esa veneración por la vida. El judío conminado en nombre de la vida de sus hijos se asusta y obedece al policía. El concepto original hebreo de la vida aparece aquí en su más vívida expresión, ese concepto expresado en el mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre para que tus días sean muchos sobre la tierra que el Señor tu Dios te otorga" (Ex. XX: 12). Acá no se hace referencia a una vida en particular, sino a la vida de las generaciones que se suceden. La veneración por la vida está expresada aquí en la devoción por la familia y está implícita en la supervivencia de los antepasados en la persona de sus descendientes. Esta misma idea básica es la que eleva maravillosamente su voz en los últimos versos de la *Canción de Cuna para Miriam*, de Richard Hofmann.

"¿Duermes, Miriam, mi pequeña?

Somos como ríos; ora serenos, ora agitados,

Y llevaremos muy profunda la semilla de nuestros antepasados

Su orgullo y su pena, su visión, su obra,

Su pasado que nos vuelve niños y herederos.

No estás sola, y tu vida es la de ellos.

¡Miriam, vida mía.. hija mía, buenas noches!

Para volver del área de los chistes a la de la *Weltanschauung*: Tal como lo relata un biógrafo moderno y perspicaz⁴³, Albert Einstein le preguntaba "dónde se originaba su resistencia a derramar sangre y su falta de propensión a causar sufrimientos, y entonces comprendía que tenía un rasgo más en común con otros judíos... el respeto por la integridad de todo ser viviente".

MESHUGUE

Para entender y apreciar en forma completa muchos chistes judíos, necesitaríamos un glosario de expresiones hebreas e *ídish*. Sin embargo, algunas de estas palabras se han hecho tan comunes que su significado resulta inmediatamente claro para todos. Se han abierto paso en el lenguaje diario, en los idiomas vernáculos de Europa y América. El término hebreo "*meshugué*" pertenece a esta categoría. Generalmente se lo emplea en el sentido de "chiflado". Pero el significado de esta palabra abarca adjetivos tales como: aturdido, confundido, loco y demente, y va desde el excéntrico o neurótico hasta el lunático y el psicópata. Para ilustrar la ambigüedad semántica de esta palabra, recordaremos un interrogante jocoso, una especie de frase proverbial. Cuando se comenta que un hombre es *meshugue*, otra persona que tenga dudas al respecto podrá preguntar: "Si está *meshugue*, ¿por qué no besó la estufa caliente en lugar de la chica bonita?" Entonces es probable que la respuesta sea: "Tan *meshugue* no es". Cuando se aplica la palabra en el sentido de demencia, no hay duda de que existen ciertos casos de psicopatía y neurosis de agudo carácter masoquista cuyas tendencias autodestructivas lo llevarían a besar la estufa caliente y no a la chica bonita.

La misma ambigüedad verbal surge en otra frase familiar. Una persona cuyo pariente próximo se comporte en forma caprichosa o tonta reaccionará a veces de modo típico ante la hilaridad de los otros y comentará: -Yo también me reiría, si el tonto no fuese mío. Lo que equivale a decir que a ella también lo divertiría la insensatez de ese hombre

⁴³ Antonina Vallentin, *The Drama of Albert Einstein*, Londres, 1957.

o mujer, si no fuese un miembro muy cercano de su familia, hecho que lo llena de preocupación y amargura.

Los judíos de la generación del ghetto manifiestan en general una actitud tolerante hacia las personas mentalmente deficientes y también soportan sin incomodarse a los tontos. Incluso hay ella recopilaciones de bromas y chanzas de bufones o rabinos muy sofisticados que tienen similitud con las historias de Till Eulenspiegel. Las necedades y actos disparatados que el folklore alemán atribuye a los ciudadanos de Schilds no difieren de lo que se cuenta sobre los nativos de la pequeña ciudad polaca de Jelm.

La mayoría de los chistes relacionados con personas que están *Meshugue* tienen otra faceta humorística. Cuando los cuentan, los judíos se regocijan al revelar las intenciones y motivos ocultos de la persona supuestamente *meshúgene*. Tenemos, por ejemplo, la historia - sobre la cual hay muchas variaciones- del judío internado en un asilo para enfermos mentales, quien insiste en que deben servirle la comida de acuerdo con las ella dietéticas impuestas por la Torá. Finalmente, el director del establecimiento atiende los urgentes reclamos del paciente. El sábado siguiente, el director ve que el internado se pase por el jardín fumando un cigarro. El director le grita, indignado: -Eres tan religioso que hay que servirte los alimentos *kosher* y ahora fumas en ella? A lo que el paciente responde: -¿Y para qué soy *meshugue*?

Freud me contó esta historia cuando le hablé del caso de un paciente compulsivo que sufría de temor a la infección ("*délire de toucher*") y utilizaba medios complicados de protección o defensa para desinfectar todos los objetos que creía contaminados por gérmenes peligrosos, como por ejemplo los asientos del coche de la familia en los cuales en una ella se había sentado una persona supuestamente infectada. Sus reclamos continuos por incidentes de este tipo se hicieron finalmente tan intolerables que sus padres accedieron a su pedido y le compraron un coche para su uso personal. Freud me hizo ver que el paciente utilizaba su temor neurótico a las infecciones para obtener una evidente ventaja. Los psicoanalistas designan con el nombre de "beneficios secundarios" a

estas ventajas inconscientemente apetecidas por quienes padecen afec-
ciones neuróticas. La pregunta "¿Y para qué soy meshugue?" revela una
similar tendencia oculta.

GESTICULACIONES

No creo que los judíos que han vivido varios siglos en Italia, España
y otros países del Mediterráneo se hayan dado mucha cuenta de que
acompañan sus palabras con vehementes gesticulaciones. Sólo el con-
traste con el comportamiento de los pueblos nórdicos y las burlas e
imitaciones a que fueron sometidos los judíos hicieron que estos presta-
sen atención a sus ademanes. Cuando su debilidad en este sentido que-
dó al descubierto, el humorismo judío empezó a ocuparse de los gestos
vivos y expresivos, actitud ésta muy característica de la autocrítica de
los judíos. En el cuento de Abraham Cahan⁴⁴ el totalmente norteameri-
canizado David Levinsky sigue luchando a brazo partido contra el há-
bito de las "gesticulaciones talmúdicas", que lo preocupa como si fuera
un defecto físico. En el mismo cuento aparece otro hombre que nunca
abre la boca cuando está tan oscuro como para que no se le puedan ver
las manos. Mandelbaum lee el anuncio del teatro y le pregunta a su
amigo: -¿Qué es esto que acá llaman pantomima?- Y su amigo le res-
ponde: -Nu, es muy sencillo. Todos hablan a la vez, pero nadie dice ni
una palabra.

Los gestos constituyen en realidad un lenguaje por sí mismo y son
muchas las cosas que dicen. Charlie Chaplin no aprendió este lenguaje
en el East End londinense, sino que simplemente llevó a su más elevada
expresión artística la gesticulación que era propia de su pueblo. Por
medio del empleo de los ademanes, cubrió toda la gama de las emocio-
nes, desde la desesperación hasta el júbilo, y podía describir un objeto
ausente con unos pocos movimientos de sus manos.

Los chistes judíos no se refieren al hábito de emplear ademanes, sino
más bien a lo indispensables que son. -Hoy estás muy aburrido -le dice

⁴⁴ *The Rise of David Levinsky*, Nueva York, 1900.

un hombre a su amigo.- ¿Por qué no dices algo? Y la contrapregunta es: -¿Pretendes que con este frío saque las manos de los bolsillos?

Krotoshiner, que visita por primera vez una gran ciudad, observa al policía que dirige el tránsito con el movimiento de sus manos. Por fin se le acerca y le dice: -Yo lo veo completamente solo aquí. Explíqueme, ¿con quién hablaba durante todo este tiempo?

Los ademanes son un medio de comunicación que originariamente fue tan importante como las palabras, y aun más que ellas, pero más tarde quedaron relegados a un segundo plano. Los judíos trajeron con ellos desde su pasado oriental las gesticulaciones, junto con las expresiones cambiantes del rostro, y las introdujeron en la civilización occidental. Al principio, la conversación sin ademanes les resultaba a los judíos tan extraña como un rostro impasible. Para entender los chistes judíos hay que ser todo oreja y todo ojos.

DOS GENIOS CONTEMPORANEOS

En los párrafos siguientes cito el humor de dos hombres que influyeron más que cualquier otro sabio sobre el pensamiento y la *Weltanschauung* de nuestro tiempo. Me refiero a Albert Einstein y Sigmund Freud. Mi contacto personal con Einstein estuvo restringido a unas pocas oportunidades durante los treinta años que fui discípulo y amigo de Freud. Ambos genios podían resultar divertidos durante la conversación aunque por lo que sé, pocas veces hacían intervenir el humor en sus escritos. Ambos hombres disfrutaban de los chistes judíos y eran capaces de reír a carcajadas al oírlos. Durante una conferencia, Einstein discutió en una oportunidad el procedimiento matemático de *Verjüngung* (rejuvenecimiento) empleado en el cálculo tensorial y agregó: "He tratado el tema del rejuvenecimiento con tanta frecuencia que muchas veces se me ha confundido con Steinach". (Se refería al biólogo vienés Steinach, cuyo método de rejuvenecimiento causó gran sensación en tiempos pasados), En otra oportunidad, cuando Einstein ya había llegado a una edad avanzada, le preguntaron por qué nunca visitaba a Israel. El dio una buena explicación y agregó: "Cuando era joven, quería ir allá para observar a la gente, y ahora temo que allá la gente quiera obser-

varme a mí". En esta humorada, que utiliza la técnica de la inversión, resulta palpable que la fama no fue siempre una fuente de satisfacciones para el grande hombre. En su ancianidad se refería a veces a sí mismo como a alguien "que fue".

Podría repetir muchos ejemplos de los chistes de Freud, pero por razones de simetría sólo mencionaré aquí dos de ellos. Los primeros discípulos de Freud eran en su mayoría judíos y a él mismo le gustaba contar chistes judíos. (Recuerdo algunas reuniones de la Sociedad Psicoanalítica de Viena que se efectuaron hace cuarenta años, y en las cuales a veces Ernest Jones aparecía como huésped. El doctor Eduard Hitschmann, que estaba sentado a mi lado, acostumbraba murmurar: "*Boruj ató Adonoi* (aquí viene el honorable Goy)").

Cuando el doctor Dorian Feigenbaum, el psicoanalista neoyorquino, dio una conferencia como invitado en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, se refirió al lenguaje aparentemente desatinado de los pacientes esquizofrénicos y demostró que, si se lo examina con métodos psicoanalíticos, incluso esta "ensalada de palabras" tiene algún sentido. Al finalizar el debate que se entabló a continuación, Freud comentó que las frases absurdas que algunas personas murmuran mientras juegan a las cartas también tiene algún sentido, si se las psicoanaliza. Y agregó: "En general parece muy difícil producir conscientemente un disparate total, en tanto que los libros de muchos estudiosos alemanes están llenos de disparates inconscientes que no exigieron ningún esfuerzo".

En otra oportunidad, Freud nos dijo a sus discípulos que para vencerse de la veracidad de muchas revelaciones psicoanalíticas es necesario luchar con ellas y vencer las propias resistencias. "Las convicciones y las mujeres fáciles de conquistar no nos merecen un concepto elevado".

Los triunfos de estos dos grandes hombres pertenecen al mundo, pero sus comentarios humorísticos, hechos en el círculo de sus parientes o amigos, contribuirán a dibujar el retrato de sus personalidades, que tenían un perceptible sabor judío.

LA COCINA

No se pueden comprender los chistes judíos como fenómeno aislado; hay que verlos en su contexto social e histórico. Incluso la situación geográfica puede alcanzar importancia en este problema.

En cierta oportunidad Jonathan Swift comentó que un determinado chiste podía ser muy ingenioso, pero que al trasplantárselo solía perder toda la gracia. Hay chistes, agregó, que no deben trasponer el área de Covent Garden, y hay otros que sólo son comprensibles en la esquina de Hyde Park.

El humorismo, dice Freud en su libro ya citado, es, por así decir, "la contribución a lo cómico desde la esfera del inconsciente". Sus mejores indagaciones en la dinámica del humorismo las logró a través de la comparación con la técnica de la elaboración de los sueños, pero no dejó de señalar las diferencias radicales que hay entre ambas. En algunos aspectos, el humorismo está emparentado con las ideas obsesivas en las últimas fases de su desarrollo, cuando los pensamientos e impulsos prohibidos quiebran por fin el muro de la censura consciente.

Es imposible entender muchas ideas obsesivas si no se sigue su pista hasta su origen infantil. En forma similar, sólo es posible entender y apreciar en su significado más profundo algunos excelentes chistes judíos cuando uno explora sus antecedentes históricos o aun prehistóricos.

Este ensayo y los dos siguientes presentan algunos ejemplos de este tipo de cuento judío como material ilustrativo. Los introducimos aquí para demostrar la forma en que la interpretación psicoanalítica llega a la médula del humorismo judío atravesando su superficie y reconstruyendo sus ocultas bases históricas y prehistóricas. Espero que las tres interpretaciones analíticas presentadas en los capítulos siguientes demostrarán también que la psicología profunda, que difiere de otros tipos de exploración, puede lograr un género de comprensión inaccesible por otros métodos.

II

El cliente que estaba delante de mí en una rotisería dijo: -Déme una libra de fiambre *kosher*-. Sin decir palabra, el empleado le pesó una libra

de *pastrome*. Esta humorada muy inocente servirá como primera nota para la melodía de la cocina judía, de las preferencias de su pueblo en materia de alimentos y de las especialidades de la *maison d'Israel*.

Las preferencias judías en materia de comidas han sido blanco de chistes durante varios siglos. Heinrich Heine les dedicó muchos versos y párrafos ingeniosos de su prosa. En su libro sobre Boerne, publicado en 1840, Heine hace aparecer a Boerne deplorando que la iglesia cristiana, que se apropió de tantas cosas buenas del antiguo judaísmo, no haya adoptado también el *cholent*. Sospecha que reservó esta apropiación para el futuro. "Cuando las cosas anden mal, cuando sus símbolos más sagrados, incluida la cruz, hayan perdido su fuerza, entonces la iglesia cristiana deberá volver al *cholent*, y aquéllos que se hubiesen alejado de ella volverán a su seno con renovado apetito. Los judíos, por lo menos, se adherirían entonces a la cristiandad con convicción... porque tal como lo percibo con claridad, es sólo el *cholent* lo que los mantiene unidos en su Antiguo Testamento". Boerne llegó a asegurarle a Heine "que los apóstatas que se pasaron al Nuevo Testamento sólo necesitaban el *cholent* para experimentar cierta nostalgia por la sinagoga. El *cholent* es, por así decir, el mensaje hogareño de los judíos".

Heine comparte este entusiasmo por el plato y parodia los primeros versos del himno de Beethoven diciendo:

*"Cholent, schoener Goetterfunken,
Tochter aus Elysium".*

*Cholent, hermosa chispa divina,
Hija del Elíseo.*

En la novela histórica *Der Rabbi von Bacherach*, Heine hace aparecer a un renegado, el caballero Don Isaac Abarbanel, de una antigua familia judía española. En este relato de la Alemania medieval, Don Abarbanel hace las veces de representante de Heine. El caballero confiesa que es la fragancia del mesón judío lo que lo atrae una y otra vez al *ghetto*. Ha abandonado la religión de sus padres, pero "mi nariz con-

servó la fe". No siente "especial simpatía por la compañía del pueblo de Dios, y en realidad visita la calle judía no para oír, sino para comer".

También fueron "sabrosos recuerdos infantiles" los que se despertaron en el poeta cuando en 1844 visitó a su madre en Hamburgo. Esta es la descripción de lo que su madre le dio para comer:

*Es stand auf dem Tische eine Gans,
Ein stilles, gemütliches Wesen.
Sie hat vielleicht mich einst geliebt
Als wir beide noch jung gewesen.*

Había sobre la mesa una gansa,
Un ser tranquilo y cómodo.
Quizá me había amado en días lejanos
Cuando ambos éramos jóvenes⁴⁵.

El ganso era un plato favorito no sólo de la Alemania septentrional sino también de los judíos vieneses antes de Hitler. Siempre se lo comía con ciertas verduras. Durante mi infancia en Viena, se contaba la anécdota de un señor Feigenbaum, quien entra a un restaurante para cenar, como todas las noches. No está de buen humor.

-Tráigame pechuga de gansa- le pide a la camarera. Esta pregunta: -¿Con repollo colorado, señor Feigenbaum? -No- responde el cliente-, con un prendedor. La sarcástica respuesta expresa más de lo que dicen las palabras. La pregunta le parece al cliente no sólo necia y superflua, pues la pechuga de gansa siempre se sirve con repollo colorado, sino que como en los versos de Heine citados más arriba, por una fracción de segundo el ave revive y se transforma en mujer. La respuesta del malhumorado señor Feigenbaum significa: "Usted es una gansa estúpida". Es como si por medio de una serie de libres asociaciones de ideas hubiese llegado a la imagen de un pecho de mujer y después a la idea de un prendedor. La tendencia de la frase es obvia: está agresivamente

⁴⁵ *Deutschland, ein Wintermärchen*, versión inglesa de Herman Salinger, Nueva York, 1941.

dirigida contra la camarera que le hizo una pregunta tonta. ¿Qué hay de específicamente judío en este chiste? Se origina en una combinación tradicional de ciertos platos que muy bien pueden ser designados como platos tradicionales o religiosos.

Al llegar a este punto queda al descubierto una nueva visión general y nos vemos enfrentados con un interrogante que casi nunca fue planteado. ¿El efecto cómico, la risa que provoca, son los únicos elementos para medir las excelencias de un chiste? Hay una cantidad considerable de chistes judíos cuyo efecto es menos intenso que duradero, chistes que flotan en nuestra mente y que no sólo provocan risa, sino que además alimentan los pensamientos. La risa no es más que la reacción más ruidosa y conspicua ante un buen chiste, pero no es necesariamente la única. Algunas de las mejores humoradas judías son aquéllas en las cuales otras reacciones emocionales o mentales siguen a la risa y que producen un prolongado efecto posterior.

III

Para mantenernos dentro de los límites del problema que nos ocupa, he aquí otro chiste judío. El señor Knoepfmacher, que ha sido bautizado poco tiempo atrás, vuelve una vez más al restaurante donde saborea la pechuga picada de ganso y suspira melancólicamente: "¡Y pensar que uno debe abandonar semejante religión!" Al principio esta frase parece extraña o absurda, pero si uno se detiene a analizarla le encuentra sentido. Nos recuerda también la figura de Don Abarbanel de Heine quien visita el *ghetto* "no para orar sino para comer".

¿Hay aquí verdaderamente un contraste y un conflicto? ¿Tiene algún sentido la lamentación del señor Knoepfmacher por haber abandonado "semejante religión"? La respuesta es evidente: aquí están en discusión no sólo los simples problemas culinarios de importancia secundaria, sino cuestiones que en una época tuvieron gran impacto religioso y nacional. Un eco de las antiguas disposiciones y prohibiciones alimentarias, de todo aquello que en otros tiempos formó la unidad y la comunidad de las tribus hebreas, penetra aquí en el mundo de la judería emancipada de Occidente. En última instancia, los tabús alimentarios espe-

ciales nos retrotraen a la religión primitiva y organización tribal que conocemos como totemismo. Gran cantidad de factores climáticos y sociales han transformado el carácter sagrado originario del totemismo. Pero en las preferencias y rechazos culinarios se mantiene un residuo, una supervivencia de la antigua y primitiva religión totémica.

Todavía se encuentran rastros de ese enfoque atávico en la caricatura que presenta al alemán comiendo salchichas con chucrut, y al inglés como un devorador de bifés, en tanto que al húngaro se lo pinta como adicto al tocino con pimienta. La vieja religión totémica sobrevive en este desplazamiento hacia el detalle de los gustos alimentarios reconocibles aún en su carácter originario. Las predilecciones alimentarias nos recuerdan los festejos en común en los que se preferían ciertos platos y combinaciones de los mismos. En forma similar, la gente recordaba sus festines totémicos originarios, en los cuales las tribus establecían y renovaban su comunidad. Robertson W. Smith dice en su libro *Kinship and Marriage*, publicado en 1885, que "las identificaciones que yacen en la raíz del sentimiento de clan descansan sobre el reconocimiento de una sustancia común, y por lo tanto pueden manifestarse incluso a través de una comida en común". Sí, en la primitiva infancia de la humanidad esta comida totémica en común era el único rito religioso y social.

Las huellas de la evolución primitiva son indelebles. Penetran incluso hasta un estrato tan profundo como lo son los gestos del pueblo. Cuando aquel judío convertido al catolicismo come pechuga de ganso en el restaurante y dice con tono de lamentación; "Y pensar que uno debe abandonar semejante religión", dice mucho más de lo que cree. Por una fracción de segundo, regresa a una etapa primitiva en la cual las comidas en común y la religión eran casi la misma cosa.

LA VAGA RESONANCIA

Ya han transcurrido más de treinta años desde que viví en La Haya, en Holanda; fue en esa época cuando escuché el siguiente cuento cómico judío mientras visitaba mi ciudad natal de Viena. En mitad de la noche, el conserje de la casa del embajador español es despertado por la

insistente estridencia de la campanilla del palacio. Finalmente abre la puerta y ve dos caballeros muy elegantes y de digno porte que repiten animadamente una frase. Al principio no alcanza a entender lo que dicen, pero sus ademanes y los nombres que mencionan le permiten deducir que desean hablar con mucha urgencia con el embajador español. La única frase que ambos repiten con tono excitado le suena como si fuera auténtico *ídish*. Dice así: "*Mir zin zwo Spanich Granden*" ("somos dos grandes de España"). El sencillo conserje vienés tiene la impresión de que estos dos hombres quieren burlarse de él y, furioso, se dispone a echarlos. Pero sus apremiantes reclamos de ver al embajador le hacen dudar, y finalmente despierta al secretario del diplomático, a quien le comunica la aparición de los dos caballeros y su extraño modo de expresarse. El funcionario recibe a los dos hombres con grandes muestras de respeto, y el desconcertado conserje los oye conversar con el secretario en castellano puro. Son en realidad dos nobles españoles de alto rango que han traído un importante mensaje del rey. Cuando se los interroga respecto a la graciosa frase, explican que en el tren que venía de Madrid se encontraron con un judío polaco. Le hicieron entender quienes eran y le preguntaron qué debían decir cuando llegasen a Viena, pues no sabían hablar alemán. El judío les enseñó a pronunciar esa frase para que se presentasen ante el conserje vienés.

Después de mi regreso a Holanda, el recuerdo de la divertida anécdota no tardó en diluirse, pero volvió a mi mente en dos oportunidades. Pocas semanas más tarde, en un ómnibus de Amsterdam, no pude evitar el oír a dos judíos sefaradíes que conversaban acerca de las festividades próximas. Cuando se separaron, se desearon mutuamente "Buenas Fiestas"*.

Me quedé pensando en la frase, que indudablemente había sido utilizada muchos siglos atrás por los antepasados de estos hombres, y en la tenacidad de los modismos. Poco después, leí una historia de los judíos sefaradíes en holandeses. Refería en detalle las vicisitudes de los judíos de España. Al llegar a cierto punto volvió a emerger el re-

* En castellano en el original. (N. del T.)

cuerdo de aquel cuento chistoso, y a partir de entonces acompañé con frecuencia mi lectura desde prudente distancia, como un bufón de la corte en una deslumbrante procesión. ¿Qué significaba el hecho de que el eco de esa historia cómica siguiese resonando en mí? Me había divertido, pero ahora me parecía más extraña que graciosa.

Durante otra visita a Viena le conté la anécdota a Freud, quien me expuso su significado oculto. Esto resulta evidente cuando uno ve a los grandes de España en su íntima relación con el judío polaco con el que se han encontrado. En otras palabras, cuando uno imagina que los dos nobles españoles eran descendientes de judíos sefaradíes, comprende que había una afinidad secreta entre ellos y el judío de Polonia. La impresión que me causó la interpretación de Freud se hizo más intensa cuando volví a La Haya y seguí leyendo la historia de los judíos españoles y holandeses.

En las vicisitudes de los judíos durante su dispersión a lo largo de los siglos que vivieron bajo el dominio de soberanos moros o castellanos, se encuentra una de las etapas que abarca desde el mayor apogeo hasta la caída más baja. En este sentido, resulta significativo el proverbio "Quien dice España, dice todo". La imagen de uno de los períodos más maravillosos de la civilización medieval emergió de las páginas del libro que estaba leyendo. Los planetas resplandecientes siguen lentamente su curso y los cometas atraviesan la noche con extraordinaria rapidez. Los judíos eran designados para los puestos más elevados y vivían en un íntimo intercambio intelectual con los reyes y la nobleza, no sólo bajo el dominio de los Almoravides y Almohades, sino también en territorio de los reyes de Castilla y Aragón. Eran muy apreciados por su talento y su erudición, por su laboriosidad y su rectitud.

En la Castilla de la Reconquista, los centros culturales judíos de Córdoba y Sevilla volvieron a florecer al máximo. Cuando al dar la bienvenida al rey Fernando en la ciudad los judíos le obsequiaron con una cuenta de plata con la inscripción "Deo abrirá, Rey entrará", se inició un período feliz para los judíos de la península ibérica.

Surgen las grandes figuras de poetas y pensadores medievales, de Yehudá Haleví, Ibn Gabirol y Maimónides; junto con ellos, y después de ellos, aparece una serie continua de eruditos e investigadores, de estadistas y financistas. La mayoría de ellos se encuentran en la corte de los reyes de España o están ligados a éstos por lazos de amistad. Tenemos por ejemplo a Josef Benveniste, quien, como administrador del tesoro y privado (consejero) dirigía, junto con dos nobles, la política del joven rey Alfonso XI. Vivía en su morada a semejanza de los otros grandes de Castilla. Cuando iba a ver al rey, al que aconsejaba, era acompañado por una escolta de hombres de a caballo. El ministro de Finanzas de Pedro IV era Samuel Halevi Abulafia; el médico de servicio de Su Majestad era Abraham Zarzah. La cordialidad de Pedro con los judíos era tan grande que a veces decía el pueblo que él mismo era judío. Al ver al derrotado Pedro, su rival Enrique exclamó: "Helo aquí, a este judío, este hijo de perra que se hace llamar rey de Castilla". Aún hoy hay en Toledo una calle llamada "Calle de Samuel Levi".

Allí, en un palacio con inscripciones en caracteres hebreos, vivía el ministro de finanzas de Alfonso VI, quien se designaba a sí mismo como "soberano de gente de dos religiones". Abraham Ibn Ezra, uno de los grandes pensadores del judaísmo, nació en la Ciudad de las Siete Colinas, y allí Yehudá Haleví escribió sus apasionados poemas. Allí también están las sinagogas Santa María In Blanca y El Tránsito, monumentos de arquitectura medieval mundialmente famosos. En esta misma ciudad los nobles tomaron las armas para proteger a los judíos cuando los cruzados franceses los atacaron en 1212. Y allí se alojaba con frecuencia Alfonso VIII, el amante de la bella Raquel. Este rey gustaba de los judíos y los apreciaba y podría haber pronunciado en realidad las frases que Franz Grillparger puso en sus labios:

En esta tribu de pastores errantes, fugitivos,
Hay, Garcerón, algo excepcional.
Nosotros pertenecemos al tiempo actual,
Pero ellos se remontan a la cuna de la creación,
Cuando Dios, con figura aún humana, recorría el Paraíso.

Cuando los querubines eran huéspedes de los patriarcas,
Y el Dios único era juez y legislador.

Allí trabajo Alfonso X sobre las tabletas astronómicas con el astrólogo Don Zag Ibn Said y le pidió al erudito judío que pusiese las obras de Galeno al alcance de occidente. Sin embargo, miles de judíos fueron arrastrados por la Vía Dolorosa de esta ciudad y quemados en la Gran Plaza. Junto con las melodías de los salmos piadosos entonados por los sacerdotes del Santo Oficio, los espectadores oían el *Shemá Israel* de los judíos moribundos.

Una caminata por la Judería de Córdoba, donde una calle conserva todavía el nombre de "Calle Maimónides", y por algunos barrios de Granada y Sevilla, despierta recuerdos de un período grandioso de la cultura española y judía. Sí, en aquella época muchos judíos fueron grandes de España.

Muchos de ellos tenían todos los defectos y malas costumbres que copiaban con tanta facilidad del medio circundante y que con tanta frecuencia caricaturizaban inconscientemente debido a la exageración de los rasgos característicos, su fatuidad, vanagloria y jactancia, y su vacuo deseo de lujosa ostentación y exceso de formalismo.

Los marranos, que se habían sometido al bautismo pero conservaban en secreto su fe judía, se emparentaron por lazos matrimoniales con los círculos más elevados de la sociedad, con la corte y la iglesia. Sí, muchos de ellos eran incluso nobles y sacerdotes. Cuando la Inquisición empezó a destruir el judaísmo hacía tres siglos que la sangre gentil se estaba mezclando con la judía. Entonces empezó alguien a investigar con la ayuda de los registros genealógicos, quién tenía marranos o cristianos nuevos entre sus antepasados, y se comenzó a exigir el "certificado de limpieza de sangre" para cualquier cargo. ¿No se repite, acaso, la historia?

Los lazos familiares que unían a los judíos con los niveles sociales más elevados se habían hecho inextricables. El marqués de Pombal, uno de los estadistas más distinguidos, quien destruyó el poder del Santo Oficio y sancionó los derechos de igualdad civil para los marranos, le

envió en una oportunidad a José II tres grandes sombreros del tipo de los que debían usar los marranos, según el decreto real, para demostrar que eran distintos de los cristianos auténticos. Cuando el rey le preguntó para quiénes eran esos sombreros, el marqués de Pombal respondió: -El primero es para mí. ¿Y el segundo? -Para el cardenal. ¿Y el tercero? -El tercero es... para Su Majestad.

La sangre de los conversos estaba mezclada con la de la alta aristocracia española y portuguesa, y los judíos eran grandes señores con todos los atributos de la nobleza española. Retuvieron, no obstante, buena parte de su magnificencia; siguieron siendo orgullosos, ambiciosos, obstinados y con frecuencia intolerantes, al convertirse en refugiados. Un eco de este período se percibe todavía en muchos de sus descendientes, entre los sefardíes que arribaron a Holanda e Inglaterra, a Africa del Norte y América. La dignidad y porte aristocrático del noble o del hidalgo, así como su ansia de gloria siguieron reflejándose en Josef Nasi quien se hacía llamar "Príncipe de Naxos" y "Duque del Mar Egeo"; en Menase Ben Israel, quien negoció con Oliver Cromwell; en Lord Beaconsfield (Disraeli); en Uriel Acosta; en Baruj Spinoza y José Caro.

Los bisnietos de los judíos torturados y perseguidos que habían muerto en las piras de España, siguieron aferrándose durante mucho tiempo a aquella arrogancia aristocrática y permanecieron fieles al idioma del país que en una época habían considerado su patria.

II

Se sostiene con frecuencia que el efecto del humorismo depende siempre de un contraste inesperado. Si a modo de ensayo aprobásemos esta teoría, ¿cuál sería el contraste que provoca el efecto cómico en el chiste sobre los dos nobles españoles? Inmediatamente pensamos en la frase "*Mir zyn zwo Spanisch Granden*". El contenido de esta afirmación contradice desconcertantemente a la expresión en *ídish*. Acá hallamos el elemento de sorpresa común a todo el humorismo. Si lo que yo expuse

en una teoría psicoanalítica es cierto⁴⁶, o sea, que una sorpresa de este tipo representa una reacción ante la aparición de algo inconscientemente esperado), llegaríamos a la conclusión de que la frase jocosa de los dos caballeros contiene la confirmación de algo que habíamos previsto inconscientemente.

La confirmación debe estar contenida en el hecho de que los dos nobles españoles hablan *ídish*. Ahora el significado oculto de esta escena resulta fácil de adivinar. Los nobles españoles son en realidad judíos. O para ser más precisos, los antepasados de estos nobles eran judíos y una parte de su gloriosa tradición sobrevive en sus descendientes. La médula de este chiste queda al descubierto cuando uno se atreve a considerar seriamente su aspecto absurdo o grotesco. Comprobamos que la sospecha del conserje vienés queda confirmada en parte, estos nobles españoles son judíos. En esta alusión, se revela la confirmación de un hecho inconscientemente esperado, tal como presuponíamos.

Si tratásemos de reemplazar la frase en *ídish* por otra en alemán culto, no subsistiría el menor efecto hilarante. Para producir el efecto completo es necesaria la introducción de la jerga en este contexto. Es como si el empleo de la jerga midiese la distancia que separa a los judíos actuales, en su situación humillante, de la gloria de sus antepasados.

Ahora adquiere importancia otro elemento secundario de esta historia cómica. En el relato aparecen dos caballeros. Si uno está convencido del estricto determinismo de los signos mínimos dentro del campo de lo psicológico, este hecho menudo también se torna trascendente y debe ser acomodado a la situación. Los dos caballeros representan, por así decir, a los dos grupos principales de judíos: los *ashkenazim* y los *sefaradim*.

Aquí se puede prever una objeción; ¿uno de los caballeros representa realmente a los *ashkenazim*, esos judíos que más tarde emigraron a Rusia y Polonia hacia Alemania y el Oeste? Este grupo de ju-

⁴⁶ *Der Überraschte Psychologe*, Leiden, 1935.

díos es muy diferente del de los españoles. Sus antepasados no vivieron nunca sobre las orillas del Ebro. Su comportamiento no refleja nada de la magnificencia y grandeza de la aristocracia española. Sin embargo, no se puede despreciar el hecho de que el judío polaco haga las veces de una especie de intérprete de los dos nobles, ni el hecho de que se hayan encontrado con él mientras viajaban hacia el Este, alejándose de su terruño. Es como si la distancia geográfica tuviese significado propio, simbolizando el abismo con el *ghetto* y la conexión con éste. Los judíos orientales y los judíos de la corte española... ambos integrantes de la Diáspora y ambos con un pasado digno de orgullo. Ahora resulta obvio que carece de importancia, lo que revela la fachada del chiste, en este caso el hecho de que los dos caballeros sean nobles españoles. Lo único significativo es la trama interior de la historia, el hecho de que pertenecieran a una nobleza más antigua, ligada a esa auténtica aristocracia que sólo la espiritualidad y la civilización pueden otorgar.

Tal como ocurre en nuestro ejemplo, el chiste judío presenta a veces en su fachada el contraste entre una gloriosa situación social pasada y la miseria presente de una minoría pobre despojada de los derechos civiles elementales.

La médula de éste y de otros chistes judíos similares queda al descubierto sólo cuando se comprende que el contraste no existe en la realidad, que se trata aquí de un pueblo que aduce con justicia el pertenecer al linaje de los primeros pilares de la civilización y el tener por antepasados a miembros de una aristocracia espiritual edificada sobre sus esfuerzos y sus logros. En la penetración analítica de este chiste judío el contraste se revela a menudo con el disfraz de una verdad oculta.

III

Hay otro tipo de anécdotas hilarantes debidas a los judíos o acerca de ellos, que pertenece al mismo género. El duque de Lign, primer judío que fue elevado al rango de la nobleza, era ingeniosamente llamado en Viena le *premier varon de l'Ancienne Testament*, pero sin duda alguna él no imaginaba lo que significaba en realidad este mote burlón. El Antiguo Testamento habla de reyes, sacerdotes y héroes cuya aristocracia

es no sólo más añeja sino también de un fondo más inatacable que la de las más tradicionales casas europeas de alto rango.

Este sarcasmo sólo se podía justificar si se refería a esa lucha por los honores exteriores y superficiales que significan tan poco si se los compara con un patrimonio cultural que pesa más que los pertrechos, los escudos de armas y otros distintivos de una clase social advenediza y relativamente nueva.

Esta es una historia jocosa, ¿pero es acaso la historia completa? La degradación del propio pueblo, que resulta tan conspicua en el contraste derivado de la fachada del chiste, oculta un orgullo insospechado por un pasado del que el individuo no debe tener conciencia necesariamente. Cuando uno mira detrás de la fachada, encuentra un escenario poblado por reyes, sacerdotes y sabios.

Para probar que la historia de los dos nobles españoles no constituye un caso aislado y que representa por su fachada y por su médula oculta a un grupo definido de chistes judíos, agregaremos allí otro ejemplo de estos relatos (que, según lo que las apariencias indican, proviene de un área muy distante. El viejo Elkan Zuckerfarb toma el tren en Cracovia con un billete de segunda clase, pero se introduce en un compartimiento de primera. Permanece allí sin ser molestado hasta que el tren llega a la estación de Prerau. En este lugar reina gran excitación porque se espera que el arzobispo de Olmütz viaje a Viena. El compartimiento de primera clase estaba reservado para el príncipe de la iglesia. En su interior encuentran a Zuckerfarb, que está fumando tranquilamente su pipa. -Tiene que salir de aquí- le grita el guarda del tren. ¡Este compartimiento está reservado para el arzobispo!- ¿El obispo? - responde Zuckerfarb sin dejar de fumar. ¿Y quien dijo que yo no soy el obispo?

Después de reírse del sorpresivo desenlace humorístico del cuento, uno comprende que también se puede descubrir en él un significado oculto, apenas nos atrevamos a tomar en serio lo que dice.

Verdaderamente, ¿como puede saber el guarda del tren que el viejo judío vestido con un caftán no es el alto dignatario de la iglesia? Al

principio nos réimos de la insolencia del judío polaco y no nos interesamos por su imperturbable sangre fría. Como es lógico, su respuesta resulta ridícula si uno la toma literalmente y presta atención solo a su aspecto superficial. Pero esta apariencia cambia cuando uno escucha las resonancias ocultas de la frase.

Al fundarse la iglesia, había judíos entre sus primeros obispos.

Los doce apóstoles, los portadores de la salvación a quienes Cristo confió su tesoro para que éste fuese transmitido a la posteridad, eran todos judíos. El hilo de la tradición no fue roto; el renacimiento medieval e incluso los tiempos modernos vieron en el sillón episcopal a varios judíos bautizados. Por muy gracioso que parezca, y por mucho que todos los signos exteriores puedan contradecir esta suposición, los apóstoles y los primeros custodios de la antigua comunidad cristiana deben haber tenido un aspecto similar al del judío polaco del tren (¿El tren será nuevamente una pista simbólica de un pasado remoto?) Quienes escuchan el chiste piensan sólo en el presente y se quedan perplejos ante la situación creada en el compartimiento. Pero el que escucha con la "tercera oreja", percibe al punto el vuelo que ha cobrado y el abismo de dos milenios que ha salvado.

Aprendimos de Freud que el humorismo- incluido el humorismo judío- sirve inevitablemente como medio de expresión de los instintos e impulsos reprimidos y negados. En los dos ejemplos citados aquí el elemento de los impulsos subyacentes que afloran de sus escondites es fácil de identificar. Se manifiesta en el grotesco absurdo de la presentación en *ídish* de los dos nobles y en la sugerida posibilidad de que el anciano judío polaco pueda ser un obispo. Tal como lo ha demostrado el psicoanálisis, lo absurdo en los sueños así como en las ideas obsesivas significa una burla inconsciente. (¿Piensan ustedes en este momento en la escena de la tragedia de Shakespeare en la que el príncipe de Dinamarca zahiere a los cortesanos con afirmaciones y comparaciones disparatadas?) El significado oculto de estos chistes judíos sólo puede ser captado si uno hace a un lado las objeciones del llamado "sentido común" y toma en serio lo que en el contenido manifiesto del humorismo

aparece como absurdo. El observador psicoanalítico penetrará hasta la médula del chiste cuando a modo de prueba acepte como cierta la frase ridícula o disparatada.

Desde un punto de vista superficial, los dos cuentos judíos se mofan de los judíos y de sus tribulaciones, pero en su aspecto más profundo se mofan de los gentiles que han olvidado que deben algunos de sus mejores éxitos culturales al pueblo de la Biblia.

Además del afloramiento de impulsos reprimidos en el humorismo judío, como queda ejemplificado en los dos casos citados anteriormente, aparecen otros factores emocionales que hasta ahora han sido completamente olvidados en la literatura sobre el tema. Cuando atravesamos todos los velos del humorismo judío de este tipo, penetramos en un territorio de sombras espesas, el reino de los recuerdos residuales inconscientes. Al escuchar los dos cuentos, ¿pensamos que contienen vanas rememoraciones de un pasado olvidado que emergen de oscuros recovecos y vuelven a despertar? La aplicación de los métodos psicoanalíticos de investigación permite remontar el contenido latente de los chistes de este género a un recuerdo histórico, inconsciente o reprimido. Ahora, el recuerdo nos retrotrae muy lejos, hasta un pasado histórico cuya gloria contrasta conmovedoramente con la miseria constante de la vida judía actual. El juego mental de contradicciones que resulta de la exhibición simultánea del pasado y el presente, le otorga al humorismo judío de este tipo su condición manifiestamente cómica y disimuladamente trágica.

Los recuerdos residuales inconscientes caracterizan de este modo los chistes judíos del tipo que nos ocupa, refiriéndose a un pasado que no se encuentra en la reminiscencia consciente. El efecto placentero de estos chistes no está determinado sólo por el afloramiento disimulado de impulsos reprimidos, sino también por la reactualización y reanimación de recuerdos residuales inconscientes. Lo mismo que en el psicoanálisis de ciertas ideas obsesivas y síntomas compulsivos, no es posible una indagación más profunda de la naturaleza de este tipo de humorismo si uno no se remonta a las fuentes históricas de su contenido..

Los recuerdos residuales inconscientes de un pasado común unen más íntimamente a los miembros de la comunidad judía que la tradición consciente. Producen un sentimiento de solidaridad que está determinado en sentido vertical, y no horizontal, por las vicisitudes de generaciones sucesivas cuya herencia es transmitida al individuo. La sensación subyacente de una comunidad de destino, que el individuo no siempre percibe, no puede referirse a la posesión de un país o a la participación en una comunidad nacional. Los judíos no pueden decir orgullosamente "Mi país, tenga o no tenga razón", ni recurrir a su nacionalidad cuando reclaman sus derechos. Su búsqueda de identidad debe responder no sólo al interrogante de quiénes son, sino también al de quiénes fueron y hacia donde se dirigen.

DE REGRESO A LAS RAICES

En un párrafo anterior traté de analizar el cuento judío de los dos nobles españoles, y espero haber conseguido demostrar con éxito que sólo es posible entenderlo con mayor profundidad si uno sigue la pista de su contexto a lo largo de la historia. Hay chistes judíos, aunque más escasos, que se adentran aun más en la historia, incluso en la prehistoria, en la era primitiva de la mitología hebrea. Un hermoso ejemplo de este curioso tipo de chiste es el que se refiere al campesino que se llevaba muy bien con su vecino judío. Enfermó gravemente y prometió que si se curaba haría un crucifijo con el árbol que tenía frente a su casa. Le fue devuelta la salud y cumplió su promesa. En una oportunidad el campesino observó que el judío no se quitaba el sombrero ante el Salvador crucificado y lo llamó para que le rindiese cuentas de su actitud. -Pero mi querido amigo -respondió el judío -si yo ya lo conocía cuando era un árbol.

Desde un punto de vista superficial, esta explicación no pasa de ser un comentario irónico, y se justifica el no ahondarla. Sin embargo, la persona a la que le gusta penetrar en las profundidades del chiste, escarbará debajo de esta superficie y llegará a una conclusión sorprendente.

En un libro sobre psicoanálisis, *Myth and Guilt*, publicado en 1957, traté de demostrar que el sentido del pecado original debe ser entendido como un crimen contra Dios, quien al principio fue imaginado como un árbol-tótem. La caída de Adán fue originariamente una violación a las leyes del culto al árbol de los antiguos semitas: comió el fruto del árbol tabú de la vida al que, en las religiones más primitivas del antiguo Oriente, se le atribuía carácter divino. El devorar al Dios en Su forma originaria de un árbol-tótem constituye la sustitución de un acto brutal de canibalismo. Cristo es designado una y otra vez "el segundo Adán", redime a la humanidad y la libera al cargar sobre sí el pecado original ("Porque a la manera que todos en Adán mueren, así también todos en Cristo serán vivificados"... Corint. XV: 22). El Arbol de la Vida no fue contrastado con la Cruz, sino que ambos eran primitivamente idénticos. El sentido más profundo de la crucifixión de Cristo queda en claro cuando se sigue la línea que conduce desde el dios-árbol totémico, disfrazado de Arbol de la Vida, hasta la cruz, que finalmente se convirtió en un objeto de adoración. Jesucristo murió en la Cruz, que es una heredera tardía del dios-árbol totémico.

El judío que comenta que conoció al Cristo crucificado cuando todavía era árbol vuelve, sin saberlo, a los orígenes de las religiones semíticas. En este chiste se reconoce un vestigio del primitivo culto al árbol de los hebreos, en la misma forma en que a veces ve uno vestigios de un rostro infantil en los rasgos de un hombre muy anciano.

CON LEVADURA Y SIN ELLA

Con frecuencia se sorprende la gente al comprobar que las festividades religiosas son evaluadas en forma muy distinta en la infancia y en la edad adulta. En nuestras propias fantasías y asociaciones de ideas, así como en las de nuestros pacientes neuróticos, las festividades siempre tuvieron importancia propia, independientemente del significado religioso que los maestros y sacerdotes de las diversas religiones les atribuyeron más tarde.

Hallé una nueva confirmación de este hecho al leer la autobiografía de Gertrude Berg⁴⁷, una de nuestras populares estrellas de la televisión y las tablas. Recordaba nítidamente las Noches del Viernes, pero la favorita de las festividades religiosas durante su infancia era *Pesaj* o Pascua. "Había algo indescriptible, una emoción, un ímpetu que conducía hacia *Pésaj*... Para una criatura, la celebración de *Pésaj* significaba una fiesta en la que se reunía toda la familia, riendo y entonando canciones y prolongando la velada hasta tarde".

Las festividades aparecen también con mayor o menor frecuencia en los chistes que se hacen sobre el tema, de acuerdo con esta diferencia de significado. Los chistes judíos toman muy pocas veces por blanco el Día del Perdón o la Festividad de Año Nuevo. Naturalmente, también hay humoradas en las que estas fechas son enfocadas desde un punto de vista jocoso. Tenemos, por ejemplo, la historia del anciano que al ver a un hombre más joven que se golpea el pecho incesantemente durante el servicio religioso, le advierte: -¡Con la violencia no obtendrás nada del Señor! Y está el otro cuento relacionado con el mandamiento de reconciliarse con amigos y enemigos en las Fiestas Sagradas. Después del servicio religioso un judío hace las paces con su peor enemigo, y le dice: -Te deseo todo lo que tú me deseas a mí. A lo cual el otro judío responde indignado: -¿Ya vuelves a las andadas?

Pero para volver a la autobiografía de la señora Berg, digamos que exceptuando las celebraciones del Sábado y de la Pascua, las otras festividades religiosas no ocupan mucho espacio en sus memorias, a menudo deliciosas. Philip Goodman publicó recientemente una *Antología de sabiduría, ingenio y humorismo para el sábado y las festividades judías*⁴⁸. No escasean los chistes sobre otras celebraciones religiosas, pero no hay duda de que la festividad de *Pesaj* es la que mayor impresión causa entre los niños. La imaginación de éstos es estimulada por

⁴⁷ *Molly and Me*, Nueva York, 1961, pág. 44. *Der Überraschte Psychologe*, Leiden, 1935.

⁴⁸ *Rejoice in Thy Festival*, Nueva York, 1956.

los relatos sobre el Exodo de Egipto, que se conmemora comiendo *matzot* y otros alimentos distintos de los de todos los días, y con otras formas características del *Séder*. El niño más pequeño debe hacer cuatro preguntas, que comienzan con la interrogación: "¿En qué es esta noche distinta de todas las otras noches?" ("*¿Ma nishtaná?*") A partir de lo cual comienza la narración del Exodo.

En los chistes judíos repercuten a menudo los ecos de estas ceremonias. Tenemos, por ejemplo, la anécdota moderna del judío que, después de tener relaciones sexuales con una joven durante muchos años, se casó finalmente con ella. Un amigo le envió un telegrama de felicitación en la noche de la boda, agregando la pregunta de la ceremonia: "*¿Ma nishtaná?*" (o sea, "¿en qué se diferencia esta noche de todas las otras noches?").

Un buen ejemplo de asociaciones de ideas relacionadas con la comedia de *Pésaj*, está representado por un cómico juego de palabras que puede ser interpretado como un *lapsus linguae*, pero que más probablemente deba ser tomado por un ataque ingenioso. Una de las cantantes de la Metropolitan Opera que había roto todos sus lazos con el judaísmo, tuvo que cantar en su adolescencia en restaurantes judíos. En una oportunidad, cuando se discutían esos primeros años de la carrera de la cantante, un viejo judío del bajo East Side de Nueva York, comentó: "Oh, ya entonces tenía una voz maravillosa de matza-soprano".

Me parece que otra confirmación de la fuerte impresión causada por las ceremonias de *Pésaj* sobre los niños está dada por la frecuencia de las asociaciones de ideas que se refieren a ellas.

Permítaseme agregar a modo de viñeta algunos casuales recuerdos sobre los treinta años que pasé junto a Freud. En tanto me desempeñaba como secretario de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, un psicoanalista invitado pronunció en cierta oportunidad una conferencia que, si bien desarrollaba su tema en forma exhaustiva, resultó bastante tediosa y no agregó nada interesante u original. Yo estaba sentado a la izquierda de Freud, y éste me deslizó un papelito en el que había escrito: "Es tan insípido como la *matzá*". Otro ejemplo del mismo género: Un día le

pregunté a Freud cuál de los dos métodos de psicoanálisis era preferible para el tratamiento de cierto paciente. "Uno puede comer pan con o sin levadura", fue su respuesta.

Otro recuerdo: En su conferencia sobre el fenómeno primitivo del Tabú, Freud aludió a la celebración del *Séder* en una digresión que no apareció en su libro, publicado más tarde. (Si la memoria no me falla, esta conferencia fue pronunciada en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, a fines de 1911). Al discutir el desplazamiento y el carácter transferible del tabú, Freud citó de *La rama Dorada* de Frazer la Historia del reyezuelo maorí que no quería soplar una llama bajo ningún pretexto, porque su aliento sagrado transmitiría su poder al fuego, éste a la vasija colocada sobre el fuego, la vasija al alimento cocinado en su interior, el alimento a la persona que lo ingeriría. En consecuencia, esta persona debía morir, porque había comido el alimento cocinado en la vasija que se calentaba sobre el fuego en el que el reyezuelo había soplado con su sagrado y peligroso aliento.

Freud se volvió hacia mí y me preguntó: -¿Esto no le recuerda la *Hagadá*? Se refería a esos versos arameos recitados en la noche del *Séder*. Se trata de la historia de un padre que compra un cabrito. Vino el gato y se lo comió. Después vino el perro y mordió al gato, vino la vara y castigó al perro, el fuego consumió la vara, el agua apagó el fuego, un buey bebió el agua, el matarife sacrificó al buey, pero el Ángel de la Muerte mató al matarife. Por fin, Dios destruyó al Ángel que mató al matarife que había sacrificado al buey que bebió el agua que apagó el fuego que consumió la vara que golpeó al perro que mordió al gato que se comió al cabrito. El estribillo es *Jad Gadiá* (un cabrito).

El miedo al tabú de las razas primitivas le recordó a Freud estos versos arameos. En su asociación de ideas salió a nuestro encuentro un pasado parcialmente olvidado.

EL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

En el conflicto entre la sinagoga y la iglesia que ha durado casi dos mil años, ambos bandos emplearon armas muy diversas. Los judíos, que estaban a la defensiva, debieron controlarse al principio y mantener una

digna reserva frente a un adversario tan poderoso. Se resignaron a una simulada humildad y a parar los golpes que llovían incesantemente sobre ellos. Esta defensa tomaba a veces formas humorísticas, como lo comprobamos en la literatura hebrea de los primeros siglos del cristianismo triunfante. En los escritos satíricos de comienzos de la Edad Media, los judíos se mostraron más audaces y a veces se aventuraron a contraatacar. Podemos seguir el desarrollo de esta actitud hasta los tiempos modernos, cuando ciertos ritos y dogmas cristianos también se convirtieron en blanco del humorismo judío.

Permítaseme citar como ejemplo moderno de esta ironía la frase del gran estadista Isaac Adolphe Cremieux (1796-1880), a quien sus adversarios atacaban con el pretexto de que pertenecía al pueblo acusado de haber matado a Cristo. Cremieux replicó: "Para terminar con esta disputa, permitiremos que ustedes también maten a nuestro Dios cuando se encuentran con El". Aproximadamente en la misma época en que Cremieux paraba el golpe de sus antagonistas en Francia, el filósofo alemán Lazarus Geiger debió contestar a la pregunta de un sacerdote católico que le dijo: -¿Cuándo abandonarán por fin ese viejo prejuicio y empezarán a comer también carne de cerdo? Geiger respondió: -El día de su boda, reverendo. (Henriette Herz, la esposa del doctor Markus Herz, el famoso estudioso de Kant, estaba en una fiesta y súbitamente no pudo contener un bostezo. Su vecino, el conde F., le dijo: -¡Por favor, no me coma! -No tema -le contestó la señora Herz-, los judíos no comemos cerdo).

Hay varias formas sarcásticas de desacreditar los dogmas básicos del Nuevo Testamento, irreverentes unas y chistosas otras. Tenemos, por ejemplo, la antigua historia de una conversación entre el sacerdote católico y el rabino que deciden fundar una religión común. Para llegar a este objetivo, ambos bandos deben hacer concesiones y aceptar compromisos. El sacerdote pide cambios en el ritual, tales como reemplazar el hebreo por el latín en los servicios, y convertir al domingo en lugar del sábado en día de descanso. En lugar de *Pésaj* se debe celebrar la Pascua cristiana. El rabino acepta éstas y muchas otras reformas sin

hacer objeción alguna. Por fin, el sacerdote católico le pregunta al rabino qué cambios propone. El judío responde: -Uno solo: la figura de Jesucristo debe ser eliminada por completo. Según este chiste, todos los otros cambios y reformas carecen de importancia, pero si se suprimiese la presencia del Salvador, ¿qué quedaría sino el judaísmo puro?

En otro chiste, un rabino y un sacerdote católico conversan acerca de las carreras futuras de la joven generación. El sobrino del sacerdote concurre a un seminario teológico para seguir la carrera de su tío. El rabino desea saber qué futuro tendrá el muchacho. -Bien -responde el cura-, podrá llegar a ser capellán.- ¿Y después? -pregunta el judío. A lo que el cura contesta: -Incluso con el tiempo podrá llegar a ser cardenal. -¿Y después? -Bien, hasta podría llegar a ser Papa. -¿Y después? -¿Qué más quiere? ¿Acaso piensa que puede convertirse en Dios? -inquire el sacerdote, con tono impaciente. -Vaya -responde el rabino-, uno de nuestros muchachos llegó a serlo.

Con mayor delicadeza que en este cuento, el rabino que aparece en el poema de Heinrich Heine "La Disputa" desacredita las doctrinas religiosas fundamentales de la cristiandad en su respuesta serena pero sarcástica al monje franciscano que tiene por rival.

*"Unbekannt ist mir der Gott
Den ihr Christum pflegt zu nennen.
Seine Jungfer Mutter gleichfalls
Hab ich nicht die Ehr zu kennen.
Ob die Juden ihn getötet
Das ist schwer jetzt zu erkunden
Da ja das Corpus delicti
Schon am dritten Tag verschwunden.
Dass er ein Verwandter sei
Unsres Gottes ist nicht minder zweifelhaft
So viel wir wissen,
Hat der letzte keine Kinder.*

Ignoro al Dios
Que ustedes suelen llamar el Cristo.

Ni tengo el honor
De conocer a su madre virginal.
Que los judíos lo hayan asesinado
Es difícil de probar ahora
Puesto que el cuerpo del delito
Desapareció al tercer día.
Resulta igualmente dudoso
Que tuviese parentesco
Con nuestro Dios, quien por lo que sabemos
No tiene hijos.

Ya no en las alturas de la polémica abstracta, sino en un terreno más próximo a la vida diaria, encontramos otro chiste judío que choca con aspectos solemnes del ritual cristiano. Un pintor judío de brocha gorda es enviado a un convento para realizar algunos trabajos. La madre superiora del convento le muestra qué es y donde está lo que debe pintar. Cuando la mayor parte del trabajo está hecha, le dice que está satisfecha con el mismo y le pide que continúe, pero agrega: -Por favor, acuérdesse de quitarse el sombrero mientras trabaja en la iglesia. No se lave las manos en el agua bendita y llámeme "Madre Superiora" y no "señora Shapiro". Naturalmente, la falta de respeto a los ritos de la Iglesia implícitos en la actitud del pintor sólo puede atribuirse a su ingenuidad desde un punto de vista superficial. El comportamiento del hombre no deja ninguna duda respecto a su intención.

Está el cuento del sacerdote católico que le dice a un rabino: - Ustedes tienen una religión extraña. Explíqueme por que sus sinagogas están tan sucias, en tanto que nosotros mantenemos nuestras iglesias tan limpias. -Oh, eso es muy sencillo -responde el rabino. Ustedes tienen un ama de llaves que las friega y las barre, pero nuestro Dios no tiene una esposa que pueda hacer esto en Su casa. -Dígame -continúa el cura-, por qué gritan ustedes a voz de cuello cuando se dirigen a su Dios en tanto que nosotros rezamos en voz baja. -Nuestro Dios ya es viejo y no tiene buen oído. En cambio el Dios de ustedes es joven y oye bien. -Dígame, por qué sus funerales son tan tristes, en tanto que en los

nuestros hay gallardetes, imágenes y flores. -Es cierto -confiesa el rabino-, que nuestros funerales son tristes, y que los de ustedes son relativamente animados. Por eso prefiero asistir al entierro de un *goy*. El rabino termina por pasar de la defensa al ataque. Observamos junto con él la agresividad encerrada en las preguntas del sacerdote católico. El rabino las contesta en la mejor forma posible en defensa propia y de su fe y contraataca a su vez al final.

II

Hasta ahora, he tratado de abreviar todos los cuentos judíos largos, pero la historia siguiente será una excepción a la regla observada en este libro. Un judío ha sido rozado por un camión y afirma estar gravemente lesionado. Demanda por daños a la empresa propietaria del vehículo y exige una suma exorbitante porque el accidente lo ha dejado paralizado y no puede trabajar. Después de una minuciosa investigación, la compañía donde está asegurada la empresa de transportes le paga una suculenta indemnización. Pero le previene que en el futuro se lo vigilará atentamente. Si puede caminar un solo paso, lo procesarán por perjurio y defraudación. El judío le contesta al agente de seguros: -Ya tomé mis medidas para que una ambulancia venga a buscarme y me lleve al aeródromo. Iré en avión a Francia. Después otra ambulancia me trasladará a Lourdes. Y termina la descripción de sus planes con estas palabras: - ¡Hermano, entonces sí que verá un milagro!

EL judío que espera ostensiblemente que la virgen de Lourdes lo favorezca con un milagro se burla simultáneamente de esta idea. Se ríe sarcásticamente del milagro y de los cristianos que creen en él al manifestar su mordaz coincidencia con ellos.

LA VIOLENCIA

Un psicólogo clínico realizó recientemente una investigación sobre las diferencias psicológicas entre los estudiantes gentiles y los judíos y publicó algunos de los interesantes resultados. Descubrió, que la mayoría de los jóvenes judíos manifestaban una clara aversión a la violencia. El desagrado y aun la repugnancia por la fuerza bruta no puede haber

sido una actitud primaria del pueblo judío. Los relatos bíblicos sobre su historia primitiva, especialmente la que corresponde al período posterior a la invasión de Canaán, no revelan ninguna prueba de un fuerte aborrecimiento originario contra la violencia. Casualmente, estas primeras etapas están saturadas de hechos atroces y brutales cometidos por las tribus judías, cuyo temperamento era sin duda igual al de los otros semitas de la antigüedad.

Parece que con la gran reforma religiosa mosaica, y en forma aun más efectiva con las enseñanzas de los profetas, la originaria propensión a la acción violenta fue dejando lugar lentamente a una reacción contra la sed de sangre y los impulsos asesinos. Es difícil estimar hasta qué punto son permanentes estas formaciones emocionales por reacción, pero está claro que en ciertas circunstancias sociológicas se producen retornos a una actitud primitiva y elemental. Si se pueden creer las noticias que llegan de Israel, no son escasos los actos de represalia y venganza de la nueva generación israelí, el asesinato, la brutalidad como respuesta a la agresión árabe.

Sin embargo, hay diferencias en la forma y dimensión de los actos brutales entre el gentil medio y el judío medio. Los compararemos estableciendo el contraste entre una anécdota vienesa y una frase pronunciada por un judío. Cuando yo era niño, vivía en Viena un atleta y luchador llamado Jagendorfer. Una noche les contó a sus amigos algo que había sucedido ese mismo día. -Imaginen que cuando llegué por la tarde a la cafetería y quise jugar al billar, mi taco no estaba allí. Lo busqué por todas partes, pero no lo encontré. Entonces vi a un hombre que jugaba en otra mesa y estaba usando mi taco. Me acerqué a él y le dije: -Señor, ése es mi taco. -No, es mío -me respondió. -Yo insistí: Señor, devuélvame mi taco. ¡Le repito que es mío! Pero el tipo no quería restituirlo y seguía diciendo que era suyo. Sólo cuando terminaron de lavar al tipo con vinagre me di cuenta de que efectivamente no era mi taco. Más que un chiste, este es un cuento humorístico. Nuestra primera impresión consiste en que el gigante grosero que aporrea a una persona

inocente por semejante insignificancia tiene que ser un torpe atolondrado.

Tratemos de reelaborar su relato. "Cuando lo desmayé de un puñetazo y la gente intentó hacerlo volver en sí, me di cuenta de...". Todavía queda una dosis de comicidad, pero el efecto humorístico depende de la ausencia de la explicación, de la elipsis, de la omisión de las palabras que deriva en el salto de una situación a otra sin tomar en cuenta el paso intermedio. Entonces la frase siguiente contiene una alusión a la explicación omitida, al vacío que ha quedado en el relato.

Comparemos esta anécdota de Jagendorfer con una humorada que circuló por Viena en la misma época. Karl Kraus, el agudo y belicoso editor de la revista polémica *Die Fackel*, atacaba con frecuencia a personalidades poderosas e influyentes, en artículos cargados de mordaz ironía. A veces, el agresor verbal era físicamente maltratado por aquellos a quienes había atacado. En cierta oportunidad, cuando se divulgaba por los círculos vieneses el rumor sobre una nueva trapisonda de uno de los antiguos enemigos de Karl Kraus, alguien comentó: -Cuando Karl Kraus se entere de esto va a recibir una nueva bofetada.

Nuestro desconcierto inicial ante esta incongruencia no tarda en disiparse cuando adivinamos qué es lo que ha sido omitido en la frase. Cuando Kraus se entere de esto, escribirá uno de sus cáusticos artículos y su víctima se vengará abofeteándolo. Naturalmente, la técnica de este chiste también es elíptica.

Pero lo que queríamos señalar era que existen diferencias entre el cuento gentil y la humorada judía. En ambos, el tema está representado por la violencia física y en los dos casos nos reímos porque nos sentimos a salvo de tener que sentir compasión por la víctima de una agresión contundente. Sin embargo, en la anécdota de Jagendorfer, el ataque es de naturaleza muy brutal, injusta y exagerada. El comentario ingenioso acerca del castigo previsto para el escritor vienés por parte de la persona ofendida también apunta a un acto violento, pero menos grosero y bárbaro, además de que la bofetada tiene por lo menos ciertos visos de justificación. A pesar de ello, ambos hechos, o mejor dicho

ambas fechorías, se relacionan con actitudes drásticas en las cuales se recurre a la fuerza física.

Su característica básica común es más obvia que sus diferencias. Aquí se podría plantear el interrogante: ¿qué se hizo de esos impulsos violentos y agresivos de los judíos después que fueron enérgicamente reprimidos por los mandamientos religiosos y las enseñanzas éticas? esto escapa, por cierto, a los límites de nuestra investigación, encaiminada hacia la exploración psicológica del humorismo judío. Por lo menos trataremos de referirnos a una de las transformaciones de estas tendencias agresivas, a un cambio que se manifestó en cierto grupo de chistes judíos.

He aquí dos ejemplos representativos, uno, ya relatado, del ambiente del *ghetto*, y el otro de la etapa de transición hacia la judeidad emancipada. Un judío le pregunta a otro si es cierto que recibió una paliza en Krotoshin, en medio de la plaza del mercado. -Bah -es la despectiva respuesta-, Krotoshin... vaya ciudad. En lugar de dar la información que se le pide, la víctima menosprecia desdeñosamente el lugar donde lo abofetearon, calificándolo de insignificante e indigno. En el otro cuento, un judío llega a una fiesta y saluda a los invitados: -¡Hola, caballeros! ¡Por favor, péguenme ya mismo! Los hombres, sorprendidos, le preguntan por que tienen que hacerlo y él les explica que dos días atrás asistió a una reunión social. Se discutían temas políticos y le preguntaron a qué partido pertenecía. -Soy liberal -respondió el interpelado. Entonces todos gritaron: -¡Péguenle! Al día siguiente concurrió a otra fiesta en la que le repitieron la misma pregunta. Entonces contestó que era conservador y los hombres gritaron: -¡Péguenle! Y a continuación agrega: -Aquí me tienen hoy, y por eso les digo: ¿Para qué tantas preguntas? ¡Péguenme ya mismo!

Pasaremos por alto aquí una faceta del chiste que demuestra que al judío le pegan indistintamente si profesa una idea u otra. Lo que nos interesa en este momento son las experiencias de los impulsos agresivos y sádicos del judío. Los dos chistes lo dicen con claridad: estas tendencias violentas y crueles se volcaron hacia adentro y se trasformaron en

una inclinación masoquista, en una especie de satisfacción inconsciente por el sufrimiento y en ciertos casos incluso en la búsqueda del castigo, de las lesiones y los insultos.

Parece que durante el terrible período de la dispersión, los judíos aprendieron que es mejor soportar persecuciones que ser perseguidores. En su afán de superación, el cristianismo proclamó que la persona agredida debe ofrecer la otra mejilla.

CON CUALQUIER OTRO NOMBRE

En los procesos mentales primitivos, el objeto y la palabra que los representa son inseparables. Para los iletrados y los niños, el nombre de una persona constituye una parte tan sustancial de ella como su propio cuerpo. En consecuencia, un cambio de nombre significa que ya no es la misma persona sino otra. Un destacado psicólogo que estudió las características de los procesos mentales infantiles, afirmó que para el niño el pensar significa barajar palabras. "Hasta la edad de seis o siete años, los nombres provienen de las cosas en sí"⁴⁹. He aquí dos ejemplos de estos conceptos infantiles sobre el significado de los nombres. Mi hijo Arthur, que ahora tiene cuarenta y seis años, ya no recuerda que cuando pequeño se extrañaba de que uno de sus compañeros de juego se llamase Herman. A Arthur le resultaba inconcebible que una criaturita se llamase *Herr* (señor) y *Mann* (hombre). Arthur, que se mostró interesado por la música desde la primera infancia, nos sorprendió en cierta oportunidad con esta pregunta: "¿Mozart se llama así porque sus melodías son tan *zart*?" (*zart*, en alemán, significa tierno, delicado).

La indivisibilidad del nombre y el individuo, tan característica del pensamiento primitivo, explica por qué inconscientemente atribuimos gran importancia al nombre de una persona. El estudio psicoanalítico de los sueños y síntomas neuróticos demuestra que todavía creemos in-

⁴⁹ Jean Piaget, *The Child's Conception of the World*, Nueva York, 1929, pág. 88.

conscientemente que el nombre de una persona está tan íntimamente ligado a ella como su piel.

En los tiempos antiguos los nombres judíos eran patronímicos. Un hombre, por ejemplo, se llamaba Moses Mendelssohn, y uno de sus descendientes, Felix Mendelssohn. Otros nombres, como Cohn, Levi, Rabinowitz, etc., apuntan a tradiciones religiosas. Sólo a comienzos del siglo XIX los nombres familiares judíos fueron finalmente determinados por los funcionarios gentiles. Algunos de los nuevos nombres eran inofensivos. Los funcionarios alemanes elegían las designaciones según los países o ciudades de donde provenía la persona en cuestión, por ejemplo, Oesterreicher o Hamburger. Los funcionarios, especialmente los de la monarquía austro-húngara, escogían con frecuencia nombres ridículos e incluso vulgares, de modo que la nueva selección de nombres se trasformaba a veces en una forma de insulto. El humorismo judío empleaba con frecuencia estos nombres como material para sus sátiras. En muchísimos chistes el efecto hilarante está ligado al nombre del personaje presentado en ellos.

Permítaseme citar un ejemplo tomado de mi propia experiencia. Hace varios años fui invitado a pronunciar una conferencia en el departamento de psicología del Adelphi College. Cuando el doctor Donald Milman, catedrático de psicología de esa facultad, fue a buscarme en su coche, pasamos frente a una gran cantidad de hermosos chalets, de Long Island. Yo expresé mi sorpresa ante estas casas suburbanas tan bien ciudadadas. El doctor Milman me respondió: -Sí, esta gente trata de mantenerse a la altura de los Cohens. El efecto humorístico de la frase proviene de la variación introducida en una frase popular norteamericana. Al reemplazar el típico apellido "Jones" de esa frase por "Cohen", el doctor Milman aludía al hecho de que la mayoría de los habitantes de ese suburbio eran judíos.

Así, el apellido de un individuo no tardó en convertirse en prueba de que pertenecía a determinada comunidad religiosa. En una escena de una pieza teatral ya olvidada (si la memoria no me engaña, se trataba de *Herthas Hochzeit*, de Max Bernstein) un personaje dice: -Eso es tan

cierto como el Evangelio. Su interlocutor hace una inclinación de cabeza y responde: -Mi apellido es Rosenthal. Indica con ello que es judío. Y agregaré otra anécdota humorística que gira alrededor de un nombre. Un matrimonio visita la exposición de un famoso pintor moderno. Cuando entran a la sala, la mujer señala un cuadro y comenta: -Ese es un lindo retrato. -Pero si se trata de un paisaje- la contradice el esposo. Se aproximan al cuadro y leen su título, que es: *Nussbaum an der Riviera**.

En muchos chistes judíos la burla apunta hacia los esfuerzos más o menos exitosos de muchos judíos por cambiar sus apellidos para poder asimilarse así a la sociedad gentil. Esta variedad de estratagema protectora en la cual el individuo trata de ocultar su origen judío provoca risas irónicas. En un ejemplo norteamericano, el cantante Rosen se presenta al director Conried, de la Metropolitan Opera. -¿Dónde dejó el Feld de su apellido?- le pregunta sarcásticamente Conried al cantante. - En el mismo lugar donde usted encontró el Ried del suyo- responde el artista. Naturalmente, la alusión contenida en la pregunta del director sugiere que el cantante se llamaba Rosenfeld, y la respuesta de éste insinúa la posibilidad de que el apellido del director haya sido en otros tiempos Cohn o Cohen.

Bruno Walter, cuya familia se apellidara antes Schlesinger, era llamado mordazmente "Herr Schlesinger von der Vogelweid", con lo que se hacía alusión al verso de *Los Maestros Cantores* de Wagner: *Herr Walter von der Vogelweid, der ist mein Meister gewesen*.

Un cambio total del apellido originario no impide que el individuo resulte sospechoso. Se cuenta la siguiente historia que tiene por escenario la antigua Hungría. Cuatro hombres entablan conversación en el compartimiento de un tren, y en el transcurso de la misma hacen las presentaciones:

-Kamory- dice el primero.

* Juego de palabras entre el apellido "Nussbaum" y la palabra Nussbaun (nogal). Efectivamente era un paisaje: *Nogal en la Rivera*. (N. del T.)

-Kemeny- se presenta el segundo.

-Kratvany -anuncia el tercero.

-Yo también me llamo Cohn- informa el cuarto.

Otro cuento húngaro demuestra que la posibilidad de cambiar el apellido había empezado a obsesionar a la población judía. Un amigo lleva a Sammy Fischer de paseo por Budapest. Los dos hombres se detienen frente al monumento del famoso poeta húngaro Alexander Petöfy. Sammy Fischer escucha el esbozo biográfico trazado por su amigo y pregunta: -¿Y como se llamaba antes? He aquí dos variaciones modernas del mismo tema. En una oportunidad se realizó una cruce entre las razas bovinas Guernsey y Holstein y se obtuvo una vaca Goldstein. En lugar de decir "¡Muuuu!", la vaca producto de la cruce decía "¿Nuuu....?" (modismo popular judío que equivale a "¿y entonces?"). Y por fin una anécdota del nuevo estado de Israel. En una reunión social, varios oficiales del ejército hacen sus presentaciones. El primero dice: -Jacob Shulamith, antes Edelstein"; el segundo: -Jacob Kadera, antes Katzenelbogen. Un mayor del ejército israelí que está presente, comenta; -Lo que Israel necesita es un *Quién Era Quién*.

EL ECO DEL PROVERBIO

A mi hermana Margaret

I

Mi hermana mayor y yo experimentábamos una sensación bastante extraña cada vez que escuchábamos un proverbio en la conversación de los adultos. Cuando alguien decía: "Los gatos siempre caen parados", el significado resultaba muy claro. Esto era algo que sabíamos, porque nosotros mismos habíamos repetido el experimento una y otra vez. ¿Pe-

ro por qué se empleaba este proverbio cuando uno de los participantes de la conversación se obstinaba en volver siempre al mismo tema? ¿Qué relación tenía esto con la agilidad acrobática de los gatos?

Muchos proverbios nos resultaban completamente ininteligibles y siguieron intrigándonos durante mucho tiempo. Por ejemplo, qué significaba la frase: "¡Arrástrame, que me siento muy feliz de venir!". Esto parecía absurdo. Mucho más tarde comprendimos que ésta era una alusión al comportamiento de una muchacha que simula resistirse, cuando en realidad le encanta que la conquisten. Qué extraño y gracioso nos parecía a los niños el proverbio "Toda madre es una madre". Naturalmente, toda madre es una madre desde el momento que tiene un niño. La frase suena en la actualidad como si se hubiese anticipado al latiguillo estilístico de Gertrude Stein. "Una rosa es una rosa es una rosa". En esa época no nos dábamos cuenta de que la frase no se refería a la condición material de la maternidad, sino que tendía a subrayar la importancia psicológica de la misma.

Según creo, tanto para la gente sencilla de pueblo como para los niños, no hay más que un paso de lo desusado e incomprensible a lo farfesco y regocijante. Ante algunos de los refranes y dichos judíos que escuchábamos en nuestra infancia nos limitábamos a reír. Nos reíamos de ellos como lo hacíamos al oír un chiste

Las diferencias entre un chiste y un proverbio resultan tan evidentes que nos sentimos tentados de cerrar los ojos ante el hecho de que ambos fenómenos son vecinos desde el punto de vista de su origen y consecuencias. Existe una relación genética de índole precisa; se puede probar que muchos refranes han cristalizado a partir de un cuento cómico o un chiste. "Pescado podrido y, para remate, una paliza", era una frase que se oía ocasionalmente. Es evidente que su origen está en una anécdota o un relato hilarante sobre un hombre que compra mercaderías averiadas y que, al proclamar su disconformidad, recibe además una zurra.

Por otra parte, muchos chistes deben su popularidad a la ingeniosa presentación o distorsión de proverbios y dichos muy conocidos. Por

ejemplo, hemos oído la frase "tiene una gorra para ir a caballo". Esto se decía de alguien que carecía de toda preparación para realizar determinada tarea, y que se había provisto sólo de algún atributo superficial, como un jockey que no tuviese caballo ni montura sino tan sólo la gorra.

En la vida diaria judía, la línea demarcatoria entre los fenómenos contiguos del refrán y el chiste se diluye con frecuencia. Hay pruebas de que proverbios y preceptos de las épocas bíblica y talmúdica fueron sometidos más tarde a aplicaciones y variaciones farsescas. En este punto se podría argüir que deberíamos agregar al efecto emotivo pasajero la decisión acerca de si lo que está en consideración es un proverbio, un cuento gracioso o una frase humorística. Pero aún este criterio resulta ambiguo. Lo que tenemos entre manos es, por ejemplo, una máxima que en otros casos sería respetable y que ahora adopta un disfraz de payaso, o simplemente un chiste que pretende ser didáctico y posa como proverbio. Sonreímos, como si la diferencia tuviera poca importancia. Y a veces ni siquiera sonreímos. Mi abuelo acostumbraba decir que los niños nacen con los puños apretados y el hombre muere con las manos abiertas. Eso sonaba como una metáfora destinada a expresar la idea de que la criatura desea aferrar el mundo entero y finalmente lo deja escapar de sus manos como si no valiese nada. A los niños, esto no nos parecía muy gracioso.

Sin embargo, la mayoría de los proverbios judíos que escuchábamos nos resultaban divertidos. ¿Acaso no era cómico que a uno le dijeren "lava mi piel de abrigo, pero no la mojes"? (Naturalmente, esto ocurría en una época en que eran desconocidos otros procedimientos químicos de limpieza.) Sin embargo, con bastante frecuencia las frases dejaban un sabor residual, porque muchas de ellas nos resultaban detestables. A veces entraban en un extraño contraste con nuestros sentimientos, así como con los preceptos morales que nos impartían en el hogar y la escuela. Estaba, por ejemplo, la frase "Matar una gallina y no lastimarla". Como es lógico, nosotros los niños lo interpretábamos como que no se debía hacer daño sin necesidad a un animal. Sólo muchos años más tar-

de descubrimos cuál era el verdadero significado de la frase: que si uno desea alcanzar un objetivo no debe tener sentimientos exageradamente delicados. Los escrúpulos no deben detener a una persona que ambiciona el éxito.

Otra frase nos parecía aún más extraña. Se discutía sobre una persona que inspiraba la antipatía general, y alguien comentaba: "Si Dios lo quiere tanto, sería mejor que lo llevase a Su lado." Esto era completamente ininteligible. No había nada de extraño en el hecho del que Dios debiera llevar a Su lado a una persona a la que quería, ¿pero por qué se decía esto en un tono tan extraño? Mucho más tarde descubrimos que éste era un eufemismo para expresar el deseo de que esa persona muriese y rechazamos la frase, sobre todo porque era articulada en relación con "nuestro Señor".

También nos oponíamos enérgicamente a la frase: "Quien se hace bien a sí mismo se lo hace a los demás". Nos habían enseñado a no tratar de promover nuestros propios intereses sino los del prójimo, y a contener en favor de éste nuestros impulsos egoístas. Este proverbio recomendaba prácticamente lo contrario. Tardamos mucho tiempo en comprender la justificación psicológica de estas palabras. El estudio de la propia vida y de la vida de los demás demuestra que es imposible descuidar los intereses personales en grado excesivo para favorecer los de los otros. El tener demasiada consideración con los semejantes, la tendencia al autosacrificio, deben desembocar en un deseo desmedido de desquitarse de estos semejantes por tales privaciones y sacrificios que terminaron por ser demasiado agobiantes. Inconscientemente, uno dará entonces rienda suelta a sus impulsos malignos y vengativos.

Sin embargo, esta máxima no debe ser confundida de ningún modo con una declaración de sacro egoísmo. Se trata más bien del afloramiento de un egoísmo por reacción, de una advertencia surgida de la percepción interior y coincidente con los descubrimientos de la práctica psicoanalítica. Por ser la naturaleza humana lo que es -incluidos nosotros mismos- también debemos ser tolerantes con nuestros impulsos

egoístas, hasta cierto punto, en la medida en que no hagamos daño al prójimo.

El interés personal bien encarado también estaba comprendido en el consejo que oímos dar: "Uno no debe apartar a nadie de un empujón, sólo debe ponerlo gentilmente a un lado".

Prestábamos excepcional atención a los proverbios que se referían a la familia... La mayor parte de ellos también eran incomprensibles o contradecían nuestros sentimientos infantiles. Por ejemplo, de una pareja que reñía constantemente se decía: "En realidad, no disputan el uno con el otro; los que pelean son sus *dales*". La palabra judía *dales*, que oíamos con frecuencia, significa pobreza, indigencia; verdadera privación. La vida nos demostró más tarde qué papel importante desempeña en el origen de los conflictos conyugales una difícil situación económica.

Algunos refranes ponían en estrecho contacto la comida y la salud. Por ejemplo, se repetía: "Se pregunta a los enfermos, y a los sanos se les convida", lo que significa que a una persona sana se le da cualquier comida que haya, sin averiguar si la desea, en tanto que sólo a los enfermos se les pregunta si desean determinado plato. Nos intrigaba la frase: "Cuando un judío come pollo, el judío está enfermo o lo está el pollo". A veces comíamos pollo, aunque en muy pocas oportunidades, y nos lo servían aunque no estuviésemos enfermos y nos hallábamos convencidos de que nuestra madre no habría cocinado un pollo enfermo.

¿Qué significaba el proverbio: "Ni diez enemigos podrían infligirle a un hombre el daño que él se causa a sí mismo"?

Conocíamos el refrán: "*Koved* a la izquierda, dinero a la derecha". La palabra *Koved* significaba honor, aprecio, incluso admiración, y la frase implica que con frecuencia el homenaje rendido a una persona puede estar acompañado por la pobreza, o que es aconsejable no luchar con espíritu demasiado ambicioso por la estima, sino que es mejor buscar una vida confortable. (¡Con cuánta frecuencia recordé este refrán en los años que siguieron!)

A veces oíamos frases proverbiales sobre las mucamas -por ejemplo, que eran "enemigas a sueldo"- y nos quedábamos desconcertados porque ellas siempre nos parecían nuestras amigas. En relación con este tema se presentaba sorprendentemente la hipotética posibilidad de que Dios tuviera familia. Se decía: "Si la hermana de Dios fuera sirvienta, no sería mejor que ésta", lo que significaba que había que conservar la sirvienta que se tenía en ese momento, porque la siguiente no sería mejor.

En términos generales, era asombroso comprobar el extraño papel que Dios desempeñaba en estos refranes. A veces se oía la queja: "¡Dios no debería cargar sobre una persona todo el peso que El puede soportar!" Un refrán parecía confirmar la omnipotencia de Dios al afirmar: "Si Dios quisiera, una escoba podría hacer fuego". En realidad, la idea de que una escoba pudiese funcionar como un rifle era divertida. Después de todo no resultaba muy claro por qué Dios debía utilizar una escoba cuando podía, en Su omnipotencia, hacer que se disparase un rifle o un revólver. Por otro lado, había una frase que parecía expresar serias dudas respecto de la omnipotencia divina. Se asemejaba a un suspiro: "Está bien, lejos me ayudará, ¿pero quién me ayudará hasta que El lo haga?" ¿Quién si no El mismo debería prestar auxilio, mientras tanto, si esto resultaba necesario?

II

Al recordar estos proverbios y muchas otras frases que oí en mi temprana juventud, es fácil evocar la imagen de las personas que los empleaban. Muchos espectros amados -y también otros aborrecidos- surgen del pasado en sombras. Estos proverbios fueron pronunciados en muchas oportunidades por nuestros padres, parientes, amigos y relaciones, pero el que se llevaba el premio en la competencia, con mucha ventaja a su favor, era nuestro abuelo. Ahora debo relatar algunos hechos que se refieren a él.

En mi memoria sobrevive como un anciano muy alto, de cabellos blancos siempre cubiertos por un pequeño gorro, y con lentes por encima de los cuales nos miraba. Todavía lo veo con su bata anticuada, un poco desprolija, arrastrando los pies por nuestro departamento, pelliz-

cando con bastante frecuencia rapé de un estuche diminuto, negro, y hablando o gritando en la jerga judeo-alemana. Más tarde me contaron que era un talmudista conocido e incluso famoso. Yo mismo recuerdo que con frecuencia venían a visitarlo estudiosos y devotos judíos, para leer o discutir con él. Desde nuestras alcobas oíamos hasta horas avanzadas de la noche sus voces fuertes y excitadas que nadie se esforzaba por moderar.

Nuestro abuelo había pasado la mayor parte de su vida dedicado a los negocios y a los estudios sobre judaísmo en una aldea próxima a la frontera austro-húngara, donde todavía existía una especie de *ghetto*. Los niños habíamos pasado con frecuencia nuestras vacaciones allí (en Nagy-Martón, ahora llamada Mattersdorf, en Austria) y nos interrogábamos a menudo sobre las extrañas prácticas y costumbres de la pequeña comunidad judía. Nuestro abuelo nos inducía a participar en los ritos religiosos que apenas podíamos seguir defectuosamente, pero que nos impresionaban hasta lo más hondo de nuestro ser. La Pascua, el Año Nuevo, el Día del Perdón, el comienzo y el fin del Sábado, dejaron marcas indelebles en nuestras mentes. La antiquísima música coral, que oí en aquella época en la sinagoga, vuelve a veces a mi memoria, con gran sorpresa de mi parte.

Después de la muerte de su esposa, mi abuelo, ya anciano y débil, se encontró solo, sin medios suficientes de subsistencia. Se mudó a Viena para vivir con nosotros en nuestro departamento relativamente estrecho. Recuerdo muy bien el día de su llegada, por que lo primero que hizo nos conmovió bastante a los niños. Sobre el aparador había un busto de mármol que representaba no sé si a Júpiter o a Apolo. Su presencia debió trastornar a nuestro abuelo cuando recorrió por primera vez nuestros aposentos. Tomó una silla, se trepó a ella bastante torpemente, y con un martillo hizo saltar la nariz del busto. Como es lógico, este acto incomprensible tenía un motivo religioso: mi abuelo, que era fanáticamente devoto, no estaba dispuesto a aceptar bajo ningún pretexto la presencia de imágenes en las habitaciones donde él moraba,

puesto que estas imágenes estaban estrictamente prohibidas por los mandamientos judíos. ("No te harás imagen").

Esta actitud marcó el comienzo de una amarga lucha entre mi abuelo y mi padre, lucha que duró muchos años y sólo fue interrumpida por treguas más o menos prolongadas. Estallaban violentas discusiones sobre la religión, su objetivo y justificación, su actitud hacia la civilización moderna y el progreso. No había puente alguno que uniese una costa con la otra, que uniese el punto de vista de un prosélito temeroso de Dios con el de un agnóstico, una mentalidad medieval con otra moderna.

Pero el tema en debate no era sólo teórico. Se producían acaloradas disputas sobre el cumplimiento de las leyes dietéticas en la cocina, y mi abuelo insistía con obstinación en la rigidez ritual de las mismas. Como su yerno no estaba dispuesto a someterse a su dictadura, y como había una sola cocina, era extraordinariamente difícil mantener una estricta división entre lo *kosher* y lo *treif*. Era casi imposible impedir que los platos con carne entrasen en contacto con los que contenían leche, y ni siquiera la más ínfima de estas trasgresiones escapaba a la incesante vigilancia de mi abuelo. Cada descubrimiento de este tipo terminaba con una escena en la cual el anciano intentaba imponer su voluntad despótica sobre toda la familia.

Nuestro padre, sublevado por esta tiranía, pero compadecido a pesar de todo ante este hombre anciano y solitario, no podía renunciar a sus opiniones avanzadas. La que más sufría en el conflicto entre su padre y su esposo era mi madre. Sin embargo, ella no podía decidirse a enviar al anciano a un asilo. Los niños empezamos a detestar gradualmente a nuestro abuelo. No obstante lo cual subsisten recuerdos de nuestra más tierna infancia que demuestran que, a pesar de todo, lo queríamos y admirábamos, y que su afecto, que muchas veces se expresaba en forma torpe, debe haber encontrado un eco en nosotros.

No siempre los altercados entre nuestro abuelo y nuestro padre tomaban un cariz violento. De vez en cuando los dos hombres mantenían conversaciones pacíficas, hasta cordiales, y sé que algunas de las frases

cómicas o ingeniosas del viejo hacían reír de buena gana a mi padre. Pero en general las opiniones encontradas provocaban, demasiado pronto, una ruptura de las discusiones.

Cuando las cosas llegaban a este punto, era frecuente que mi padre se turbara y se negase a hablar con su suegro. En estas oportunidades los dos hombres que, después de todo, experimentaban la necesidad de expresar sus puntos de vista, vivían como dos extraños el uno junto al otro. Entonces nuestro abuelo permanecía en su cuarto durante la mayor parte del día, representando melancólicamente el papel del rey Lear. Aparentemente, su sentimiento de culpa y su deseo de reconciliación debían ser bastante intensos, porque siempre se las ingeniaba para hacer que mi padre, que era irritable, pero excepcionalmente bueno, empezase a hablar nuevamente. Recuerdo que durante uno de estos períodos de ruptura temporaria de relaciones diplomáticas, oímos por casualidad una serie de ruidos extraños en el cuarto del abuelo. Caminaba de un extremo al otro de la habitación y hablaba a solas, diciendo "ba, ba, ba, ba..." Mi padre y los niños entramos corriendo a la pieza, exclamando: -¿Qué sucede? ¿Que es lo que dices? -Nada -respondió él-, simplemente practico para no olvidarme por completo de cómo se habla. Nadie quiere conversar conmigo.

Todavía puedo ver la figura del anciano en la hora de la muerte de mi padre. Entró rezando en alta voz en la habitación donde yacía en su último sueño el hombre que era muchos años menor que él. De acuerdo con los ritos religiosos, mi abuelo empezó por cubrir el espejo y abrir las ventanas, para que el alma del muerto pudiese ascender al cielo. Después de este hecho pareció tornarse más callado y melancólico. Murió pocos años más tarde en medio de una manía de persecución poblada de delirios religiosos. Fue de labios de este abuelo tiránico, detestado y sin embargo también muy admirado, que oí muchos de estos proverbios judíos. Pasó mucho tiempo antes de que llegase a comprender su agudeza y encanto.

III

Frecuentemente, algo dicho al pasar reaparece después de muchos años como si fuera un eco demorado. Los refranes y modismos que los niños escuchamos hace mucho tiempo fueron rápidamente "olvidados". Se sumergieron en los recovecos del alma, de donde a veces emergen sorpresivamente. Los motivos que fuerzan a estas frases a volver a la superficie son tan misteriosos como las causas que determinaron su desaparición. Con frecuencia en la situación práctica no se discierne el lazo que establece esa relación. Nuestra memoria no nos recuerda que hayamos buscado esas frases. Afloran sencillamente por sí solas. El efecto ulterior de estos proverbios oídos en la infancia puede resultar más significativo que el efecto del momento, el eco puede ser más importante que el sonido original.

He aquí un ejemplo. Existe un conflicto entre los fuertes impulsos derivados de motivos biológicos y las fuerzas adversas provocadas por el desarrollo de la civilización y enfiladas a reprimir y desplazar esos impulsos. En este conflicto, los impulsos prohibidos se han provisto de un desahogo inconsciente. Bajo el efecto de las dos fuerzas opuestas se presenta una posibilidad de emisión y expresión identificable. Aquéllas engendran una manifestación de transacción, una admisión inconsciente de estos impulsos reprimidos. A esta tendencia emotiva que se abre paso por medio de tales actitudes de transacción la he designado como compulsión a confesar. Su carácter compulsivo se reveló, en su mayor parte, por el carácter instintivo de los impulsos originarios, reprimidos, y también por la intensa presión de la sensación de culpa que actuó sobre ellos. La lucha para dar expresión a los impulsos reprimidos ha conducido, bajo la influencia de determinados factores culturales, al desarrollo de una compulsión inconsciente a confesar que exhibe claramente todas las características de su origen y se presenta a sí misma como algo intermedio entre la ocultación y la expresión.

Algún tiempo después de haber hecho públicas mis experiencias y opiniones analíticas en la obra *Geständniszwang und Unbewusstes*

Strafbedürfnis, editada en 1926⁵⁰, recordé súbitamente una de esas frases frecuentemente empleadas por mi abuelo. Se la oíamos con frecuencia cuando mi padre, ofendido por algunos de los comentarios hechos por mi abuelo durante una de esas acaloradas discusiones, salía de la habitación. Entonces el anciano suspiraba profundamente y murmuraba: "Cuando estamos vivos, nos prohíben hablar. Cuando estamos muertos, no podemos hacerlo". Los niños nos reíamos disimuladamente, porque sólo entendíamos el significado literal de la frase, que nos parecía una perogrullada. No comprendíamos que de esta afirmación se desprendía el interrogante: ¿Y entonces, cuándo se puede hablar? ¿Cuándo gozamos de libertad para expresar nuestras opiniones?

Fue esta frase la que me animó a reconocer el desarrollo de mi teoría de la compulsión a confesar, cuyo carácter toma la forma de un compromiso debido a la cooperación y oposición de factores biológicos y culturales.

Lo que oímos en una época temprana resuena en nosotros mucho más tarde. Creo que no alcanza a sorprendernos suficientemente el que frases de la época de nuestra niñez retornen después de un largo intervalo, cuando de pronto repetimos expresiones oídas en una época que ha quedado muy atrás y con las que nunca volvimos a tener contacto, cuando vuelven a nuestra mente dichos desconocidos para nuestros pensamientos conscientes y proverbios que habíamos olvidado por completo y que habríamos buscado en vano hurgando en nuestra memoria. Es como si encontrásemos inesperadamente, después de mucho tiempo, a un amigo de la infancia. Es como si alguna otra persona pronunciase estas palabras cuando en realidad se trata del Ego, una parte de la personalidad que se ha segregado de nosotros.

Después de dormir durante muchos años en profundidades desconocidas, vuelven cada vez con mayor frecuencia a medida que envejecemos. Exigen que les prestemos atención y nos atengamos a ellos. ¿Cuál es su propósito? ¿Recordarnos nuestra niñez, a nuestros padres y

⁵⁰ Versión inglesa en *The Compulsion to Confess*, Nueva York, 1959.

abuelos que en una época los enunciaron? Son una advertencia de que vamos a internarnos por el sendero que recorrieron nuestros antepasados. Nos convocan hacia nuestros antepasados antes que nos reunamos con ellos.

VOCES AJENAS QUE SE REPITEN EN UNO

I

En el capítulo anterior se planteó el interrogante de por qué los proverbios escuchados en alguna oportunidad y olvidados hace ya mucho tiempo vuelven a aflorar. Nos sorprenden a menudo con su reaparición y a veces sentimos la tentación de hacerlos a un lado. Sin embargo, la mayoría de ellos son coherentes con el contexto en el que se presentan. Cuando resuenan sólo es necesario prestarles atención sin interferir y reconocerlo. (Recientemente un irlandés afirmó que su esposa tiene la última palabra incluso después del eco).

En esta misma forma reaparecen no sólo los proverbios, sino también los chistes y las frases graciosas o peculiares. Es como si llegasen a modo de mensajes enviados desde un territorio extranjero, pero no es extranjero sino sólo extraño. Forman una música de fondo para nuestros pensamientos. Es interesante analizar las oportunidades en que salen a luz. He aquí unos pocos casos. Durante una función teatral recordé súbitamente un chiste judío. En el escenario había estallado una intensa tormenta de granizo. Contemplando la escena volvió a mi memoria el cuento en que un judío le dice a otro que se ha asegurado contra incendio y granizo. Su interlocutor comenta: -Lo del incendio lo entiendo. ¿Pero cómo haces para provocar granizo?-. El significado está muy claro. Se trata de una alusión al propósito futuro de defraudar a la compañía de seguros prendiendo fuego a la casa para poder cobrar el dinero de la póliza. ¿Pero cómo se puede seguir este procedimiento en el caso de los daños producidos por el granizo? La reaparición de este chiste en mi mente se debió a la curiosidad que me causó el procedimiento técnico empleado para producir granizo sobre el escenario. Naturalmente, detrás de mi asombro debía haber una forma de descrei-

miento burlón, una negativa a aceptar la ilusión creada por el director de escena. El tipo de asociación de ideas que despertó el recuerdo del chiste en este caso resulta muy claro.

He aquí el ejemplo de un proverbio en el que no había pensado durante muchos años y que recordé súbitamente durante una sesión de psicoanálisis. Hacía varios años que escuchaba a un paciente neurótico que me describía durante muchas horas la vergüenza que le inspiraba su familia. Me explicaba que desde su infancia lo abochornaba que sus parientes, inmigrantes rusos, no pudiesen hablar correctamente el inglés y siguiesen siendo judíos ortodoxos que observaban todas las festividades religiosas. Más tarde se cambió el apellido porque éste sonaba a judío. El mismo paciente se quejaba de que había tenido mala suerte en su profesión, de que su matrimonio había sido un fracaso y que sus amigos lo habían abandonado en una situación crítica. Mientras lo escuchaba, la siguiente frase cruzó por mi memoria, aparentemente sin un origen identificable:

*Wer sich schämt von seiner Mischpoche
Auf dem ist ka broche.*

Mischpoche es la palabra hebrea que significa familia y *broche* significa bendición. En consecuencia, el proverbio podría traducirse así: Aquel que se avergüenza de su familia, será infortunado. El refrán relaciona -en un sentido religioso o metafísico- el infortunio con el bochorno por la propia familia. La frase tiene un correcto sentido psicológico: uno puede elegir a sus amigos o a su cónyuge, pero no puede escoger a los padres o antepasados. Hay que aceptarlos con sus virtudes y sus defectos y es imposible librarse de ellos. Una sensación permanente de vergüenza por ellos debe desembocar necesariamente en ciertas consecuencias caracterológicas desfavorables: la persona no se aceptará a sí misma, porque nuestros padres continúan viviendo en nosotros, están introyectados en nosotros y forman parte de nuestra personalidad. Consecuentemente se produce una especie de huida de uno mismo. Esto se liga con la resultante sensación inconsciente de culpa que conduce a la persona a estropear sus propias oportunidades en la vida, a sabotearse a

sí misma y a organizar inconscientemente su propia mala suerte. Estas impresiones deben haber cruzado por mi mente mientras escuchaba al paciente y hallaron su cristalización en el afloramiento de ese proverbio olvidado durante mucho tiempo.

Otro refrán me sorprendió cuando lo recordé súbitamente durante una consulta. Se trataba de un paciente al que había visto varios meses atrás y que yo había enviado a uno de mis discípulos para un tratamiento psicoanalítico. Volvió para una consulta en el curso de la cual se quejó de que su psicoanalista tenía una actitud indiferente; casi nunca le daba aliento y no lo ayudaba a resolver los graves conflictos en los que se veía envuelto. En determinado momento volvieron a mi memoria dos versos que no recordaba desde hacía mucho tiempo:

*Einem Stein soll man's klagen,
Nur nicht bei sick soll man's tragen!*

Yo debía haber oído este refrán en mi niñez. Su significado, en traducción libre, es:

Será mejor que transmitas tus cuitas a una piedra
Antes que encerrarlas en ti mismo.

En el caso en cuestión esto quería decir: es mejor tener este psicoterapeuta silencioso y aparentemente insensible que hacer frente solo a los problemas emocionales, sin confiar en nadie. A pesar de las quejas debo haber observado en el paciente alguna mejoría que atribuyó al efecto liberador, catártico, del tratamiento.

He aquí, para variar, un chiste judío que recordé durante una sesión de psicoanálisis. El paciente acababa de describirme una actitud que en seguida me intrigó: en la noche de la jornada durante la cual había sido enterrada su esposa, se sintió súbitamente invadido por una ola de deseo sexual y visitó a una prostituta. Al llegar a este punto pensé en un cuento judío. No encuentran por ninguna parte al esposo de una mujer cuyo funeral está a punto de comenzar. Finalmente, su cuñado lo halla en la habitación de la mucama, con la que acababa de tener relaciones

sexuales. Desbordante de cólera e indignación, el cuñado lo apostrofa por su conducta. El viudo se defiende con estas palabras: -¿Acaso sé qué es lo que hago en medio de tanta pena?- No hay duda de que el recuerdo entre serio y jocoso del cuento judío volvió a mí como una especie de interpretación psicológica para la conducta del paciente.

II

Todos los ejemplos anteriores se explican como consecuencia de un curso de ideas que acompañaba a mis reflexiones conscientes mientras escuchaba a mis pacientes. Los recuerdos de los refranes y chistes judíos en los que no había pensado durante mucho tiempo constituían, por así decir, comentarios ocasionales sobre la historia de la persona que me relataba sus experiencias. Nuestros conocimientos sobre las leyes que rigen las asociaciones de ideas bastan para explicar la aparición de estos proverbios y cuentos parcialmente olvidados. Estos casos no tienen nada de misterioso. Las oportunidades en que ocurrieron, su relación con el tema en discusión y su significado ofrecen información psicológica suficiente para explicar su afloramiento. El fenómeno no es muy distinto de la situación en la cual recuerdo súbitamente que he dejado en tal o cual lugar un libro que echo de menos desde hace algún tiempo.

Ahora enfocaremos desde otro punto de vista los casos de afloramiento sorpresivo. Lo que nos intriga no es la oportunidad de la reaparición, sino la fuente originaria de donde procede el cuento o el chiste. En el capítulo anterior dije que muchos de esos proverbios o refranes se los oí a mi abuelo o a otros parientes. Sin embargo, en algunos casos el origen de las frases o chanzas recordadas permanece sumido en el misterio. A veces es fácil responder al interrogante de por qué reaparecen en determinado momento, pero ¿de dónde provienen, dónde y de labios de quién los oímos por primera vez?

Mientras escribía sobre los chistes en los cuales los judíos se burlan de sus propios vicios, con gran sorpresa de mi parte pensé en una frase que, a pesar de estar incompleta, tenía relación con ese tema. Había un

nombre de un lugar o una ciudad que se me escapaba, pero la continuación de la frase era una pregunta: "...¿No es ésa la ciudad donde han *gueganvet* (en *ídish*, robado) una locomotora?" Sólo lograba recordar que debía haber oído decir esto cuando era una criatura pequeña y que más tarde volví a pensar en la frase. Traté de establecer quién había dicho esto, y a quién se lo había dicho. Lo único que puedo recordar es que sucedió en alguna calle de Viena, y me veo como un niño que está cerca del hombre que hizo la pregunta en su conversación con otro hombre. La reconstrucción que intenté nunca pasó de este punto, pero sé que ninguno de los dos hombres era mi padre o mi abuelo. Se trataba acaso de otro pariente que me había sacado a pasear. No sé por qué, pero tengo la impresión de que la pregunta hizo reír al otro adulto. Parece que yo tomé en serio la historia de que los judíos de P. habían robado una locomotora. Quizá desde mi punto de vista, la risa era una reacción inadecuada.

Ahora comprendo, como es lógico, que la grotesca historia de que los judíos de P. habían robado una locomotora era una alusión descabelladamente exagerada a la deshonestidad de los judíos de esa ciudad, pero estoy casi seguro de que el aspecto moral del cuento careció de interés para mí cuando era niño. Yo escuchaba como si se tratase de una noticia interesante.

Hemos comparado esos otros casos de resurrección de chistes y proverbios olvidados con la situación en que una persona que ha olvidado dónde colocó un objeto determinado -por ejemplo un libro- recuerda súbitamente el lugar. El caso que acabo de exponer es muy distinto: sólo después de haber percibido esa frase en mi oído interior, recordé que debía haberla escuchado en cierta oportunidad, hacía casi setenta años. Para continuar con el símil empleado, es como si encontrásemos un objeto, un libro, por ejemplo, que nunca hubiésemos imaginado poseer. Voy a dar un ejemplo aclaratorio de este género, también relacionado con la literatura. Yo quería citar unas líneas de *Gyges und sein Ring*, la obra de Friedrich Hebbel, pero no sabía con certeza si conservaba fielmente el texto en mi memoria. Tomé de mi biblioteca ese

volumen de las obras de Hebbel, y busqué el pasaje. Hacía muchos años que no leía la tragedia, pero sabía que se trataba de palabras pronunciadas por Kandaules, rey de la antigua Lidia. Mientras buscaba este pasaje, y al volver las hojas del libro, descubrí, con gran sorpresa de mi parte, una orden de pago a mi nombre, que nunca había cobrado, y que databa de casi veinte años atrás. Lo que es más, durante todo ese lapso nunca la había recordado y no reconocí el nombre del remitente. Sencillamente no sabía que esta orden de pago existía y que estaba en mi poder. Este caso es psicológicamente muy distinto del otro en el cual uno coloca un objeto fuera de su lugar y no recuerda luego dónde lo puso.

En el caso de la historia de la locomotora la oportunidad en que afloró es obvia. Yo acababa de escribir el capítulo sobre los chistes relativos a las malas acciones de los judíos (incluido en esta obra). También es conocido el eslabón de enlace entre las ideas, ¿pero quiénes son los dos interlocutores que participan en la conversación? ¿Y cuál era el significado que tenía esa frase, que se había sumergido en el olvido durante setenta años quizá, para mí, que era entonces un niño de cuatro años? Hasta ahora nos interesamos por la naturaleza del proceso mental por cuyo intermedio estos recuerdos son revividos, pero casi no prestamos atención al aspecto emocional de este reafloramiento. Sin embargo, debe haber algunas tendencias emocionales que los ayudan a atravesar el umbral del inconsciente y quizá estos factores determinantes tienen más importancia para la comprensión de su reaparición que las leyes de la asociación de ideas. Pronto volveremos a este tema.

III

En una carta fechada el 3 de mayo de 1819, John Keats escribió lo siguiente a Fanny George y Georgiana Keats: "Nunca nada se torna real mientras no ha sido experimentado... incluso un proverbio no es tal para una persona hasta que su vida se lo ha ilustrado". A veces nuestros padres citaban un refrán judío: "El amor de los padres se vuelve hacia sus hijos; el amor de estos hijos se vuelve hacia sus hijos". Únicamente la primera parte de la frase tenía sentido para nosotros, cuando niños. La

noción de tener hijos propios nos resultaba inconmensurablemente nebulosa. Sólo después que nos convertimos a nuestra vez en padres y abuelos, pudimos comprender cuán cierto y profundo era ese proverbio.

En *The Secret Self* describí detalladamente una escena que presenta un ejemplo nítido de una experiencia de este tipo, en la cual un proverbio cobró vida para mí. Los refranes que el escritor francés Joubert llamó en una oportunidad "compendios de sabiduría", no son productos del esfuerzo intelectual, sino experiencias jocosas o melancólicas acumuladas a lo largo de las generaciones, y sólo se puede obtener una profunda comprensión de su significado gracias a la experiencia vivida por una persona que no sólo constata la veracidad del proverbio, sino que además se sorprende ante su penetración y franqueza.

La quintaesencia de esa escena consistía en que una noche me sentí menospreciado y ofendido por mis hijas, que entonces eran adolescentes, y no pude conciliar el sueño, meditando sobre este problema. Y de pronto me descubrí murmurando: "*Kleine Kinder, kleine Sorgen... grosse Kinder, grosse Sorgen*" ("Niños pequeños, penas pequeñas... niños grandes, penas grandes"). Lo que acababa de leer me tomó de sorpresa. ¿Había sido yo quien había pensado en eso o había sido otra voz? De pronto se me presentó la imagen vívida de mi padre, visto como en el centro de una ilustración rembrandtesca. Debe haber habido otras personas en los lindes de esta escena, quizá una tía mía a la que mi padre le estaba hablando. Indudablemente yo estaba allí. Mi padre debía haberse quejado de mí (yo tenía entonces la misma edad de mi hija menor en el momento de la experiencia). Había una referencia directa al niño, yo mismo, que había causado pena a su padre y lo había desilusionado. La imagen no duró más que un momento, pero yo oí claramente la voz que resonaba en mí.

Fue un instante de revelación personal. El tumulto emocional agudamente percibido se había revelado súbitamente, y su lugar fue ocupado por esa imagen visual y esa voz. Era indudablemente la voz de mi padre la que había dicho: "*Kleine Kinder, kleine Sorgen... grosse Kinder, grosse Sorgen*". Incluso reconocí el timbre de su voz y su pronun-

ciación ligeramente vienesa. Sin embargo, sabía que era yo quien había murmurado esta frase significativa que contenía la esencia de lo sucedido con mis propias hijas.

Durante un momento se produjo la resurrección del pasado y la voz de mi padre fue la que brotó en mí. ¿Nuestros padres siguen viviendo a través de nosotros y dentro de nosotros mucho después de haber muerto? La persona tiene alguna dimensión profunda de la que no tenemos conciencia y en la cual habita el pasado inmortal, y junto con éste las personalidades de aquellos que motivaron nuestro carácter.

Transcurrieron más de diez años desde aquella oportunidad en que me oí pronunciar ese proverbio judío. La desvinculación emocional que marca el proceso de envejecimiento ha barrido con muchas experiencias, pero todavía sé que aquella hora me ayudó en un desarrollo hacia la identidad personal. "*Nous mourons tous inconnues*", comentó Balzac en una oportunidad. En realidad todos morimos como seres desconocidos, desconocidos incluso para nosotros mismos, pero a través de la oscuridad cruzan chispazos de autocomprensión como el que me alumbró en el instante en que resurgió el proverbio olvidado.

IV

Ahora me gustaría volver al comentario jocoso sobre el robo de la locomotora que escuché en mi primera infancia, pero solo podría arribar a ello dando un rodeo.

Alexander Moszkowski trató de definir un día el chiste judío:

*Ein judischer Witz
Mit judischem Akzent:
Was ein Goy nicht versteht
Und ein Jud Immer schon kennt.*

Un chiste judío
Con acento judío
Que un *goy* no entiende,
y un judío siempre conoce ya.

Desde este enfoque la pregunta sobre el lugar donde la gente había *gueganvet* una locomotora no es un chiste judío, sino un comentario jocoso supuestamente encaminado a solicitar información.

Para que el carácter de esta historia aparezca en un foco más nítido, uno debe imaginar al judío que hace la desconcertante pregunta. El y todos los otros judíos que cuentan chistes no se limitan a contarlos, sino que además los interpretan. Representan un monodrama en el que hacen el papel del *schnorrer* y del banquero rico, del estudioso del Talmud y sus huéspedes, del casamentero y del joven o la muchacha en cuestión, y siempre así. No deberíamos hablar de los relatores de cuentos judíos, sino más exactamente de sus actores.

¿Cuál es el proceso psicológico que se desarrolla en este actor que, parafraseando a Shakespeare, "representa muchos papeles a un tiempo"? ¿Se trata simplemente de una identificación con los diversos personajes que aparecen en su relato? ¿Renuncia a su identidad y asume en cambio alguna otra?

Yvette Guilbert, la famosa *diseuse* francesa, le comunicó a Freud - quien no sólo era uno de sus admiradores, sino que además fue su amigo durante muchos años- que planeaba escribir un libro en el que deseaba explicar los secretos de su actuación dramática. Madame Guilbert pensaba que su técnica consistía en eliminar su propia personalidad y en reemplazarla por el personaje que representaba.

En su carta de respuesta⁵¹, Freud dice saber poco sobre este proceso, por lo que sólo puede hacer unas pocas sugerencias. Este concepto del mecanismo psicológico del actor había sido proclamado en forma casi universal, pero nunca lo había satisfecho totalmente. La idea "de la obliteración de la personalidad propia y su reemplazo por otra imaginaria" brinda muy poca información acerca del proceso y no explica por qué un actor logra este objetivo con mucho más éxito que otro. Freud sospecha en cambio que aquí interviene un elemento del mecanismo opuesto: no se trata de que la propia personalidad quede obliterada,

sino de que "partes de ella -deseos reprimidos y rasgos que no han tenido oportunidad de desarrollarse- son empleadas para representar al personaje escogido. Esta parte oculta de la propia personalidad encuentra expresión en la representación dramática y le da el sello de la veracidad realista".

En otra carta⁵² al esposo de Ivette Guilbert, el doctor Max Schiller, Freud defiende su teoría. Se refiere esta vez al gran artista Charlie Chaplin, a quien admiraba. Chaplin siempre representa el mismo papel, el tipo pobre, débil, torpe. "Pues bien -comenta Freud-, ¿cree usted que él debe olvidar su propia personalidad para interpretar este papel?" No, no hace más que representarse a sí mismo, concretamente a la personalidad de su amarga juventud; Chaplin descubre las huellas de esa época, sus humillaciones y privaciones. En consecuencia, Freud sostiene que los éxitos de un artista están condicionados internamente.

Se podría encontrar un argumento contra esta teoría en el hecho de que Madame Guilbert interpretaba con igual maestría toda clase de tipos, santas y pecadoras, coquetas y amas de casa, delincuentes y apaches, etc., pero Freud responde que esto no hace más que probar que la actriz tenía una vida psíquica excepcionalmente rica y adaptable y se inclina a remontar los orígenes de todo su repertorio a experiencias y conflictos de sus primeros años.

Naturalmente, esta incipiente teoría (Freud se refiere en este contexto a su ensayo sobre Leonardo da Vinci) está incompleta, y debería ser ahondada; pero lo que se dice en estas cartas es suficiente para arrojar luz sobre la naturaleza del relator, o con mayor precisión, el actor de los chistes judíos, quien representa varios papeles mientras los cuenta. Sin duda alguna, su interpretación y su relato también están determinados por sus propias impresiones, vicisitudes, represiones y desilusiones infantiles, pero yo me inclino a ir mas allá de este punto de la teoría de Freud, enfilando hacia dos nuevas direcciones. Yo afirmaría que en esta representación de personajes distintos, del *schnorrer* y el

⁵¹ *Letters of Sigmund Freud*, Nueva York, 1960, pág. 404.

banquero, del rabino y la viuda pobre, no sólo actualiza experiencias de su propia primera infancia, sino también las vicisitudes de las personas que lo rodeaban y que él incorporó o asimiló en sí mismo. Más aun, me atrevería a pensar que en los personajes que describe en sus cuentos, y que retrata vívidamente en sus gesticulaciones, modulaciones, locuciones y expresiones del rostro, otorga vida a muchas potencialidades, a diversas alternativas que no tuvieron existencia real, a posibles actitudes y actos que no fueron concretados, pero que podrían haberlo sido. Muchas de estas actitudes y actos fueron desmentidos o reprimidos, sumergidos en el olvido. No titubearía en formular la teoría de que el relator o actor, al interpretar estos múltiples papeles, revive las aventuras de sus antepasados entre los cuales hubo indudablemente *schnorrers* y rabinos, estudiosos del Talmud y también delincuentes, etc. Pero entramos en un territorio muy vasto y al llegar a este punto debo detenerme.

Hay otro aspecto de la representación de múltiples personajes por el relator de chistes judíos que por lo menos debemos mencionar. Su relato o interpretación es en la mayoría de los casos muy realista, pero a veces no se puede negar la existencia de una burla subyacente. Si mi teoría es correcta, este hecho tendría características de autocaricatura. Sin embargo, este es un problema delicado que merece ser tratado aparte.

Y ahora tenemos allanado ya el camino de retorno a la investigación psicológica de la historia de la locomotora robada. Hemos dicho que el niño tomó en un sentido literal el absurdo relato y creyó que los judíos de ese lugar habían robado efectivamente una máquina. Lo que es más, admiró quizá a los ladrones y se identificó con ellos. Esto significa que probablemente deseó estar en el lugar de ellos y poder robar una locomotora. A la criatura no se le ocurrió preguntarse por qué y con qué fin los judíos habrían podido apoderarse de la máquina. Es significativo el hecho de que en ningún momento haya pensado qué haría el ladrón con la locomotora. Así, retrospectivamente, aventuraré una hipótesis de

⁵² *Ibid.*, pág. 905.

la causa por la que nunca me pregunté eso entonces, cuando no había cumplido aún los cuatro años.

Al igual que muchos otros niños de esta edad, yo deseaba apasionadamente ser maquinista. No conservo ningún recuerdo consciente de este deseo. ¿Hay alguna prueba circunstancial de su existencia y su efecto psicológico? Hay dos hechos cuya interpretación psicoanalítica permitiría llegar a una conclusión razonable. Mi padre era funcionario de la empresa ferroviaria austriaca y todavía recuerdo que yo solía relacionar mentalmente en forma íntima este cargo con los trenes. Aproximadamente en esa época obtuvo mi hermano, veinte años mayor que yo, un empleo en una dependencia de una línea ferroviaria, y yo escuchaba sus relatos sobre este tema con el interés y la admiración propios de un hermano menor.

El segundo hecho que podría aprovecharse como prueba circunstancial psicológica fue la oportunidad en que la frase olvidada sobre la locomotora robada reapareció en mi memoria. Esto sucedió mientras leía la novela de Zola, *La bestia humana*. En la escena final de esta novela, una locomotora sin gobierno avanza a toda marcha, atravesando velozmente la campiña "como una bestia salvaje enloquecida, con la cabeza gacha", desplazándose hacia la catástrofe. Mientras leía la descripción de la épica escena, experimenté por una fracción de segundo la emoción que siente un niño cuando se identifica con la poderosa máquina en movimiento.

El resultado de la interpretación analítica del significado que tuvo para mí cuando niño esta descabellada pregunta, consiste en que yo deseé robar una locomotora, para hacer lo que se suponía que habían hecho los judíos de esa ciudad. El robo no me inspiraba asombro, y mi deseo no estaba acompañado por escrúpulo moral alguno.

V

Durante esa misma tarde volvió dos veces a mi memoria un proverbio que había escuchado con frecuencia cuando niño. La primera vez, ocurrió esto mientras escuchaba a un paciente en una sesión psicoanalítica. Quejábase amargamente de varias circunstancias externas, como

por ejemplo su situación financiera, el carácter de las mujeres con las que debía tratar y cosas por el estilo, a las que hacía responsables de sus fracasos. Terminó sus lamentaciones con las frases: "Bien, éste es el destino del hombre blanco. ¡Vaya uno a protestar al gobierno!"

Sentí deseos de contradecir, no su afirmación implícita de que es inútil discutir con la autoridad, sino su opinión de que estos diversos factores externos eran los responsables de su infortunio. Sentí deseos de recordarle hasta qué punto él mismo contribuía inconscientemente a sus fracasos y pensé en algunos rasgos de personalidad que influían en este caso y que no podían ser reformados. Naturalmente me abstuve de expresar esta opinión, pero cuando él dijo "¡Vaya uno a protestar al gobierno!", esta vieja frase, que había escuchado cuando niño y que estaba olvidada desde hacía mucho tiempo, volvió a mi mente. Cuando era pequeño, a veces me quejaba injustamente por algo, y mi abuelo exclamaba "*Schlag' dich mit Gott herum!*" ("¡Ve a reñir con Dios!") He aquí un contraste entre el gobierno y la divinidad. Ambos tienen en común el hecho de que es en vano tratar de modificar su voluntad, pero el contraste reside en que Dios es la máxima instancia cuya voluntad debe ser aceptada.

Pocas horas más tarde escuché por radio una interpretación de la opereta de Johann Strauss, *Die Fledermaus* ("El Murciélago"). El aria

Glücklich ist, wer vergisst

Was nicht mehr zu ändern ist

Afortunado aquél que sabe olvidar

Lo que ya no puede cambiar,

me siguió acompañada por la reiteración de la frase "*Schlag dich Mit Gott herum*". Naturalmente, el sentido de la frase es el mismo que el del aria, o sea que el resultado final de la faena humana ha de ser la resignación.

CAPITULO III

EN BUSCA DE CARACTERISTICAS

INTRODUCCION

La segunda parte de este libro presentaba una tipología de chistes judíos manifiestamente incompleta. Lo que debe seguir a continuación es un estudio de sus rasgos característicos, de las peculiaridades manifiestas y latentes que los distinguen de los chistes de otros grupos. Que yo sepa, hasta ahora no se ha intentado tal presentación sistemática. La mejor caracterización del humorismo judío está contenida en los comentarios que hizo Freud en el análisis de su técnica y sus relaciones con lo inconsciente. Recientemente, Ernst Simon destiló la esencia de dichas observaciones de Freud y pudo definir ciertas peculiaridades psicológicas comunes a los chistes judíos. Volveremos más adelante al valioso ensayo de Simon en nuestra reseña sobre la literatura psicológica que se ocupa de este tema.

Las caracterizaciones ocasionales del humorismo judío realizadas después del trabajo de Freud no abren nuevos horizontes y pueden ser desechadas en este trabajo. La única excepción destacada es el artículo de Martín Grotjahn sobre su carácter masoquista, que discutiremos luego.

¿Es posible descubrir otro rasgo característico del humorismo judío, que hasta ahora haya pasado inadvertido o no haya sido psicológicamente evaluado? Alguien dijo que la madre de los inventos es la disconformidad con el "statu quo". Esta es también la fuente de nuevos descubrimientos psicológicos, como, por ejemplo, los que se refieren a características inadvertidas de las peculiaridades judías. Descontentos de los resultados obtenidos hasta ahora por la investigación psicológica, buscaremos características aún no identificadas. No se emprende esta tarea por la búsqueda en sí, sino para que allane el camino y facilite la aproximación a la médula de esta obra, o sea las nuevas revelaciones sobre la psicología y psicopatología del humorismo judío.

Los capítulos siguientes enfocan una cantidad de características distintivas prevaecientes que, de acuerdo con mis conocimientos, no han sido develadas hasta el momento.

LA INTIMIDAD EN EL HUMORISMO JUDIO

Me produce una gran satisfacción que Freud haya valorado una obrita titulada *Nachdenkliche Heiterkeit*⁵³ (publicada en 1933, no traducida al inglés), como un valioso complemento para sus teorías sobre el humorismo. No sólo una carta que me escribó⁵⁴, sino también una conversación que recuerdo vívidamente, probaron que Freud había hallado en este pequeño volumen algunas ideas originales que prolongaban y complementaban sus propios conceptos.

En un capítulo anterior de este libro se analiza extensamente la reveladora historia del judío que exclama "¡Azoy!" Nos enteramos de que Arthur Schnitzler, al referirse a este cuento, encontraba su esencia en la falta de respeto que impregna los contactos sociales entre judíos. La anécdota demuestra efectivamente que al descubrirse que la otra persona también es judía, uno no necesita "esmerarse" y puede echar por la borda todas las convenciones y explayarse. Es muy posible que esta historia describa los contactos de los judíos entre sí, ¿pero es lo bastante representativa como para reflejar el carácter general del humorismo judío como noción específica? Uno se inclina a negar que en este cuento en particular haya alguna característica representativa. Según parece, el cuento ejemplifica un grupo de chistes judíos, que ilustra las relaciones dentro de la comunidad judía, pero hay muchas humoradas judías que se ocupan de otros temas; tal es el caso de los cuentos que enfocan las relaciones con otros sectores o los que presentan y con frecuencia denuncian peculiaridades de la vida religiosa y profesional de los judíos. Una investigación que se oriente a determinar las características psicológicas del humorismo judío, se esforzará por reconocer los rasgos particulares que sean válidos para todos los grupos de chistes, o que por lo menos se repitan en la investigación del mayor número posible de ejemplos.

⁵³ *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*, Viena.

⁵⁴ Publicada en *The Search Within*, Nueva York, 1956, pág. 651.

Yo me inclino a aprovechar el contenido latente de esta historia ("¡Azoy!") en una forma que excede el significado de este ejemplo particular. A mi juicio, este chiste, tomado al azar, contiene en su médula uno de los rasgos distintivos más significativos; me refiero a una categoría de intimidad que es común a todos los tipos de chistes judíos. Es cierto que la noción de intimidad es ambigua y nuestra tarea consiste en definir lo que significa aquí. Cuando se habla de intimidad, refiérese uno por lo general a la proximidad y el calor humano de una relación. Pero esta cualidad también existe, por ejemplo, entre el creyente y su padre confesor, entre el paciente y su psicoanalista, a veces incluso entre el alumno y su maestro. No, ésta no es la intimidad a la que nos referimos y que desearíamos definir como una peculiaridad del humorismo judío.

Al personaje de Schnitzler le oímos decir que el tipo especial de intimidad propio del contacto social entre judíos excluye el sentimiento de respeto. No debemos rendirnos incondicionalmente ante este punto de vista, pero admitiremos que esta afirmación es el resultado de una observación exacta. La relación íntima entre el creyente y el sacerdote, entre el alumno y el maestro, incluye cierta dosis de respeto. Más aun, diríase que es casi imposible imaginarla sin ella. La intimidad que se atribuye al humorismo judío es decididamente de otra índole.

Ahora, si tratamos de hallar en el chiste judío el sello del pensamiento democrático, no hay duda de que podremos reunir muchos ejemplos, pero este carácter general no es el rasgo distintivo y decisivo que identifica los chistes judíos. El humorismo de los norteamericanos también es democrático en su ambiente y su carácter, pero nadie diría que es precisamente esta forma de pensar democrática lo que constituye su rasgo esencial, descollante.

Quizá nos acercaremos más a la naturaleza de esta intimidad cuando la comparemos con el género de confianza y cordialidad que existe entre los miembros de una familia. Se ha observado con frecuencia el sentimiento de comunidad y de cohesión entre los miembros de una familia judía. ¿Es esta atmósfera de familiaridad, esta percepción del origen común y de la identidad de destino lo que otorga su sello distintivo al

humorismo judío? Tenemos la impresión de que en esta sugerencia hay algo de correcto, pero estamos dispuestos a hacer frente a las objeciones que habrán de formularse contra ella.

El humorismo judío se caracteriza por una burla despiadada de las debilidades, defectos y fallas de los judíos. A veces parece apuntar especialmente a la revelación de sus facetas más débiles, a la indagación de todas las imperfecciones de su carácter. ¿En qué familia tratará una persona incesantemente de someter a las otras a una crítica cruel y hará grandes esfuerzos para rebajar a los seres más próximos y queridos? Es cierto que la variedad y la complicación de los lazos familiares hacen posible que de vez en cuando se produzcan casos semejantes, pero coincidiremos en que éstos no representan las manifestaciones comunes de la vida familiar. Ya habíamos pensado que podría definirse el carácter de la intimidad en el humorismo judío como producto de la atmósfera familiar, pero el factor de agresión persistente que le es propio hace que esta suposición se torne muy dudosa.

Sólo subsiste la posibilidad de buscar las características de esta intimidad precisamente donde está más conspicuamente desubicada, porque es evidente que se trata de una circunstancia paradójica: nos referimos al área de la agresividad. Freud ha hecho hincapié en que hay pocas personas que se ridiculicen a sí mismas en una forma tan intolerante y despiadada como suelen hacerlo los judíos. Lo que llama la atención es este tipo de burla dirigida al propio pueblo. Se trata de una exhibición de defectos y fallas asociada con cierto orgullo "familiar". Nos asombrará que esta agresión pueda conjugar la crítica permanente y cruel con un inconfundible afecto hacia el objeto vapuleado, hasta el punto de formar una expresión única. Este tipo de agresión es doloroso. Sin embargo, no afloja los lazos de unión con la otra persona y no debilita la sensación de comunidad. Incluso reconoce la existencia de estos lazos por la misma naturaleza del ataque y la caricatura.

Sería mejor no discutir este problema en abstracto, sino someterlo a prueba por medio de una selección de chistes de este género. El primer ejemplo de una humorada que representa a este grupo es una anécdota

de dos periodistas que conocí. Egon Erwin Kisch, que se ha trasladado hace algunos años de su anterior domicilio en Viena a otro en Berlín, se encuentra con su amigo Anton Kuh, quien ha llegado a Berlín hace muy poco tiempo. Los dos periodistas discuten la posibilidad de concertar una cita en breve. Egon Erwin Kisch dice:

-Espera un momento; el jueves tengo un compromiso, el viernes hay una reunión de editores en la oficina, ¿quizá el *Sonnabend*?...

-¿*Sonnabend*? -lo interrumpe sorprendido Anton Kuh-, ¿*Sonnabend*? Yo te conozco cuando ni siquiera lo llamabas sábado...

En Alemania, la gente solía denominar al sábado *Sonnabend*, vocablo que los oídos austriacos encontraban afectado. En Viena, donde ambos periodistas habían vivido durante muchos años, solía llamarse al sábado Samstag. Naturalmente, el comentario mordaz de Anton Kuh zahería la asimilación demasiado rápida y artificial de Kisch a la capital berlinesa y a sus modismos, y lo logró en forma efectiva al escoger este modismo idiomático para utilizarlo como proyectil. La observación lingüística de Kuh significaba, en realidad: "Amigo mío, en el lugar de donde ambos venimos ese día de la semana tenía un nombre más próximo a su origen hebreo. No pretendas pasar por nativo de Berlín, tú, nacido y criado en Rusia". No hay duda de que la intención agresiva, la tendencia a desenmascarar y humillar al amigo, están presentes en la frase; a pesar de ello no aspira ésta a alejar al interlocutor sino, aunque parezca extraño, desea acercarlo más íntimamente a su crítico.

Nos aproximamos así al meollo de esta interioridad cuyo carácter tratábamos de definir. Sin embargo, no podemos captar su peculiaridad. En la anécdota queda claramente expuesto que la expresión sarcástica no implica hostilidad y rechazo, sino confianza e intimidad. Más aun: si podemos confiar en nuestra impresión, es esta familiaridad precisamente la que da el coraje para criticar, para atacar. ¿Pero qué significa esto? ¿La intimidad como premisa de la agresión? Esto es psicológicamente difícil de asimilar. La vaga comprensión que parecía aflorar a la superficie amenaza con sumergirse nuevamente.

Cuando se explora el tipo de intimidad que se desprende del humorismo judío, cabe pensar en primer término en los chistes con determinada tendencia. El humor inofensivo no prospera entre los judíos. En los chistes eróticos que deben ser estudiados aquí junto a los agresivos, también hallamos, como es lógico, esta intimidad. Sin embargo, existe una notable diferencia psicológica: en los chistes sexuales la intimidad es una consecuencia natural del contenido y el carácter de la humorada, y en los chistes agresivos está contrapuesta a este contenido y carácter. En el primer grupo, la intimidad concuerda con la dirección del impulso sexual que procura aproximar el objeto; en el segundo grupo la intimidad entra en oposición con la dirección del impulso.

El ataque, así como la crítica vehemente, aspira a eliminar el objeto. Sin embargo, en el humorismo judío la agresión no provoca alejamiento sino que pone fin al mismo, lo cancela. En este grupo de chistes no se tolerará la melancolía de la distancia. Sí, el humorismo judío obtiene sus mejores efectos por la forma en que son salvadas las diferencias sociales o religiosas u otras distancias. Nuevamente estamos enfrentados con una situación paradójica: la proximidad humana no es sólo una premisa de este tipo de chiste, sino que su obtención o reconquista constituye un objetivo fundamental de la agresión.

Volvamos por un momento a los dos chistes ya citados: el cuento del Azoy y la anécdota del *Sonnabend*. En ambos se percibe la tendencia agresiva, pero ésta apunta en dos direcciones opuestas: en la anécdota del periodista se satiriza la artificiosidad de la asimilación en un medio extraño. En el cuento del tren, la tenacidad con que los judíos se aferran a una vieja familiaridad es ridiculizada a través de sus derivaciones. En este caso se presenta la intimidad entre un judío y otro, pero ésta es caricaturizada también. El chiste expresa que esta familiaridad es exagerada, que constituye una insolencia intolerable. Pero incluso esta audacia no es más que una manifestación desagradable de una intimidad sentida.

Al llegar a este punto la contradicción que observamos está finalmente resuelta, la paradoja empieza a tener sentido lógico. Co-

metimos un error al suponer que la intimidad existe desde un principio, el humorismo judío trata más bien de rescatar una familiaridad que amenaza con desaparecer, de afianzar nuevamente los lazos que empiezan a relajarse. La intimidad es el resultado o la consecuencia de esta misión humorísticamente presentada, del esfuerzo exitoso por salvar un abismo.

Ahora comprendemos que la diferencia social desempeña un papel determinado en estos chistes. Tenemos, naturalmente, la contraposición del pobre y el rico en los cuentos de Schnorrer, pero ésta no es la única desigualdad presentada en los chistes judíos, ni tampoco la más significativa. Mucho más importante parece ser la diferencia en la actitud individual hacia el judaísmo y hacia otros grupos nacionales o religiosos. El caballero que aparece en el cuento del tren se había asimilado totalmente a la civilización occidental. En su aspecto o su conducta no había nada que permitiese adivinar que todavía era judío. Lo que el relato presenta drásticamente y con la necesaria exageración es la superación de todas las limitaciones convencionales desde el momento en que el judío polaco descubre que el otro hombre es un correligionario.

La desfachatez que se pone de manifiesto entonces no está subjetivamente pensada como una insolencia, sino que es una expresión de confianza, una demostración de camaradería que se refleja en el hecho de tomarse ciertas libertades. Es indudable que en el chiste hay una tendencia agresiva. Pero si la intención agresiva u ofensiva fuese su motivo principal, el chiste tendría necesariamente otro texto. La conducta descarada del judío polaco no apunta a lastimar o insultar al compañero de viaje, sino a disminuirlo con un espíritu de igualación, a colocarlo en el mismo nivel que él ocupa. Esto no significa una degradación, sino más exactamente una desjerarquización para acercarlo más a él. El judío polaco trata de hacer que el otro se le parezca y procura tratarlo como a un *Alter Ego*.

No pretenderé que estas observaciones hayan logrado penetrar la médula de esta especie de intimidad. Es más fácil expresar su carácter con términos negativos que con una descripción positiva. Esta familiari-

dad no tiende a la propia exaltación a expensas de la otra persona, ni degrada al otro a expensas de su personalidad, sino que coloca a esa persona al nivel de uno mismo.

Este proceso está psicológicamente emparentado con otro que pertenece a un área muy diferente de la vida social. Tal como lo ha demostrado Freud, hay cierto tipo de hombres cuya peculiaridad hace que les resulte imposible mantener relaciones sexuales felices con una mujer considerada casta y virtuosa. La mujer de estas características, que inconscientemente suele ser comparada con la madre o hermana de este hombre, se convierte en intocable. Ocupa una posición demasiado elevada para que se pueda imaginarla como objeto sexual. Muchos hombres que pertenecen a dicho grupo, deben degradar antes a la mujer de hecho o palabra para transformarla en objeto de satisfacción sexual y para que resulte sexualmente abordable.

Un paciente neurótico que traté era impotente con su esposa si no se dirigía antes a ella con términos sexuales vulgares. En esta desjerarquización obra un mecanismo emocional similar al que encontramos en los chistes judíos, con el propósito de acercar más al objeto a uno mismo. La diferencia significativa consiste en que en este caso el propósito es de naturaleza sexual, mientras que en el chiste judío esta nivelación facilita o, más aun, posibilita, las relaciones sociales.

III

El nivel común mantenido está determinado en primer término tomando como punto de referencia al judaísmo, ya sea concebido éste como una comunidad religiosa o nacional, o como una relación para el apoyo mutuo, o como la dependencia del individuo respecto de otros. Todos estos factores son consecuencias de la situación social de todos los judíos, de su pasado común e inmensamente trágico y de las persecuciones de que fueron y son víctimas. Aquí se hace evidente la necesidad de estudiar el humorismo judío en lo que atañe a su origen y desarrollo a partir de determinadas situaciones sociales y psicológicas. Se comprenderá que su carácter fue modificado por varias transformaciones adaptadas a los cambios sufridos por el destino del pueblo judío. El

sentido y el contenido de los chistes judíos fue alterado varias veces en los últimos doscientos años, a pesar de que su carácter esencial siguió siendo el mismo. En consecuencia, el humorismo judío se convierte en el fiel reflejo de la evolución cultural, de las modificaciones sociales y también de los cambios de actitud hacia el propio pueblo.

En su etapa revolucionaria, el humorismo judío se volvió contra las múltiples restricciones y privaciones que hacían que la vida en el *ghetto* estuviese determinada por la religión y la tradición. Así, el humorismo constituyó un intento de abrir boquetes desde adentro en los muros del *ghetto*, de abandonar el prolongado aislamiento y de encontrar el camino hacia una vida cultural común con otros pueblos. Las tendencias rebeldes de los chistes de este tipo apuntan sobre todo contra las tradiciones y autoridades que exigen completa fidelidad a la Torá, lo que equivale a privarse de todo goce en la vida.

En la civilización occidental, donde los judíos están emancipados, no subsisten muchos ejemplos de este tipo de humorismo. Los chistes de la segunda o tercera generación de judíos asimilados conservan sólo ecos del humorismo de este género, que está ligado al estrato social que se desplaza con esfuerzo de la vida del *ghetto* a la civilización moderna.

Sin embargo, estos ecos resuenan profundamente y rondan todavía por una etapa en la que la emancipación judía ya ha sido lograda. Proclaman una tardía protesta contra prohibiciones obsoletas y estrictas, al mismo tiempo que reflejan una extraña especie de afecto por costumbres y leyes que hace mucho que cayeron en desuso.

En muchos refranes se manifiesta aún un residuo de esta solidaridad judía. A veces aflora un afecto nostálgico por la comunidad que uno ha abandonado, como en aquel suspiro del judío bautizado que saboreaba su almuerzo en un restaurante *kosher*: "¡Y pensar que uno debe abandonar semejante religión!"

Los chistes de la segunda o tercera generación emancipada apuntan con frecuencia contra aquellos que se alejan cobardemente de una comunidad de destino o pretenden no pertenecer más a ella. Ridiculizan el hecho de huir de un grupo del que uno sólo puede segregarse formal-

mente. En estos chistes aparece un recuerdo burlón del origen común o del nivel social antes compartido y que ahora se niega.

Ya hemos explicado que el propósito de estas humoradas no es la degradación, sino que sirven únicamente como un instrumento para restaurar la intimidad perdida. Derriban una barrera entre las personas en lugar de demoler al compañero.

Una frase cómica que escuché zahiere de modo parecido el exagerado reclamo de una dosis desmesurada de consideración que un judío espera de otro. Un judío que mira cómo su compañero de juego mueve una pieza de ajedrez para atacar, dice con un divertido tono de reproche: -¿Así juegas con un buen amigo?- Vista superficialmente, la frase parece identificarse con esa cháchara insustancial que con frecuencia acompaña a los juegos. El contenido y el tono de la frase reclaman: "¡Tratas a un amigo con tanta insensibilidad o poca consideración!" o "¿Cómo puedes proceder en forma tan inhumana o despiadada con un amigo?" Este reproche, lanzado en relación con los movimientos de un juego de ajedrez, resulta absurdo o socarrón. La médula de este automatismo es la burla humorística de esas exageradas exigencias que se plantean en la relación social entre miembros de la misma comunidad. La frase, que en otro contexto podría expresar una queja verdaderamente justificada, se desplaza aquí hacia un área donde sin duda alguna carece de sentido.

Lo que la hace cómica es precisamente esta alusión a otro aspecto de la vida.

IV

Este género de intimidad, o mejor dicho el afán de restaurarla, puede constituir un análisis válido de los chistes, ¿pero representa el carácter esencial de todo el humorismo judío? Bien, comentarán algunos, parece con frecuencia la expresión de un deseo por alcanzar emocionalmente a otros pueblos colocados en la misma situación social que los judíos. Schnitzler apunta hacia la analogía con los prisioneros ence-

rrados en la misma cárcel. ¿Pero qué decir acerca del grupo considerable de chistes judíos que se refieren a otros sectores nacionales o religiosos? En el primer grupo de humoradas se establecen las características de una actitud básica o de una mentalidad en materia de relaciones sociales. En el segundo grupo de chistes que se refieren a la civilización occidental no encontramos las premisas psicológicas para tal intimidad. Tenemos que estar prevenidos, porque la introducción de este nuevo elemento alterará quizá nuestro concepto de esa peculiaridad social del humorismo judío.

Volveremos a preceder los comentarios siguientes con la aseveración de que la naturaleza de los chistes judíos no ha permanecido inmutable; durante los últimos dos siglos se han producido cambios decisivos en su contenido y tono. Existen, sin lugar a dudas, varios chistes originados en la primera generación, en los cuales no se percibe nada, o sólo se encuentra muy poco, de esa intimidad especial.

Lo que se coloca en primer plano en estos chistes es más la estupidez o aturdimiento de los gentiles que la propia superioridad. Se cuenta, por ejemplo, que un judío que abandonó el *ghetto* y permaneció en Lemberg durante varios años, escribió un libro titulado *Los goim, sus costumbres y modales*, como si los gentiles fuesen una tribu nativa con insólitas peculiaridades y una moral extraña. Pero estas observaciones despectivas se tornan muy escasas a medida que se llega al fin del aislamiento.

En los chistes del decenio siguiente, ese rasgo particular de la lucha por una intimidad emocional está presente a pesar de todos los pronósticos en contrario; el carácter ajeno y diferente de los gentiles es puesto de relieve y con frecuencia la misma distancia que los separa de los judíos constituye el tema del chiste. En la mayoría de los casos, el desenmascaramiento de la otra persona está destinado aquí también a acercarla más, a ponerla en el mismo nivel en el que se encuentra uno. En estos chistes la tendencia a la agresión y el sarcasmo es demasiado obvia para que merezca un análisis especial. Por lo que sé, todavía no se ha reconocido que la tendencia oculta a restaurar la intimidad de senti-

mientos está operando simultáneamente con estas intenciones mordaces, o mejor dicho, por intermedio de ellas.

No nos faltan ejemplos de este tipo. En lugar de los casos que aparecen en las antologías de chistes ya publicadas, escogeré una historia crónica, el relato de un hecho que oí citar en la Austria de preguerra. Ofrece la ventaja de que la frase que mencionaré no tenía una intención jocosa, a pesar de lo cual se puede calificarla de muy ingeniosa. Un comerciante de Galitzia Oriental envió a Polonia un vagón cargado con mercaderías. Estas se extraviaron y el judío reclamó a la dirección de la empresa ferroviaria una indemnización por el monto total. La dirección rechazó su pedido argumentando que faltaban todos los documentos y pruebas de entrega de las mercaderías y que evidentemente era él quien las había perdido. La respuesta del comerciante hacía notar que esta suposición no era correcta e incluía la boleta de consignación, las guías de despacho y otros certificados oficiales que demostraban que la carga había sido realizada. La carta terminaba con una nota de triunfo, expresando que los documentos adjuntos demostraban claramente que la empresa tenía la obligación de indemnizarlo. El final de la carta es harto revelador en cuanto a su mordacidad, pues concluía a modo de interrogación: "¿Y ahora, qué tal, estimada gerencia?" El texto original que tuve oportunidad de ver es casi intraducible: *"Wie wird Ihnen, löbliche Direktion?"*

El efecto cómico de esta historia de la vida real deriva de la presuposición de una intimidad con la gerencia del ferrocarril. Nos reímos no sólo de la inesperada intercalación de una frase popular en una carta de trámite legal, sino también porque el damnificado se dirige a una oficina abstracta en un tono franco e informal, como si estuviese hablándole a una determinada persona. El tono mordaz ligado a este tratamiento intensifica el efecto hilarante, y en todo caso no disminuye la pretendida familiaridad. La carta da la impresión de referirse a una disputa personal entre dos individuos, pese a que no hay entre ellas ningún tira y afloja sino un planteo legal, y a pesar de que se hace referencia y se ataca a una oficina y no a una persona.

Es difícil caracterizar el tipo especial de intimidad del humorismo judío. Es más difícil aun definir sus tonos y matices. Esta familiaridad va desde un tipo de intimidad casi ingenua hasta la desfachatez y una aproximación manifiesta a la otra persona.

En el ambiente judío de Occidente hay poco chistes judíos "inofensivos", pero incluso en éstos es posible reconocer este género especial de intimidad que señalo como sello distintivo del humorismo judío. También en ellos deriva la hilaridad de un llamado a una comunidad humana cuya naturaleza y fundamento son en buena parte inconscientes. Hasta cuando habla en términos de primera persona del singular, el humorismo abraza a todos y quiere decir "Nosotros". He aquí un ejemplo de uno de estos escasos chistes inofensivos. En Viena había un restaurante cuyo propietario se llamaba Beel y cuya comida era muy apreciada por la clientela judeo-vieneses. En este restaurante había un cartel con la siguiente inscripción:

Ya se preguntó Hamlet, según se cuenta,
To Beel or not to Beel, ésta es la cuestión.

O sea, en su versión original:

*Schon Hamlet sprach, so geht die Sage,
To Beel or not to Beel, das ist die Frage.*

Este empleo ingenioso de un juego de palabras* al servicio de la publicidad logra su propósito, al principio, por el asombroso enlace de la cita inglesa con el nombre Beel, conocido por los judíos vieneses. Hay indudablemente cierta intención paródica en el empleo del monólogo de Hamlet, pero la cualidad específicamente judía de la inscripción es la atmósfera de intimidad en que el creador de la humorada sumerge al lector, quien había de sorprenderse encontrando aquí el nombre del restaurante ligado a la famosa cita de Hamlet. El recuerdo del melancólico príncipe emerge por un momento, pero el interrogante que plantea

* En inglés, "to be" expresa el infinito del verbo "ser", pero antepuesta a "Be-el", la preposición "to" significa "hacia". (N. del T.).

sobre el destino es desplazado a segundo plano por la pregunta de si uno debe ir a Beel o no debe ir a Beel. Naturalmente, el anuncio dice que el príncipe de Dinamarca ya había conocido el restaurante, y proclama quizá algo más en su contexto: Hamlet debería haberse preocupado por la cuestión más importante de si debía cenar o no en lo de Beel. La humorada tiende un puente asombroso entre la profundidad de Shakespeare y las preferencias culinarias de los judíos vieneses.

No me creo competente para indagar en todas las presuposiciones sociológicas y psicológicas de estas peculiaridades del humorismo judío, tanto más cuanto que antes de emprender esta tarea se necesitaría un minucioso y esforzado estudio de la historia y sociología de los judíos en la diáspora y antes de ésta. Sólo la exploración más concienzuda del terreno de la mentalidad judía permitiría que la investigación desembocase en un profundo conocimiento del origen y desarrollo del humorismo judío. Lo que aspiro a ofrecer como contribución a la solución del problema es un intento psicoanalítico de caracterizar esta peculiaridad social del humorismo judío: la intimidad emocional.

Volvamos nuevamente al comportamiento del protagonista del cuento del tren (*¡Azoy!*) y a la carta en la que el comerciante reclama una indemnización. La intimidad corresponde en ambos casos a un género de grosera exhibición de intimidad y tiene el sello inconfundible de la insolencia. Este matiz de la intimidad no aparecerá indudablemente en todos los chistes judíos, pero no es un elemento poco frecuente. Sería tentador buscar las fuentes de esta insolencia para la que los judíos tienen un nombre especial (*jutzpe*). ¿Hay en ella un esfuerzo por compensar con exceso un sentimiento de inferioridad originariamente intenso? El factor de la desigualdad social o de la diferencia de cultura hace que esta deducción sea muy plausible desde el punto de vista psicológico, como, por ejemplo, en el cuento del tren (*¡Azoy!*).

La médula de estos sentimientos de inferioridad que según lo sospechamos son una de las causas de la insolencia, tiene otras raíces, además de las desventajas físicas o las diferencias sociales. La mentalidad democrática que Freud atribuye a los judíos en sus observaciones sobre su

humor no excluye, sino que más bien incluye, una gran estima por las cualidades morales e intelectuales del individuo, y esta evaluación chocaría con un exceso de aprecio por la posición socialmente elevada. Permítaseme que recuerde simplemente un comentario burlón de origen judío oriental: "¿Cómo crece el hombre? De abajo hacia arriba... porque por abajo todas las personas son iguales, pero por arriba una es más alta y otra más baja". El reconocimiento de las diferencias individuales, especialmente las de orden intelectual y moral, está implícito en frases jocosas como ésta.

Uno está más próximo a comprender la irrespetuosidad del humorismo judío cuando lo compara, por ejemplo, con el atrevimiento de los chistes berlineses, con la tosquedad del humorismo campesino austriaco o con la *blague* de los chistes parisienses. La insolencia que nos hace reír en el humor judío tiene algo de provocativo y demostrativo. No solo produce desconcierto, sino que además aguijonea el impulso de la inmediata reacción y defensa. La persona atacada experimenta una intensa sensación de fastidio y hostilidad. En general, esta insolencia no es tan inofensiva, estúpida y taimada como la del campesino, sino que es más bien sofisticada y sensible. Observa y discierne con agudeza la naturaleza humana. Tampoco es impasible y controlada, sino que está acompañada con vivas expresiones del rostro y gestos dramáticos.

No es posible deducir de estas características la dinámica de tal actitud, pero cuando uno emplea los conocimientos de la práctica psicoanalítica, adivina que la insolencia es en sí misma una expresión de impulsos inconscientes que pretenden fastidiar y quieren provocar el ultraje y el castigo. Esta deducción paradójica parece más probable cuando uno recuerda la explicación psicoanalítica de la actitud masoquista individual. Esta particular insolencia no es en muchos casos la causa sino el efecto de un sentimiento inconsciente de culpa derivado de la represión de impulsos agresivos. Las tribulaciones del judío han brindado múltiples oportunidades para despertar estas tendencias malignas y vengativas, pero las severas leyes religiosas y éticas del judaísmo las condenaron al ostracismo en la zona ignorada del inconsciente. En con-

secuencia, esta insolencia demostrativa y provocativa es la expresión de una necesidad inconsciente de castigo por reacción ante los propios impulsos hostiles y agresivos reprimidos.

Ya hemos señalado que hay otro enfoque psicoanalítico que debe ser colocado a la par del que acabamos de exponer y que tiene, según parece, el mismo valor. Esta intimidad está destinada a bajar a la otra persona hasta el mismo nivel en que uno se encuentra. La analogía antedicha con el comportamiento sexual de un determinado tipo de hombre produce una honda impresión. El propósito inconsciente de esta extraña conducta en la cual el objeto amado es degradado con el pensamiento, consiste en colocar a la mujer al alcance del hombre en cuestión para su satisfacción sexual. Los obstáculos externos y, especialmente, internos, impiden que el hombre desee sexualmente a la mujer porque esta parece demasiado elevada para inspirar tal apetito. Entonces evocará groseras fantasías sexuales o excretorias para vencer sus inhibiciones, para desechar la noción de que las mujeres están hechas de "azúcar y especias". Así, la degradación del objeto que ha estado en muy alta estima se convierte en una condición psicológica previa para imaginar que la mujer está sexualmente disponible. Sólo al salvar esta distancia en el sentido de la humillación se establece una intimidad indispensable para la satisfacción sexual.

Naturalmente, las diferencias de situación excluyen la conjetura de que la misma tendencia podría ser descubierta en el humorismo judío. Sin embargo, una tendencia inconsciente similar debe intervenir en la generación de esta lucha por la intimidad. En general, su objetivo consiste en tender un puente sobre el abismo que imposibilita experimentar sentimientos de camaradería respecto de otra persona.

No cambia nada el hecho de que el humorismo apunte hacia una persona de una cultura ajena o hacia un judío que parece renegar de su judaísmo. La intención consiste en aproximarse a esa persona, en inducirle a abandonar su estiramiento o su alejamiento emocional. La agresividad encerrada en los chistes de este grupo constituye un torpe esfuerzo por despertar el interés de esa persona, e incluso puede ser una

expresión de afecto desexualizado. De tal modo, en el humorismo judío la intimidad es un medio para establecer, o mejor dicho para restablecer, una proximidad humana. Estos chistes tratan de tender un puente hasta otro ser humano, aunque se trate de un enemigo.

VI

En ciertos casos se eleva la intimidad del humorismo judío a la altura de un amor sonriente por la humanidad. La burla amarga se bate en retirada y la insolencia se desvanece. Lo que se conserva es una expresión de amor sublimado por el hombre y de excelso humanitarismo. Una de las humoradas que incluyo en este grupo constituye un hermoso ejemplo de esa sorprendente cualidad de intimidad que considero un ingrediente fundamental del humorismo judío; pero en este caso particular el chiste revela también un rasgo oculto: que todos los hombres son concebidos como objetos de amor. En 1914, en los comienzos de la Primera Guerra Mundial, llega un judío por casualidad a un territorio de la frontera rusa custodiado por un centinela. Este levantó su rifle cuando vio que se acercaba el hombre en cuestión y gritó "¡Alto o tiro!" El judío hizo un gesto de irritación y respondió: -¿Estás *meshughe*? Deja esa arma. ¿No ves que aquí hay un *Mensch* (hombre)?- Es evidente que el cuento refleja lo ajenos que son la guerra y los actos bélicos a la mentalidad judía. El judío no puede imaginar que el otro pueda tirar verdaderamente y en consecuencia ridiculiza algo más que el militarismo. Con su falta de comprensión realmente sublime, con su negativa a aceptar que sea posible matar a una persona por una diferencia de nacionalidades, denuncia la crueldad y barbarie de la guerra con mayor eficacia que los manifiestos pacifistas.

Esta intimidad, que se niega a reconocer la existencia de un abismo profundo e insalvable entre un hombre y sus semejantes; esta intimidad que derriba todo aquello que separa a unos hombres de otros, ha hallado aquí su medio de expresión más natural. La frase del judío no es menos humorística por el hecho de que sea algo más que una humorada. También proclama que "Todos los hombres son hermanos" y no resulta menos impresionante y enérgica cuando se la oye, no en el coro solemne del himno de Beethoven, sino en el tonillo de la jerga *ídish*. Esta frase transmite un eco en el que resuenan, se amplifican y vibran las voces de los profetas bíblicos. La impresión que queda grabada es la de la seriedad de este humorismo.

Una última mirada a los judíos que producen y cuentan estas historias: aquí están las indomables figuras envueltas en sus caftanes, que se arrastran a través de los siglos, rebeldes clandestinos con una causa cuyo impacto sobre la humanidad superó a todos los otros. El presente y el pasado, lo trivial y lo trascendente, se arremolinan juntos en muchos de sus chistes.

LA ANTITESIS EN EL PROCESO MENTAL

Existen muchos trabajos de investigación sobre la psicología de los judíos, y especialmente sobre sus procesos mentales tomados en comparación con los de otros pueblos. Estas exploraciones comparativas son muy reveladoras y fructíferas, sobre todo cuando indagan en los hechos aislados y los detalles completos de un área particular. Después de analizar los abundantes materiales, y en especial los de orden lingüístico, algunos psicólogos llegaron a la conclusión de que los judíos son desde los tiempos antiguos un pueblo que reposa más sobre la oreja que sobre el ojo, que pertenece más al "tipo auditivo" que al "tipo visual". En otras palabras: que sus impresiones y sus recuerdos se fundan más sobre las percepciones auditivas que sobre las visuales.

Esta peculiaridad resulta más evidente cuando se coteja la literatura de los antiguos hebreos con la de los griegos. Los helénicos amaban los colores y las formas; los judíos preferían los sonidos de las palabras y las frases. El centro de su poesía está constituido con frecuencia por los juegos de pensamientos y no por los juegos de imágenes. Está demostrado que el idioma hebreo, comparado con el griego, es pobre en términos descriptivos de formas y colores y que ciertos matices apenas pueden ser expresados. El humorismo judío refleja también estos rasgos característicos, en contraste con los chistes de otros pueblos.

En un meditado ensayo⁵⁵, Ernst Simon señaló que los chistes judíos presentan características que dependen de ciertas peculiaridades del

⁵⁵ *Zum Problem des Jüdischen Witzes*, Berlín, 1929.

idioma semítico. Tomemos, por ejemplo, su habilidad para construir formaciones extraordinariamente ricas a partir de unas pocas raíces semánticas, en forma tal que el significado de las raíces madres resulta muy distinto del de sus descendientes. Este significado múltiple es utilizado con frecuencia en los chistes judíos. Por así decir, le toma la palabra a quien la pronuncia. Esta cualidad resulta palpable en el ejemplo siguiente. En un banquete le fue ofrecido a Lazarus Geiger (1829-1870) un plato prohibido por la religión, y la anfitriona, Freifau von Bethman, le dijo: -Por favor, sírvase solo-. A lo que el filósofo respondió: -No, puedo dominarme solo.

Ernst Simon demuestra en su ensayo que en los chistes judíos se emplea con frecuencia la técnica de la interpretación y discusión talmúdica. Los textos talmúdicos no otorgan mucha importancia a la puntuación y la sintaxis, de modo que una frase puede ser leída en sentido afirmativo o negativo, puede expresar tanto una certidumbre como una duda o una interrogación. El lector o estudioso debe hallar el significado por su propia cuenta, y la recitación del texto, pronunciándolo en tono rítmico más que leyéndolo, lo ayuda a ello. La melodía de la frase reemplaza así la puntuación.

Para dar un ejemplo del empleo de esta peculiaridad talmúdica en el humorismo judío, se cita una ingeniosa definición. "¿Qué es la estabilidad?" -Hoy de este modo, *mañana* de este modo- ¿Qué es la inestabilidad?" -Hoy *de este modo*, *mañana de este modo*-. Lo que revela el significado de las frases no es aquí sino el énfasis puesto sobre las palabras.

La ambigüedad del diálogo talmúdico también puede explicar, por ejemplo, por qué con tanta frecuencia en los chistes judíos la pregunta no está tomada como tal sino como la expresión de una duda e incluso de una opinión. El sargento le pregunta al recluta: -¿Por qué no debe pasearse el soldado por las barracas con un cigarrillo encendido?- El recluta responde: -Tiene razón, señor sargento, ¿por qué no habría de hacerlo?

La modalidad peculiar de la discusión talmúdica se refleja también en el hecho de que muchos chistes judíos no siguen una comparación hasta el fin, sino que se escapan por la tangente. No toman en cuenta la conclusión, sino el contexto de donde arrancó el motivo de la comparación. Para ilustrar este método, presentamos el siguiente fragmento de diálogo:

-¡Compre este caballo! Es vigoroso y veloz. Si lo montase ahora, podría estar en Pressburg a las cuatro de la mañana.

-¡Santo cielo! ¿Y qué tengo que hacer yo en Pressburg a las cuatro de la mañana?

Lo que me gustaría agregar a las correctas observaciones de Ernst Simon podría ser definido si partiésemos de otra peculiaridad de los idiomas más antiguos, o sea el hecho de que una misma palabra tiene con frecuencia dos significados opuestos y puede expresar simultáneamente un determinado concepto y también el contrario⁵⁶. Tomemos por ejemplo la voz hebrea *kodesh*, que significa lo sagrado, pero también lo sacrílego, y que tiene un sentido similar al de la expresión australiana "tabú". Las más antiguas raíces semánticas del idioma egipcio también presentan un significado antitético. Imaginen, por ejemplo, que el mismo término exprese la claridad y la penumbra. ¿Pero si existe semejante significado contradictorio o ambiguo de una frase, si un término no puede afirmar o negar algo en una misma frase, cómo es posible que el escucha entienda con exactitud lo que se quiere decir? Los egipcios tenían caracteres "determinantes" que acompañaban a la palabra para orientar al lector y definir el significado de la misma. Karl Abel sospecha que mientras hablaban, los egipcios hacían ademanes y que éstos, unidos a las expresiones del rostro y a la modulación de la voz, indicaban qué era lo que la persona quería decir⁵⁷. Suponemos que las frases de estos idiomas primitivos extinguidos hace ya mucho tiempo tenían

⁵⁶ Ver tesis de Freud, "*Über den Gegensinn der Urworte*", *Gesammelte Schriften*, Vol. X.

⁵⁷ *Ibid.*

generalmente este significado contradictorio y que este tipo de expresión arcaica se transformó sólo mucho más tarde en otra en la cual las palabras y la sucesión de palabras tenían un solo significado. Sin embargo, algunos rastros de esta ambigüedad se prolongan hasta mucho más tarde.

Pienso que en los orígenes de muchas de estas expresiones de tipo contradictorio había, quizá, una primitiva actitud ambivalente hacia el objeto o la acción que designaban; que las nociones encerradas en estas palabras inspiraban hostilidad y respeto, tentación y terror. La ambivalencia es una constelación emotiva que se manifiesta en la conducta del individuo hacia el objeto, o más exactamente hacia una acción relativa a éste. Por una parte, el individuo experimenta un intenso impulso a tocar el objeto, pero le está vedado realizar este acto. En la mayoría de los casos la prohibición es consciente, en tanto que el placer ligado a la tentación de tocar permanece en el inconsciente.

Permítaseme intercalar aquí un chiste judío que no sólo ejemplifica el empleo de una actitud ambivalente en el humor, sino que además brinda un indicio de su carácter originario. En las primeras décadas de este siglo existía en la literatura y la sociedad cierto tipo femenino conocido como la mujer "incomprendida", que las piezas de teatro y las novelas alemanas llamaban *unverstandene Frau*. El escritor vienés Karl Kraus afirmó con regocijante seriedad: "No hay mujeres que no sean comprendidas, sino sólo mujeres que no son asidas". (En alemán esto resulta mucho más gracioso: "*Es gibt keine unverständenen Frauen, nur unbegriffené*"). En este intencionado juego de palabras, expresiones que son prácticamente las mismas se desarrollan y evocan distintos significados.

Este proceso mental a través de términos opuestos no significa que el resultado habrá de ser una paradoja, sino tan sólo que será sorprendente. El carácter esencial de este modo de pensar puede ser correctamente descrito como una alternancia de una posición a su opuesta. He aquí un ejemplo representativo. El mismo escritor, Karl Kraus, afirmaba que cierto funcionario de la antigua monarquía austro-húngara cobraba

coimas tan insignificantes que casi se aproximaba a la incorruptibilidad. Otro escritor vienés, Alfred Polgar, resumió su experiencia en Hollywood, donde tantos escritores si bien no tienen trabajo, reciben ciertos honorarios, con la frase: "Hollywood es un paraíso sobre cuya puerta está escrito: «Vosotros los que entráis, perded toda esperanza»"⁵⁸. Aquí, naturalmente, el contraste y la oposición de ideas provienen de la descripción que hace Dante de la entrada del Infierno. Tomemos otra frase del mismo escritor: "La libertad que resulta más ventajosa a una mujer es la que ella le quita a un hombre"⁵⁹.

Si queremos demostrar que este proceso mental por medio de antítesis ha sido un rasgo característico olvidado, pero esencial y generalizado de los chistes judíos, deberemos probar su existencia y su efecto cómico siguiéndolo desde el típico chiste del *ghetto* hasta las modernas humoradas de los escritores contemporáneos. Limitémonos a tornar ejemplos de chistes judíos en su sentido más restringido, tal como florecían en la atmosfera del *ghetto* polaco y ruso. No será necesario realizar una selección cuidadosa, porque se supone que este rasgo aparecerá en cualquier ejemplo tomado al azar. El rabino grita indignado en su sermón: -¡Ustedes no quieren pagar las gabelas para la congregación, pero claro que les gusta que los entierren en el cementerio judío!

Tomemos otro ejemplo de un período de mayor emancipación. Un ingeniero llega a una pequeña ciudad de Galitzia y le encarga un pantalón a un sastre judío. Al cabo de algunas semanas, el pantalón no está listo todavía. El ingeniero debe partir, y cuando regresa a la ciudad después de siete años y el sastre le lleva su pantalón, el cliente le dice: -¿Dios creó todo el mundo en siete días y tú necesitaste siete años para confeccionar un pantalón?- Pero el sastre responde, acariciando con cariño el fruto de su trabajo: -Sí, ¡pero mire como está el mundo y fíjese en este pantalón!

⁵⁸ *Im Lauf der Zeit*, Hamburgo, 1954, pág. 13.

Uno de los más bellos ejemplos de este tipo antitético de proceso mental está dado por la siguiente historia. El inquilino del primer piso de un edificio se quejaba con frecuencia del ruido insoportable que hacían los niños de una familia que vivía en el piso de arriba. Los chicos bailaban y saltaban durante todo el día, con sus pesados zapatos y molestaban sin cesar al inquilino. Para *Tisha Beav*, el día de duelo religioso en que se conmemora la destrucción del Templo, los judíos devotos deben ir descalzos o sólo con medias. Un pasaje de la carta de protesta que escribió el inquilino decía: "Incluso conseguirán que *Tisha Beav* sea un día feliz para mí". He aquí un claro ejemplo de reversión a lo opuesto.

Pero pasemos de las notables antítesis que el sastre y este inquilino tradujeron en palabras, a un ejemplo salido de la pluma del escritor judío más ingenioso del siglo XIX, Heinrich Heine, en cuya prosa se encontrarán a cada paso expresiones de pensamientos antitéticos. Después que un periodista alemán hubo visitado a Heine en París, le preguntaron al poeta sobre qué había versado la conversación. -Tuvimos un cambio de ideas y ahora me siento totalmente estúpido- respondió Heine.

Tomemos un ejemplo de nuestra propia época. Cuando ya quedaban muy pocas dudas durante la Primera Guerra Mundial de que Alemania y Austria serían derrotadas en breve, Karl Kraus describió la diferencia de estados de ánimos en las capitales de ambos países en los términos siguientes: "En Berlín el ánimo es serio, pero no desesperado; en Viena es desesperado, pero no serio". En otra oportunidad el mismo autor escribió que en la antigua Austria los altos funcionarios trataban a los ciudadanos con amabilidad, en tanto que en el mejor de los casos los cadetes de las oficinas los trataban con condescendencia. Tal como ocurre en muchos comentarios ingeniosos de este escritor, el efecto humorístico de la antítesis está relacionado con la sorprendente inversión de los papeles convencionales.

No hemos olvidado que esta indagación en las características del humorismo judío no fue iniciada por pura curiosidad, sino para brindar

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 130.

una contribución a la psicología comparada del pueblo judío. Cumple su objetivo sólo en la medida en que refleja las peculiaridades de los judíos y del judaísmo. ¿Qué podemos aprender sobre su carácter, si es que podemos aprender algo, a partir de este género de procesos mentales antitéticos? Esto nos interesa más que la técnica y los temas principales de los chistes.

Cierto contraste antitético de ideas es común al humorismo de todos los pueblos, y no sólo al de los judíos. En una oportunidad, Madame de Staël, dio la siguiente definición: "El humorismo consiste en conocer el parecido de las cosas diferentes y la diferencia de las cosas parecidas". Pero los chistes judíos van más allá de esta caracterización general. Parecen proclamar el principio de la inversión, ponen todo cabeza abajo y demuestran que las cosas son lo contrario de lo que parecen. ¿Nos atreveremos a investigar los factores emocionales y mentales que determinan este tipo especial de pensamiento antitético que se manifiesta en los chistes judíos?

II

Ya discutimos en párrafos anteriores la actitud ambivalente que se encuentra en la raíz de la ambigüedad de las palabras y frases en hebreo, pero este rasgo característico es común a los idiomas más antiguos que conocemos, y no puede brindar una explicación psicológica para los procesos mentales a través de contrastes que reconocimos como típicos de los chistes judíos. Sólo puede proporcionar el telón de fondo para esta forma especial de proceso mental.

Si queremos descubrir qué es lo que determina la típica alternación de posiciones en los chistes judíos, deberemos buscar sus premisas psicológicas en las tribulaciones únicas y singulares de este pueblo. Aun antes del comienzo de la historia registrada, su destino lo alejó de su patria originaria y lo trasplantó a otros países cuyos habitantes habían progresado más de dos mil años en su civilización y eran por lo tanto superiores a las nómades tribus hebreas. Los israelitas, vehementes y orgullosos, se asimilaron sólo parcialmente y conservaron su identidad e

independencia a pesar de que tenían que inclinarse una y otra vez ante sus vecinos más poderosos.

Más tarde, dispersos por los países europeos y rodeados por la civilización occidental, se encontraron en permanente situación defensiva. No podían dejar de sentirse impresionados por las muchas ventajas culturales y materiales de las que gozaban los gentiles, y tuvieron conciencia de su condición minoritaria así como de su misión religiosa y ética particular. También reconocieron claramente los defectos y las debilidades de los pueblos entre los cuales vivían y que eran sus enemigos irreconciliables. Esta situación emocional que oscilaba entre la atracción y la antipatía no cambió fundamentalmente.

Entre las armas que quedaban a disposición de los judíos estaba el humorismo, ya que debido tanto a las condiciones externas como a las internas les estaba vedado el uso de la fuerza. Dividida entre la admiración y la repugnancia, su crítica de los puntos débiles de la civilización occidental se expresaba en forma de chistes. Los chistes de este tipo eran actos traducidos en palabras, una forma de ataque verbal disfrazado. Freud definió los pensamientos como acciones en dosis mínimas.

Puesto que los actos críticos y agresivos de otro tipo resultaban imposibles, las inclinaciones indagadoras de los judíos tendieron a expresarse en términos antitéticos cuando se referían a las normas culturales de los pueblos en cuyo seno habitaban. Cierta género de oposición intelectual evolucionó hacia una hostilidad satírica respecto a sus valores. Esta falta de *verecundia* (reverencia o respeto) que Arthur Schopenhauer atribuyó a la mentalidad judía, se expresaba en términos velados a través de los chistes sobre sus enemigos. Así, la forma antitética de pensar fue puesta al servicio del humorismo judío.

Me gustaría citar a Freud para demostrar lo que hay de "típico" en esta situación. Freud dijo: "Por ser judío, me encontraba desligado de los prejuicios que restringen en otros el empleo del intelecto; como judío, estaba preparado para colocarme en la oposición y renunciar al acuerdo con la mayoría". Esta posición singular dentro de un medio hostil favorece así una actitud crítica y de independencia intelectual, que

es lo opuesto al conformismo y a la sumisión interior a la autoridad. No fue casual que Freud pudiese probar en su investigación psicoanalítica que aquello que más valoramos está subterráneamente conectado con aquello que nos inspira aversión.

Esta actitud crítica, esta falta de respeto que los chistes judíos reflejan originariamente frente a la más elevada ponderación de ciertos aspectos de la civilización occidental, no se detiene ante la religión y cultura propias. Con el comienzo y extensión de la emancipación, las antiguas tradiciones de la fe y el ritual judíos fueron nuevamente evaluadas y estudiadas con espíritu crítico. La falta de respeto hacia las autoridades no tardó en salir a primer plano.

El sistema de pensar por medio de antítesis se ha convertido en un hábito imposible de desarraigar; fue y sigue siendo una característica de los judíos, a los que un estudioso en busca del significado de la historia judía llamó recientemente "los obstinados disconformes del mundo"⁶⁰.

Desde que Jacob luchó con Dios, siguieron desafiando a su deidad, con la que fueron inquebrantablemente recalcitrantes. Dios los llamó "un pueblo de dura cerviz", y Su profeta les dijo: "Nervio de hierro es tu cerviz"⁶¹.

He aquí quizá el secreto de su dote, emparentada con la del genio originario que según la observación de Gilbert Murray "es simultáneamente el hijo de la tradición y un rebelde contra ésta". El pueblo judío se aferra a sus tradiciones esenciales y a su legado espiritual a pesar de su insurrección contra los mismos. Dispersos y desperdigados de uno a otro extremo del mundo, insisten todavía en reclamar sus derechos contra todas las autoridades terrenales. Sus cabezas están ensangrentadas, pero no se doblan.

⁶⁰ David Polish, *The Eternal Dissenter*, Nueva York, 1961, pág. 5.

⁶¹ Isaías, XLVIII/4.

RISAS DESPROVISTAS DE ALEGRÍA

Me parece que ya hemos logrado descubrir dos rasgos característicos que diferencian los chistes judíos de los de otros pueblos: concretamente la intimidad y los procesos mentales por medio de anátesis. No se trata desde luego de que estos rasgos constituyen una característica exclusiva del humorismo judío; es indudable que también se los encuentra en el de otros pueblos. Por lo tanto es una cuestión de cantidad más que de cualidad, o mejor dicho, es una cuestión de densidad. Los chistes judíos ostentan casi siempre estas peculiaridades; están impregnados de rasgos particulares. Si se me permite emplear una analogía, le recordaría al lector las diferencias esenciales entre las comedias francesas y las británicas. En las comedias británicas encontrará uno a veces algunas frases audaces o comentarios frívolos e impertinentes, pero éstas no son en general características de tales comedias, en tanto que se repiten regularmente en las que se representan en los escenarios de París.

Puesto que el humorismo pertenece al campo de la literatura -las humoradas también son obras de arte- la reacción del "escucha" o del auditorio es tan importante como su carácter objetivo. Aquí tropezamos con otro rasgo significativo de los chistes judíos, un rasgo tan distintivo que puede ser demostrado y definido aisladamente y al que se puede calificar con justicia de generalizado. El primer chiste judío que se les ocurra a ustedes o a mí podrá servir como norma o modelo para poner a prueba mi opinión. He aquí uno. Un judío consulta a un rabino y se queja de que él, su esposa y sus tres hijos viven en una habitación muy estrecha. El rabino medita el problema y después de una madura cavilación pregunta:

-¿Tiene una cabra?

-Sí -responde el hombre.

-Y también una vaca?

-Sí -es la contestación.

-¡Entonces meta la cabra y la vaca en el cuarto!

-Pero rabino, tal como estamos ahora ni siquiera podemos movernos en la pieza.

Sin embargo, el rabino es inflexible y el judío debe obedecerle. Después de una semana el hombre vuelve y ruega:

-¡Por favor, rabino, deje que lleve nuevamente los animales al establo!- Y el rabino accede. Transcurrido un tiempo el rabino le pregunta al judío cómo se siente ahora en su casa, y el hombre le responde alegremente: -Es como si viviésemos en una gran sala.

El chiste tiene indudablemente una moraleja. Nos dice que toda la felicidad es relativa. ¡Qué poco se necesita para hacer feliz a ese pobre hombre! Sólo empieza a valorar lo poco que tiene cuando incluso esto le ha sido retaceado y se siente aliviado cuando puede volver al estado anterior de cosas, a la situación previa en la que ya era bastante pobre. Pero lo que más nos interesa es el efecto cómico de esta breve historia que refleja los rasgos peculiares del chiste del *ghetto*. Así encontramos una tercera particularidad del chiste judío: *uno se ríe de él, pero no es alegre*. Ese rasgo especial es determinado por la miseria de la que emerge y que permanece disimulada en un plano secundario, sin dejar por eso de ser perceptible. Lo que se expresa no es regocijo por la miseria, ni la hilaridad, ni la travesura, sino que se trata de un chiste inspirado en el sufrimiento. Este es el material con el que están hechos los chistes judíos. El matiz de amargura no es eliminado, sino que permanece latente. Los cuentos judíos pueden ser tristes, pero nunca desesperados.

Uno experimenta la tentación de comparar esta tendencia de los chistes judíos con otra que se expresa en un humor afligido o apesadumbrado al que se designa con frecuencia como humor de cadalso. Veamos un ejemplo. Un asesino es conducido un lunes a su lugar de ejecución y exclama: -¡Lindo comienzo para esta semana!- Descartando otras diferencias, hay aquí una súbita huida que libera de una situación trágica. En los chistes judíos no hay nada parecido: ni huida, ni liberación de una emergencia momentánea, sino con mayor precisión un

momento de verdad en una emergencia permanente. La situación social de la judería hace que la miseria sea la condición normal y común; el judío se limita a hacer un chiste respecto a ella, un chiste que puede provocar la risa, pero que no es alegre. Esto es lo que tiene de humorístico.

Creo que hemos descubierto una triada de características esenciales de los chistes judíos, sellos de distinción que los diferencian del humorismo de otros pueblos. Reflejan una especie de intimidad humana, sus procesos mentales siguen una línea de antítesis y uno se ríe de ellos, pero no son alegres. Esta última característica es reconocida incluso por un conocido proverbio de los judíos de Europa Oriental: "El doctor también hace reír".

EL MOMENTO DE LA VERDAD EXPLOSIVA

Cada cuento judío revela un instante de autenticidad en el individuo o en la vida colectiva del pueblo. Tomemos la anécdota del *Shadjen* cuyo ayudante tiene la misión de confirmar las cualidades de la muchacha sugerida como futura esposa. El *Shadjen* le dice a un joven: -La muchacha que le presentaré pertenece a una de las mejores familias-. El ayudante: -La *élite* de la ciudad-. *Shadjen*: -Su padre es un hombre rico-. Ayudante: -Rico como Rothschild-. *Shadjen*: -La muchacha es muy hermosa-. Ayudante: -Tan hermosa como la Sulamita en el Cantar de los Cantares-. *Shadjen*: -Sólo tiene un pequeño defecto; es un poco encorvada-. Ayudante: -¡Y qué joroba!

Esta parece una manifestación de automatismo, pero detrás de ella está la verdad que se abre paso triunfalmente. La pila de mentiras se desmorona y el resultado emocional es una sensación de gran alivio o distensión. La satisfacción es comparable a la complacencia física que se experimenta cuando uno debe usar zapatos demasiado ajustados durante todo el día y finalmente puede quitárselos. El humor judío camina en *pantoufles*.

Encontramos este anhelo de veracidad en toda clase de chistes judíos, en los del *Schnorrer* que enfrenta a su benefactor, en los del judío que conversa con el rabino, en la confrontación con el sacerdote católi-

co que trata de convertirlo e incluso en los relatos que reflejan su rebel-
día contra su propio Dios.

¿Pero no se caracteriza acaso el humor de otros pueblos por este súbito afloramiento de una verdad desconcertante? Sí, la culminación de los chistes de todos los pueblos presenta este desenlace, este sorprendente alivio del peso de la hipocresía y de las mentiras convencionales. He aquí dos ejemplos: una antigua anécdota francesa y un chiste moderno de la Rusia soviética. En cierta oportunidad le preguntaron al ya anciano escritor La Fontaine si no tenía ganas de casarse, a lo que respondió: -A veces, por la mañana. ("*Quelquefois, le matin*"). Esta frase cínica, que alude a la erección matinal del pene, baja del pedestal a la institución social del matrimonio, reduciéndola a un medio cómodo de satisfacción sexual.

En la anécdota de la Rusia moderna, un ucraniano le pregunta a un armenio cómo puede ganarse la vida, a pesar de que sólo tiene un salario muy modesto. El armenio responde: -No lo sé. Nunca lo intenté. Lo que quiere decir es desde luego que siempre se dedicó a transacciones del mercado negro y que ganaba dinero recurriendo a toda clase de fechorías. Parecería no haber diferencia entre la verdad y la sinceridad que afloran en estos dos cuentos y las que hallamos en los chistes judíos. Pero hay acaso una variación apenas perceptible en el tono: la anécdota sexual francesa es cómica, el cuento del armenio destila una indiferencia casual. A mi juicio, en la mayoría de los chistes judíos el momento de la verdad es al mismo tiempo un momento de triunfo, de íntima satisfacción, porque han terminado por fin las mentiras y las simulaciones y puede uno decir la verdad incluso en una atmósfera de abrumadora inferioridad de condiciones.

El cuento del armenio al que le han preguntado cómo se gana la vida, nos conduce nuevamente al punto más delicado de la psicología, o con mayor exactitud, psicopatología, del humorismo judío. Se trata del área de la despiadada autocaricatura y autocrítica de los chistes que revelan los fraudes, las mentiras y la deshonestidad de los judíos del *ghetto* ruso y polaco. Algunos observadores han comentado que estos

defectos y malas costumbres sólo podían ser atribuidos a unos pocos individuos y que no era justo achacarlos al grueso de este grupo minoritario. Creo que esta explicación defensiva es incorrecta. Luis XIV decía del Duque de Saboya que su ubicación geográfica le imposibilitaba ser un hombre honesto. De igual modo la posición social del judío del *Ghetto* en Europa Oriental hacía que le resultara por lo menos muy difícil ser honrado en sus transacciones comerciales con los gentiles y ocasionalmente con los judíos. A lo largo de una vida en que la inseguridad y la incertidumbre eran circunstancias permanentes, debía inventar triquiñuelas y recurrir a engaños si quería subsistir.

Volvamos al hecho de que la culminación de los chistes marca un momento de veracidad también en el humorismo de otros pueblos. Nos parece que debemos buscar el carácter distintivo del humorismo judío también en este terreno. La situación peculiar y precaria de los judíos los obliga a ocultar la verdad bajo la presión de las circunstancias, por pura necesidad. Sin embargo, la verdad denegada salía a veces a luz, a pesar de todo.

Hay otro factor que hemos descuidado hasta ahora: me refiero al subjetivo. En el mismo judío hay resistencia a admitir lo que sabe que es cierto. En los casos en que la verdad escapa a borbotones es bastante fácil tomarlo por sorpresa, como en el cuento del *Shadjén* que acabamos de citar.

En los chistes en que el judío saca finalmente a relucir la verdad, contra sus propios intereses, se siente en toda su magnitud el peso de la mentira y el engaño, y se experimenta alivio cuando uno se libra de él. Pero la situación es psicológicamente más complicada cuando hay que vencer resistencias internas.

Al llegar a este punto recordamos los múltiples chistes en los que se expresan dudas y sentimientos rebeldes contra la religión y la tradición judías. Al principio esta rebelión era negada y menospreciada. La aparición de una tendencia a proclamar la insurgencia o argumentos contra la propia religión era un factor que producía ansiedad. Se necesitaba una buena dosis de coraje moral para dominar esta angustia interior.

Intuimos que ésta es una pista valiosa: la misteriosa avidez de veracidad, que significa negar en un primer momento esa verdad, pero que se experimenta hondamente a pesar de uno mismo, constituye el signo distintivo que estábamos buscando. Esta sinceridad subjetiva *malgré soi-même*, no sólo en oposición a los propios intereses externos, sino también en colisión con la propia ansiedad, es a mi entender una característica especial del humorismo judío que debemos sumar a las otras tres anteriormente enunciadas. La verdad subjetiva que al principio es negada y después es reconocida a pesar de todas las resistencias interiores y exteriores, marca la línea divisoria que separa al humorismo judío del de los otros pueblos. La libre admisión de las propias necesidades físicas y materiales, la franca confesión de los propios defectos, debilidades y flaquezas, el despojarse de toda clase de simulaciones y supersticiones, incluso en el seno de la propia religión, corresponden al área de las conquistas emocionales e intelectuales del individuo. Esta exitosa marcha hacia la verdad, esta victoria sobre uno mismo, son los rasgos que otorgan esa nota triunfal y explosiva al humorismo judío. Los chistes judíos desenmascaran no sólo las futilidades de las sociedades convencionales y las ironías de la vida, sino que crean su propia verdad en el espíritu de un inmoralismo *bien-veillant* cuando se deleitan en hacer pública la verdad completa y sin afeites. Sorprenden por el coraje moral y la despreocupación con que hacen a un lado las ideas preconcebidas y los embustes de una sociedad hipócrita. Marcan sólo un momento de verdad explosiva; no proyectan una luz duradera sobre las condiciones de vida y la gente, sino un relámpago que brilla y centellea súbitamente. Pero esta ansia secreta de revelar la verdad oculta detrás de la fachada aparece radiantemente victoriosa y proclama: "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (San Juan; VIII: 32).

CAPITULO IV

PSICOLOGIA Y PSICOPATOLOGIA DEL HUMORISMO

LITERATURA SOBRE EL TEMA

Se han escrito muchos libros sobre la filosofía y la sociología de los chistes judíos, pero por lo que sé no hay ninguno que se refiera a su psicología. Esto es extraño y tanto más sorprendente cuanto que es notorio que el aspecto psicológico del problema es el más importante. Deben tomarse en cuenta los factores históricos y sociológicos, pero el carácter y las cualidades de los chistes judíos siguen siendo ininteligibles mientras no se los examina desde el punto de vista psicológico.

Entramos en el área de la psicología comprada de un pueblo. ¿Qué puede decir sobre el humorismo judío esta rama relativamente nueva de la investigación psicológica? Prácticamente no existen estudios profundos sobre este tipo de humor. Las mejores y más penetrantes observaciones siguen siendo las del libro de Freud *El Chiste y su relación con lo Inconsciente*. Sus comentarios sobre los chistes judíos constituyen la gema central en el pequeño collar de contribuciones psicológicas a este tema.

En un artículo reciente⁶² sobre Freud, Ernst Simon resumió inteligentemente las observaciones que en este libro se hacen respecto de los chistes judíos. Estos presentan los siguientes rasgos característicos: 1) aguda crítica del propio pueblo; 2) forma de pensar democrática; 3) énfasis sobre los principios sociales de la religión judía; 4) rebelión contra la religión judía; 5) reflexiones sobre la desgraciada condición de las masas judías y sobre su agobiante y desesperada pobreza; 6) la atmósfera espiritual que impregna el humor judío es de escepticismo general.

⁶² *Sigmund Freud, the Jew*, en Publications of the Leo Baeck Institute Year-book, Vol. 11, 1957, pág. 282.

Simon afirma que las observaciones de Freud sobre los chistes de este pueblo presentan "una teoría del alma judía en miniatura". No se debe a mera casualidad que la ligara con el elemento de humorismo cuyo origen y dinámica están tan próximos al inconsciente.

Después de la publicación del libro de Freud aparecieron pocas contribuciones al estudio de la psicología del humorismo judío. Un trabajo de Eduard Hitschman⁶³ es principalmente crítico y no ofrece ninguna teoría original sobre el humorismo judío. También existen dos ensayos de los que soy autor⁶⁴, incluidos en libros sobre el humor no traducidos aún al inglés.

Los comentarios de Freud sobre los chistes judíos, cuyos rasgos más importantes están destilados, registrados y analizados en su libro, abrieron una senda en territorio virgen. Son muy pocos los analistas que hicieron nuevos avances en esa misma dirección. El doctor Edmund Bergler fue el primero en subrayar la tendencia al "masoquismo psíquico" por medio de la denuncia de las propias limitaciones en el humor judío⁶⁵. Bergler opina que ciertas circunstancias externas (aislamiento, pobreza, falta de oportunidades y amargura de la vida en el *ghetto*) favorecieron el masoquismo psíquico. Sin embargo, estas mismas circunstancias explican un alto grado de elasticidad de los judíos. Un trabajo reciente y aún no publicado del doctor Martín Grotjahn (que utilizo aquí con el amable consentimiento del autor) se titula *Psychoanalysis and the Jewish Joke*. Se trata de una conferencia pronunciada en 1960 y es el único estudio psicoanalítico sobre el tema realizado en muchos años. Su autor anuncia que se trata de una contribución a la comprensión del masoquismo. Merece con justicia nuestra atención y nos ocuparemos de sus conclusiones en las páginas siguientes.

⁶³ Zur Psychologie des Jüdischen Witzes, Viena, 1937.

⁶⁴ Lust und Leid im Witz. Viena, 1929, y Nachdenkliche Heiterkeit, Viena, 1933.

⁶⁵ Laughter and the Sense of humour, Nueva York, 1956, pág. 112.

Son muy pocas las observaciones psicológicas correctas que pueden hallarse en los libros y monografías que discuten los aspectos históricos, sociológicos o filosóficos de los chistes judíos. En los capítulos anteriores de este libro nos hemos referido ocasionalmente a uno u otro de estos trabajos. El enigma del chiste judío seguirá sin resolver y será insoluble mientras no tengamos más y mejores datos sobre la psicología del pueblo judío.

Me temo que este estudio piloto no alcanzará todos sus objetivos, pero tengo la esperanza de que en medio de muchas observaciones intrascendentes quedarán en pie algunas conclusiones psicológicas importantes. Quise escribir un libro que obligase a pensar e incitase a la polémica, más que una obra convincente o persuasiva. Dentro de lo posible, aquí se descuidan los factores determinantes conscientes para dejar lugar a las fuerzas inconscientes, reprimidas o desmentidas, que se revelan al investigador psicoanalítico. La devoción por lo evidente, con la que se tropieza con tanta frecuencia en la exploración de los problemas psicológicos judíos, obró sobre mí como un poderoso disuasor. Espero que la valoración y la exploración psicológica de estos factores inconscientes arroje nueva luz sobre algunas facetas del humorismo judío que pasaron inadvertidos o no merecieron suficiente atención.

Antes de entrar en el mundo subterráneo de lo emotivo, será justo prevenir al lector que ha disfrutado con muchos ejemplos del humorismo judío. Nos gustaría decirle, con el Torquato Tasso de Goethe:

Und lass dir sagen: habe die Sonnie nicht zu lieb und
nich die Sterne! Komm, folge mir ins dunkle Reich hinab,

¡Y deja que te diga: no quieras demasiado al sol ni a las estrellas!

Ven, desciende conmigo al reino de las tinieblas

El estudio de Martín Grothjahn, *Psychoanalysis and the Jewish Joke*, al que debemos otros valiosos aportes psicológicos, llama la atención por la valentía con que penetra en la médula del problema. Sea lo que fuere cuanto se diga sobre los chistes judíos -y es mucho lo que se

ha dicho respecto de ellos-, sigue siendo obvio que se mofan despiadadamente de las debilidades y fechorías de su propio pueblo. Tal cual lo señaló Freud en su libro sobre el humorismo, el carácter de esta autoexhibición y autocrítica es distinto del que se encuentra en los chistes que hacen los gentiles sobre las peculiaridades de los judíos. El espíritu del más penetrante autosarcasmo y autocrítica no está restringido a los chistes de este pueblo. Está presente en la oratoria de los profetas, quienes castigaron duramente a sus contemporáneos. Israel Zangwill llegó al punto de calificar de libro antisemita a la Biblia. El sello distintivo respecto de los chistes antisemitas que Freud designó como farsas brutales, debe consistir en un tipo especial de autoagresión o en su mezcla con otras tendencias emocionales.

Es en este punto donde se afirma Martín Grotjahn para emprender su reciente esfuerzo por interpretar el humorismo judío. Su punto de partida es la teoría de que los chistes empiezan con una tendencia agresiva, un insulto o una idea desconcertante que aparece en forma disimulada. Este desahogo agresivo debe ser súbito. En los chistes judíos la hostilidad o agresividad se vuelve contra el mismo judío, en forma masoquista. El judío perseguido y humillado que se convierte en blanco de todas las burlas desvía su peligrosa hostilidad de sus perseguidores y la vuelve contra sí mismo. Según afirma Grotjahn, el resultado no es la derrota sino la "victoria por medio de la derrota" (o sea la fórmula a la que llegué durante mi investigación sobre la psicología del masoquismo⁶⁶). El judío afila la daga que arrebató de las manos de su enemigo, se hiere a sí mismo, "y después, se la devuelve galantemente al antisemita con este mudo reproche «Ahora vea si usted puede hacerlo aunque sea la mitad de lo bien que lo hice yo»".

Según Grotjahn, el rasgo esencial del chiste auténticamente judío es la agresión vuelta contra uno mismo. Es como si el chiste proclamase: "No es necesario que nos ataquen. Podemos hacerlo nosotros mismos y aún mejor. Podemos soportarlo, conocemos nuestras debilidades y, en

cierto modo, estamos orgullosos de ellas". Los chistes judíos, agrega Grotjahn, contienen una especie de resignación melancólica y a veces una terca arrogancia. Parecen decir: "Así somos y así seguiremos siendo mientras seamos judíos".

La explicación psicoanalítica de Grotjahn es tan seria y perceptiva que uno puede expresar sus críticas libremente y con la conciencia tranquila. En contraste con otros psicólogos que se limitan a rasgar la superficie, Grotjahn busca calar hondo con su teoría, a pesar de lo cual sigue quedándose en la superficie del problema. Reconoce que el masoquismo de los chistes judíos no es más que una "máscara", pero no muestra el rostro que se oculta detrás de esta máscara. No trata de develar al judío burlón. Si bien hay que coincidir en que la agresión es quizá la tendencia principal de los chistes judíos, uno debe hacer hincapié en que ésta no está restringida a las personas, ni siquiera a los antisemitas, sino que apunta con frecuencia hacia las instituciones sociales, como la religión y la ley, que privan a la gente de tantos bienes valiosos y que le impiden disfrutar de la vida.

Incluso en la teoría de Grotjahn sobre el carácter masoquista del humorismo judío se descuidan algunos factores psicológicos importantes. Por ejemplo, la autocompasión inherente a esta ciudad. Más importante que este aspecto es el objetivo final de la exhibición masoquista, o sea, el deseo inconsciente de obtener la aprobación y aun la admiración del auditorio, y en un último análisis el deseo secreto de conquistar, o mejor dicho, reconquistar, el amor. En este sentido la autodegradación y la humillación exhibicionista equivalen a una confesión⁶⁷: "Ved cuántas debilidades y defectos tengo, qué despreciable e indigno soy. Por lo tanto, debéis perdonarme y amarme nuevamente".

La teoría de Grotjahn tampoco toma en consideración el hecho de que el elemento masoquista de los chistes judíos se funda sobre un sen-

⁶⁶ *Masochism in the Modern Man*, Nueva York, 1941.

⁶⁷ Revelé la dinámica psíquica que opera aquí en mi interpretación de la plegaria hebrea "Kol Nidré" en *Das Ritual*, Viena, 1919; versión inglesa, Londres, 1931.

timiento inconsciente de culpa. La exploración psicoanalítica de este sentimiento inconsciente de culpa, que se manifiesta en la autodegradación y se expresa en los chistes, remontaría su origen hasta crímenes cometidos con el pensamiento, y especialmente hacia una actitud rebelde respecto a Dios y Sus leyes⁶⁸. Si antes afirmé que la faceta masoquista, autohumillante, de los chistes judíos, corresponde a una confesión, podría agregar ahora que ésta tiene el carácter de una confesión sustitutiva, puesto que la verdadera naturaleza de ese crimen mental sigue relegada al inconsciente, y necesariamente la confesión debe concernir tan sólo a los descendientes de esa atroz rebelión primaria contra Dios.

Al llegar a este punto empezamos a dudar de si el carácter de los chistes judíos está correctamente definido cuando se los describe como masoquistas. Pensamos en los masoquistas que tratamos en la práctica clínica y no encontramos ciertos rasgos distintivos del carácter masoquista. ¿Dónde está, por ejemplo, la gratificación de los instintos del masoquista social? ¿Debe restringirse verdaderamente a la satisfacción de que "prefiere burlarse de sí mismo antes que otros se burlen de él"?⁶⁹ El judío se burla de sí mismo, pero no sale sucio, humillado o humilde. Los rechazos sociales no lo regocijan, sino que lo hacen sentirse miserable y desesperado. Su autodegradación y autohumillación son quizá un medio de defensa que lo protege contra mayores peligros, una especie de sacrificio hecho con el único fin de sobrevivir; fin al que concede la mayor importancia.

El problema consiste aquí en si los chistes judíos son verdaderamente masoquistas, lo que equivaldría a una satisfacción completa en la autodegradación, o si sólo tienen un carácter pseudo-masoquista.

Es cierto que los judíos manifiestan en sus chistes un alto grado de autohumillación, y que parecen forzados a exhibirse en esta forma. ¿Pero el significado de esta exhibición no será en último término que si no

⁶⁸ Ver mi *Myth and Guilt*, Nueva York, 1957.

se hundan no podrán subir, y que la supervivencia bien vale el precio de la autohumillación temporaria?

Mientras leía el trabajo de Grotjahn me sorprendió no descubrir referencia alguna a ciertas enseñanzas cristianas que sin duda deben ser conocidas por el autor gentil. ¿Acaso Jesús no dijo a la multitud y a su pueblo: "Porque el que se enalteciere será humillado; y el que se humillare será enaltificado" (San Mateo, XXIII: 12)?

Creo que el humor judío está impregnado de este mismo espíritu. Esta convicción y esperanza íntima es una de las muchas cosas que los judíos tienen de común con las predicaciones de ese Rabí de Nazaret, más tarde llamado el Salvador.

Antes de indagar en profundidad el problema del humorismo judío, advertimos que la exploración tendrá la relatividad y la subjetividad -y con ellas las inseguridades- de todos los intentos de este tipo. Einstein contestó en una oportunidad: "Todo ser humano se halla encerrado en la cárcel de sus propias ideas".

Al tratar el nacimiento del chiste judío nos ocuparemos separadamente de la situación de la que emerge, de la persona que lo produce y de la o las personas a las que está dirigido. Naturalmente, las situaciones en que nacen estos chistes son de diverso tipo, pero resultará fácil reconocer algunas de ellas como típicas. Una de éstas es el medio judío, de modo que el chiste surge de las condiciones en que los judíos viven entre ellos mismos y de las consecuencias de esta forma especial de vida.

La otra situación típica deriva del contacto con los gentiles y del contraste que se produce entre el grupo minoritario judío y las opiniones sociales y religiosas del pueblo en cuyo seno vive.

Esto deja especificados el escenario y los personajes dramáticos. Ahora, volviéndonos hacia el principal protagonista, el relator de la historia, nos preguntamos: "¿Qué clase de persona es? ¿Cómo está caracterizada?"

⁶⁹ M. Grotjahn, *op. cit.*

Una sencilla asociación de ideas nos conduce desde este punto hasta las diferencias que existen entre los dramas viejos y nuevos. En las obras de teatro posteriores a Ibsen no hay monólogos, y tampoco hay comentarios marginales cuando el personaje está solo en escena: esos *parler a part*, como los llaman los franceses. La principal diferencia, correctamente señalada por el eminente crítico alemán Alfred Kerr⁷⁰, consiste en que el drama moderno evita la caracterización directa. Esto significa que el nuevo dramaturgo se resiste manifiestamente a emplear la técnica de permitir que otros expliquen la naturaleza del carácter de sus personajes. Los autores de nuestra época prefieren permitir que el público descubra por sí mismo cómo son sus personajes, a través de sus actos o sus palabras.

Sí, también se identifican por las palabras, pero no en la misma forma en que lo hacían en los dramas de los siglos pasados. Incluso en las obras de Shakespeare, aparece con frecuencia un personaje que se describe a sí mismo, explica lo que piensa, lo que siente, lo que lo hace palpar. Pero esto también corresponde al método de la caracterización directa. Se supone que el público debe tomar seriamente estas auto-descripciones y que debe creer en ellas. A este tipo de auto-descripciones primitivas de los personajes, Alfred Kerr la llama técnica "así soy yo", porque recuerda a una antigua institutriz francesa que acostumbraba repetir "*Voilà comme je suis*". Algunos personajes de Shakespeare se presentan a través del diálogo, y otros, como por ejemplo Ricardo III, a través del monólogo. Aceptamos sin discutir lo que ellos nos dicen, y así el más extraordinario dramaturgo no rechaza la caracterización directa, a pesar de que emplea frecuentemente y con la mayor eficiencia la otra técnica de caracterización indirecta.

Se ha dicho a menudo que el drama moderno trata de ser realista y que es muy poco usual que en la vida diaria la gente describa su carácter a otras personas. Pero esto sucede, y aun puede ocurrir que creamos lo que esas gentes nos dicen, aunque sólo sea una pequeña parte de

⁷⁰ *Das Neue Drama*, Berlín, 1917, pág. 433.

ello. Las personas hablan mucho a veces acerca de sí mismas en la forma antedicha, incluso ustedes y yo lo hacemos. Si nos interrogasen al respecto, diríamos que uno debe distinguir entre el carácter que pretendemos tener, el carácter que creemos tener y el carácter que verdaderamente tenemos.

Nuestros dramaturgos utilizan también estas autopresentaciones, pero las ponen al servicio de la caracterización indirecta. Esto significa que las escuchamos, nos sonreímos o nos emocionamos con ellas, y casi siempre las reconocemos como autoengaños o como intentos más o menos afortunados por presentar a otras personas una determinada imagen de uno mismo. Pocas veces las aceptamos como objetivamente correctas. Esta mala interpretación psicológica es utilizada en las obras modernas principalmente para permitir que nosotros, los integrantes del público, saquemos nuestras propias conclusiones psicológicas, deduzcamos qué es lo que oculta el personaje acerca de sí mismo o de sí misma. Por ejemplo, en *El Pato Silvestre*, de Ibsen, Hjalmar Ekdal habla de la fortaleza de su carácter, pero sabemos cuál era el propósito del autor al presentar este autoelogio del personaje.

Hemos observado al judío relator de cuentos como si fuera un personaje de un drama. Lo estudiamos con atención, miramos sus gestos y expresiones del rostro, y escuchamos sus chistes con "la tercera oreja".

¿Qué conclusiones podemos inferir acerca del carácter del relator de chistes y sobre los mismos chistes? En los capítulos anteriores hicimos varios descubrimientos psicológicos sobre las cualidades de los chistes judíos, identificamos varios rasgos característicos que el relator de cuentos no ha percibido: por ejemplo, que se desarrollan a través de antítesis del pensamiento y que están impregnados de un sentimiento de intimidad. Hemos descubierto también en los chistes judíos otros rasgos peculiares que hasta ahora no fueron notados o cuyo significado psicológico pasó inadvertido.

La mayoría de los observadores han afirmado que estos chistes y cuentos zahieren cruelmente las particularidades y debilidades de los judíos. Nos hemos enterado que esta extraña actitud fue atribuida al

carácter masoquista del humorismo judío. algunos estudiosos, como por ejemplo el doctor Grotjahn, ven en este rasgo la principal característica inconsciente de los chistes judíos. El nombre otorgado a este factor peculiar no es tan importante como su significado para la psicología del pueblo judío, que es lo único que nos interesa en el contexto de esta obra.

Ya hemos señalado que hay varios motivos para dudar de que el rasgo masoquista pueda ser calificado como una propiedad general del humorismo judío. Dejando de lado el hecho de que hay muchos chistes en los cuales no aparece la tendencia autosarcástica y autohumillante, queda en pie el hecho importante de que esta tendencia es reemplazada con frecuencia por la cualidad inversa del exceso de confianza y la impertinencia. He aquí un ejemplo de este tipo. Un judío pobre insiste en que debe hablar personalmente con Rothschild, y afirma que no puede discutir su negocio con el secretario de aquél. Por fin es llevado ante el barón, al que le describe su pobreza en términos elocuentes para terminar implorándole que le dé dinero.

-¿Para eso tuviste que molestarme? -exclama Rothschild-. ¿No podías haberle dicho lo mismo a mi secretario?

-Herr Barón -responde el judío-, usted es el que más sabe sobre cuestiones de bancos, pero en cuanto a cómo uno *schnorrea* mejor, eso es algo en lo que yo tengo más experiencia.

¿De qué manera encaja esta insolencia con la teoría de un carácter masoquista generalizado?

Existe quizá la posibilidad de una coexistencia de la humildad masoquista y la insolencia provocativa si estas dos tendencias opuestas apuntan hacia fuerzas distintas. El pobre Heinrich Heine, gravemente enfermo, imaginó, con razón o sin ella, que en su caso se producía esta división. El poeta inválido le escribe a su hermano Max desde su lecho-tumba en París: "Nuestros antepasados fueron hombres valientes, se humillaban ante Dios y por lo tanto eran testarudos y rebeldes frente a los poderes terrenales; yo, por el contrario, desafié irreverentemente

al Cielo y fui humilde y servil con los hombres... y en consecuencia, ahora yazgo en tierra como un gusano aplastado por un pie".

Sin embargo, la suposición de que en el humorismo judío existe una intensa tendencia autohumillante y autodegradante es correcta. No tiene importancia el hecho de que la llamemos masoquista o seudomasoquista. Nuevamente trataremos de escuchar estos chistes "con la tercera oreja", atendiendo no sólo a su vena jocosa, sino también a lo que se dice entre líneas, o más aún, a lo que se deja sin decir entre líneas.

LOS CUENTOS JUDIOS POR DENTRO

Por lo que sé, nadie ha señalado que en las obras de los autores judíos, o sea fuera de la esfera de los chistes, se puede encontrar la misma mezcla de autoironía y elegía. Tomemos, como un ejemplo elegido al azar, la forma en que Heinrich Heine, ya muy enfermo, describe sus escasos paseos por las calles de París. El poeta narra una de estas patéticas caminatas en su carta a Madame Caroline Jaubert, fechada el 3 de abril de 1847. Describe cómo las mujeres bonitas se vuelven para mirarlo cuando él pasa con los ojos entrecerrados, las mejillas hundidas, una extraña barba y el paso torpe. Todas estas características le otorgan un aspecto atormentado que le sienta maravillosamente. Y agrega: "Como moribundo, tengo en la actualidad un éxito enorme"⁷¹.

Esta descripción tiene todos los rasgos de la autocompasión y la cruel autoironía, así como las peculiaridades demostrativas o exhibicionistas que aparecen en los chistes judíos. Pero hay otra sensación que apenas llega al umbral de la percepción, y es la que deriva de un tono casi inaudible de vanidad u orgullo. ¿Se encuentra algo similar en los chistes judíos? Es bastante fácil reconocer el factor masoquista que hay en ellos, pero resulta claro que éste no es el único agente determinante de los mismos.

⁷¹ De *Juden und Judentum in deutschen Briefen aus drei Jahrhunderten*, Viena, 1935, pág. 230.

Concentremos nuestra atención por un momento en este cruel despliegue de defectos y flaquezas del propio pueblo. Para recordar un caso evidente de esta actitud masoquista, basta con pensar en la anécdota del judío que llega a una fiesta y exclama al entrar: "¡Por favor, péguenme ya mismo!"

Ahora nos volvemos hacia el otro aspecto aún no descubierto o poco valorado en los chistes judíos. En los párrafos siguientes me referiré no sólo a mis propias investigaciones y experiencias clínicas, sino que también recurriré a una conferencia inédita pronunciada en 1960 en la Asociación Psicológica Nacional para el Psicoanálisis, por Jule Nydes, uno de mis talentosos discípulos. Nydes, que tuvo la gentileza de reconocer que le debe mucho a mi estudio psicoanalítico sobre masoquismo social, describe a un tipo determinado que él caracterizó por una sensación de desconfianza, por la impresión de estar siendo observado con intención crítica o de ser perseguido, y por un sentido de superioridad que a veces se manifiesta en la exageración patológica de las ideas de grandeza. Este personaje paranoico reacciona con gran energía ante los ataques verdaderos o imaginarios, es muy severo con los demás y les hace sentir que son inferiores a él.

EL personaje masoquista es excesivamente severo consigo mismo, ve a su propia persona como débil, insignificante, despreciable y dependiente. Se degrada y humilla o se insinúa servilmente ante los demás, en tanto que el personaje paranoico se comporta en forma arrogante y ve en el prójimo sólo los rasgos negativos. El masoquista se castiga con frecuencia o provoca su castigo por intermedio de otra persona, en tanto que el paranoico, al imaginar que será víctima de la hostilidad, previene el ataque de sus enemigos reales o imaginarios y los degrada y ofende.

A través de esta comparación resulta evidente que las personalidades paranoica y masoquista son tipos opuestos y complementarios. No sólo están relacionadas entre sí por algunos rasgos comunes, sino que nuestra experiencia clínica nos enseña que detrás de la actitud masoquista se oculta con frecuencia otra actitud paranoica. La falta de

poder es la fuente común de ambas actitudes. El tipo paranoico no sabe cómo proceder para entenderse con la gente y tiene necesidad de agredirla. El tipo masoquista sólo puede entenderse con la gente congraciándose y entregándose. Ambos caracteres tienen en común su inmensa obstinación. En tanto que el masoquista insiste en que es inepto e inferior, su contraparte afirma y reafirma su propia superioridad.

Nydes, que en su conferencia no se ocupó del problema del humorismo judío, llegó a la conclusión de que una de las características más significativas de los dos tipos puede ser hallada en su relación con el amor. El masoquista renuncia al poder y a la dignidad a cambio de ser amado o perdonado. En cambio el paranoico sacrificará el amor y el afecto por el afán de ser notado, de sentirse poderoso y de hacer su voluntad.

Permítanme ilustrar esta actitud contrastante con dos ejemplos extraídos de mi propia experiencia. Un niño de dos años y medio, al que habían sermoneado repetidamente para que no arrancase las páginas de los libros, fue abofeteado finalmente por su padre, que ya había perdido la paciencia. El niño lloroso siguió a su padre colérico, que atravesaba la habitación, y gritaba: -¡Papito, bésame, dame un beso!- Comparemos la actitud de este niño con la conducta del tipo de carácter paranoico. Un abogado estaba acostumbrado a adelantarse a cualquier coche que se hallara delante del suyo en la carretera, corriendo muchas veces un riesgo considerable. En cierta oportunidad pasó junto a un auto al que le rozó el guardabarros sin dañarlo. Cuando ambos coches tuvieron que detenerse, el conductor del otro vehículo, algunos años mayor quizá que el abogado, le enrostró su actitud prepotente. El abogado simuló que no entendía lo que el caballero le estaba diciendo y le preguntó:

-¿Cómo dijo, hijito?

Es difícil colocar al humorismo judío en uno de los casilleros que ha establecido la psicología comparada. La gran cantidad de chistes que hemos citado y su repaso será suficiente para justificar la afirmación de que los chistes judíos oscilan entre una actitud complaciente y otra desafiante, y de que van y vienen entre una norma de conducta masoquista

y otra paranoica. Indudablemente, en la mayoría de los casos la actitud paranoica está latente u oculta. Sin embargo, se manifiesta no sólo en la reivindicación, implícita en muchos chistes, de que los judíos son los favoritos de Dios, sino también en su sentido inconsciente de superioridad.

La melancólica noción expresada en la proverbial exclamación: "¡Es duro ser judío!", es reemplazada ocasionalmente por la idea de que es un privilegio pertenecer a este pueblo por la satisfacción que produce el sentido de una identidad común. El judío nunca es pomposo o pretencioso en estos chistes. No hay nada decorativo ni ninguna simulación en su actitud. En la relación social con otros judíos, la informalidad y la familiaridad constituyen una especie de seguridad interior, una "sensación de pluralidad". Se conocen entre sí y no hay muchas cosas que necesiten explicación. El encuentro y la conversación con otros judíos están acompañados por la impresión de que son "mi clase de gente". Es lo que Freud llama "la clara percepción de una identidad interior, el secreto de la misma estructuración interior".

Sólo el egocentrismo está ausente en pocas ocasiones. Y si no, recuérdese la historia del padre judío al que su hijo le informa de la derrota de los Yankees y exclama: "¿Esto es bueno o malo para los judíos?" Esta actitud se aproxima a la manifestación sintomática que los psiquiatras designan con el nombre de ideas de referencia. Al oscilar entre una actitud masoquista y otra paranoica, y por la ocasional combinación de ambas, los chistes judíos forman un complejo de contradicciones. En este conglomerado se reflejan los conflictos que caracterizan la situación judía en nuestra civilización

REIVINDICACIONES INCONSCIENTES

En el capítulo anterior presenté como ejemplo representativo de cierto tipo de comportamiento masoquista el caso de la criatura que trató de reconquistar el cariño de su padre. Quienquiera que haya leído la Biblia y haya seguido con un agudo sentido de percepción, el curso de la historia judía, comprenderá que la actitud de los judíos con respecto a su Dios presenta una perfecta analogía con la conducta de la

criatura. Cada vez que se los castigaba, trataban de reconquistar Su amor y perdón por medio de la acusación contra sí mismos, del arrepentimiento y de la apasionada sumisión. Cuando el pueblo judío era derrotado y se sentía miserable, cuando la hambruna o las pestes lo amenazaban, evidenciaba una actitud autodegradante hacia el Dios ante Quien se humillaban. Cada vez que se sentía poderoso y seguro, manifestaba una actitud paranoica, arrogante y rebelde hacia Aquel a Quien negaba y desautorizaba. Con este espíritu imaginaba que podía hacer lo que quisiera, incluso matar a Dios. Esta oscilación entre dos extremos arroja nueva luz sobre la psicología e historia del pueblo judío. Aquí tenemos una tarea muy interesante para los psicólogos e historiadores del futuro. Pero se trata de un terreno muy alejado del que estamos pisando, y yo debo restringirme a un área mucho más estrecha y próxima.

En tanto que, como dije anteriormente, la tendencia masoquista del pueblo judío fue captada por los psicoanalistas, ninguno de ellos, por lo que sé, evaluó la actitud paranoica opuesta y complementaria que está presente en este mismo pueblo. Freud señaló que los chistes judíos tienen un valor oculto, y Grotjahn aplicó a la psicología de estas humoradas mi fórmula "victoria a través de la derrota". El psicoanálisis llegó hasta aquí, pero con esto no basta.

No fue un psicoanalista, sino un escritor contemporáneo, Arthur Schnitzler, quien percibió la tendencia hacia el carácter paranoico en la mayoría de los judíos. En la novela *Der Weg ins Freie*, uno de los personajes, la señora Ehrenberg, se queja acerca de su marido. "Es una idea fija en él. Ve antisemitas por todas partes, incluso en su propia familia". Schnitzler llega a utilizar el término "manía de persecución". En la misma novela, George von Wergenthin le dice a su amigo judío: "En usted es una manía el haber perdido por completo la capacidad para ver en el mundo algo que no sea la cuestión judía". Después de agregar algunas palabras a modo de disculpa por su descortesía, afirma que su amigo sufre de "manía de persecución". Este término está empleado obviamente como sinónimo de la forma persecutoria de los delirios paranoicos.

Algunas décadas después de Schnitzler, traté de clarificar en mi libro *Myth and Guilt* esta peculiaridad de los judíos que consiste en la oscilación entre una actitud masoquista y otra paranoica. Este hecho no está señalado naturalmente como una característica fija de grupo, sino como una tendencia mental determinada por el destino del pueblo judío.

Claro que Schnitzler se refiere a los judíos modernos. ¿Esta actitud que él define existió siempre? Un escritor francés del siglo XVIII comentó en cierta oportunidad que el empleo de la palabra "romano" para identificar a un nativo de la Roma moderna induce a confusión. A esta persona se debería llamarle "italiano de Roma", para diferenciar la mentalidad de la antigua Roma respecto de la de nuestra época.

La actitud masoquista del antiguo Israel fue percibida por lo menos en su relación con Dios, cuyo castigo los judíos aceptaron sin protestar, como algo merecido. También consideraban que la crueldad con que los trataban sus poderosos vecinos era una sanción por sus pecados, especialmente el de haber abandonado a su Dios. La actitud paranoica manifestada en la forma de una idea de grandeza resulta evidente en la aseveración judía de ser el "pueblo elegido". Existe incluso un lazo subyacente entre la actitud masoquista y la paranoica en la idea de que Dios castiga a aquellos a quienes ama. Esta situación excepcional ha sido reclamada para sí por el pueblo judío desde los tiempos antiguos. ¿En qué podían fundar su pretensión de exclusividad?

La motivación psicológica profunda para su reclamo está oculta, Sólo un comentario que Freud hizo al pasar, y que hasta ahora no sólo pasó inadvertido sino que indudablemente tampoco fue apreciado en todo su valor, devela este secreto. Este comentario, comparable a una mirada de reojo, o a un aparte en una conversación, puede ser hallado⁷² en un ensayo en el cual discute Freud ciertos tipos caracterológicos con los que se tropieza en la labor psicoanalítica. Hay un tipo de persona que se comporta como si fuera una excepción que está relevada

⁷² "Some Character Types Met With in Psychoanalytic Work", Collected Papers, Vol. IV.

de las necesidades de la vida y para la que no valen las reglas comunes. Freud incluye al Ricardo III de Shakespeare -cuyo monólogo analiza en esta categoría, que él llama "las excepciones". La base inconsciente sobre la cual estos hombres fundan su pretensión consiste en que tuvieron una experiencia traumática o una disminución de posibilidades en su infancia, hecho éste del que se consideran inocentes. Esperan una compensación por el daño o la lesión que les ha infligido la vida, sea en forma de una enfermedad congénita o, como en el caso del personaje de Shakespeare, en forma de un defecto físico.

Al llegar a este punto de su interpretación psicoanalítica de estos casos neuróticos, Freud inserta el significativo comentario al que me he referido en el párrafo anterior: "No entraré a discutir aquí la evidente analogía con la deformación del carácter posterior a una prolongada enfermedad y con el comportamiento de todo un pueblo cuyo pasado está saturado de sufrimientos". Resulta claro que la mirada de reojo de Freud se posa sobre el pueblo judío. Este no es el lugar indicado para señalar la importancia de este pasaje ni tampoco es ésta la oportunidad correcta para utilizar la alusión de Freud a modo de hito orientador para una investigación futura.

Respecto de la explicación psicoanalítica de estos tipos caracterológicos. Freud señala que las reivindicaciones que derivan de pasadas injusticias y de la rebeldía que resulta de éstas, contribuyen en alto grado a agravar los conflictos que más tarde desembocan en su neurosis.

Encontramos una actitud similar reflejada en la historia de los antiguos hebreos. Su desafiante actitud paranoica se manifestó no sólo respecto a su Dios, Quien los llamó "pueblo de dura cerviz", sino también en relación con los pueblos entre los que vivían y respecto de los cuales mantenían una posición de oculta superioridad moral y de insubordinación. ¿Necesitamos buscar analogías de esta doble actitud en la li-

teratura de los judíos? El Rabí Levi Itzjak de Berditchev preguntaba⁷³: "¿Y acaso no soy tu hijo, Señor del mundo? No te imploro que me reveles los secretos de Tus actos... Sufro, pero si acepto es sólo por Ti". Aquel niño de dos años y medio debe haber también experimentado un sentimiento parecido hacia el padre que lo había castigado. La actitud paranoica está claramente revelada en la proclamación de la elección de Israel por Dios. El libro de oraciones, afirma: "Que nos eligió entre todas las naciones y nos dio la Torá".

Incluso el renegado Pablo pregunta en su Epístola a los Corintios: "¿Qué ventaja tiene entonces el judío?", y responde: "Mucha, especialmente que a los judíos les fueron confiados los sagrados oráculos de Dios". En el libro de Ester, se queja Amán de este pueblo que vive disperso entre los otros: "Sus leyes son distintas de las de toda la gente, y tampoco obedecen las leyes del rey". El mismo Dios trató de educar a Su pueblo y de enseñarle obediencia, pero sin mucho éxito. Y otro tanto quisieron hacer las autoridades terrenales de diversos estados y países. Los judíos siguieron siendo tercios y dueños de su voluntad, hijos rebeldes en la familia del hombre.

Ahora volvemos de estas reflexiones sobre psicopatología de los judíos a la esfera de su humorismo cuya gracia salvadora sirvió en tantas oportunidades para aliviar su infortunio. ¿En los chistes judíos encontramos también manifestaciones de estas dos tendencias esenciales que acabamos de describir? Probablemente no hallaremos con frecuencia muestras puras de las mismas, sino formas muchas veces mezcladas de esta doble actitud; por ejemplo, casos de falsa humildad o insolencia como un medio desesperado para escapar de la intimidación y la sumisión. La polaridad de las actitudes masoquistas y paranoicas aparece frecuente y claramente en muchos chistes judíos. Sus reclamos también resuenan, por ejemplo, en esa patética y cómica queja que el judío dirigía a su Dios: "Te apiadas de los completamente desconocidos, ¿entonces por qué no te compadeces de mí?"

⁷³ Citado de Martin Buber, *Israel and the World*, Nueva York, 1948.

Nuestro punto de partida fue que la actitud masoquista no es, como lo afirmaron Grotjahn y otros psicoanalistas, el factor único y dominante en la psicología del humorismo judío. La verdad parece al mismo tiempo más simple y más compleja. Hay una oscilación entre la autohumillación masoquista y el sentimiento paranoico de superioridad. Cuando dejamos de lado las características individuales y nos limitamos a analizar el terreno emocional en el que echan sus raíces estos chistes judíos, el principal resultado que nuestra investigación psicológica saca a luz es el siguiente: los chistes judíos tienen una actitud alternativamente servil y arrogante.

¿Cuál es el resumen de estos nuevos conocimientos psicológicos que podemos agregar a los resultados de los estudios de Freud? Todo cuento judío tiene dos caras.

MOTIVACIONES PARA CONTAR CHISTES JUDIOS

Esta parte de nuestra exploración sería incompleta si descuidásemos los motivos para contar chistes judíos y el efecto hilarante que estos crean. Este es desde luego un fragmento de un problema más general, o sea, el del significado psicológico que tiene el contar chistes, de cualquier tipo que sean. Los motivos conscientes son tan obvios que no es necesario discutirlos.

Sabemos que uno de los factores básicos en la psicología del humorismo consiste en que el relator del chiste encuentra en su auditorio a una persona que aprueba los impulsos prohibidos expresados en el chiste. En su libro sobre el humor, Freud ya se refirió a la función mitigante que tiene el compartir "la culpa subyacente en los impulsos ofensivos ocultos en el chiste"⁷⁴.

En un libro publicado en 1933 y aún no traducido al inglés⁷⁵, traté de continuar las investigaciones realizadas por Freud en este terreno.

⁷⁴ Ver O. Fenichel, *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, Nueva York, 1945, pág. 65.

⁷⁵ *Nachdenkliche Heiterkeit*, Viena 1933.

Describí el proceso emocional que se produce en quien escucha un chiste agresivo u obsceno como algo que opera en la región "intermedia entre el miedo y la risa". La primera reacción de quien escucha un chiste con estas características es de alarma inconsciente. Este sentimiento es provocado por un ataque inesperado contra personas o instituciones muy estimadas, como lo son por ejemplo la religión, el matrimonio, etc., que imaginamos como algo sagrado, o por lo menos muy valioso e inviolable. En cierto sentido, podría uno referirse al efecto turbador que producen inicialmente los chistes de este tipo. En todos nosotros debe existir un deseo inconsciente de atacar a estas personas respetadas o a estas instituciones sociales altamente apreciadas. La ansiedad latente que se relaciona con esta tentación se intensifica por un momento cuando oímos un chiste cínico u obsceno que las ataca. Durante una fracción de segundo todas las inhibiciones se dirían eliminadas, pero entonces la intensa reacción de alarma aparece como algo exagerado o superfluo y el temor cesa bruscamente., El efecto es la risa, y en los casos en que la ansiedad no fue intensa, la sonrisa.

Si aplicamos esta teoría a quien cuenta el chiste, debemos suponer que en él se ha inducido un proceso similar, pero a la inversa, cuando se le ocurrió el chiste. Venció la angustia latente y al contar el chiste a los demás aligeró esa sensación compartiendo la ansiedad social (sentimiento de culpa) con el "escucha". Entonces, cuando consigue hacer reír al auditorio, conquista no sólo su aprobación sino el reconocimiento y una momentánea admiración.

Ahora, al volver de estas teorías psicológicas generales a nuestro tema, el humorismo judío, podríamos suponer que la ansiedad inicial del relator y del "escucha" fue intensa, porque el efecto es la risa explosiva de este último. Explicaríamos la intensidad de esta respuesta por la severidad de los principios morales judíos, por las estrictas inhibiciones y represiones inducidas por la educación religiosa.

En los capítulos anteriores de este libro citamos tantos chistes judíos que atacaban temas religiosos, que nos gustaría poner a prueba nuestra tesis con los chistes judíos que se refieren al sexo. Preferiremos a las

personalidades judías de nuestra época por encima de las figuras del *ghetto*. y recordaremos la anécdota del viejo Max Liebermann, quien le dijo a una muchacha: "Espero que eso no sea cierto", cuando ella le aseguró que el contemplar sus cuadros le brindaba "la hora más feliz" de su vida.

Permítanme agregar a esta alusión sexual relativamente inofensiva una cita de las obras de Alfred Kerr⁷⁶, el más destacado crítico de la Alemania pre-hitleriana, y contemporáneo judío de Liebermann. Indudablemente esta frase tiene un carácter obsceno, y su efecto humorístico está reforzado por que constituye una parodia de los últimos versos del "Fausto" de Goethe, que son sacrosantos para cualquiera que se haya educado en la cultura alemana. En esta escena final Gretchen, ahora transfigurada, conduce a Fausto a las esferas más elevadas, y el coro místico de espectros entona los versos

*Das Ewig-Weibliche
Zieht uns hinan...*

Lo Eterno Femenino
Nos atrae hacia lo alto...

Alfred Kerr comentó en cierta oportunidad las obras de Bernard Shaw, en quien reconocía la habilidad para ver la faceta humorística de lo sublime. Shaw, quien a menudo desenmascara lo excelso, sólo se muestra medroso en muy pocas ocasiones; por ejemplo, cuando idealiza a la señora Cándida Morrell (en su comedia *Cándida*). Kerr se pregunta "¿Por qué precisamente ella? ¿Se trata acaso del culto a la Virgen María?", y continúa: "El recuerdo de su falo, que ahora tiene cincuenta años de edad, influye aquí sobre una evaluación moral". Susurra junto con Wolfgang Goethe: "Nos eleva hacia lo alto", en lugar de decir audazmente: "*Lo* eleva hacia lo alto". Esta es una clara referencia a la erección del pene.

⁷⁶ *Das Neue Drama*, op. cit. , pág. 354.

Este es evidentemente un chiste torpe, obsceno (las obras de Alfred Kerr contienen frases mucho más ingeniosas). A mí me resulta mucho más importante la naturaleza psicológica del chiste que su valor estético. Hubo una idea preconsciente, nacida de una tendencia a protestar contra la idealización de la Cándida de Shaw y a contradecirla. Esta idea preconsciente fue sometida por una fracción de segundo a un reordenamiento inconsciente. Lo cual significa que la idea se sumergió por un momento en los abismos de lo reprimido y volvió de allí en la forma de una humorada. En la sacrílega elaboración de la sublime frase del "Fausto", el autor revela la grosera atracción sexual que está en la médula de la adoración de la figura femenina. La erección del pene como expresión de excitación sexual rechaza entonces el elevado sentido de los versos de Goethe. Lo que resulta importante para nosotros es el proceso mental por medio de la antítesis, que definimos como uno de los rasgos característicos del humorismo judío.

Me atrevo a afirmar que los psicólogos no han puesto en claro todos los motivos importantes que impulsan a contar chistes judíos. Uno de estos motivos, casi inadvertido y que indudablemente no fue valorado con justeza, es el hecho de que el humorismo presupone cierta solidaridad emocional. Toda la gente llora por las mismas causas, pero no toda ríe por los mismos motivos. Los franceses no entienden frecuentemente el humor norteamericano, y los neoyorquinos no captan el humor parisiense. "¿Qué tiene esto de gracioso?", podrían preguntar muchos extranjeros al leer un Chiste en la revista *Le Rire* o al contemplar un dibujo del *New Yorker*. Aquí el factor decisivo no está constituido por la diferencia local o geográfica, sino por un pasado cultural común, o más exactamente por la evaluación de determinadas cualidades, por lo que respeta o desprecia un grupo de personas que constituyen una comunidad social, religiosa o de otro tipo. En consecuencia, un cambio en la estructura cultural debe desembocar inevitablemente en un cambio en los chistes que provocan la risa de este grupo.

Un judío muy devoto no se sentirá divertido sino repelido por los chistes que atacan convicciones que son sagradas para él, en tanto que

otro judío incrédulo o aun escéptico disfrutará con los chistes que zahieren las ceremonias o creencias religiosas.

Lo que quiero demostrar es que para regocijarse con los mismos chistes se requiere previamente una uniformidad o armonía básica emocional de largo alcance. A partir de estas premisas debe uno llegar a la conclusión de que el hecho de contar chistes judíos también expresa el propósito inconsciente de cohesionar el vínculo que se fundaba originariamente sobre ciertos valores comunes y sobre la percepción del aislamiento de los judíos dentro de las naciones en cuyo seno viven. El contarse estos chistes los unos a los otros equivale, por así decir, a tender los brazos al otro camarada. En este sentido, el hecho de contar chistes judíos a otros judíos es no sólo una prueba de fraternidad emocional y espíritu de camaradería, sino también de afecto. En el mismo sentido sólo se puede tomar por un progreso la circunstancia de que sean cada día más los chistes judíos que amplios círculos de gentiles norteamericanos disfrutan y valoran. Hace unas décadas no se habría podido afirmar con justicia "ríe y el mundo reirá contigo", al referir chistes judíos ante un auditorio gentil. Hoy sí.

Respecto a los judíos del *ghetto* que siguen viviendo en el aislamiento y la miseria, se debe agregar otra motivación psicológica para el hecho de contar estos chistes. A la pobreza le gusta estar acompañada, según dicen, y podemos agregar que también le gusta bromear acompañada respecto de si misma.

RASGOS DEL FUTURO

Los chistes judíos tienen una función más amplia que la de divertir; pertenecen a la categoría de la literatura oral. Con frecuencia, presagian el futuro, o anuncian por lo menos el sentido en que se orienta la gente, la línea de acción que ésta está dispuesta a seguir. Para mantenernos en el terreno de la literatura: ¿La sátira a los aristócratas que se tomaron el trabajo de nacer, expuesta en "Las bodas de Fígaro", de Beaumarchais, no prefigura acaso la gran transformación social de Francia? Alguien llamó con justicia a Beaumarchais (1735-1799) el tempestuoso petrel de la Revolución.

Creemos, junto con T. S. Eliot, en "el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado". La situación del triebné hebreo que llegaba a una ciudad babilónica desde los confines del desierto, o que veía por primera vez una metrópoli egipcia después de abandonar a Goshell, es esencialmente idéntica a la del judío polaco o ruso que llega a Nueva York desde su *ghetto*. El nuevo inmigrante no se siente menos agobiado por los rascacielos de la gran ciudad que el pastor hebreo ante los monumentos de Tebas. Se siente agobiado, pero no poseído, conquistado, absorbido. La situación no cambió cuando los judíos se dispersaron, porque no se despojaron de su tradición, derivada de otros climas y culturas. Y aunque el medio ambiente los afectó profundamente en ocasiones, jamás fue ello suficiente para modificarlos. ¿Es posible deducir de este pasado conclusiones legítimas relativas al futuro?

Para volver al estrecho dominio de los chistes judíos, solo podemos hablar de las tendencias prevalecientes que éstos reflejan. Freud demostró que hay muchas similitudes psicológicas entre los chistes y los sueños. Sabemos que en una época se suponía que los sueños eran proféticos, que presagiaban el futuro. Descubrimos que esta idea constituye una deformación supersticiosa de su función. El psicoanálisis ha demostrado que los sueños son expresiones disfrazadas y distorsionadas de nuestros deseos reprimidos o repudiados. Pero el cumplimiento del deseo en los sueños demuestra indudablemente qué clase de tendencias e impulsos obran subterráneamente en nosotros, y tienen por ello un gran interés psicológico. Además, nuestros deseos determinan hasta cierto punto la orientación de nuestro futuro.

El proverbio judío afirma que el corazón es "medio profeta". No sabemos si el futuro hará realidad o frustrará estos deseos ocultos. La solución del problema judío, o mejor dicho, el de los muchos problemas que la supervivencia judía y el judaísmo plantean a nuestra sociedad, no es sólo cuestión de los judíos sino de toda la humanidad.

G. K. Chesterton sostuvo en cierta oportunidad que el centro de la existencia de todo hombre es un sueño. Nos gustaría agregar que éste es también el centro de la existencia de todo pueblo. ¿Cuál es el conte-

nido latente de este sueño en la medida en que podemos interpretarlo por sus vestigios en los chistes judíos?

El espíritu auténticamente democrático que alienta en los chistes judíos va mucho más allá de los objetivos definidos hasta ahora. Apunta, naturalmente, en primer término, a la justicia social, a una mejor distribución de los bienes terrenales y a la igualdad para todos.

Los chistes judíos proclaman inevitablemente que nuestro reino es de este mundo. Hace más de cuatro siglos, un heraldo de los campesinos alemanes oprimidos, Florian Geyer, promovió un movimiento revolucionario que exigía la abolición del poder del trono y la iglesia, de los reyes y los sacerdotes. Lo persiguieron y lo mataron. Sobre su espada, que vi en Nürenberg, está grabada la frase: *Nulla crux, nulla corona*. Estas palabras podrían ser el lema de la *Weltanschauung* del humorismo judío, quizá con el agregado: *Nulla stella Davidi*. Esto significa no sólo el fin de la autoridad de reyes y sacerdotes, sino también el fin del concepto de las nacionalidades y estados que dividen a la humanidad. Tal como lo prueban estos chistes, la emancipación de la influencia de la religión y de las leyes religiosas se cumple en una escala más amplia y a mayor velocidad. Vivimos en una era que no es sólo post-cristiana sino también postreligiosa⁷⁷. El judaísmo como religión desaparecerá también lentamente, aunque sus mandamientos éticos básicos sobrevivirán a la extinción de Dios. Los chistes judíos empezaron con herejías y alusiones de tímida agresión contra las exageradas exigencias planteadas en nombre de la religión, y terminarán con la abolición de la ilusión religiosa.

El humorismo judío funciona tal como lo hace la literatura de vanguardia en otras direcciones. El rápido acortamiento de las distancias sobre la tierra debe conducir al abandono de las fronteras nacionales, y finalmente a la idea de que la patria del hombre es la tierra.

En el humorismo judío está implícito que la proscripción de la violencia avicinará el cumplimiento de las predicciones de los profetas

judíos sobre la transformación de espadas y lanzas en rejas de arado. Finalmente, la fraternidad del hombre deberá concretarse. Algún día la igualdad -no sólo ante la ley sino también en la evaluación de las personas- reinará sobre la tierra.

Las divisiones que sobrevivan serán parecidas a las que separan a las familias, y desembocarán finalmente en la familia única del hombre. (Recuerdan la historia del judío que le grita al soldado que amenaza con tirar: "¿Estás *meshugue*? ¿No ves que aquí hay un *Mensch*?")

George Eliot puso en boca de uno de los personajes judíos de su *Daniel Deronda* esta frase: "Nuestro pueblo fue errante aun antes de ser desplazado". Erró durante cuatro mil años y todavía sigue su marcha, mejor dicho, su vagabundeo, con energía. Erró de regreso a Palestina, y no se detendrá allí. Es un precursor de los ciudadanos del mundo, no de un estado.

El futuro, tal como se anuncia en los chistes judíos, está más allá del dominio de temas tales como aislamiento y asimilación. En *Der Weg ins Freie*, de Schnitzler, el escritor Heinrich Berman discute estos problemas con su amigo gentil. Llega a la conclusión de que la asimilación se producirá ciertamente dentro de mucho tiempo, y agrega: "No se realizará en la forma que muchos desean, ni tampoco en la forma que muchos temen. Más aun, no será exactamente asimilación, sino quizá algo que palpita en el corazón de esta palabra en particular, por así decir. ¿Sabes cómo será probablemente cuando se produzca? Resultará que nosotros, nosotros los judíos, quiero significar, habremos sido una especie de fermento para la elaboración de la humanidad... Sí, quizá esto ocurrirá en cualquier momento, dentro de un lapso que va de los mil a los dos mil años a partir de ahora". El humorismo judío es indudablemente uno de los medios para provocar esta fermentación.

¿Y qué decir acerca de la actitud masoquista-paranoica que descubrimos en la raíz del humorismo judío, este deseo oculto de sufrir y esta reivindicación del título de pueblo elegido? Ambas tendencias se fundan en el objetivo común de ser reconocidos y aprobados. En una

⁷⁷ Ver G., Vahanian, *The Death of God*, Nueva York, 1961.

época que no está demasiado distante, el nombre de judío no será una "mácula", sino que será honrado y apreciado como el de un pueblo que constituyó la levadura en la inmensa y pesada masa de la humanidad. Así como se valora el poder de Egipto y la gloria de Grecia, también se reconocerá a Israel como la luz conductora que guió a la humanidad en su marcha ascendente.

Entonces, pero sólo entonces, tengo la audacia de afirmar, los judíos renunciarán tanto a las actitudes masoquistas como a las paranoicas que se manifiestan en sus chistes. Entonces, pero sólo entonces, tomarán en cuenta la exhortación de Goethe:

Wie viel bist du von andern unterschieden?

Erkenne dich -leb mit der Welt in Frieden

¿En qué te diferencias de los demás?

¡Reconócete, vive en paz con el mundo!

Hasta entonces, los judíos librarán una batalla solitaria. Hasta entonces, cuando el reconocimiento de su función reemplace al odio abierto y la inconfesada envidia del mundo, no les quedará otro recurso que marchar a lo largo de su senda solitaria, animados por el orgullo de su pasado espiritual y por la fe incólume en su futuro.

Entonces, pero sólo entonces, desaparecerán los rótulos de judío y gentil aplicados a los pueblos por una sociedad enferma, y los individuos serán juzgados como personas, no como miembros de un grupo. Las altas murallas también se derrumbarán. Pero todas estas posibilidades y capacidades se disiparán si la humanidad fuera amenazada por la aniquilación en una guerra nuclear. Lo que nos traerá el futuro no es previsible, ni siquiera por medio del humorismo judío. Sólo está implícito en él como una esperanza. La verdad la dirá el tiempo, y los chistes del tiempo.

MIRADA RETROSPECTIVA

Ahora, cuando este libro llega a su fin, miramos hacia sus comienzos. Procuré ofrecer una contribución a la psicología comparada, y

especialmente a la comprensión del pueblo judío por medio de una investigación psicoanalítica de sus chistes. Se ha escrito bastante sobre el humorismo judío y sus peculiaridades, pero casi nada de esto fue enfocado desde el punto de vista de la psicología consciente. Mi aporte encaró el tema desde una perspectiva diferente, que indaga el origen de los chistes judíos en las regiones de los procesos reprimidos e inconscientes.

Ahora estamos nuevamente en el punto de partida. En una mirada retrospectiva, pensamos en la comparación que se nos ocurrió al iniciar la selección de chistes judíos. Dijimos entonces que debíamos estudiarlos en primer término como a los muchos pliegues de un abanico. Sólo después de haber estudiado atentamente las inscripciones humorísticas y agudas de estos pliegues -los temas principales de los chistes judíos- y después de haber reflexionado acerca de ellas, podíamos aventurarnos a emitir una teoría psicológica sobre el humorismo judío y sus funciones. Estos abanicos de nuestras madres y abuelas fueron empleados con propósitos diversos: brindaron brisa refrescante en el calor del verano y en el salón de baile; sirvieron para flirtear; también sirvieron para demostrar determinados sentimientos; finalmente, ocultaron esos sentimientos y el propio rostro.

De igual modo, los chistes judíos sirven para diversos fines para brindar descanso en el fragor de la batalla contra el enemigo visible y el enemigo invisible; para atraerlo, tanto como para rechazarlo; y en último término, aunque no sea esto lo menos importante, para ocultarse uno mismo detrás de ellos. El humorismo judío oculta tanto como lo que revela. Al igual que el serafín del Templo del Señor esconde su rostro con dos de sus alas.

Recordamos asimismo que habíamos partido de la suposición de que un estudio de los chistes judíos debe proyectar una nueva luz sobre la psicología de este extraño pueblo, sobre su carácter y temperamento, tal como evolucionaron a partir de su legado y su destino. En mi tetra-

logía bíblica⁷⁸, traté de penetrar en la profunda oscuridad de la ignorada prehistoria de los judíos y de sus siglos de formación. En el presente trabajo enfoqué el problema judío desde otro punto de vista social, distinto del anterior, partiendo de la psicología de los chistes judíos.

Al llegar a este punto nos enfrentamos con un último y decisivo interrogante: ¿En qué medida nuestra tarea fue exitosa? ¿Cumplimos nuestro propósito? La veracidad científica nos obligó a confesar que no alcanzamos nuestro objetivo. Es cierto que aprendimos un poco acerca de la psicología del pueblo judío gracias a la exploración de sus chistes. En particular, hemos averiguado que todavía ignoramos mucho acerca de los judíos.

Es cierto que la investigación condujo al descubrimiento de ciertos rasgos característicos, signos distintivos propios de los chistes judíos que hasta ahora habían pasado inadvertidos, o cuyo significado no había sido captado aún desde un punto de vista psicológico. Por encima de todo, estos atributos o propiedades de los chistes judíos se funden en una revelación esencial: la conciencia de una aptitud singular para afirmarse y sobrevivir a pesar de la existencia de un mundo de enemigos abrumador. Desafiando a las fuerzas destructivas y hostiles que los rodean, los judíos conservaron su misteriosa identidad. Mientras los judíos lleven una vida auténtica y no reniegan de su herencia, esta identidad se mantendrá.

Anteriormente citamos unos versos de Goethe a modo de lema psicológico para esta investigación. Otros versos del mismo poeta nos conducen a la conclusión de la misma. Ellos parecen proclamar el poder perdurable de la identidad interior, demostrado tan a menudo en la historia de los judíos:

*Jedes Leben sei zu führen
Wenn man sich nicht selbst vermisst,*

⁷⁸ *Myth and Guilt*, Nueva York, 1958; *The Cratation of Woman*, Nueva York, 1959; *The Temptation*, Nueva York, 1961; *Mystery on the Mountain*, Nueva York, 1960.

*Alles könne man verlieren
Wenn man bleibe, was man ist.*

*Toda vida puede llevarse adelante
Si uno mismo no se extravía.
Todo puede perder uno
Si continúa siendo lo que es.*

F I N